



**EL NAPOLEÓN  
DE LOS LADRONES**

---

Vida y andanzas de Adam Worth

**EL AUTÉNTICO MORIARTY**

---

**BEN MACINTYRE**

Lectulandia

Una crónica sobre el mayor delincuente de la historia de la humanidad, un ladrón que superaba a Moriarty, y su perseguidor, perteneciente a la primera agencia de detectives de la historia.

**Lectulandia**

Ben Macintyre

# **El Napoleón de los ladrones**

**Vida y andanzas de Adam Worth. El auténtico Moriarty**

ePub r1.0

Titivillus 30.04.17

Título original: *The Napoleon of Crime*  
Ben Macintyre, 1997  
Traducción: Hernán Sabaté

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Edición CONMEMORATIVA

  
epublico

4.º ADVERSARIO



“MÁS LIBROS, MÁS LIBRES”

*Adam Worth fue el Napoleón de los ladrones. Ningún otro delincuente le ha llegado a la suela del zapato.*

SIR ROBERT ANDERSON,  
*Jefe de Investigación Criminal de Scotland Yard, 1907*<sup>[1]</sup>

*Es el rey de la delincuencia, Watson. Es el organizador de la mitad del mal y de casi todo lo que pasa inadvertido en esta gran ciudad. Es un genio, un filósofo, un pensador abstracto. Posee un cerebro de primer orden. Permanece inmóvil como una araña en el centro de la tela, pero la suya tiene mil radios, y reconoce la vibración de cada uno de ellos. Actúa poco. Se limita a trazar los planes, pero sus agentes son numerosos y están espléndidamente organizados [...]. El inductor principal que utiliza a tales agentes no es atrapado jamás [...]. Ni siquiera despierta la menor sospecha.*

*Sherlock Holmes, hablando del profesor Moriarty en The final Problem, de*  
SIR ARTHUR CONAN DOYLE<sup>[2]</sup>

*Espero que no habrá llevado usted una doble vida, fingiendo ser malvado cuando en realidad ha sido bueno en todo momento. Eso sería una demostración de hipocresía.*

OSCAR WILDE, *La importancia de llamarse Ernesto*<sup>[3]</sup>

# PREFACIO

Hace algún tiempo acudí a Los Ángeles para cubrir la última entrega del caso Rodney King, esa saga sombríamente definidora de los tiempos modernos. Sin embargo, cuando dejé la ciudad tenía en la cabeza otra historia de policías y ladrones.

Los agentes blancos de la policía de Los Ángeles que habían sido filmados por un cámara aficionado mientras daban una paliza al conductor negro, seguían proclamando tercamente su inocencia desde el banquillo de los acusados, que ocupaban por segunda vez. Se mascaba en el ambiente que la ciudad estaba al borde de un nuevo estallido de disturbios. Una tarde, cuando el jurado ya se había retirado a deliberar sobre el veredicto, decidí llegarme en coche hasta la zona de Van Nuys para indagar en los archivos de la agencia de detectives Pinkerton; tenía en la cabeza la idea de escribir un artículo para The Times sobre la actividad policial en otra época, de tonos sepia, a un mundo de distancia de los matones que estaban siendo juzgados y de los violentos de los guetos que tomarían las calles si aquéllos escapaban de nuevo a la justicia.

La agencia Pinkerton. El mero nombre evocaba la imagen de unos detectives de patillas y mostachos cómicos, armados de revólveres de seis tiros, que cabalgaban tras personajes como Jesse James, la banda de Reno, Butch Cassidy y Sundance Kid. Un aburrido secretario que no dejaba de hacer globitos con goma de mascar me condujo a los archivos del sótano. Me di cuenta al instante de que allí había mucho más de lo que se podía digerir, no ya en una tarde sino en un año entero. Las hileras de cajones, que rebosaban de expedientes, daban testimonio de la minuciosidad de los primeros detectives norteamericanos. Al cabo de una hora de husmear al azar, tomé en mis manos un álbum de recortes encuadernado, con fecha de 1902, y al hojearlo encontré este fragmento de un artículo de prensa:

## ***THE SUNDAY OREGONIAN, PORTLAND***

***27 de julio de 1902***

### ***ADAM WORTH, EL MAYOR LADRÓN DE LOS TIEMPOS MODERNOS, ROBÓ TRES MILLONES DE DÓLARES***

Ésta es la historia de Adam Worth.

Si un autor de ficción fuese capaz de concebir un relato semejante, es probable que no se atreviera a escribirlo por temor a ser acusado de recurrir a lo más desquiciado e improbable.

La valoración sobria, fría y técnica que hacen de Adam Worth los más afamados cazaladrones de Norteamérica y de Gran Bretaña lo señala como el delincuente profesional más notable, exitoso y peligroso que han conocido los tiempos modernos.

A lo largo de una vida delictiva que abarca casi medio siglo, Adam Worth

consiguió un botín de al menos dos millones de dólares, que bien podrían ser incluso tres.

Surcando el Mediterráneo en un yate a vapor con una tripulación de veinte hombres, Worth dejó tras él un rastro de ciudades saqueadas.

Sólo fue capturado en una ocasión, y ello fue debido a la torpeza de uno de sus aliados. Dirigió a los malhechores más astutos y proyectó golpes con un ingenio que desafiaba el talento de los mejores detectives del mundo.

Las policías de Norteamérica y de Europa suspiraron durante años por echarle el guante, y durante años se dedicó a perpetrar toda clase de robos — falsificaciones de cheques, estafas, hurtos, voladura de cajas fuertes, diamantes, asaltos al correo, allanamientos de morada, asaltos en caminos y atracos a bancos— ante sus propias narices, con absoluta impunidad.

Con todo, existen en la biografía de este individuo descarriado tres puntos que lo redimen.

Sentía una ferviente adoración por su familia y consideraba y trataba a sus seres queridos como algo sagrado. Su esposa nunca conoció sus actividades delictivas y sus hijos viven hoy en Estados Unidos ignorando totalmente que su padre fue el maestro de ladrones del mundo civilizado.

Nunca fue violento con las personas, y bajo ninguna circunstancia quiso tener tratos con nadie que lo fuera.

Y nunca dejó en la estacada a un amigo ni a un cómplice.

En una ocasión, por mantener esa lealtad, rescató a su grupo de estafadores de una prisión turca, y a continuación lo liberó de manos de unos bandoleros griegos, lo cual lo dejó en la miseria.

Y esa lealtad fue lo que lo convirtió en «el hombre que robó el retrato de Gainsborough». La razón de dicho robo se contará aquí por primera vez. Hasta hoy, todos los que la conocían estaban obligados a guardar silencio. El motivo que impulsó esa reprehensible hazaña fue único en los anales de la delincuencia moderna.

Adam Worth, que amasó millones, que en un tiempo apostaba a cara o cruz a cien libras la tirada, que tuvo participación en una cuadra de caballos de carreras y fue propietario de un yate a vapor y de un velero de regatas, murió hace unas semanas igual que había empezado, como un pobre ladrón, sin un penique.

Este hombre llegó a encumbrarse por encima de todos los delincuentes de su época; les sacaba tanta ventaja que el hombre encargado de cazarlo flojeó ante su magistral inteligencia, aunque el destino inexorable que persigue a quien quiebra las leyes morales acabó con él, por fin, cuando la ley humana se declaraba ya impotente.

A su muerte, Adam Worth seguía constituyendo el mismo misterio que había resultado a lo largo de toda su vida incluso para las policías de medio



mundo (salvo para ciertos oficiales e inspectores de Scotland Yard, para la agencia Pinkerton y para un reducido puñado de cargos policiales norteamericanos). De no haber cobrado tanta fama recientemente como el autor del robo y de la devolución del retrato de Gainsborough, el público no habría tenido la menor idea de su existencia. Apenas unos pocos de los detectives más competentes del mundo conocían su fisonomía, y menos eran aún los que sabían alguna cosa de él. El relato que sigue es una historia absolutamente verídica hasta el menor detalle, comprobada minuciosamente y avalada por los hombres que pasaron casi medio siglo tratando de atraparlo.

Nada en esta narración queda abierto a conjeturas.

Para mi frustración, el resto del artículo prometido no aparecía pegado en el álbum. Leí una y otra vez el recorte, extravagante en sus afirmaciones incluso para lo habitual en el periodismo de la época, y en el fondo de mi mente empezó a bullir un poco de la excitación que había sentido en Los Ángeles. Entonces recibí una llamada en el buscapersonas electrónico, y el sonido me devolvió vertiginosamente al presente con la noticia de que era inminente el anuncio público del veredicto del caso Rodney King. La tarde siguiente, dos de los policías habían sido encontrados culpables, los habitantes de South Central Los Ángeles habían decidido renunciar a demostraciones de violencia y yo estaba otra vez en Van Nuys, donde hurgaba en los archivos Pinkerton a la busca de todo el material que pudiera encontrar sobre Adam Worth. Pronto descubrí que los detectives lo habían perseguido por todo el mundo durante décadas con tenaz perseverancia, y que el resultado era una abundante documentación: seis carpetas completas, en orden cronológico, atadas en un solo paquete y rebosantes de fotografías, cartas, más artículos de periódico y centenares de informes de los detectives de la agencia, cada uno de los cuales exponía con pulcra caligrafía una historia aún más intrigante y fuera de lo común de lo que insinuaba el anónimo articulista del Sunday Oregonian.

Según se traslucía de los documentos, Adam Worth era mucho más que un mero delincuente con talento. Charlatán profesional, era el más temido de todos los «hombres del saco». Victorianos; era el hombre de dos caras, el truhán encantador, el respetable y civilizado doctor Jekyll diurno cuya maldad sólo emergía al abrigo de la noche. Worth convirtió en leyenda su propia vida y levantó una densa cortina de humo de riqueza y posesiones para disimular la multitud de delitos que había empezado como carterista y desertor, y que más adelante había ampliado al robo de cajas fuertes a escala industrial, falsificaciones internacionales, robos de joyas y atracos en la carretera. Los expedientes sobre Worth ofrecían una galería de vívidos retratos de bribones, aristócratas, timadores, furcias, malhechores y policías, todos los cuales giraban en torno a este hombre singular. Los Pinkerton describían con minucioso detalle su red delictiva, que irradiaba de París y de Londres y que se extendía de Jamaica a Sudáfrica, desde Norteamérica hasta Turquía.

Salí del archivo Pinkerton lleno de entusiasmo pero exasperado. El material era abundantísimo pero incompleto. Como todo sinvergüenza sensato interesado en borrar sus huellas, Worth se había abstenido de escribir sus memorias y sólo había dejado tras él una serie de cartas en clave. Mis investigaciones iniciales me habían suscitado más preguntas que respuestas. ¿Cómo había desarrollado Worth su contradictorio código moral? ¿Cómo había escapado a la captura durante tantísimos años? ¿Cómo había realizado su transformación de pobre emigrante judío alemán establecido en Cambridge, Massachusetts, a milord inglés en el corazón del Londres aristocrático?

Pero había un misterio que me intrigaba por encima de todos los demás. A principios de verano de 1876, en el punto álgido de su poder delictuoso, Worth había robado La duquesa de Devonshire, el famoso retrato de Gainsborough —en su época el cuadro por el que se había pagado la cantidad más elevada— de una galería de arte londinense, en plena noche. ¿Qué lo había poseído? Y otra cosa aún más desconcertante, ¿por qué había conservado esa gran pintura en su poder, en secreto, durante los veinticinco años siguientes? Ya entonces tuve la certeza de que el retrato de Gainsborough era la clave para desentrañar el secreto de Adam Worth.

California resultó tan sólo la primera parada de un largo camino. Poco a poco fui reuniendo una imagen más completa a base de cartas y diarios, de memorias publicadas de otros malhechores, de relatos periodísticos y de los archivos de Scotland Yard, de la Sûreté de París, de la galería de arte Agnew's y de la Chatsworth House. A esto siguió pronto otra serie de descubrimientos, completamente inesperados.

Worth se inventó una existencia aventurera y romántica, pero cuando el *Sunday Oregonian* calificaba su provocativa historia como la esencia misma de la ficción, el periódico se ceñía a la realidad más rigurosa. Sherlock Holmes, el detective inglés, ya era un personaje conocido cuando *sir* Arthur Conan Doyle tuvo conocimiento de las ruines hazañas de Worth. Según descubrí, el gran escritor había utilizado a éste nada menos que como patrón para su personaje del profesor Moriarty, el archirrival de Holmes, su adversario coleccionista de arte y uno de los criminales más memorables de la literatura. Conan Doyle no es el único que está en deuda con Worth, pues otros escritores tan dispares como Henry James y Rosamund De Zeer Marshall, autora de novelas bélicas cargadas de romanticismo y de violencia, encontraron inspiración también en las actividades de Worth.

Mi investigación me condujo a algunas peregrinaciones insólitas: al magnífico edificio de Piccadilly, cerca de Fortnum & Mason's, que fue el centro de las actividades delictivas de Worth; al campo de batalla de la guerra de Secesión americana, donde nuestro hombre se reinventó por primera vez; a la galería de arte londinense donde robó su posesión más preciada, o a una sala de la casa de subastas Sotheby's, donde por primera vez me encontré cara a cara con esa imagen indeleble. En el momento en que escribo, en la corresponsalía de *The Times* en París, distingo

desde la ventana el Grand Hotel en la place de l'Opéra, donde Worth tuvo en la década de 1870 un casino ilegal y su corte, con su amante. Todavía no estoy seguro de quién ha seguido los pasos de quién durante los últimos cuatro años: si yo los de Worth o él los míos.

Emprendí pues la caza del «mayor ladrón de los tiempos modernos». Lo que descubrí resultó un reflejo improbable de esa época... y de la nuestra: un caballero Victoriano y rey del delito que combinaba los principios morales más altos con la astucia criminal más rastrera. Lo que sigue es un relato que no se ha contado hasta hoy; es la historia de una doble personalidad, de una doble vara de medir y de una hipocresía extrema.

Ésta es la historia de Adam Worth.

*París, marzo de 1996*

---

# £1000

## REWARD.

---

### STOLEN

Between half-past nine p.m. 25th, and 7 a.m. 26th inst., from the Picture Gallery, No. 39b, Old Bond Street, the celebrated Oil Painting, by Gainsborough, of the Duchess of Devonshire, Size 60 inches by 45 inches, without frame or stretcher.

She is dressed in white, with a blue silk petticoat and sash, and a large black hat and feathers. The head is turned three quarters to the right, the eyes directed towards the spectator, the hair profusely curled, powdered, and falling on the shoulders; the complexion is very brilliant, and the arms are folded across the waist. The background of the picture consists of sky, with trees on either side of the figure.



The above Reward will be paid by Messrs. Agnew and Sons, No. 39b, Old Bond Street, to any person giving such information as will lead to the apprehension and conviction of the thief or thieves, and recovery of the painting.

Information to Superintendent Williamson, Detective Department, Great Scotland Yard, London, S.W.

# 1 EL RAPTO

Una brumosa medianoche de mayo de 1876 tres hombres salieron de una elegante dirección de Piccadilly con sendas chisteras en la cabeza, dinero en el bolsillo y planes para un robo a lo grande. Con caminar pausado, el trío avanzó por la desierta calle y se detuvo en el punto de intersección de Piccadilly con Old Bond Street. En Old Bond Street, famosa por las galerías de arte y las tiendas de antigüedades, reinaba de día un permanente atasco de carruajes de gente rica, de personas de buena cuna y de quienes tenían interés y formación cultural. A aquellas horas estaba completamente desierta.

Los tres hombres cambiaron unas breves palabras en la esquina de la calle y uno de ellos se coló en un portal, invisible más allá de las sombras oscilantes que producían las farolas de gas, mientras los otros dos doblaban a la derecha por Old Bond Street. Formaban una pareja incongruente: uno era delgado y apuesto, de unos treinta y cinco años, con un bigote largo y bien cortado, que vestía al último grito de la elegancia masculina de la época, con botonadura de perlas y reloj de bolsillo de oro como complementos. El otro, que avanzaba unos pasos por detrás del primero, era un gigantón de anchas patillas grisáceas cuya levita mal ajustada apenas contenía un pecho grande como un tonel. De haber rondado alguien por allí, los habría tomado por algún ricachón que había salido a tomar el aire nocturno con su poco atractivo valet tras una cena sustanciosa en el club.

Frente a la galería de arte de Thomas Agnew & Co., en el número 35 de Old Bond Street, los dos hombres detuvieron sus pasos, y mientras el aristócrata apagaba el cigarro y admiraba en el cristal su reflejo tenue pero elegante, su tosco compañero dirigió una mirada furtiva a un lado y a otro de la calle. Luego, a una palabra de su amo, el gigante se aplastó de espaldas contra la pared y juntó las manos en un estribo, en el cual colocó su pie bien calzado el hombre más liviano, con la misma naturalidad que si se dispusiera a montar un pura sangre. Con un gruñido, el hombretón impulsó a su compañero pared arriba, y en un abrir y cerrar de ojos éste se encaramó ágilmente al alféizar de una ventana a unos cinco metros de altura sobre la calle. En un precario equilibrio, sacó una palanca, forzó el marco de la ventana y se coló por el hueco, al tiempo que su compañero desaparecía de la vista en el portal de la galería.

La sala estaba a oscuras y sin amueblar, pero al débil resplandor de la farola de gas de la calle podía distinguirse, colgado en la pared de enfrente, un gran cuadro de marco dorado. El hombre se quitó el sombrero y se acercó.

La mujer del retrato, ya famosa en todo Londres como la belleza más exquisita que jamás había agraciado una tela, miraba con ojos imperiosos e inquisitivos. Una cascada de rizos se desparramaba bajo un sombrero de ala ancha ladeado en un ángulo algo forzado que enmarcaba una mirada a la vez seductora y burlona, y una sonrisa a la que le faltaba un tris para ser abierta y franca.

Mientras el caballero desprendía el grueso cordón de terciopelo que mantenía al

público curioso a distancia del cuadro durante las horas diurnas, llegaron a sus oídos desde el piso inferior los débiles ronquidos del vigilante nocturno. Sacó del bolsillo una navaja afilada y, con infinito cuidado, cortó el retrato, lo separó del marco y lo extendió en el suelo de la galería. Extrajo un botecito de engrudo del mismo bolsillo y, utilizando la borla del extremo del cordón, embadurnó el revés de la tela para darle flexibilidad. A continuación la enrolló con la pintura hacia fuera para evitar que la superficie se cuarteara, y por último guardó la tela bajo la levita.

Unos segundos más tarde ya se había descolgado de nuevo hasta la calle y volvía a estar junto a su monstruoso ayudante. Con un silbido casi inaudible llamó al compinche que vigilaba su esquina de la calle y, con paso relajado y garboso, el pequeño dandi echó a andar de nuevo Piccadilly adelante, con el retrato robado pegado al pecho y seguido a corta distancia por sus dos bribones compañeros.

La dama del cuadro era Georgiana, duquesa de Devonshire, en otro tiempo celebrada como la mujer más hermosa y pérfida de la Inglaterra del rey Jorge. El pintor era el gran Thomas Gainsborough, que había ejecutado aquel retrato, una de sus mejores obras, hacia 1787. Pocas semanas antes del suceso que acaba de narrarse, el cuadro había sido vendido en subasta por diez mil guineas, el máximo precio pagado por una obra de arte hasta esa fecha, lo cual había levantado un gran revuelo. Georgiana de Devonshire, de soltera Spencer, fue de nuevo la comidilla de Londres, al igual que su tatarasobrina Diana, princesa de Gales, de soltera Spencer, lo sería en nuestro tiempo.

Durante la vida de Georgiana, que terminó en 1806, sus admiradores rivalizaron por rendir tributo «al atractivo y a la gracia de su porte, a sus modales irresistibles y a la seducción de su compañía»<sup>[4]</sup>. En cambio sus detractores la consideraron una arpía desvergonzada, jugadora, dada a la bebida y una amenaza para la moral civilizada, que vivía abiertamente en un *ménage a trois* con su esposo y la amante de éste. Ninguna mujer de la época despertó más envidias ni provocó más chismorreos.

La venta de la gran obra de Gainsborough había dado ocasión a un nuevo brote de «georgianamanía». La visión de enigmática belleza captada por el pintor y el valor extraordinario que se le otorgaba a la obra estaban en boca de todo Londres. Los comentaristas Victorianos, como sus predecesores del siglo XVIII, acumularon una vez más los elogios sobre este icono de la belleza femenina al tiempo que enumeraban algunos de los aspectos más jugosos de su historia sexual.

Con el robo del cuadro, el interés público por La duquesa de Devonshire de Gainsborough alcanzó cotas inimaginables. La pintura desaparecida adquirió un enorme simbolismo cultural y sexual. Fue alabada, reproducida y parodiada una y otra vez; se convirtió en el póster de la Marilyn Monroe de su tiempo, mientras que la figura de Georgiana era enarbolada de nuevo como símbolo máximo de la coquetería femenina. El hombre que raptó a la duquesa esa noche de 1876 se llamaba Adam Worth, alias Henry J. Raymond, opulento vecino de Mayfair, caballero intachable para todos y mente maestra de la delincuencia. En la época del robo, Worth estaba en

el punto más alto de su carrera y controlaba un ejército de malhechores de menor talla en una asombrosa industria del delito. Robar el cuadro fue no sólo una ratería osada sino también un acto romántico y arrogante. Georgiana y su retrato representaban el pináculo mismo de la alta sociedad inglesa. Worth, por el contrario, era un judío alemán de nacimiento, educado en Estados Unidos en la más sórdida pobreza, que gracias a una existencia delictiva sin parangón llegó a dominar el sistema de clases y privilegios implantado en la sociedad británica y a ofrecer un aspecto de absoluta virtud. La hermosa duquesa había muerto setenta años antes de que Worth decidiera, según sus propias palabras, «raptar» su retrato y empezar una extraña relación amorosa, auténticamente victoriana, entre un ladrón y una tela.

## 2 UNA BUENA GUERRA

A finales de agosto del año 1862, los ejércitos de la Unión y de la Confederación se enfrentaron en un enfangado campo de Virginia y se destrozaron mutuamente durante dos días en un encuentro que ha pasado a la historia como «la segunda batalla de Bull Run», uno de los episodios más sangrientos de la guerra de Secesión norteamericana.

Según los registros oficiales de la guerra, en esa carnicería murieron más de tres mil soldados, entre los que figuraba un tal Adam Worth, que en aquel entonces tenía dieciocho años.

Bull Run fue el escenario de la primera muerte de Worth y de su primera reencarnación. Los informes sobre su muerte eran muy exagerados, por supuesto. Lejos de perecer en el campo de batalla de Virginia, el joven Worth había sobrevivido a la guerra con excelente salud, otro nombre, una profunda aversión al derramamiento de sangre y toda una nueva carrera como impostor por delante. La guerra de Secesión estuvo a punto de destruir Estados Unidos, pero el país se moldeó de nuevo tras la carnicería, y lo mismo hizo Worth. A lo largo de los cuarenta años siguientes se esfumaría y volvería a aparecer bajo un nuevo nombre con una regularidad y una facilidad que desconcertaría a la policía de tres continentes.

Worth se mostró siempre muy reservado respecto a los años anteriores a su extraño renacimiento en Bull Run. Tal vez fuera lo más conveniente para mantener las mil y una leyendas que se contaban sobre esa época. Algunas biografías posteriores insistieron en que era hijo de una acaudalada familia yanqui y que había recibido una educación selecta. En fin, que era un delincuente de buena cuna, en la tradición de Raffles. Otra biografía afirmaba, de forma categórica pero sin la menor prueba en la que apoyarse, que «su padre era ruso-polaco y su madre alemana»<sup>[5]</sup>. El gran detective William Pinkerton, hombre que llegó a conocer a Worth mejor que nadie, insistía en que era hijo de un burgués adinerado de Massachusetts, quien lo había enviado a una academia privada para que estudiara una profesión honrada, pero había sido testigo de cómo las malas compañías de los bajos fondos de Nueva York seducían al muchacho y lo llevaban al delito. «De haber seguido una vida recta, sin duda se habría convertido en un famoso hombre de negocios»,<sup>[6]</sup> se lamentaba el respetable Pinkerton. Otra figura importante en la vida de Worth, una conocida novia de ladrones y gangsters llamada Sophie Lyons, coincidía en la opinión de que Worth venía de buena cuna y declaraba que «había nacido en una familia excelente y tenía una buena educación, [pero] había adquirido malas costumbres y había desarrollado una pasión incontenible por el juego»<sup>[7]</sup>.

Worth sería el último en negar tan sugestivos orígenes, los cuales, como tantos aspectos de su existencia, estaban a considerable distancia de la verdad. Adam Worth (o Wirth, o en ocasiones incluso Werth) nació en 1844 en algún lugar del este de



Alemania. Sus padres eran unos judíos alemanes que emigraron a Estados Unidos cuando Worth tenía sólo cinco años. El padre, desconocedor del idioma y casi en la indigencia, se estableció de sastre en la población de Cambridge, Massachusetts. No nos han llegado más detalles acerca de sus padres pero cabe suponer que la educación que le dieron al niño, sobre todo en el aspecto ético, fue claramente deficiente: el joven Adam no sólo se aficionó al delito a una edad temprana sino que su hermano menor, John, no tardó en seguirlo, y su hermana, Harriet, continuó la tradición familiar y se casó con un abogado con pocos escrúpulos.

Al parecer, la primera lección de Worth sobre timos y estafas la aprendió en el patio de una escuela de Cambridge. A Pinkerton le gustaba contar que Worth «ingresó en la escuela a los seis años y que muy poco después, según su propia narración, se dejó engañar en un cambalache con un chico mayor que él, que le ofreció un penique nuevo y reluciente a cambio de dos peniques viejos»<sup>[8]</sup>. El pequeño Worth, para quien la moneda recién acuñada era un objeto más atractivo que las viejas, accedió al cambio y volvió a casa para enseñarle el penique a su padre, quien «le dio una despiadada azotaina»,<sup>[9]</sup> logrando con ello «dejar bien marcado en el muchacho cuál era el valor del penique nuevo en relación con los dos viejos»<sup>[10]</sup>.

«Desde aquel día hasta su muerte, nadie, fuera amigo o enemigo, honrado o deshonorado, negro o indio, pariente o ajeno a la familia, se aprovechó de Adam Worth en ninguna transacción comercial»,<sup>[11]</sup> añadía Pinkerton.

Así creció el joven Worth, aunque no demasiado. Según los archivos policiales, su estatura estaba en torno al metro sesenta y cinco. Sus contemporáneos destacaron su corta talla, y sus colegas de fechorías, siempre tan literales en los motes que se ponían entre ellos, lo llamaron Little Adam («Pequeño Adam»). En realidad, en una época en que las personas eran considerablemente más bajas que en la actualidad, nuestro hombre no quedaba muy por debajo de la estatura media, pero a aquellos tipos, que no podían evitar un sentimiento de admiración hacia él, les convenía destacar la pequeñez de Worth, pues así sus acciones delictivas se magnificaban y su capacidad para escapar a las autoridades se hacía aún más admirable. Cuando Robert Anderson, el detective de Scotland Yard, lo calificó de «Napoleón del mundo de la delincuencia»,<sup>[12]</sup> no se refería sólo a los nefarios logros y la talla delictiva del hombre sino también a esta contrastante escasez de centímetros. Y con su corta estatura, Worth desarrolló rápidamente un colosal complejo napoleónico.

La estatura de Worth fue siempre el primer rasgo físico señalado por los diferentes detectives, policías, malhechores y amantes que tuvieron contacto con él. A continuación se mencionaban sus ojos, oscuros, casi negros y de mirada penetrante bajo las cejas alborotadas, unos ojos que sugerían inteligencia y determinación. Cuando se enfurecía, lo cual sucedía rara vez, se le volvían desagradablemente saltones. Tenía una mata de pelo tupida y llevaba los cabellos cortos y peinados a un lado; la nariz era curva y prominente, y de adulto lucía un largo bigote que se retorció por sus mejillas hasta unirse a unas espléndidas patillas.

Si la dura infancia de Worth le imbuó una cínica determinación a superar en astucia a quienes lo rodeaban, al parecer también lo impregnó de un intenso romanticismo.

Mientras su padre apenas conseguía juntar lo suficiente para mantener viva a su descendencia en el agujero pestilente que era el hogar de la familia Worth, su hijo mayor se transportaba con la imaginación a un mundo de grandes banquetes, ropas finas y exquisitas conversaciones.

El pilluelo judío emigrado tuvo múltiples ocasiones de observar las demostraciones externas de riqueza y posición entre los estudiantes de Harvard que se exhibían en Cambridge. Y descubrió que cuanto más brillante es el penique, más fácil resulta la falsificación. Avergonzado de sus orígenes humildes, frustrado por la indigencia, es evidente que el joven Worth se sentía a la altura de los caballeros más refinados que se pavoneaban por Boston Common. Su riqueza y su aire mundano le producían sentimientos contradictorios de envidia, resentimiento y cólera, pero también de admiración y de deseo. Y decidió «mejorar de posición».

Entonces, como ahora, América lo prometía todo a todo el mundo, aunque no siempre cumplía su palabra; y «la ambición —como escribió el cardenal Newman—, pone a todo el mundo en la expectativa de triunfar y progresar en la vida, de hacer dinero, de conseguir poder, de perjudicar al rival, de imponerse a quienes antes eran sus superiores, de aparentar una distinción y una dignidad de las que antes carecía»<sup>[13]</sup>. Worth compartía esas aspiraciones, y con el tiempo las vería cumplidas. Sólo sus métodos lo distinguirían de otros hombres hechos a sí mismos, pues lo que éstos tenían por haberlo ganado, heredado o comprado, él se limitaba a robarlo; en su caso, la respetabilidad se la proporcionaba el latrocinio, el engaño y el fraude. Si su padre había trabajado como un esclavo para confeccionar ropas que satisficieran la vanidad de los ricos, Worth se confeccionaría el disfraz deslumbrante de un simulador, con telas robadas.

Pero sería un error tomar al joven Worth como un mero ejemplo de inmoralidad, como un rompedor nato de la urdimbre social. Desde edad temprana abrazó muchos de los principios morales más valiosos: la lealtad a la familia y a los amigos, la afición por el trabajo bien hecho, la perseverancia, la generosidad, la caridad y el valor. Al entrar en la adolescencia, el pequeño Adam ya empezaba a desarrollar un carácter con muchas facetas contradictorias: egoísta, codicioso y desprendido hasta la exageración, a la vez insensible y romántico, mostraba un indisimulado cinismo con quienes lo rodeaban —en especial con sus superiores sociales—, pero nunca estafó a un amigo, nunca robó a un pobre ni perjudicó a un inocente. Era perfectamente consciente de la diferencia entre el bien y el mal y desarrolló un código de conducta que mantuvo con la misma resuelta convicción que cualquier pilar de la sociedad, al tiempo que volvía del revés los códigos de ésta. Adam Worth tenía mucho tiempo para cuestiones morales; era las leyes lo que despreciaba. Las circunstancias de la existencia temprana de nuestro hombre, duras y cargadas de incertidumbre, le

provocaban el profundo convencimiento de que era posible ser una «buena» persona, al menos en su propia valoración, sin dejar de llevar una vida de calculado engaño.

Así, cuando el canijo retoño del sastre judío pasó de una infancia de privaciones a una adolescencia que poco más le ofrecía, tomó la firme decisión de desembarazarse de su primera existencia, tan poco sugestiva. A los catorce años huyó de casa, dejó atrás a sus humildes padres y dio la espalda a su posición de marginados sociales. Es posible que en su joven mente todavía no se hubiera formado la idea de emprender una carrera en el mundo del delito y de la impostura, pero ya sabía lo que no quería. Nunca volvió a poner el pie en el hogar de su infancia, pero toda su agitada existencia quedó marcada por una necesidad de amor familiar, y quizá también por la imponente figura paternal que su padre nunca fue.

Tras llevar durante unos meses «una vida de vagabundeo en la ciudad de Boston»,<sup>[14]</sup> Worth se trasladó a Nueva York, donde por primera y única vez en su vida desempeñó un trabajo honrado como vendedor «en una de las principales tiendas de la ciudad»;<sup>[15]</sup> los grandes delincuentes son notoriamente picajosos en esta clase de temas, y nuestro hombre nunca se extendió en detalles sobre este breve coqueteo con el trabajo remunerado. En cualquier caso, el experimento quedó interrumpido por el inicio de la guerra de Secesión. A los dieciocho años, el dependiente de Massachusetts abandonó de buena gana la tediosa labor de abastecer las estanterías y se alistó en un regimiento neoyorquino del ejército de la Unión que se preparaba para marchar hacia el sur a entrar en combate.

El nombre de Worth aparece por primera vez en el registro del Regimiento de Artillería Ligera 29 de Nueva York, más conocido como «batería Flushing», que se había formado en la ciudad de ese nombre, en Long Island. Fue alistado oficialmente en la unidad en Nueva York, el 28 de noviembre de 1861, y según Pinkerton recibió una «prima de enganche de mil dólares»<sup>[16]</sup>. Muchos jóvenes reclutas hinchaban sus edades al alistarse para parecer más maduros de lo que eran y acelerar así su posible promoción. Worth, con sus diecisiete años, declaró que tenía veinte; es su primera mentira de la que hay constancia.

El comandante de la batería Flushing, Jacob Roemer, era un zapatero nacido en Alemania y emigrado a Nueva York en 1839. El capitán Roemer era un hombre irascible y exigente, bizco, de perilla prominente y con el característico rostro huraño del estricto cumplidor de las ordenanzas. Roemer, vano, iracundo y valiente hasta la locura, escribió muchos años después unas memorias llenas de autobombo, al parecer con el propósito de demostrar que el autor era uno de los principales responsables de que se hubiera ganado la guerra. El joven Worth, paisano de Roemer, captó pronto la atención de su comandante pues no tardó en ser ascendido a cabo y luego, el 30 de junio de 1862, al rango de sargento al mando de cinco hombres y un cañón. Worth estaba bien encaminado en su carrera para convertirse en un soldado de éxito, pero para entonces ya había caído en malas aunque muy sociables compañías. «Se relacionó con algunos compañeros licenciosos a quienes había conocido en bailes y

fiestas durante su estancia en Nueva York»,<sup>[17]</sup> anotó Pinkerton más adelante.

La vida en la batería Flushing no tenía nada de festiva. Los soldados recibieron instrucción durante varios meses en Long Island, donde aprendieron a manejar la artillería de campaña bajo la inspección, obsesivamente crítica, del comandante de la unidad. Por fin, a comienzos del verano, el capitán Jacob Roemer, cinco oficiales subalternos, el sargento Adam Worth, ciento cincuenta hombres, ciento diez caballos, doce mulas de carga y una lavandera recogieron sus pertrechos y se encaminaron al sur para sumarse al resto del ejército de la Unión bajo el mando del incompetente general Pope, uno de los personajes más merecidamente relegados al olvido de toda la guerra de Secesión. En Washington continuaron la instrucción algún tiempo más, en torno al edificio inacabado del Capitolio. Worth no pasó ni un minuto a gusto allí, e incluso Roemer reconoció que Camp Barry era «un hoyo de fango»<sup>[18]</sup>.

«Sólo deseábamos tener una oportunidad de demostrar nuestra devoción y lealtad a nuestro país»,<sup>[19]</sup> escribió Roemer, cursi y patriotero. Worth tenía otras miras. De hecho, su primer contacto con la vida militar le había impregnado de un creciente desprecio hacia la autoridad.

Durante los primeros días de agosto, los ejércitos de la Unión y de la Confederación, éste bajo el mando de Thomas Jackson, Muro de Piedra, se estudiaron con mutua cautela por los campos y colinas de Virginia. La batería Flushing participó en varias encarnizadas escaramuzas, pero hasta finales de agosto la batería no conoció todo el espanto de la batalla, cuando ambos bandos se encontraron frente a frente, por segunda vez en la guerra, en los campos conocidos como Bull Run.

La tarde del 28 de agosto, gracias en gran medida a la absurda determinación de Roemer de cubrirse de gloria y de sangre, tanto él como sus hombres, la batería Flushing se encontró enfrentada a corta distancia con el enemigo en medio del valle de Manassas. Roemer disfrutó cada instante de la batalla. «Los obuses y las balas llovían, raudos»,<sup>[20]</sup> recordaba, mientras los servidores disparaban cargas de doscientas siete libras, y finalmente conseguían poner en retirada al enemigo. «Me sentí triunfante», escribió Roemer. En cambio, a uno de sus tenientes lo encontraron oculto tras unos arbustos, aterrorizado, y hubo que retirarlo del campo, tembloroso. El comandante de la batería estaba en su elemento y contemplaba el campo de batalla a pecho descubierto con el riesgo —o tal vez con la esperanza— de ser alcanzado por el enemigo y de dejar un reguero de últimas palabras adecuadamente heroicas mientras exhalaba el último aliento. El día 30 dirigió una arenga a sus tropas. «Muchachos, es inútil ocultaros lo que quizá nos aguarda —anunció lúgubrementemente—. Antes de que se ponga el sol esta noche, es posible que muchos de vosotros hayáis entregado vuestra vida; tal vez yo mismo me cuente entre los caídos. Pero lo único que tengo que deciros es... ¡morid como hombres; no huyáis como cobardes! Manteneos junto a vuestros cañones, y con la ayuda de Dios y de nuestro propio esfuerzo tal vez salgamos con bien. De frente, ¡marchen!»<sup>[21]</sup>.

La opinión que merecía a Worth la oratoria épica de Roemer puede deducirse de

sus acciones posteriores.

Unas horas más tarde, la batería se vio inmersa en el enfrentamiento más encarnizado que había librado hasta entonces. «Balas y granadas caían como granizo en plena tormenta... las balas silbaban por todas partes y los obuses abrían surcos en el suelo. Se tambaleaban los hombres, caían los caballos, y realmente parecía como que hubiera llegado el día del Juicio Final»,<sup>[22]</sup> recordaba Roemer, a quien le mataron el caballo mientras lo montaba, y que con visible satisfacción por su parte recibió por fin una herida limpia en el muslo derecho. Finalmente, el enemigo se retiró. El ejército de la Unión recibió una contundente derrota en Bull Run, pero el inestable capitán Roemer consideró aquella batalla como una inmensa victoria personal.

Sin embargo, por lo que se refiere a Adam Worth, el hecho más intrigante de la batalla de Bull Run es que, según los documentos oficiales, no sobrevivió a ella.

Roemer registró sin emociones la muerte del joven Worth: «Durante esta batalla, que se conoce comúnmente como la segunda batalla de Bull Run o de Manassas, librada entre el 29 y el 30 de agosto de 1862, las bajas de la batería L fueron de catorce hombres heridos (incluido el sargento Adam Wirth [sic], alcanzado mortalmente), además de yo mismo, tres caballos muertos y veintiuno heridos»<sup>[23]</sup>. Según los registros del Ejército, Adam Worth murió el 25 de septiembre en el Seminary Hospital de Georgetown debido a las heridas recibidas tres semanas antes en la batalla.

Lo que sucediera realmente a Adam Worth en Bull Run queda abierto a las especulaciones porque, a diferencia de Roemer y por razones evidentes, él no escribió sus memorias de guerra. Es cierto que resultó herido en combate puesto que más adelante se ufanó de ello, pero no parece que la herida fuese muy importante. En algún momento entre el 30 de agosto, en que fue retirado del campo de batalla, y el 25 de septiembre, en que fue dado por muerto de forma oficial, Worth consiguió escaparse. Tal vez cambió su identidad por la de otro soldado mortalmente herido o quizás, en la confusión que siguió a una batalla en la que tantos heridos y agonizantes se amontonaban en la capital de la nación, el suyo sólo fue un error administrativo fortuito, y su nombre fue anotado en la lista que no debía.

En cualquier caso, Worth salió de los campos de batalla de Virginia con una mera herida superficial y con una identidad completamente nueva. Para las instancias oficiales, Adam Worth había dejado de existir, de modo que podía desertar sin temor a que lo persiguieran. Por primera vez, aunque no por última, se reinventó a sí mismo y se convirtió en un «reenganchaste» profesional.

Durante los meses siguientes, Worth estableció un patrón de conducta: se alistaba en un regimiento bajo nombre supuesto, recogía la prima de enganche que se ofrecía y acto seguido se apresuraba a desertar. Así anduvo de una unidad del ejército irregular en otra, cambiando de nombre en cada parada y perfeccionando una habilidad para la farsa que más adelante se convertiría en su profesión a tiempo completo. William Pinkerton, que por esa época también era un joven soldado del

ejército de la Unión, informó que tras la primera deserción y el primer realistamiento Worth «estuvo destinado durante un tiempo en la isla Riker's, en Nueva York, [y] de allí fue trasladado en barco de vapor al río James, en Virginia, donde se le destinó a uno de los regimientos de Nueva York en el ejército del Potomac»<sup>[24]</sup>. Aunque la guerra convenció a Worth de la inutilidad de la violencia, sus deserciones fueron motivadas por la avaricia más que por la cobardía, y el muchacho se encontró repetidas veces en el fragor de la batalla, entre ellas, según Pinkerton, la famosa de las Tierras Vírgenes, en mayo de 1864, de una ferocidad apenas menor que la batalla de Bull Run.

La deserción era un negocio lucrativo aunque arriesgado. Según uno de sus socios en las actividades delictivas, «en su tercer alistamiento fue reconocido como reenganchista, encadenado en compañía de otros de su ralea y enviado al frente del ejército del Potomac»<sup>[25]</sup>. Una vez más salió incólume del lance, se apresuró a desertar y volvió a alistarse. Resultaba evidente sin embargo que tanto cambio de regimiento suponía un riesgo, de modo que decidió con todo descaro que había llegado el momento de cambiar de bando. Como escribió un contemporáneo: «Por esa época, el general Lee, del ejército sudista, emitió una proclama anunciando que todos los soldados federales que desertaran y se pasaran a las filas de la Confederación con su armamento recibirían treinta dólares del gobierno Confederado y se les facilitaría además un pasaporte para cruzar de nuevo la frontera y entrar en Estados Unidos por los estados colindantes de Virginia Occidental y de Kentucky»<sup>[26]</sup>.

El malhechor en ciernes, al que le tenían sin cuidado sutilezas como la lealtad a la causa de la Unión, «aprovechó de inmediato estas condiciones, generosas en extremo, y desertó una noche en compañía de algunos otros, mientras realizaba el servicio de guardia»<sup>[27]</sup>. Sin embargo no se quedó mucho tiempo entre los sudistas, y una vez cobrados los treinta dólares cruzó de nuevo la zona confederada «hasta alcanzar la frontera de los estados nordistas»<sup>[28]</sup>. Worth habría repetido la operación varias veces más, sin duda alguna, pero antes de que pudiera hacerlo finalizó la guerra y con ella la primera fase de la carrera delictiva del muchacho.

Worth fue uno más de los jóvenes soldados que con la declaración de paz se encontraron desocupados. Otro de ellos fue William Pinkerton, un hombre que llegaría a jugar un papel decisivo en la vida de Worth y su cronista más fiable. No transcurriría mucho tiempo hasta que los dos hombres se convirtieran en adversarios, uno a cada lado de la ley; más tarde, pese a todos sus recelos, llegarían a admirarse mutuamente, a colaborar en cierta conspiración; y finalmente a establecer una extraña amistad. Sus caminos no se cruzaron hasta después de la guerra, pero ambos eran ya reflejos mates y brillantes del otro, eran los peniques relucientes y gastados de la infancia de Worth, parejos en valor pero completamente distintos en lustre.

William Pinkerton, el hijo mayor de Alian, un escocés que había fundado la agencia en 1850, tenía la misma edad que Worth y se había alistado en el ejército de

la Unión casi al mismo tiempo.

Si los primeros años de la vida de Worth habían estado marcados por las carencias materiales y por una completa ausencia de guía ética, los de Pinkerton en cambio transcurrieron en el Chicago pudiente, bajo un régimen de normas morales severísimas. Allan Pinkerton era un detective fuera de lo común, aunque también era un padre brutal y extraordinariamente mojigato que inculcaba en sus hijos y empleados las virtudes de la honradez, la integridad y el valor con un entusiasmo rayano en el fanatismo. William hizo cuanto pudo por estar a la altura de tamaña exigencia, pero nunca llegó a ser suficientemente bueno. Al lado de su padre, que era el jefe de los servicios secretos oficiales de Abraham Lincoln, William Pinkerton no sólo infiltró agentes en territorio confederado a través de la frontera sino que durante la guerra también estuvo presente en el primer vuelo de observación de un globo aerostático. Valiente, fanfarrón y lleno de vitalidad, la explosión de un obús le hirió en la rodilla en la batalla de Antietam cuando «ya había adquirido una experiencia que había de serle muy valiosa en la vocación que seguiría»<sup>[29]</sup>.

Pinkerton asistió al Nôtre Dame College de Indiana durante un año y luego se incorporó a la agencia de detectives de su padre, que experimentaba un rápido crecimiento, y donde pronto se labró fama de agente infatigable de la ley, uno de los primeros y quizás el mejor de toda la casta de detectives de Norteamérica. Los Pinkerton escogieron como símbolo un ojo humano abierto y el lema «El ojo que nunca duerme».

La vida y andanzas posteriores de Worth y de Pinkerton son una demostración palpable de la doble moralidad que tanto obsesionaba a los Victorianos. Los dos hombres se perseguían y se imitaban —el detective hacía de Holmes frente a Worth/Moriarty—, pero ambos compartían los mismos gustos, actitudes y opiniones. Ambos representaban típicas historias norteamericanas de hombres hechos a sí mismos, salidos de la emigración, tenaces en su oportunismo, firmes en sus creencias pero situados en polos opuestos de la moralidad convencional. Worth habría sido un detective extraordinario; Pinkerton, un delincuente de talento. La guerra de Secesión norteamericana fue una experiencia gravemente traumática, pero su final permitió que el país empezara a reconstruirse y a reinventarse una vez más. Al igual que otros miles de camaradas, los dos hombres salieron de los campos de batalla decididos a conseguir su objetivo. Para ello tomaron caminos diametralmente opuestos pero a lo largo de su vida el reenganchista y el héroe de guerra terminarían en el mismo bando, de un modo que ninguno de los dos habría sido capaz de predecir.

Pinkerton tuvo una destacada trayectoria durante la guerra, pero el expediente militar oficial del sargento Adam Worth también era un registro de épicos actos de valentía y de trágico heroísmo: un soldado joven y prometedor, herido mortalmente mientras defendía a la Unión en el campo de batalla de Bull Run. La realidad sin embargo es que había pasado la guerra escabulléndose de los mandos, cambiando de bando, abandonando la bandera de dos ejércitos rivales y sacando un considerable

beneficio económico de todo ello. Era un buen inicio.



### 3 LOS BAJOS FONDOS DE MANHATTAN

Como tantos otros veteranos, tras la guerra de Secesión fue a parar a Nueva York.

A mediados de la década de 1860, la ciudad ya se había convertido en uno de los lugares de mayor criminalidad del mundo. Los políticos se dejaban comprar, los magistrados y policías eran corruptos, a los pobres no solía quedarles más alternativa que echarse a robar, y los ricos mostraban poca inclinación a no hacerlo puesto que sus actos solían quedar en la impunidad. Rara vez se ha conjurado la historia para reunir, en una isla de tan pequeñas dimensiones, tan colorida variedad de descuidados, timadores, prostitutas, estafadores, chulos, rateros, atracadores de bancos, mendigos, matones y ladrones de todo pelaje. Algunos de los criminales profesionales más poderosos ocupaban puestos de la máxima autoridad, pues ésta era la época de Boss Tweed, el político más descaradamente venal que ha producido nunca la ciudad de Nueva York. La corrupción y la avaricia se extendían por la ciudad como las vetas en el mármol, y las autoridades de la activa metrópoli solían ser tan deshonestas como aquellos a quienes gobernaban... y desplumaban.

Al término de la guerra, a medida que los despojos humanos inundaban la zona baja de Manhattan, la miseria y las oportunidades criminales se fueron multiplicando. En 1866, Matthew Simpson, un obispo metodista, calculó que en la ciudad, con una población total de ochocientas mil personas, había treinta mil ladrones, veinte mil prostitutas, tres mil locales de bebidas y dos mil establecimientos dedicados al juego. Entonces, como ahora, la riqueza más apabullante coexistía con la pobreza más abrumadora y la delincuencia era endémica.

William Howe y Abraham Hummel, dos de los abogados de delincuentes más famosos de Nueva York, escribieron una obra titulada *En peligro, o la vida en Nueva York: la verdadera historia de las trampas y tentaciones de la gran ciudad*, que pasaba por ser una advertencia contra los riesgos de la delincuencia, y cuyo objetivo era proteger a los incautos. En realidad no era otra cosa que un catálogo de objetivos que podían convertirse en botín, junto con un breve manual de los diferentes métodos para obtenerlos, desde el chantaje a las trampas en las cartas o la voladura de cajas fuertes. Howe y Hummel prometían «elegantes almacenes repletos de los productos más costosos y escogidos, grandes bancos cuyas cámaras y cajas fuertes contienen más oro en barras del que podría transportar el barco más grande, colosales establecimientos rebosantes de diamantes, joyas y piedras preciosas traídas de todas las partes del mundo, conocidas o por civilizar [...]. Riquezas incontables, en muchos casos guardadas con tan poca cautela»<sup>[30]</sup>. (El libro se convirtió de inmediato en un *best seller*, y según un experto criminólogo «se hizo lectura obligada para todo ladrón profesional o aspirante a serlo»<sup>[31]</sup>).

Era normal por tanto que un delincuente con ambiciones como Worth se encaminara a Nueva York, y que una vez allí aprendiese deprisa. Decidido a no

volver a trabajar como simple chupatintas en un banco y endurecido por la experiencia de la guerra, Adam Worth se incorporó a la sociedad de los ladrones. «Gracias a su relación con otros reenganchistas, terminó por relacionarse con ladrones profesionales y malhechores en general; desde esa época, la suya fue una vida de fechorías»,<sup>[32]</sup> resumía Pinkerton con tristeza.

Worth no tardó en instalarse en el distrito de Bowery, en Manhattan, una zona de legendaria miseria que albergaba a una comunidad delictiva, próspera y numerosa, que en su mayor parte se dividía en bandas: los Rufianes, los Guardacolillas, los Cuarenta Ladrones, los Conejos Muertos, los Chicos de Bowery, los Del Matadero, los Vaqueros, los Raros y otras. Muchos de estos pandilleros no eran sino matones de excepcional violencia cuyas especialidades delictivas no se extendían más allá de los asaltos callejeros, los asesinatos y las mutilaciones, infligidos a menudo a otros como ellos y por lo general bajo la influencia de prodigiosas cantidades de alcohol combinadas con esencia de trementina, alcanfor y cualquier otro tóxico que tuvieran a su alcance, por letal que fuese.

«Muchos salones no cerraban nunca, o tan sólo el tiempo necesario para limpiarlos. Después empezaba de nuevo el consumo de bebidas, los juramentos, las partidas de cartas y sólo Dios sabe qué más»,<sup>[33]</sup> recordaba Eddie Guerin, un timador sin suerte pero biógrafo de éxito que terminaría por convertirse en amigo y colega de Worth. Entre los tres mil establecimientos de bebidas señalados por el obispo Simpson se contaban locales de nombres tan eufónicos como Las Ruinas, El Infierno de Milligan, Cadena y Candado, Puerta del Infierno, La Morgue, Sala de Suicidas de McGurk, Inferno, Agujero del Diablo, Bañera de Sangre, Hogar del Lisiado y El Vertedero. Pero si los nombres de los bares eran indicativos de la inmoralidad que reinaba en ellos, los de la clientela eran aún más explícitos: Ostras Hervidas Malloy; Ludwig el «Chupasangre», un vampiro al que «le crecía pelo de todos los orificios»<sup>[34]</sup>; Donovan el Desastre; Noles el Cerdito; el pirata Scotchy Lavelle, que más tarde emplearía a Irving Berlin como camarero cantante en su bar; Jack Cómetelos McManus; Eddie la Peste; Joe Lewis el Hambriento, que una vez le birló a Oscar Wilde cinco mil dólares de su cuenta corriente; Gyp, el Sangre; Peter el Nervios, un psicópata que, sin ninguna razón explicable, se lanzaba contra cualquier policía tan pronto lo veía; Frank el Latino; Maggie Gata del Demonio, que se había limado los dientes hasta dejarlos en punta y llevaba unas uñas afiladas de metal; Hurley el Sonado y Tirantes Mag, una dama aterradora que llevaba el bar El Hueco en la Pared, y que de vez en cuando arrancaba de un mordisco la oreja de algún cliente revoltoso y la guardaba en un frasco de encurtidos encima de la barra, «pour encourager les autres»; Granjack Zelig, quien, según su propio cuadro de tarifas, rajaba una cara por un dólar y mataba a un hombre por diez; Walsh el Glotón, Connally el Bombachos y Dooley el Babuino, de la banda de los Raros; Curran Un Pulmón, que robaba los abrigos de los policías; Gugú Knox; Jack Mulraney, el Feliz, que mató al encargado de un local por reírse del tic facial que le había valido el

apodo; las encargadas de burdel Hester Jane Haskins la Avara, Lizzie Luz Roja y la inolvidable Sadie la Cabra, una pirata de río y jefa de la banda de Charlton Street, que ocupaba una taberna en la ribera del río, en el East Side y aterrorizaba las casas de campo a lo largo del río Hudson.

Según Herbert Asbury, cuyo libro *Bandas de Nueva York*, publicado en 1928, es probablemente el mejor sobre el tema, «A Sadie, el apodo [la Cabra] le venía de su costumbre, cuando topaba con un desconocido con aspecto de llevar dinero o bienes de valor, de agachar la cabeza y embestir contra su estómago; entonces, su compañero se apresuraba a golpear a la sorprendida víctima con una cachiporra, tras lo cual lo desvalijaban a placer»<sup>[35]</sup>. (Por razones desconocidas, aunque fáciles de imaginar, Sadie terminó por enemistarse con la formidable Tirantes Mag, quien le arrancó una oreja de un mordisco, como era su costumbre. Con todo, la historia tuvo un final feliz: las dos mujeres terminaron por reconciliarse, tras lo cual la imponente Tirantes metió los dedos en el tarro de encurtidos, recuperó el órgano perdido y se lo devolvió a Sadie la Cabra, quien desde entonces lo llevó siempre colgado al cuello en un relicario).

Sophie Lyons, la autodenominada Reina del Hampa, cuyas notables memorias son una fuente de información fundamental sobre la vida de Worth, fue tenida por «la timadora más notoria que ha producido Norteamérica»<sup>[36]</sup>. Con el tiempo, Sophie cambió de vida, empezó a escribir para los periódicos neoyorquinos sus relatos lascivos sobre la vida de los bajos fondos de la ciudad y terminó por convertirse la primera columnista de chismorreos sobre la alta sociedad del país.

Adam Worth se incorporó rápida y fácilmente a este mundo pintoresco y horrendo. A los veinte años, dotado ya de su propio apodo, el Pequeño Adam se convirtió en carterista.

«Birlar carteras se ha convertido aquí en un arte, que es practicado por muchas personas como profesión —escribió la autora de *The Secrets of the Great City* en 1868—. Requiere un largo entrenamiento y una gran habilidad, pero una vez adquirida ésta su poseedor se convierte en un miembro peligroso de la comunidad»<sup>[37]</sup>. Sophie Lyons, que fue íntima amiga de Worth y en ocasiones su cómplice, describió cómo se había iniciado el Pequeño Adam en el oficio de delincuente: «Como yo misma y como tantos otros que más adelante alcanzaron notoriedad en campos delictivos más destacados, empezó por el robo de carteras. Tuvo buenos maestros y era un alumno aventajado. Sus dedos largos y delgados parecían hechos para el delicado trabajo de recuperar relojes de los bolsillos de los hombres y monederos de los bolsos de las mujeres»<sup>[38]</sup>.

Como aprendiz de carterista, Worth se encontró en un mundo enormemente jerarquizado. El nivel inferior del oficio estaba formado por los llamados «descuideros», jóvenes inexpertos que muchas veces resultaban indistinguibles de los pedigüeños; una posición ligeramente superior ocupaban los «tironeros», que como el nombre indica no hacían ningún esfuerzo por evitar que los detectaran sino que se

limitaban a coger el botín y salir corriendo, o los «safistas», que se especializaban en robar los pañuelos de seda de los bolsillos de los fracs. El estadio más alto de la profesión lo constituían los «tomadores del dos», para quien limpiar bolsillos era un arte que requería una osadía y una destreza manual considerables. Ágil y discreto, Worth empezó como safista, pero el veterano de la guerra no tardó en graduarse y pasar a tomador del dos, maestro en el arte de «meter el pico». Las iglesias eran cotos de caza especialmente provechosos, al igual que las estaciones de transbordadores, teatros, hipódromos, reuniones políticas, locales de espectáculos y cualquier otro recinto en el que hubiera un gran número de personas distraídas, obligadas a permanecer muy próximas.

Aunque la carrera de carterista en solitario podía ser provechosa, los que tenían más éxito trabajaban en grupo, y «las facultades de Worth le permitieron disponer muy pronto de capital suficiente para financiar a otros delincuentes»<sup>[39]</sup>. Tras asociarse con algunos amigos de su misma ralea, Worth fundó un sindicato de carteristas, del cual sería principal coordinador, banquero y beneficiario. Según Lyons, ésta fue «la primera manifestación de la capacidad ejecutiva que un día lo convertiría en un hombre poderoso en los bajos fondos»,<sup>[40]</sup> en un Napoleón de los marginados.

La técnica para actuar en grupo estaba bien establecida. Se selecciona un «primo» de aspecto próspero; a continuación, el «consorte» choca con él o lo empuja; mientras el primo está distraído con el incidente, el carterista (a veces conocido como el «piquero») le limpia el bolsillo y pasa de inmediato lo robado a un «consorte» que se aleja entonces en otra dirección, como si el asunto no fuera con él. Charles Dickens describió la maniobra en *Oliver Twist*: «El ratero tropezó con sus pies, o trastabilló accidentalmente, al tiempo que Charley Bates chocaba con su espalda y en aquel breve instante lo despojaron con extraordinaria rapidez de la cajita del rapé, el cuaderno de notas, el reloj, la cadena, el alfiler de la camisa, el pañuelo de bolsillo y hasta la funda de las gafas»<sup>[41]</sup>. En este caso, el «primo» no era otro que el propio Fagin, el *pater familias* de los rateros.

Con su eficaz equipo de carteristas, Worth se convirtió con rapidez en un dignatario menor de la llamada delincuencia influyente, como era conocido el peldaño superior de la jerarquía de los bajos fondos, y según Lyons no tardó en conseguir «mucho dinero y una extendida reputación por su astucia para evitar la detención»<sup>[42]</sup>. Sin embargo, la carrera delictiva de Worth apenas había empezado a florecer cuando sufrió un alto, brusco y molesto. A finales de 1864 fue detenido por robar un paquete de un camión de Adams Express y fue sentenciado sumariamente a tres años de reclusión en Sing Sing, la cárcel de infausta fama de Nueva York, a orillas del río Hudson.

El breve encarcelamiento de Worth por reenganchista no lo había preparado para el desmedido horror de «la Bastilla del Hudson». En 1825, el alcaide de la prisión, un sádico espectacular e inventivo llamado Elam Lynds, declaró: «No creo en la reforma

del preso adulto [...]. Es un cobarde, un malhechor voluntario cuyo ánimo debe ser doblegado con el látigo»<sup>[43]</sup>. En 1833, Alexis de Tocqueville describió Sing Sing como «una tumba de muertos vivientes»,<sup>[44]</sup> tan callados y acobardados estaban los internos.

Vestido con el inconfundible uniforme a rayas de preso establecido por Lynds, Worth fue enviado con el resto de los penados a las canteras de la cárcel, donde trabajó en la preparación de la nitroglicerina para las detonaciones. Muchos años más tarde, Worth recordaba que el encargado le dio instrucciones de calentar el explosivo cuando el aire helado lo dejaba frío y le quitaba efectividad. Así lo hizo, agradecido de la oportunidad de calentarse las manos, y tuvo suerte de no volar en pedazos pues como reconocía con franqueza, «en aquella época ignoraba lo peligroso que era»<sup>[45]</sup>. Enseñar a unos criminales endurecidos a manejar nitroglicerina no fue desde luego la decisión más brillante por parte de las autoridades, como años después demostraría con tanta claridad la pericia de Worth para reventar cajas fuertes.

El hombre que se había liberado de sus cadenas en el Potomac, que de la deserción había hecho un oficio, no iba a padecer los horrores de Sing Sing un instante más de lo necesario, aunque los vigilantes del presidio, una ralea de indecible brutalidad, tuviera órdenes de disparar a cualquiera que intentase escapar. Mientras trabajaba, Worth se dedicó a calcular los movimientos de los guardianes, y apenas unas semanas después se escabulló de la vista de los carceleros mientras se producía el cambio de turno y se ocultó en un canal de desagüe que «evacuaba en el interior del túnel del ferrocarril»<sup>[46]</sup>. Protegido por la noche, según un contemporáneo «Worth consiguió cubrir algunos kilómetros río abajo, donde había varias barcazas de transporte en un amarradero»<sup>[47]</sup>. Aterido de frío y cubierto de barro, se ocultó en una de ellas, y «unas horas más tarde tuvo la satisfacción de verse trasladado a la ciudad de Nueva York por un remolcador que acudió a recoger la barcaza en la que se había refugiado»<sup>[48]</sup>. Al amanecer, mientras el remolcador se acercaba a su «muelle solitario, muy arriba en el West Side de la ciudad»,<sup>[49]</sup> Worth se descolgó al agua y ganó a orilla a nado. «A pesar de que llevaba puesta la indumentaria de preso logró llegar hasta la casa de un conocido, donde consiguió una ropa normal»,<sup>[50]</sup> e inmediatamente se sumergió otra vez en el desagradable aunque protector anonimato del Bowery.

La indiferencia con la que Worth recordaba tiempo después esta fuga esconde lo que debió de ser una experiencia terrible, aunque formativa. A sus veinte años había visto lo peor del sistema penal norteamericano, y su desprecio hacia la autoridad era formidable. Que no dudase en sumergirse en un río agitado en plena noche, vestido con ropas de preso y consciente de que su captura podía significarle la muerte, refleja tanto su resistencia física como una creciente fe en su propia invencibilidad. Lejos de que su breve y desagradable experiencia en la cárcel lo reformase, Worth llegó a la conclusión de que la vida de un ratero no ofrecía suficientes recompensas, vistos los

peligros, y de que había llegado el momento de cambiar de dirección y aumentar las apuestas en su *vendetta* personal contra la sociedad. Tras reunir a algunos componentes de su antigua banda, empezó a ampliar su ámbito de actuaciones a los robos con allanamiento de morada y otros delitos contra la propiedad, además de seguir limpiando bolsillos. «Su palabra era ley entre el grupito de jóvenes ladrones que reunió en torno a él»,<sup>[51]</sup> recordaba Sophie Lyons. «Worth aportaba el cerebro que los mantenía libres de problemas, y el dinero necesario para sacarlos si los atrapaban. Cada mañana se reunían en un pequeño restaurante de Canal Street para recibir sus órdenes, y por la noche volvían para entregarle una parte considerable de sus beneficios del día»<sup>[52]</sup>. Por el momento, las actividades de Worth no habían ido más allá de lo que podría denominarse delincuencia desorganizada. En adelante sus pasos serían más cautelosos: delegaría a menudo y sólo se arriesgaría en persona cuando la recompensa o la promesa de aventura fueran mayores. Su estricto dominio sobre el resto de la banda fue la primera muestra de un complejo de poder que se acentuaría con la edad. Es justo decir que los delincuentes no son la gente más intelectual que existe. En términos generales tienden a caracterizarse por una considerable estupidez. El enfoque inteligente que Worth daba al negocio, y su capacidad para conseguir resultados en forma de dinero contante y sonante, fueron suficientes para asegurar la obediencia e incluso la veneración de sus secuaces.

Solvente por primera vez en su vida, su determinación de superarse a todos los niveles le condujo pronto a las ruletas neoyorquinas, a los garitos de juego y a las mesas de faraón, ese extraordinario juego de azar que una vez hizo furor entre los jugadores y que hoy ha desaparecido prácticamente.

Con fuertes apuestas, en la firme creencia de que cuanto más arriesgara más le sonreiría la fortuna, empezó a llevar una vida de *sportsman* y se desplazó de los sucios tugurios de Bowery a las luces del Uptown New York —más brillantes y lujosas aunque no menos disolutas— y el famoso *glamour* inmoral del conocido barrio de vicio y corrupción.

La inteligencia natural de Worth no era el único rasgo de su carácter que lo distinguía de sus compinches de fechorías. También destacaba por no abusar de la bebida, en una época en que el alcoholismo era endémico y la botella prácticamente obligatoria entre la delincuencia. Más extraño incluso dada su limitada estatura, resultaba su rechazo a cualquier forma de violencia y su opinión de que el derramamiento de sangre era una torpeza innecesaria y hasta desaconsejable. De las sesenta y ocho mil personas detenidas en Nueva York en 1865, cincuenta y tres mil fueron acusadas de delitos con violencia. Sin embargo, Worth estableció la norma de que no se empleara la fuerza en ninguna acción delictiva que tuviera que ver con él, una norma que sólo se saltaría una vez en su vida. El rechazo del alcohol y de la violencia constituía una necesidad para mantener el control de quienes estaban bajo su autoridad. Los malhechores que bebían o se peleaban cometían errores; por esa razón, Worth se mantuvo aparte de las bandas establecidas, que a menudo no eran

más que grupos ambulantes de maleantes borrachos, en guerra entre sí.

El joven no se contentaba con organizar a sus esbirros: necesitaba dominarlos, darles órdenes y recompensarlos mientras proseguía su meteórico ascenso en los bajos fondos. Worth, un delincuente sobrio, no violento y lleno de recursos que gobernaba sus fuerzas entre una tropa de tipos pendencieros, ignorantes y borrachos, también era excepcional por el alcance de sus aspiraciones delictivas o, por decirlo con otras palabras, por su codicia voraz. Sophie Lyons tomó nota de la «ambición insaciable»<sup>[53]</sup> del Pequeño Adam cuando éste inició su ascenso social hasta la clase alta de la delincuencia.

Uno de los mayores malhechores de Norteamérica en esa época recordaría más adelante que «la situación social creada por la guerra entre el Norte y el Sur produjo un gran número de delincuentes de gran inteligencia»<sup>[54]</sup> en diversas especialidades, pero en la Nueva York posbélica, los ladrones de bancos estaban considerados la aristocracia en su campo. James L. Ford, experto en los aspectos menos presentables de la ciudad por haber participado en ellos, escribió en sus memorias: «Actividades como los atracos a bancos eran tenidas en mucha mayor consideración durante los años sesenta y setenta que en el presente; a los miembros más distinguidos del oficio se los conocía de vista, y su presencia era señalada a los forasteros»<sup>[55]</sup>. Allan Pinkerton, el padre del futuro adversario de Worth, apuntaba en su libro *The Bankers, Their Vaults and the Burglars*, editado en 1873, que «en lugar del bribón torpe, chabacano y de mal aspecto de otros tiempos, hoy tenemos al ladrón inteligente, científico y calculador, experto en el uso de herramientas y con aspecto de caballero respetable, que se enorgullece de dejar tras él un trabajo limpio»<sup>[56]</sup>.

Eddie Guerin, amigo de Worth, apuntaba que «un buen ladrón de bancos tiene que ir bien vestido y parecer un caballero»<sup>[57]</sup>. Sophie Lyons corrobora estas palabras y apunta también que entre la casta superior de la delincuencia asimismo reinaba una cierta dosis de esnobismo profesional. «No era fácil que un joven entrara en un grupo organizado de ladrones de bancos, pues los más experimentados eran reacios a poner en peligro sus posibilidades de éxito llevando con ellos a un principiante»<sup>[58]</sup>.

Worth intentó, sin éxito, ser aceptado en bandas ya establecidas como la de George Leonidas Leslie, más conocido como Western George, que era responsable de una gran parte de los robos a bancos que se llevaron a cabo en Nueva York entre el final de la guerra y 1884. Cuando Sophie Lyons tuvo su primer encuentro con Worth, éste estaba «impaciente por iniciarse en los golpes a bancos»,<sup>[59]</sup> sobre todo a través del marido de Sophie, un conocido ladrón llamado Ned Lyons. Sin embargo, los veteranos de la banda rechazaron todas las propuestas del aspirante recién llegado.

Worth necesitaba un patrocinador, alguien que le proporcionase una entrada a la élite de los bajos fondos, y lo encontró en la figura gigantesca de Marm Mandelbaum.

## 4 LOS PROFESIONALES

Los escritores de la época recurrían a los superlativos para describir a Fredericka, más conocida como Madre o Marm Mandelbaum: «La mayor promotora de delincuencia de los tiempos modernos»,<sup>[60]</sup> «la perista de más éxito en la historia de Nueva York»<sup>[61]</sup> y «la primera persona que estableció una cierta organización en el hampa estadounidense»,<sup>[62]</sup> son sólo algunos de los elogios que recibió en su carrera delictiva, larga e ininterrumpida.

El apodo maternal de Marm era consecuencia de su actitud hacia los delincuentes de todo pelaje, pues tenía un corazón tan inmenso como su talla. Era una aristócrata del crimen, pero a diferencia del objeto del afecto de Worth en otra época posterior — el retrato de Georgiana, duquesa de Devonshire—, Marm Mandelbaum no era un cuadro al óleo. «Era una mujer enorme de casi cien kilos. Tenía una mueca permanente en los labios y unas mejillas extraordinariamente gordas sobre las cuales había unos ojillos negros, unas gruesas cejas negras y una frente alta y despejada con una mata de pelo negro recogido en un moño, rematado normalmente con un sombrerito negro del que pendían unas plumas»<sup>[63]</sup>.

Al igual que Worth, Fredericka había emigrado de Alemania a Estados Unidos en su juventud. Había llegado «sin un pariente o amigo»,<sup>[64]</sup> pero en absoluto indefensa. Sophie Lyons, que adoraba a Marm, señalaba que «sus facciones ásperas y duras, su corpulencia y su mirada penetrante eran protección y compañía suficientes para cualquiera», y añadía en tono crítico pero con indudable precisión que «no es probable que nadie forzase a esa emigrante, en concreto, a aceptar atenciones indeseadas»<sup>[65]</sup>.

Poco después de bajar del barco, la formidable Fredericka había puesto el ojo en un tal Wolfe Mandelbaum, dueño de una tienda de artículos para caballero que poseía un edificio de tres plantas en el número 79 de Clinton Street, en el barrio Kleine Deutschland del East Side de Manhattan. Wolfe, un tipo débil y holgazán, estaba «afectado de dispepsia crónica»<sup>[66]</sup>. Unas pocas semanas bajo la dieta de Fredericka, que cocinaba platos voluminosos pero fáciles de digerir, lo decidieron a casarse con ella. «Desde ese momento en adelante, la cabeza de familia de los Mandelbaum fue la señora Mandelbaum»<sup>[67]</sup>. Aunque oficialmente seguían siendo tenderos, Marm convirtió el edificio de Clinton Street en la sede de una de las mayores operaciones de comercio de objetos robados que se ha visto en Nueva York. Empezó «vendiendo el género casa por casa»,<sup>[68]</sup> y en unos años levantó un enorme negocio que «movía el botín y financiaba las operaciones de una buena mayoría de las grandes bandas de ladrones de bancos y de almacenes»<sup>[69]</sup>. Para ocultar sus bienes robados utilizaba locales de Manhattan y de Brooklyn, y tenía en nómina a Howe y Hummel, dos abogados famosos por sus pocos escrúpulos, a quienes pagaba cinco mil dólares anuales para que se ocuparan de mantenerla en libertad —mediante sobornos casi



siempre— cada vez que «la ley hacía un gesto atrevido en su dirección»<sup>[70]</sup>. El terreno de actuación de Marm era sobre todo el comercio de bienes robados, pero no se olvidaba de financiar las operaciones de otros ladrones e incluso se decía que había mantenido una «escuela Fagin» en Grand Street, no lejos de la comisaría central de policía, «donde chiquillos y jovencitas aprendían a ser expertos carteristas y rateros»<sup>[71]</sup>. Unos cuantos alumnos destacados pasaron incluso a «tareas de posgraduado, como el chantaje y los timos»<sup>[72]</sup>.

Marm Mandelbaum aparece por primera vez en los archivos policiales en 1862, y se calcula que a lo largo de las dos décadas siguientes manejó mercancía robada por valor de entre cinco y diez millones de dólares. Los delincuentes la adoraban. Como apuntó en cierta ocasión el famoso ladrón Banjo Pete Emerson, «era una mujer taimada y falsa como no había dos, pero podía ser un ángel con el mismo diablo mientras éste jugara limpio con ella»<sup>[73]</sup>. Conforme crecía la fama, la fortuna y la cintura de la señora (pronto se convirtió en la viuda Mandelbaum, pues la dispepsia no tardó en acabar con Wolfe), creció también la extravagancia de su estilo de vida y de sus ambiciones sociales. Los dos pisos por encima de su centro de operaciones «fueron amueblados con una elegancia que no era superada en ningún lugar de la ciudad; de hecho, muchos de sus cortinajes más valiosos habían adornado los hogares de aristócratas y habían sido sustraídos para ella por ladrones agradecidos y considerados»<sup>[74]</sup>. Allí tenía su corte como una *saioniste* de los bajos fondos y «ofrecía espléndidas veladas, con cena y baile, a las que acudían algunos de los delincuentes más famosos de Norteamérica, y con frecuencia oficiales de policía y políticos que habían caído bajo la influencia de esa mujer»<sup>[75]</sup>.

«Nunca olvidaré la atmósfera del local de Madre Mandelbaum»,<sup>[76]</sup> recordaba Sophie Lyons con nostalgia, pues allí se congregaban no sólo ladrones y estafadores sino también jueces parciales, policías corruptos y políticos en horas bajas, todos ellos dispuestos a hacer negocio. Delincuentes de altura como Shang Draper y Western George acudían a postrarse a los pies de Marm, y ella recompensaba su homenaje protegiendo sus fechorías, vendiendo el botín y ayudando a los que caían en manos de la ley. En una profesión que no destacaba por su generosidad, Marm era una excepción y conservaba «un rincón especialmente tierno en su corazón para las mujeres delincuentes»<sup>[77]</sup> y para otros que pudieran necesitar una ayuda para ascender en la escala criminal; era partidaria de la igualdad de oportunidades en el trabajo y una firme defensora de que el sexo no era ninguna barrera para el éxito en el mundo delictivo. Una visión muy adelantada para la época y una verdad de la que ella misma era la prueba más tangible. No toleraba sin embargo la competencia, y cuando una ladrona de extraordinario éxito llamada Black Lena Kleinschmidt robó una fortuna, se trasladó a Hackensack (un barrio más acomodado entonces de lo que resulta hoy) y empezó a darse ínfulas y ofrecer fiestas y cenas, Marm se puso furiosa. Y se sintió totalmente feliz cuando Black Lena fue descubierta como ladrona de joyas

y encarcelada, después de que uno de sus invitados advirtiera que la anfitriona lucía un anillo de esmeraldas robado del bolso a su mujer unas semanas antes. «Eso demuestra que hace falta cerebro para ser una auténtica dama»,<sup>[78]</sup> fue el comentario despreciativo de Marm Mandelbaum.

En la época en que Worth buscaba desesperadamente la manera de entrar en el escalón superior de la delincuencia, Marm ya era una leyenda, y tal vez la malhechora más influyente del país. «El ejército de los enemigos de la sociedad debe tener un general y creo que el más poderoso de todos ellos fue Madre Mandelbaum»,<sup>[79]</sup> apuntó Sophie Lyons, que había conocido al joven Worth, y fue probablemente quien lo introdujo en el refinado círculo de Marm. Worth se hizo un habitual de sus veladas, y muy probablemente estaba bajo su tutela cuando llevó a cabo su primer contacto, decepcionante, con el mundo de los robos a bancos. En 1866, Worth y su hermano John se colaron en la Atlantic Transportation Company de Liberty Street, en Nueva York, y pasaron varias horas tratando de volar la caja fuerte hasta que se dieron por vencidos y abandonaron el lugar, al romper el alba. Lyons expone su «gran disgusto»<sup>[80]</sup> ante el golpe fallido. Como si no hubiera sucedido nada, tras un año de organizar algunos robos menores, Worth —esta vez trabajando en solitario— llevó a cabo su primer robo importante al llevarse veinte mil dólares en bonos de una compañía de seguros en su ciudad natal de Cambridge. Marm Mandelbaum, capaz de comerciar con cualquier mercancía robada, desde caballos y carruajes hasta diamantes, los vendió gustosamente por una parte de su valor nominal; luego dio a Worth su diez por ciento de costumbre y se guardó el resto. No puede decirse que el robo lo enriqueciera pues fue un golpe poco importante, pero «lo convirtió en consumado ladrón de bancos a los ojos de sus compañeros»<sup>[81]</sup>.

Antes de que pasara mucho tiempo, Worth se había ganado fama de «mano maestra en la ejecución de robos»<sup>[82]</sup> y empezaban a circular por los bajos fondos comentarios sobre su sangre fría.

Al parecer, a Worth le gustaba navegar lo más ceñido al viento que podía. A cada huida por los pelos, su desprecio por las fuerzas del orden se hacía más intenso y profundo. Según explicaron más tarde los detectives Eldridge y Watts, «en una ocasión, después de atracar una joyería en Boston, el atrevido ladrón salió por la puerta principal y se encontró cara a cara con un policía. Sin la menor vacilación, ese hombre de nervios de acero saludó con cortesía al agente, volvió sobre sus pasos, abrió de nuevo la puerta y dijo fríamente a su compinche del interior: "William, asegúrese de cerrar bien la puerta cuando se vaya. Yo tengo que tomar el siguiente coche". Y así lo hizo, tras desear una noche tranquila al agente, pero saltó del carruaje unas calles más allá de la joyería, volvió atrás con sigilo, hizo una indicación a su compañero y los dos escaparon con el botín»<sup>[83]</sup>.

Alumno ávido de aprender, Worth encontró en Marm Mandelbaum una aliada y un modelo. La facilidad con que la mujer encargaba trabajos delictivos a otros, sus lujosos aposentos y su vida social, eran justamente la clase de existencia que él

ambicionaba para sí.

Por encima de todo, es muy probable que fuera Marm quien le enseñara la lección de que ser un perfecto caballero y un redomado malhechor no sólo era perfectamente compatible sino lo más provechoso. La mesa de Marm ofrecía una atmósfera de lujo ilícito en la que los delincuentes de más altura podían disfrutar de la compañía de hombres y mujeres de condición pareja a la suya, dedicados también a asuntos ilegales.

Dos de los invitados de Marm en particular tendrían papeles cruciales, aunque muy diferentes, en el futuro de Worth.

El primero era Maximilian Schoenbein, alias M. H. Baker, alias M. H. Zimmerman, alias el Holandés, alias Mark Shinburn o Sheerly, alias Henry Edward Moebus, pero más habitualmente alias Max Shinburn, «un ladrón de bancos de porte distinguido que afirmaba quejoso que en el fondo era un aristócrata y que detestaba a los zafios delincuentes con los que estaba obligado a asociarse»<sup>[84]</sup>. Durante las tres décadas siguientes, los caminos delictivos de Adam Worth y Max Shinburn correrían paralelos. Los dos malhechores tenían mucho en común y llegaron a detestarse profundamente.

Shinburn nació el 17 de febrero de 1842 en la ciudad de Itzlingen, Württemberg, donde fue aprendiz de mecánico antes de emigrar a Nueva York en 1861. Desde edad muy temprana se hizo llamar el Barón, y con el tiempo llegó a adquirir efectivamente el título de barón Schindle o Sehindell de Múnaco, «en lo cual gastó una parte de su fortuna»<sup>[85]</sup>. Reservado, inteligente e insufriblemente arrogante, la elegante figura del Barón destacaba entre la gente de los bajos fondos. Hasta la policía estaba impresionada.

El inspector Thomas Byrnes, del departamento de Policía de Nueva York, lo consideraba «probablemente el ladrón de bancos más experto del país»<sup>[86]</sup>, mientras que la policía belga ofrecía esta descripción del pulcro malhechor políglota: «Habla inglés con un ligerísimo acento germano, francés fluido y alemán. Siempre va bien vestido, tiene un aspecto distinguido y unos modales educados. Habla con gran finura y siempre se aloja en los mejores hoteles»<sup>[87]</sup>. Las facciones de Shinburn eran llamativas: «Ojos pequeños y azules de mirada penetrante, nariz larga y recta, bigote y una pequeña perilla, ambos de color castaño salpicado de gris, el bigote con las puntas retorcidas, la barbilla afilada [...] a veces lleva barba completa, y en ocasiones bigote y barba para ocultar el pronunciado hoyuelo que tiene en el mentón»<sup>[88]</sup>. Sus numerosos encuentros con los servidores de la ley y el gusto por los duelos en sus años mozos le habían dejado otras muchas marcas que lo identificaban. Tras una detención, el agente de policía tomó nota de ellas con espeluznante minuciosidad: «En el revés de la muñeca izquierda [...] heridas por disparo de pistola que corren paralelas cerca de la deformidad de la pierna derecha [...] herida de pistola o revólver en el costado izquierdo [...] varias pequeñas cicatrices que parecen resultado de una andanada de perdigones; cicatriz en el costado izquierdo del abdomen, con aspecto de

haberle entrado una bala por detrás y haberlo atravesado [...]»<sup>[89]</sup>. Las ínfulas aristocráticas de Shinburn estaban llenas de agujeros, como todo él.

Su notoriedad delictiva procedía sobre todo de haber inventado una máquina capaz de revelar, según afirmaba, la combinación de cualquier caja fuerte: «Un trinquete que, colocado bajo el disco de la combinación de una caja, dejaba una marca en una hoja de papel calibrado cada vez que el disco se detenía y empezaba a moverse en la dirección opuesta. El ladrón repetía el proceso hasta obtener la combinación completa»<sup>[90]</sup>. Según otras fuentes policiales, «tenía un oído tan agudo y sensible que al girar el disco era capaz de determinar en qué números caían los tambores»<sup>[91]</sup>.

Con su formación de mecánico, Shinburn perfeccionó también un equipo de herramientas ligeras y potentes para reventar cajas, que se dispuso a vender a otros. «Shinburn revolucionó el instrumental del ladrón y le dio una base científica<sup>[92]</sup>», dejó escrito Sophie Lyons. Al objeto de perfeccionar su técnica para reventar cajas, el Barón «se empleó durante un tiempo, bajo nombre supuesto, en la fábrica de Lilly Safe Co., [cuyas] cajas fuertes estaban consideradas entre las mejores y más seguras»<sup>[93]</sup>. Pero no por mucho tiempo. El rastro de cajas vacías que dejó tras él actuó finalmente contra el propio Shinburn, y «la caja Lilly tuvo tal fracaso comercial que la empresa se vio abocada a la quiebra»<sup>[94]</sup>.

«No se ha construido la caja que no sea capaz de abrir»,<sup>[95]</sup> se vanaglorió Shinburn ante Sophie Lyons en cierta ocasión.

Cuando Worth conoció a Max Shinburn, mediada la década de 1860, el segundo ya se había labrado fama de hombre importante entre la comunidad de ladrones de banco, tras haber limpiado el Savings Bank de Walpole, New Hampshire. Worth tenía sentimientos ambiguos acerca del Barón. Admiraba su atuendo de dandi y envidiaba su fama, pero su inagotable fanfarronería y su aire de superioridad le resultaban insoportables.

Mucho más del gusto de Worth era Charles W. Bullard, otra oscura lumbrera de los bajos fondos y protegido de Mandelbaum. Bullard, *playboy* delincuente, lánguido y atractivo, más conocido por Piano Charley, era hijo de una familia rica de Milford cuyos antepasados se remontaban a un miembro del estado mayor de George Washington. «Tuvo una buena educación escolar»,<sup>[96]</sup> heredó una gran fortuna de su padre cuando aún era adolescente y se lanzó al mal de inmediato y sin moderación. Dilapidada la herencia, Bullard probó suerte en el oficio de carnicero, pero pronto renunció a la ocupación y «dedicó su habilidad al robo de bancos y de cajas fuertes»<sup>[97]</sup>. La predisposición la había heredado de su abuelo, de quien se decía que había sido un ratero «de poca monta». «La vida disoluta de Bullard y su ansia insaciable de excitación morbosa lo convirtieron en un taimado malhechor»,<sup>[98]</sup> y más tarde en un ladrón de osadía y astucia fuera de lo común; ya entonces, la gente de los bajos fondos de Nueva York lo consideraba «uno de los delincuentes más atrevidos

de cuantos han utilizado una palanca o han reventado una caja fuerte»<sup>[99]</sup>.

«Bullard es un hombre de buena educación —registraba un informe policial en tono admiratorio—. Habla inglés, francés y alemán con fluidez, y toca el piano con la habilidad de un profesional»<sup>[100]</sup>. Pícaro, refinado y atractivo, con una perilla fina y unos ojos claros, Bullard tenía tres pasiones en la vida y de las tres disfrutaba al límite: las mujeres, la música y el juego. Gracias a la práctica constante con su instrumento de media cola, Piano Charley había desarrollado tal «delicadeza de tacto»<sup>[101]</sup> que podía adivinar la combinación de una caja por el simple método de hacer girar los tambores, mientras que sus sonatas de piano eran capaces de hacer saltar las lágrimas al criminal más desalmado y de atraer a la cama a la mujer más casta.

«Jugador inveterado»,<sup>[102]</sup> permanentemente escaso de fondos, a menudo increíblemente borracho aunque siempre encantador, Bullard era una de las mayores figuras románticas del mundo del hampa de Nueva York. Bajo el ojo benigno de Marm Mandelbaum, entre él y Worth se estableció de inmediato una corriente de simpatía.

En la lista de delitos de Piano Charley Bullard figuraban ya robos de joyas, atracos en trenes y fuga de prisión. A principios de 1868, formando equipo con Max Shinburn y otro ladrón profesional, Ike Marsh, penetraron en la cámara de seguridad del Ocean National Bank de Nueva York después de cavar un túnel hasta el sótano. El botín ascendía a más de cien mil dólares, la mayor parte de los cuales terminaron en los bolsillos de Shinburn. «Los ladrones estuvieron casi un mes trabajando en el túnel, y el banco se arrumó con la pérdida»,<sup>[103]</sup> decía el informe policial. Ese mismo año, el 4 de mayo, Bullard se había confabulado otra vez con Marsh para robar el ferrocarril Hudson River Railroad Express mientras viajaba desde Buffalo, en el norte del estado, por el tendido férreo central de Nueva York, hacia la estación Grand Central. Enterados de que la Merchant's Union Express Co. utilizaba el tren para transportar cantidades de dinero en metálico, y con la connivencia de un vigilante del tren a quien sobornaron, «se ocultaron en el furgón de equipajes [...] en el cual viajaba la caja, y se llevaron cien mil dólares»<sup>[104]</sup>. Bullard y Marsh saltaron del tren en el Bronx con el dinero y títulos negociables guardados en maletines. Al vigilante lo encontraron atado y aparentemente inconsciente, babeando espuma por la boca; la baba resultó ser jabón, y el hombre fue detenido de inmediato.

Los Pinkerton, cuya fama se extendía hasta tal punto que ya eran llamados a actuar en casi todos los robos importantes, habían seguido el rastro de los ladrones hasta Toronto. Allí encontraron a Ike y a Charley, dándose la gran vida en uno de los hoteles más caros de la ciudad. Tras una larga batalla judicial, Bullard fue entregado a Estados Unidos y encarcelado en White Plains, Nueva York, a la espera de juicio. Con el poco dinero que le quedaba, la familia Bullard contrató a un costoso abogado para que defendiese a su hijo descarriado. Al igual que Worth, Piano Charley no dejaba pasar jamás una ocasión de delinquir y arregló las cosas para que una de sus

muchas amigas birlara mil dólares (la minuta completa) del bolsillo del abogado «mientras volvía a Nueva York en el tren»<sup>[105]</sup>.

Casi con toda certeza, fue Marm Mandelbaum quien decidió que Piano Charley, cuya música era una atracción tan popular en sus fiestas y banquetes, no debía languidecer en prisión.

Worth, que ya era buen amigo del encarcelado, fue escogido junto con Shinburn para el trabajo de sacarlo. Esta fue la primera y única vez en que los dos actuaron juntos.

Una semana después de su encarcelamiento, los amigos de Bullard cavaron un túnel a través del muro de la prisión de White Plains y pusieron en libertad a Ike y a Charley. Inmediatamente después regresaron a Nueva York para celebrar el éxito con una prolongada fiesta que, en el caso de Bullard, resultó escandalosamente bañada en alcohol. El Barón estaba inmensamente satisfecho de sí mismo. «Shinburn se enorgullecía más de cómo había entrado en la cárcel de White Plains para liberar a Charley Bullard y a Ike Marsh, dos amigos suyos, que de algunos de sus robos más atrevidos»,<sup>[106]</sup> contaba Sophie Lyons. El éxito de la fuga carcelaria cimentó la reciente amistad entre Worth y Bullard. Piano Charley poseía la vitalidad relajada y el barniz cultural que el Pequeño Adam tanto admiraba y aspiraba a emular. Por otra parte, Worth era inteligente y calculador, cualidades de las que carecía Bullard, un tipo agradable pero no muy despierto.

Los dos hombres decidieron formar sociedad.

## 5 LA NOVIA DEL LADRÓN

El banco Boylston National de Boston era una vista familiar para Worth desde sus años mozos. Los ricos burgueses de Boston creían que su dinero estaba todo lo seguro que resultaba humanamente posible tras la impresionante fachada del banco, un imponente edificio de ladrillo en la esquina de las calles Boylston y Washington, en el corazón de la ciudad. Según Sophie Lyons, Worth «hizo una visita de inspección a todos los bancos de Boston y decidió que el famoso Boylston Bank, el mayor de la ciudad, era el más adecuado para dar un golpe»<sup>[107]</sup>. Tiempo después, Max Shinburn afirmaría que había participado en la planificación del robo, pero no hay pruebas de que se requiriera ni se solicitara su parecer. De hecho, la exclusión de Shinburn de ese «trabajo» pudo ser la fuente de la enemistad entre él y Worth.

Ike Marsh, el compinche irlandés de Bullard en el asunto del robo al tren y un nombre bastante corto de luces, fue su compañero en el golpe, que como todos los grandes golpes fue de lo más simple. Bajo el nombre de William A. Judson & Co., comerciantes en tónicos para la salud, los tres hombres alquilaron el edificio contiguo al banco y levantaron un tabique tras el escaparate en el cual «se exponían un par de centenares de botellas que contenían, según las etiquetas adheridas a ellas, cierta cantidad de "Tónico Oriental de Gray"»<sup>[108]</sup>. «Las botellas —según los Pinkerton— servían a un doble propósito: exponer la mercadería e impedir que el público viera el interior»<sup>[109]</sup>. Nunca se ha llegado a saber en qué consistía ese tónico oriental pues jamás se vendió un solo frasco.

Después de calcular cuidadosamente el punto de la pared de la tienda contiguo a la caja fuerte del banco, los ladrones empezaron a cavar. Durante una semana, trabajando sólo de noche, Worth, Bullard y Marsh apilaron los escombros en la trastienda hasta que por fin «quedó al descubierto la plancha metálica de la cámara acorazada»<sup>[110]</sup>.

«Perforar ésta fue un trabajo más arduo —informaba más tarde el Boston Post—. Tan silenciosa fue la operación que el único ruido que percibieron los ocupantes de las estancias contiguas fue como el que haría una persona al clavar una moqueta con un vulgar martillo. Las herramientas utilizadas para el golpe fueron [unas] barrenas o berbiquies de dos centímetros de diámetro mediante las cuales taladraron una serie de agujeros, cada uno de los cuales se conectaba con el contiguo, hasta quitar una pieza de cuarenta y cinco por treinta centímetros. También utilizaron, cuando lo requería la situación, tenazas, martillos y cinceles para consumir su inicua fechoría»<sup>[111]</sup>. En las primeras horas del domingo 21 de noviembre de 1869, Worth se coló por el hueco, encendió una vela en el interior de la cámara e inspeccionó el botín. «El tesoro estaba guardado en unos veinticinco o treinta cofrecillos metálicos»,<sup>[112]</sup> que Worth procedió a pasar a sus cómplices uno tras otro. «Los ladrones forzaron los cofres, examinaron el contenido, se quedaron lo que había de valor y rechazaron el resto»<sup>[113]</sup>. Mientras

amanecía sobre Boston, los tres compinches cargaron el botín en baúles con la etiqueta «Tónico Oriental de Gray», alquilaron un carruaje hasta la estación y tomaron el tren de la mañana a Nueva York.

Más de veinticuatro horas después, a las nueve de la mañana del lunes, los empleados del banco abrieron la cámara y «se quedaron anonadados ante la escena que encontraron»<sup>[114]</sup>. Todas y cada una de las cajas de seguridad del banco, y con ellas el sólido prestigio del Boylston National Bank de Boston, habían desaparecido.

### ***THE BOSTON POST***

***Martes, 23 de noviembre 1869***

Ayer por la mañana, Boston se sobresaltó. El término no es exagerado. Un robo de la magnitud del sufrido por el banco Boylston National —de hecho unos doscientos mil dólares—, que se perpetró en algún momento entre el sábado por la tarde y el lunes por la mañana, es un suceso absolutamente fuera de lo común en el quehacer cotidiano de esta ciudad y casi imposible de creer. Sin embargo, el robo es indiscutiblemente un gran golpe; tomado como un trabajo, observado como un artista haría con la obra de otro artista, es uno de los más hábiles que la prensa ha tenido la fortuna o la desdicha de publicar. El éxito casi permanente con que se ha llevado a cabo esta clase de robos durante los últimos meses a lo largo y ancho del país puede llevar a la conclusión de que el autor, o autores, del presente caso escapará al brazo de la ley, aunque es cierto que el principal organizador es tan conocido como necesita serlo un delincuente. La infinita inteligencia con la que ha llevado a cabo sus operaciones de principio a fin indica que no es un hombre de facultades corrientes y parece muy probable que, si ha conseguido eludir a la policía hasta la fecha, también escape en esta ocasión. Si así sucede, ese hombre se habrá hecho más rico de lo que tal vez él mismo había previsto [...]. El nombre por el que se conoce a este malhechor es William A. Judson.

El Boston Post, casi incapaz de ocultar su admiración, era conservador en sus cálculos. Los Pinkerton apuntaron que Worth y sus cómplices habían conseguido «casi un millón de dólares en dinero y títulos»,<sup>[115]</sup> cálculo que confirmó Sophie Lyons. En el local de William A. Judson & Co., la policía encontró «una docena o más de capazos de ladrillos y mortero»,<sup>[116]</sup> una treintena de cofres de seguridad reventados y doscientas botellas de Tónico Oriental de Gray. Durante una semana, el robo al Boylston National Bank fue el único tema de conversación en Boston. «Todo el mundo sigue hablando del robo del banco Boylston —informaba el Boston Post unos días más tarde en tono decepcionado—, pero nadie (nadie que tenga algo concreto que decir) ha comunicado la menor novedad. En todas partes se reconoce que fue un trabajo muy limpio, directo del local del tónico oriental a la caja fuerte del



banco»<sup>[117]</sup>.

En efecto, había sido el trabajo más limpio de Worth hasta la fecha, pero el propio éxito de la aventura, la enorme cantidad de dinero conseguida y la declarada determinación de las autoridades de perseguir a los ladrones —espoleada por la recompensa del veinte por ciento del botín— llevaron a Worth y a Bullard a un manifiesto dilema. Quedarse en Nueva York e intentar «realizar los títulos» por la vía tradicional era una invitación a buscarse problemas, pues incluso Marm Mandelbaum se lo pensaría dos veces antes de mover una mercancía tan caliente. Podían coger el dinero, abandonar los títulos y dirigirse al oeste, donde los estados fronterizos ofrecían anonimato y donde la ley, como mucho, sólo se aplicaba parcialmente. Sin embargo, dado su gusto por la vida cara y las compañías refinadas, Worth y Bullard no tenían madera de *cowboys* y les resultaba muy poco atractiva la perspectiva de gastarse su mal ganado dinero en algún villorrio polvoriento donde podían acabar asesinados para robarles su dinero. Una alternativa más atractiva era encaminarse a Europa, donde la extradición era improbable y los americanos ricos eran recibidos con los brazos abiertos y se hacían pocas preguntas. Ike Marsh ya había decidido tomar la jubilación anticipada con su parte del botín. Regresó a Irlanda vía Baltimore y Queenstown y fue recibido en Tipperary con gran ceremonia, como hijo del pueblo que había hecho fortuna (en su caso, ilícita). Al final, según los Pinkerton, «se dedicó al juego y a la bebida, hizo todo lo que no debería haber hecho y acabó por regresar a Estados Unidos en busca de más fondos»<sup>[118]</sup>. El pobre Ike fue detenido cuando intentaba robar otro banco en Wellesborough, sentenciado a veinte años de reclusión en solitario en el este de Pensilvania y terminó su vida «viejo, achacoso y dependiendo de la caridad de sus amigos»<sup>[119]</sup>.

Worth y Bullard supusieron acertadamente que tras un robo tan importante llamarían a los Pinkerton. De hecho, apenas una semana después del golpe al banco, los detectives ya habían seguido el rastro de los ladrones y de su botín hasta Nueva York, y los documentos de los archivos Pinkerton indican que los dos autores ya eran los principales sospechosos, gracias a alguien que se había ido de la lengua en los ambientes delictivos. La noticia de que los buscaban llegó enseguida a los propios fugitivos. «Antes de una semana esos jodidos detectives ya nos habrán echado el guante —previno Bullard a Worth—. Y no quiero tocar el piano en [la cárcel de]. Ludlow Street»<sup>[120]</sup>.

La pareja se apresuró a enviar los títulos robados a un abogado de Nueva York —posiblemente Howe o Hummel—, con instrucciones de esperar unos meses, revender entonces los bonos por una parte de su valor nominal y, a su debido tiempo, enviarles el producto de la venta. En la época, éste era un método aceptable de recuperar las propiedades perdidas, tolerado por la policía —que a menudo ayudaba a negociar el retorno de los valores—, y beneficiosa tanto para los propietarios como para los ladrones. «Todo lo que tienen que hacer [los ladrones] es pactar condiciones, lo cual significa renunciar a una parte del botín; después pueden dedicar las horas de ocio a

proyectar nuevas fechorías»,<sup>[121]</sup> señalaba el Boston Sunday Times, uno de los pocos medios de comunicación que ponía objeciones a esta confabulación, de tan dudosa moralidad. «Tiene que haber algo radicalmente viciado en el sistema policial del país cuando transacciones de este cariz se producen de forma repetida»<sup>[122]</sup>.

Worth y Bullard se apresuraron luego a guardar el resto del dinero en baúles de doble fondo, se despidieron de Marm Mandelbaum, de Sophie Lyons y de Nueva York y tomaron el tren a Filadelfia, donde los esperaba el S. S. Indiana para trasladarlos a Inglaterra. El lujoso barco los llevaría a Europa y a una nueva vida. Para ello necesitarían nuevos nombres. En su camarote de primera clase, los dos hombres hablaron llenos de optimismo de cómo se reinventarían a sí mismos. Bullard eligió llamarse Charles H. Wells y adoptar una nueva personalidad como rico hombre de negocios tejano. El alias que escogió Worth fue muy inspirado.

Aquel año había sido testigo del prematuro y muy lamentado fallecimiento, el 18 de junio, de Henry Jarvis Raymond, el fundador y director del New York Times. Raymond, senador, congresista, conciencia política y baluarte moral de la época, había sucumbido a «un ataque de apoplejía»<sup>[123]</sup> a la edad de cuarenta y nueve años, y su muerte dio pie a las palabras de adulación más solemnes que han aparecido jamás en letra impresa. He aquí algunos de los adjetivos de una sola nota necrológica del gran hombre: patriota, sabio, moderado, honorable, sincero, generoso de corazón, trabajador, frugal, consciente, magistral, modesto, valiente, noble, consistente, de elevados principios, cultivado, distinguido, lúcido, amable, justo, tolerante, moral, indulgente, vivaz, emprendedor, temperado, contenido, sagaz, elocuente, firme, comprensivo, bondadoso, generoso, justo, suave, amistoso y recto. El New York Times terminaba este himno ditirámico a su fundador con la declaración de que Raymond era «en todo momento un auténtico caballero [...]. De hecho nunca hemos conocido a un hombre más sencillo y cuya vida y personalidad ilustren mejor las virtudes de una hombría más sincera y genial»<sup>[124]</sup>. Los rivales periodísticos del diario se mostraron de acuerdo. El Evening Mail señalaba: «Siempre fue un caballero [...] fiel a sus convicciones»<sup>[125]</sup>. El Telegram lo calificaba de «uno de los periodistas más brillantes y caballerosos que ha producido el Nuevo Mundo»,<sup>[126]</sup> mientras que el Evening Post señalaba también que «era un caballero en sus modales y en su lenguaje»<sup>[127]</sup>. La tumba de este hombre íntegro, de este coloso ético, quedó marcada en el exclusivo cementerio de Green-Wood con un obelisco de doce metros en honor a sus logros y a su rectitud. «Rara vez la opinión contemporánea ha expresado un juicio más unánime, sincero y compartido que en el caso del desaparecido director del New York Times»,<sup>[128]</sup> declaraba el Post.

Worth, que ya anhelaba la respetabilidad que debía acompañar a su nueva riqueza, había leído aquellos homenajes grandilocuentes —pocos podían evitarlos— y las repetidas referencias a la «caballerosidad» del finado se habían fijado en su mente. Apropiarse del nombre de un hombre así sería una intensa y satisfactoria ironía,

mayor incluso porque Worth, ávido recolector de rumores de los bajos fondos, quizá sabía que el gran árbitro moral de la época llevaba también una doble vida de la cual sus lectores y admiradores no tenían la menor idea. Según la versión oficial, la noche de su fallecimiento, el prestigioso director «había estado con su familia y algunos amigos hasta las diez, en que los dejó para atender una consulta política; la familia no volvió a verlo hasta que fue encontrado, hacia las dos y media de la madrugada, caído en el pasillo, inconsciente y en aparente estado agónico»<sup>[129]</sup>. La realidad era bastante más sórdida, pues en realidad el recto y virtuoso Henry Jarvis Raymond había muerto de un infarto coronario agudo mientras «hacía una visita a una joven actriz»<sup>[130]</sup>. Adam Worth decidió que tanto si residía en el cielo reservado a los grandes hombres como si estaba en el purgatorio de los adúlteros, Henry J. Raymond ya no necesitaba su nombre. En el viaje a Inglaterra adquirió pues este impresionante alias — cambiando Jarvis por Judson, en memoria del apellido que había utilizado en el robo de Boston— y lo mantuvo el resto de su vida. Fue uno de los robos más astutos de Worth y uno de los menos celebrados.

A principios del año siguiente, dos ricos norteamericanos entraron en el hotel Washington de Liverpool y anunciaron que ocuparían las mejores habitaciones del establecimiento por tiempo indefinido pues tenían en proyecto un largo viaje de negocios. La pareja vestía a la última moda, con levita, corbatín de seda y bastón de bambú. Dos dandis yanquis recién desembarcados y ansiosos de diversión —los señores Henry J. Raymond, banquero mercantil, y Charles W. Wells, hombre de negocios tejano—, se encaminaron al bar del hotel a brindar por su llegada al viejo mundo. El señor Raymond brindó por el futuro; el señor Wells, como de costumbre, bebió en exceso.

Casualmente, tras el bar del hotel Washington ya les aguardaba su futuro en las muy deseables formas de la señorita Katherine Louise Flynn, una muchacha irlandesa de diecisiete años con una cabellera rubia muy tupida, unos hoyuelos deliciosos en todos los lugares donde debía tenerlos, y un fulgor en la mirada que podría haberse tomado por disponibilidad pero que probablemente era más bien pura ambición. Esta notable mujer había nacido en la pobreza de Dublín y había escapado de sus humildes orígenes a los quince años, decidida ya a llevar una vida muy distinta. Con su genio vivo, despierta y aguda como una raposa, a Kitty le gustaba el bullicio y anhelaba los viajes, la compañía culta y las cosas bonitas. Pero sobre todo tenía muy claro el valor del dinero y lo deseaba en grandes cantidades.

Mercenaria es un término poco amable; Kitty Flynn era simplemente una mujer práctica. La miseria y las privaciones de sus primeros años de vida habían dejado en ella un poso de saludable respeto por las ventajas de una buena posición económica y le habían inculcado la determinación de hacer todo lo necesario, dentro de lo razonable, para conseguirlos. En la situación en que se hallaba, esto significaba soportar, y devolver, las proposiciones bien intencionadas y galantes de los clientes habituales del hotel. Pero cuando estos parroquianos se pasaban de la raya y cometían

la torpeza de insinuar que Kitty quizás aceptase la propuesta de una cita más íntima después del trabajo, la sarta de invectivas irlandesas subidas de tono no dejaban lugar a dudas de que la camarera se consideraba destinada a placeres mucho mayores de los que aquellos hombres podían ofrecerle. El vapor de Dublín a Liverpool había sido la primera etapa en el proyectado viaje de Kitty a la fortuna y a la respetabilidad; su trabajo de camarera de hotel no era más que un apeadero en su trayecto. La llegada de los señores Raymond y Wells le abría nuevas perspectivas tentadoras. En Liverpool, los caballeros de brillante armadura no abundaban y se presentaban muy de vez en cuando... y dos americanos con dinero y dispuestos a gastarlo eran sin duda lo más parecido a ellos.

«Kitty era una muchacha de una belleza fuera de lo corriente [...] una rubia rolliza con la misma figura que [la actriz]. Lillian Russell hace algunos años»,<sup>[131]</sup> señalaba Sophie Lyons. Como todas las buenas camareras, era tetuda y tenía una melena rubia de largos rizos que le llegaban hasta la mitad de la espalda y que llevaba peinados de tal modo que parecían estallar desde la parte posterior de la cabeza. Sus rasgos eran delicados, con una nariz chata y unos labios carnosos, pero eran sobre todo sus ojos, grandes y de un azul sorprendente, los que encandilaban a sus admiradores. Bajo ciertas luces, evocaba ni más ni menos que a una rana de excepcional atractivo, lo cual resultaba muy apropiado pues Kitty no tardaría en embarcarse en una carrera en la que, como en un cuento de hadas, sería besada por un ramillete de príncipes, azules o no. En el mejor retrato que nos ha llegado de ella — una versión coloreada de una placa obtenida por el gran fotógrafo francés Félix Nadar —, Kitty Flynn exhibe una expresión que resulta entre insinuante y perversa.

Esta expresión tuvo un efecto electrizante en los recién llegados al hotel Washington en enero de 1870. Resulta difícil saber cuál de los dos ladrones entregó primero su corazón a Kitty, pero que ambos quedaron profundamente prendados de ella es algo que todos sus contemporáneos dieron por cierto. Sophie Lyons se muestra igual de rotunda acerca del asunto: «Tanto Bullard como Raymond [Sophie utiliza indistintamente el nombre auténtico de Worth y su alias] se enamoraron locamente de ella»<sup>[132]</sup>.

Durante el mes siguiente, Kitty fue asediada por los dos pretendientes, tan distintos. El uno menudo, pulcro, casi abstemio y vehemente; el otro alto, lúgubre y, en palabras de los Pinkerton, «inclinado a vivir deprisa y disipadamente»<sup>[133]</sup>. De pronto Kitty se encontró invitada a tantas copas y cenas que excedían incluso sus sueños más atrevidos, y agotó los recursos de Liverpool hasta el límite. A pesar de la rivalidad amorosa, los dos malhechores mantuvieron inalterada su amistad mientras acompañaban a Kitty de una lujosa cena a la luz de las velas a la siguiente, mientras Bullard le ofrecía serenatas y Worth hacía cuanto podía para convencerla de que él, y no su socio (más exótico), representaba la inversión más sólida. «La carrera por sus favores fue muy reñida —anota la inquisitiva Lyons— a pesar de que Bullard era un músico experto y de que hablaba vanos idiomas con fluidez»,<sup>[134]</sup> pero finalmente

Kitty cedió a las proposiciones de Piano Charley y accedió a casarse con él. Para Worth, no obstante, la muchacha siempre guardó un lugar en su corazón y, cómo no, en su cama.

Kitty Flynn se convirtió en la señora de Charles H. Wells un domingo de primavera. La ceremonia se celebró en el hotel Washington, y un nutrido grupo de curiosos acudió a presenciar cómo la novia de la ciudad subía al coche de caballos en el que se la llevaba su atractivo marido norteamericano. Adam Worth fue el padrino, y «debe decirse en favor suyo —según Lyons— que ninguna felicitación a los novios fue más sincera que la suya»<sup>[135]</sup>. Worth tenía buenas razones para tal ecuanimidad, pues aunque Kitty había accedido a casarse con Bullard, parece que estaba muy contenta de repartir sus favores entre ambos hombres. Si Bullard tenía alguna objeción a tal acuerdo, no la manifestó. De hecho no estaba en situación moral de ponerlas pues, sin que Kitty lo supiera, su reciente marido ya estaba casado. Pasaría algún tiempo hasta que Kitty descubriera que Bullard tenía una esposa y dos hijos en Estados Unidos. Aunque cabría pensar que Worth utilizase esta información para forzar a Bullard a compartir a su esposa, lo cierto es que este proceder no era muy propio de él. Por otra parte, dado que la relación amistosa entre los dos ladrones se mantuvo firme, lo más probable es que la complaciente Kitty Flynn, el liberal Bullard y Worth, que nunca permitió que los convencionalismos se entrometieran en sus deseos, descubrieran que el ménage a trois era el arreglo más conveniente para todas las partes.

Mientras Kitty y Charley disfrutaban de una breve luna de miel, Worth aprovechó el tiempo para robar la mayor casa de empeños de Liverpool, donde obtuvo unas veinticinco mil libras en joyas. Más adelante, los Pinkerton redactaron un detallado relato del robo:

«Worth buscó algo de su agrado y descubrió una gran casa de empeños de la ciudad, que a su parecer merecía la pena robar [...]. Vio que si conseguía un vaciado en yeso de la llave del local podía dar un gran golpe. Tras varios días de cauteloso trabajo consiguió pillar desprevenido al dueño, hacerse con la llave y sacar una impresión de ésta en cera. El resultado fue que dos o tres semanas más tarde el hombre de la casa de empeños llegó una mañana a su local y descubrió que faltaban de su caja fuerte todas las piezas de joyería; la tienda y la caja estaban cerradas, pero los objetos de valor habían desaparecido»<sup>[136]</sup>. El golpe causó cierta sensación en Liverpool, donde no eran frecuentes los robos de envergadura aunque abundaban los delincuentes. El relato de los Pinkerton fue escrito muchos años después, pero en términos generales parece fiable. La mayoría de los títulos robados en el Boylston National habían sido ya «devueltos» a sus propietarios, y por tanto el banco había decidido deshacerse de los onerosos servicios de la agencia de detectives. No obstante, los Pinkerton siguieron, mediante una red de informadores, sobre la pista de los delincuentes norteamericanos instalados en el extranjero. Durante los años siguientes, sus informaciones sobre Adam Worth y sus actividades bajo el nombre de

Henry Raymond se hicieron cada vez más detalladas.

Robar casas de empeños era sencillo, y Worth empezaba a impacientarse por practicar algún deporte más estimulante en aquellos nuevos predios. Kitty también estaba ansiosa por encontrar entornos más refinados y llenos de *glamour*, y a Bullard no le importaba mucho dónde iba mientras hubiera dinero y champán en abundancia y un piano cerca. Worth inundó a Kitty de caros regalos —incluidas las joyas que había robado—, le compró vestidos lujosos y la apoyó y estimuló en su determinación de dejar atrás sus orígenes humildes. Con el dinero del robo, Worth intentó remodelar a Kitty, como se reinventaba a sí mismo. Sin embargo, el mugriento Liverpool no era lugar para una dama en ciernes, y el gran fraude compartido requería un telón de fondo más brillante. A finales de 1870, el trío recogió todas sus pertenencias, entre ellas los restos todavía considerables del golpe al Boylston Bank, liquidaron la cuenta del hotel Washington y se dirigieron a París. La guerra francoprusiana, el sitio de la ciudad y la anarquía de la Comuna habían convertido a la capital francesa en un lugar de especial atractivo para un par de delincuentes con ambiciones sociales y para la muchacha que compartían.

## 6 UN BAR AMERICANO EN PARÍS

París proporcionaba una demostración palpable de esa clase especial de doble moral que Worth absorbería y adaptaría. Bajo el Segundo Imperio se podía detener a una mujer por fumar en los jardines de las Tullerías, pero la inmoralidad personal era casi de rigor. La impresión superficial era de magnificencia, pero la corrupción y el libertinaje eran desenfrenados. Los empresarios especulaban, los hedonistas se abandonaban a los placeres y los visitantes ingleses decían pestes de «la degradación moral»<sup>[137]</sup>. La gran fachada alegre y brillante del Segundo Imperio se había derrumbado con el hundimiento de los ejércitos franceses frente a la máquina militar prusiana, y más de veinte mil personas habían muerto en la espantosa violencia de la Comuna que había seguido al paralizado asedio de la ciudad. Worth, Bullard y Kitty viajaron sin prisas hacia el sur, atravesando Inglaterra, y se demoraron en Londres a la espera del resultado de los sangrientos sucesos que tenían lugar en París, antes de atravesar el canal, a finales de junio de 1871. Encontraron una ciudad agotada y parcialmente en ruinas, falta de orden y vulnerable, aunque todavía encantadora pese a la devastación. París era un punto perfecto para coordinar nuevas actividades delictivas, y al mismo tiempo satisfacía los gustos extravagantes del trío. Como apunta un observador: «Francia es una paciente dotada de una resistencia asombrosa. Derrotada vergonzosamente, rasgada por la guerra civil, en bancarrota por efecto de las demandas de reparaciones alemanas y por los costes de reconstruir París, iba a convertirse en el asombro del mundo y la alarma de sus enemigos por la rapidez de su recuperación»<sup>[138]</sup>. Worth comprendió que allí había grandes posibilidades para su oficio. Su tocayo, Charles Frederick Worth, el gran modisto, había «comprado parte de los restos de las Tullerías para convertirlos en falsas ruinas en su jardín»;<sup>[139]</sup> esta vez otro Worth dejaría también su impronta en los restos de la ciudad devastada en la que, al menos de momento, las autoridades estaban demasiado ocupadas lavando la sangre de las calles y poniendo en pie la ciudad como para prestar mucha atención al triunvirato recién llegado.

Años después, Kitty afirmarí que no tenía la más remota idea de que su marido y el socio de éste eran famosos delincuentes internacionales. Su declaración no resultaba veraz pues desde el primer momento tenía que ser evidente que su encantador marido y su amigo no tenían nada de respetables comerciantes, ya que lo pagaban todo con fajos de billetes, no trabajaban y nunca conversaban de nada que sonara ni de lejos a un negocio legal. El papel de Kitty en el siguiente acto del drama indica que estaba metida en las actividades delictivas de sus compinches hasta sus lindas orejas.

Con los restos del dinero del robo de Boston, Bullard y Worth adquirieron un espacioso edificio en el número 2 de la rué Scribe, que formaba parte del complejo del Grand Hotel, cerca de la Ópera, a nombre de Charles Wells, y alquilaron unos

apartamentos espaciosos y cómodos en las proximidades. El nuevo local, bautizado como American Bar, fue remodelado y dotado de un «esplendor palaciego»,<sup>[140]</sup> con óleos, espejos y cristalería cara. Las reformas costaron setenta y cinco mil dólares y se hizo venir de Estados Unidos a varios barmans americanos para que preparasen cócteles exóticos, muy populares en Nueva York «pero casi desconocidos en Europa por esa época»<sup>[141]</sup>.

El American Bar era una operación con dos objetivos. La segunda planta del edificio estaba concebida como una especie de club para americanos de visita y contaba con las últimas ediciones de los periódicos norteamericanos y con casillas en las que los expatriados podían recoger su correo. «Los norteamericanos estaban cordialmente invitados a utilizarlo como lugar de reunión»,<sup>[142]</sup> era un punto donde podían encontrarse y disfrutar de bebidas americanas, un establecimiento tranquilo, sobrio y absolutamente respetable. En las plantas superiores del inmueble, en cambio, la escena era bastante distinta. Allí Worth y Bullard establecieron un salón de juego a gran escala, bien provisto y absolutamente ilegal. Con la «presencia de crupiers de ruleta y expertos en baccará traídos de Estados Unidos» dieron una pátina cosmopolita al garito, pero el principal atractivo resultó ser Kitty, «porque su belleza y su trato encantador atraían a muchos visitantes norteamericanos»<sup>[143]</sup>.

Los agentes de Pinkerton en Europa empezaron a vigilar el local casi desde el mismo día de la apertura y declararon que se estaba convirtiendo rápidamente en «el cuartel general de los jugadores y delincuentes norteamericanos, donde proyectan muchos de los delitos que cometen en Europa»,<sup>[144]</sup> pero hasta las fuerzas del orden estaban embelesadas con los generosos encantos de la anfitriona. «La señora Wells era una mujer hermosa —informaron más tarde los detectives—, una conversadora brillante vestida a la última moda, cuya compañía buscaban casi todos los clientes de la casa»<sup>[145]</sup>. Bajo la dirección de la espléndida Kitty —una visión de sedas y rizos—, el afable<sup>[146]</sup> Bullard tocaba el piano y Worth controlaba minuciosamente a la clientela. Tras la barra había instalado un discreto botón de alarma «que accionaba el barman y disparaba un zumbador en las salas de juego de las plantas superiores si entraba la policía o algún elemento sospechoso»<sup>[147]</sup>. A los pocos segundos de sonar la alarma, Worth podía tener los pisos superiores del edificio de rué Scribe tan tranquilos y respetables como los de abajo. La policía parisina «hizo dos o tres registros en la casa, pero nunca consiguió encontrar nada arriba, salvo un montón de hombres dedicados a leer periódicos; ni el menor rastro de juego ilícito»<sup>[148]</sup>. Worth también sobornó a la policía local para que le informara cuándo podía producirse un registro.

El American Bar, el primer club nocturno a la americana en París, fue un éxito inmediato, un poderoso imán en la ciudad arrasada y cansada, y los parisinos «quedaron asombrados ante su magnificencia. El lugar se convirtió pronto en un local famoso, muy concurrido no sólo por americanos e ingleses sino por visitantes de toda



Europa»<sup>[149]</sup>. Comerciantes, banqueros, turistas, ladrones, falsificadores, condenados, timadores y malhechores de todas clases eran acogidos por igual para que disfrutaran de los platos del excelente chef de Worth, para que probaran un cóctel o para que pasaran a los pisos superiores, donde la deliciosa Kitty les ayudaba a perder su dinero en las mesas de juego con tal gracia que casi siempre volvían para repetir. Pronto corrió por los bajos fondos la noticia de que el American Bar era el mejor lugar de Europa para establecer contacto con otros delincuentes, para acordar un trabajo o para ocultarse de las autoridades, sencillamente.

El elegante y ostentoso Max Shinburn se convirtió en cliente habitual. Como sus antiguos socios, el Barón había tenido que trasladarse al continente precipitadamente. Unos años antes, para profunda vergüenza suya, fue detenido públicamente en un lujoso hotel de Saratoga cuando «se hacía pasar por banquero neoyorquino»<sup>[150]</sup> y acusado del robo de New Hampshire cometido en 1865. La policía le encontró encima siete mil dólares en bonos robados, y al investigar su dirección en Nueva York descubrió «un taller completo para la fabricación de herramientas para el robo y vaciados en cera de diversas llaves»<sup>[151]</sup>. El Barón fue condenado a diez años, pero a los nueve meses consiguió escapar de la cárcel de Concord —una fuga considerada «entre las más deslumbrantes y hábiles que se han producido en la historia criminal»—<sup>[152]</sup> y se dirigió a Europa, donde aún había gran demanda de especialistas en reventar cajas. «Se dice que Shinburn, con el dinero que hizo en sus diversos robos»<sup>[153]</sup>, dejó el país con casi un millón de dólares», señalaban los Pinkerton. Shinburn se había instalado en Bélgica, había comprado una finca, tenía intereses en una importante central lechera y declaraba con toda seriedad que era el barón Shindell<sup>[154]</sup>, lo cual «nadie se molestaba en discutir». Su existencia cosmopolita incluía frecuentes visitas a París y al American Bar, donde al falso barón le gustaba compartir copas con sus antiguos colegas delincuentes y «gastarse el dinero a manos llenas»<sup>[155]</sup>. A Worth no le sentaba bien la intrusión del «prepotente cerdo holandés»<sup>[156]</sup>, como lo llamaba —de forma bastante desacertada—, pero toleraba su presencia por Piano Charley, que aún estaba en deuda con el Barón por haberlo sacado de la cárcel.

Sophie Lyons, que solía viajar a Europa por asuntos de negocios —de naturaleza completamente delictiva—, era otro rostro familiar en el local y pronto una variopinta multitud de malhechores, muchos de los cuales se conocían de Nueva York, empezaron a rondar por el club parisino en una época en que los ladrones de bancos profesionales norteamericanos emigraban al otro lado del charco en número creciente. «Podría citar un centenar de hombres que se ganaban bien la vida con eso [el robo de bancos], y luego viajaron a Europa a probar fortuna. Francia resultó ser un coto de caza excepcionalmente rico»,<sup>[157]</sup> escribió Eddie Guerin, amigo de Worth.

Entre los maleantes que se arremolinaban en torno a París y que formaban un mundillo indeseable y carente de escrúpulos, Worth acabaría por forjar una de las

bandas delictivas más eficientes y disciplinadas de la historia. Después de limpiar el First National Bank de Baltimore aterrizaron por París Joseph Chapman y Charles Becker el Marcas. Chapman era un delincuente habitual de barba larga y ojos sentimentales, que según un escrito de la época «no tenía más vicio que la falsificación y una sola pasión duradera, su esposa, Lydia Chapman, una de las mujeres más hermosas de los bajos fondos en la década de 1870 a 1880»<sup>[158]</sup>. Becker, alias John Blosch, era un neurótico falsificador de gran renombre, nacido en Holanda, de quien se decía que era capaz de reproducir la primera página de un periódico con tan asombrosa verosimilitud que al terminar ni él mismo sabía distinguir el original de la falsificación. Pinkerton lo consideraba «el profesional de la falsificación más hábil del mundo»<sup>[159]</sup>.

Otro cliente del American Bar era Little Joe Elliott (alias Reilly, alias Randall), un ladrón de aspecto ratonil y de profundas tendencias románticas, «un gran tipo para correr tras las chicas francesas»,<sup>[160]</sup> según Worth. Otros habituales eran Cario Sesticovitch —un matón de origen ruso que tenía un temperamento horrible pero unas dotes asombrosas para el disfraz—, su amante gitana llamada Alima y varios significados malhechores más.

Pero no toda la clientela del American Bar estaba formada de forajidos y pillos. Muchos parroquianos eran comerciantes en viaje de negocios, «americanos acomodados que no tenían idea de que los dueños del local eran compatriotas profesionales del atraco a bancos y del robo de cajas fuertes»,<sup>[161]</sup> turistas ávidos de vida nocturna y amantes de las mesas de ruleta o de faro. Entre sus habituales había algunos que en alguna ocasión habían sido víctimas de los propietarios del club. Según un informe policial, el American Bar «fue visitado por el señor Sanford, de la empresa Merchant's Express Co., durante su estancia en París; sin embargo, hasta su regreso a Nueva York, el señor Sandford no supo que Wells era en realidad aquel Bullard que había robado cien mil dólares a la compañía en 1868»<sup>[162]</sup>. También se comentó que unos altos empleados del Boylston Bank de Boston, de visita en la ciudad, habían pasado una agradable velada en el club sin sospechar cómo habían sido financiadas las mesas de caoba donde se jugaba a cartas y el resto del costoso mobiliario.

Durante tres años, el American Bar prosperó extraordinariamente y el peculiar ménage a trois de los dueños continuó adelante sin un tropiezo. Kitty Flynn, desaparecido ya por completo su delator acento irlandés, estaba convirtiéndose en la elegante gran dama que siempre había soñado ser, aunque la mitad de sus admiradores fueran ladrones y timadores. Bullard se dedicaba a consumir sin medida grandes cantidades de cócteles americanos; empezaba a beber cuando abría los ojos, a media tarde, y lo dejaba cuando los cerraba, hacia el amanecer, muchas veces derrumbado sobre las teclas del piano del club. «En la disoluta capital francesa no tardó en convertirse en un hombre con fama de jugador y libertino»,<sup>[163]</sup> que era lo que en realidad siempre había querido ser.

Worth también estaba bastante satisfecho pero lo asaltaba una extraña inquietud. Servir bebidas era rentable, en tanto que el garito era una invitación abierta a demostrar su dominio sobre el destino, pero el tinglado parisino no era precisamente la gran aventura delictiva a la que se consideraba destinado. El demimonde que rondaba sus mesas de cartas era brillante y divertido, desde luego, pero Worth tenía planes más ambiciosos que una simple vida de crupier distinguido para él y de encargada de club para Kitty.

En el invierno de 1873 apareció de repente un nubarrón de muy mal agüero en el horizonte del feliz trío cuando William Pinkerton, el terror de los malhechores norteamericanos, entró como si tal cosa en el American Bar y pidió una copa. Nadie ponía tan nerviosa a la comunidad delictiva como la figura de William Pinkerton. El detective se había convertido en un joven corpulento de tez encendida cuyo aspecto pesado no se correspondía con su asombrosa energía y su talento sin igual para dar caza a los delincuentes. Hasta el último malhechor de Norteamérica conocía la apariencia de Pinkerton y su condición de hombre que había «librado una guerra sin cuartel contra los ladrones y atracadores de trenes y bancos que infestaban el Medio Oeste al término de la guerra de Secesión»<sup>[164]</sup>. La Pinkerton, precursora directa del moderno FBI, estaba convirtiéndose rápidamente en una agencia de detectives con prestigio internacional, gracias en buena parte a la excepcional energía de William Pinkerton. Forajidos tan notables como Jesse James y su hermano Frank, los asesinos hermanos Reno y los legendarios Butch Cassidy y Sundance Kid conocían muy bien la inquietud de tener a Pinkerton tras sus pasos. «En esas faenas de perseguir bandidos, no era raro que William Pinkerton pasara días montado en la silla, acompañado de corajudos agentes de la ley, investigando las llanuras y las montañas tras la pista de los malhechores y de sus guaridas»<sup>[165]</sup>. Hombre de gran encanto y afabilidad, Pinkerton era también absolutamente implacable, como habían comprobado muchos delincuentes a costa de su libertad, y en algunos casos de su vida. «Cuando Bill Pinkerton iba tras un hombre no cejaba hasta capturarlo, y no le importaba si se gastaba un millón de dólares en conseguirlo»,<sup>[166]</sup> recordaba Eddie Guerin.

Muchos años más tarde, en una entrevista con William Pinkerton, Worth fingió indiferencia al recordar la inesperada e indeseada llegada del detective al bar. «No sabíamos qué lo había traído al club y estábamos bastante preocupados»,<sup>[167]</sup> comentó el Pequeño Adam. Frenéticos habría sido un adjetivo más adecuado.

Worth reconoció inmediatamente al fornido detective, y como de costumbre se decidió por actuar de la manera más atrevida. Se acercó a él y le invitó a una copa. Pinkerton aceptó. Fue un extraño encuentro entre el delincuente de altos vuelos y el hombre que ya había dedicado cinco años a perseguirlo y que pasaría los veinticinco siguientes tratando de llevarlo a la cárcel. Charlaron unos momentos sobre sus mutuos conocidos, hasta que Pinkerton anunció que debía marcharse. Los dos hombres se estrecharon la mano al despedirse. Ninguno de los dos había tenido

necesidad de que le presentaran al otro.

Tan pronto como Pinkerton hubo abandonado el local, Worth se reunió con Piano Charley y con un rufián de paso conocido como Viejo Vinagre, y los tres salieron a la rué Scribe para seguir al detective. «No teníamos intención de asaltarlo —aseguró más tarde Worth al propio Pinkerton—. Sólo queríamos echarle un buen vistazo»<sup>[168]</sup>. Pinkerton se dio perfecta cuenta de que lo seguían, y tras pasear un rato al trío por las calles de París se volvió de pronto hacia ellos. Piano Charley, cuyos nervios ya estaban alterados por la bebida, «estuvo a punto de caer muerto allí mismo»<sup>[169]</sup> de puro miedo, y los tres escaparon a toda prisa en dirección contraria. «Viejo Vinagre anduvo escondido varias semanas»<sup>[170]</sup> comentaba Worth más tarde con una carcajada.

Puede que no lo reconociera, pero la visita sorpresa de Pinkerton lo alteró profundamente y sólo se tranquilizó en parte al saber, por un intérprete corrupto de la policía francesa llamado Dermunond, que el detective no los perseguía a él ni a sus socios sino que lo había contratado el Baltimore Bank, y que tenía en su punto de mira a Joseph Chapman, Charles Becker y Little Joe Elliott. De hecho, según el informante, Pinkerton ya estaba preparando con las autoridades francesas los documentos de extradición. Worth envió a sus colegas el mensaje de que corrían un peligro mortal y de que no se acercaran por el local bajo ningún concepto. Unos días más tarde, Pinkerton, acompañado de dos detectives franceses, entró en otro de los locales frecuentados por la banda, un salón de baile llamado Voluntino, donde Worth estaba cenando con Elliott. Worth vio al musculoso detective en el momento en que aparecía en la puerta. Supuso acertadamente que «las entradas estarían bien guardadas»<sup>[171]</sup> y llevó a su acompañante a una sala privada del piso de arriba. Allí abrió la ventana y, sujetando a Little Joe por las manos, lo descolgó y lo dejó caer al patio de abajo desde una altura de cinco metros. «Joe hizo un buen aterrizaje, se incorporó y se alejó renqueante»,<sup>[172]</sup> recordaba Worth. Sin embargo, había sido otra desagradable fuga por los pelos.

La banda tuvo un respiro —bien acogido aunque sólo fuera temporal— cuando Pinkerton fue llamado a colaborar en la investigación de una serie de falsificaciones perpetradas en el banco de Inglaterra. Pinkerton identificó con acierto las falsificaciones como un trabajo de los hermanos Austin y George Bidwell, «dos conocidos falsificadores y estafadores norteamericanos»,<sup>[173]</sup> que casualmente también eran clientes habituales de Worth. Mientras los Pinkerton estaban ocupados en la persecución de los Bidwell —Austin fue detenido en Cuba y George en Londres—, Joe Chapman y los otros escaparon de París y se ocultaron.

Para entonces, Worth ya había llegado a la conclusión de que el American Bar tenía los días contados. Durante su breve visita al club, Pinkerton había llegado a la acertada conclusión de qué el local había establecido algún sistema de alarma para avisar a los jugadores de arriba de la inminente presencia de la policía. A su regreso a Estados Unidos, el detective informó a la policía de París de esta sospecha y empezó

a acosar a la Süreté para que hiciera algo respecto de aquel cubil de delincuentes extranjeros que florecía en la rué Scribe. E incluso la policía francesa, indolente y corrupta, se vio obligada a actuar cuando Pinkerton proporcionó los historiales detallados de Worth, Bullard, Shinburn, Chapman, Becker, Elliott, Sophie Lyons y muchos otros clientes habituales del bar. El mes de mayo siguiente, Worth recibió otro soplo de Dermunond acerca de una inminente batida y consiguió eliminar cualquier indicio de que allí se jugara, apenas unos minutos antes de que irrumpiera la policía. Sin embargo, la atención que prestaba la Süreté al club resultaba perjudicial para el negocio, sobre todo entre su inquieta clientela criminal. «La gente respetable no lo frecuentaba, y pronto se fue a la ruina»<sup>[174]</sup>, anotó Pinkerton en tono triunfal.

Ante el descenso de los beneficios, Worth decidió mejorar su situación a la manera tradicional, robando una bolsa de diamantes a un representante de paso que, en un descuido, la había dejado en el suelo mientras jugaba unas fichas a la ruleta. Fue un golpe audaz, ejecutado sobre la marcha: Worth cambió en efectivo un cheque del representante de diamantes y lo distrajo mientras Little Joe Elliott se colaba bajo la mesa y sustituía la bolsa de las piedras por otra idéntica. El robo les proporcionó unas treinta mil libras en gemas, y fue el propio Worth «quien insistió en que se llamara a la policía y en que se registrara el local de arriba abajo. Pero no sugirió que alguien mirase en un barril de cerveza cercano, en cuyo fondo reposaban los preciados diamantes»<sup>[175]</sup>. A pesar de este rebuscado farol, el representante de las piedras exigió que el gerente del local fuera declarado responsable del robo. En una audiencia preliminar, Henry Raymond, en el papel de un comerciante extranjero enfurecido cuyo buen nombre se veía arrastrado por el fango, exigió que se le permitiera conainterrogar a su acusador, y al hacerlo confundió de tal modo a éste con un bombardeo de preguntas airadas que el pobre hombre terminó por no recordar a ciencia cierta si llevaba la bolsa de los diamantes consigo cuando había acudido al local. Worth quedó libre, pero el robo, aunque bastante lucrativo, selló el destino del American Bar.

«El golpe sobresaltó a todo París y fue el medio de atraer las sospechas hacia el local [que] pronto perdió prestigio y se fue al garete»<sup>[176]</sup>. Para entonces, Pinkerton había empezado a reclutar apoyo internacional en su esfuerzo por cerrar el American Bar. Contaba sobre todo con la ayuda del inspector John Shore de Scotland Yard en Londres. Shore llevaba cierto tiempo recibiendo informes sobre un grupo de delincuentes que actuaba desde París, y él también empezó a pedir que la policía de la ciudad cerrase el establecimiento de una vez por todas. Mediante sus espías, Worth se enteró de que el policía británico presionaba a las autoridades francesas y redobló su cautela. Fue la primera vez que Shore y Worth cruzaron sus espadas.

«Finalmente, la policía allanó el local»,<sup>[177]</sup> informó Pinkerton. Pero esta vez la Süreté no iba a dejarse vencer por los sistemas de alarma de Worth. «Tan pronto entraron, los agentes inmovilizaron al barman, y al irrumpir en los pisos superiores

encontraron el garito en plena actividad»<sup>[178]</sup>. Por un puro azar, Worth y Kitty no estaban en el edificio en aquel momento, pero «Wells [Bullard] y otros [un par de crupiers con mala suerte] fueron detenidos y acusados de dirigir una casa de juego, pero se les señaló una fianza»<sup>[179]</sup>. Bullard, propietario nominal del bar, eludió la libertad bajo fianza y huyó a Londres, dejando a Worth y a Kitty para que liquidaran lo que quedara del negocio.

Más adelante, Worth confió a Pinkerton que ya había llegado a la conclusión de que el establecimiento «nunca volvería a tener el éxito que él deseaba»,<sup>[180]</sup> y el edificio fue vendido a «un corredor de apuestas británico llamado Jack Ballentine»,<sup>[181]</sup> que mantuvo el American Bar durante un par de años más hasta el cierre definitivo.

Pinkerton escribió tiempo después que, en palabras de Worth, «el alboroto que causé fue el medio de arruinar la estancia de Bullard en París, de ahuyentarlo, de hundir el bar y de enviarlos a todos, como él decía, a vivir de gorra»<sup>[182]</sup>. Pero da la impresión de que en lugar de tomarse a mal la ruda intromisión de Pinkerton en sus asuntos, Worth mostró admiración por sus esfuerzos detectivescos. «Después, cuando nos encontramos en Londres [dijo] que siempre me había admirado y que pensaba que yo era un hombre que seguía sus propias pautas, y añadió que siempre había sentido simpatía por mí»,<sup>[183]</sup> escribió Pinkerton. Quizás estuvieran en extremos opuestos de la ley, pero el ladrón y el sabueso ya habían desarrollado un sano respeto mutuo, que finalmente daría como resultado una amistad de lo más impensable.

Lejos de tener que vivir a costa de otros, Worth seguía siendo un hombre rico. El fracaso del American Bar sólo cerró un capítulo en su vida y abrió otro. Cada vez aspiraba con más ganas a gozar —él y la ambiciosa Kitty— si no de una legítima respetabilidad, sí al menos de su apariencia externa. Y a sus treinta y un años recién cumplidos, podía permitírselo.

En realidad sólo había un destino para un hombre de sus ambiciones sociales y delictivas, y ese destino era Londres, centro del mundo civilizado, donde el ideal de la caballerosidad había sido elevado al grado de religión; un lugar abundante en riquezas, y por tanto en oportunidades para los delincuentes.

La Gran Bretaña victoriana estaba alcanzando el punto máximo de su grandeza... y de su presuntuosidad. «La historia de Gran Bretaña es, ante todo, la historia del progreso —declaraba el popularísimo escritor T. B. Macaulay—. El pueblo más grande y más civilizado que ha visto el mundo ha extendido su dominio por todos los rincones del globo»<sup>[184]</sup>. Otra declaración parecida de omnipotencia patriótica fue la del historiador Thomas Carlyle: «Quitamos montañas, hacemos de los mares nuestras llanas vías de transporte... Nada se nos puede resistir. Luchamos con la cruel naturaleza y, gracias a nuestras máquinas incansables, siempre salimos victoriosos y cargados de buen botín»<sup>[185]</sup>. Para un malhechor en guerra con el orden natural, tan embriagadoras recomendaciones resultaban irresistibles. Un pingüe botín y la

posición social que éste le proporcionaba eran justamente lo que le interesaba a Worth.

Piano Charley ya estaba al otro lado del Canal, bajo la falsa identidad de un tratante de vinos, y se dedicaba a consumir incansablemente una considerable cantidad de su supuesta mercancía. Worth, Kitty y el resto de la banda recogió lo que quedaba del American Bar —candelabros, remates metálicos de la decoración y óleos de las paredes— y, tan contentos, cruzaron el Canal de vuelta a la gran metrópoli inglesa.

Los pisos superiores de lo que había sido el garito de Worth son hoy los dormitorios del Grand Hotel Intercontinental, uno de los más caros de París. Pero aún resulta más apropiado, dada la etapa que vendría a continuación en la vida de Worth, que la puerta del número 2 de la rué Scribe conduzca hoy a La vieja Inglaterra, la cadena de tiendas donde uno puede adquirir todavía todos los complementos de un auténtico caballero inglés, desde unas botas de montar con el escudo nobiliario hasta una chistera.

## 7 LA DUQUESA

Por coincidencia o por obra del destino, el retrato de Georgiana, duquesa de Devonshire, pintado por Gainsborough, también iba a tener una reaparición pública triunfal en la capital inglesa tras pasar largos años escondido. La figura del cuadro había fallecido unas cuatro décadas antes de que naciese Worth, pero iba a tener un papel determinante en la vida de nuestro hombre.

Georgiana Spencer tenía diecisiete años en 1774, cuando contrajo matrimonio con William Cavendish, quinto duque de Devonshire. El duque, uno de los hombres más ricos y selectos de Inglaterra, era también uno de los más afortunados, según consenso popular, pues la hija mayor de John, primer conde de Spencer, ya estaba considerada la mujer más hermosa y perfecta de la nación. Los poetas la ensalzaban y la ponían por las nubes, el príncipe de Gales la lisonjeaba y los pintores competían por reproducir sus encantos. Igual de categóricos eran sus detractores, que la presentaban como una aristócrata aprovechada que llevaba sombreros demasiado altos y tenía una moral demasiado baja. En cualquier caso, todo el mundo tenía algo que opinar de Georgiana.

Thomas Gainsborough empezó su muy celebrado cuadro de la duquesa el año 1787 y no fue un encargo fácil de cumplir, ni siquiera para el mejor retratista que ha producido nunca Gran Bretaña. Había algo en el mohín de los labios, una sonrisa insinuada, festiva y sugerente, que desafiaba su reproducción. O tal vez era sólo la presencia cautivadora de la propia retratada, «entonces en la flor de la juventud»,<sup>[186]</sup> lo que deslumbraba al magistral artista. La frustración de Gainsborough fue creciendo a medida que dibujaba y retocaba la boca de Georgiana e intentaba captar aquella expresión fugaz y encantadora, «pero su belleza cegadora, la sensación que le producía su aspecto encantador y la delicia de su conversación, privaban al artista de la presteza de mano y de la facilidad de trazo tan característicos en él»<sup>[187]</sup>. Finalmente, Gainsborough perdió la compostura. «Mientras movía el pincel húmedo en el dibujo de una boca que todo el que la veía consideraba exquisita y encantadora, murmuró: "¡Su Gracia es demasiado difícil para mí!"»<sup>[188]</sup>.

Que se sepa, el pintor retrató a Georgiana en tres ocasiones. De niña, en 1763, posó para un cuadro delicioso «en el que ya se insinuaban los que iban a ser sus extraordinarios encantos»<sup>[189]</sup> y que hoy cuelga en la colección del conde Spencer, en Althorp, Inglaterra. Una segunda vez en 1783, para un retrato de cuerpo entero que en la actualidad se exhibe en la National Gallery de Washington, D. C. En este último cuadro, la duquesa está apoyada en una columna en una púdica postura clásica, pero su aspecto es casi enfermizo, un poco cetrino<sup>[190]</sup> en opinión de Walpole, como si la retratada acabase de llegar de una noche de juerga en la ciudad. A mediados de la década de 1780, tanto el pintor como la modelo habían conseguido ya un gran renombre y Gainsborough estaba firmemente decidido a captar todo el atractivo de



Georgiana. De ahí su frustración ante la esquiva boca de la duquesa.

El pintor perseveró en ella, y el resultado fue una obra maestra que parece recoger la esencia de la expresión placentera de Georgiana. Su ceja izquierda está arqueada en un gesto cautivador, una media sonrisa hechizadora ilumina sus labios, y su mirada, bajo el enorme sombrero ladeado, posee un aire travieso. En una mano tiene un tierno capullo de rosa y en la otra, cogida entre el pulgar y el índice en un gesto sugerente, sostiene otra cuyos pétalos ya se han abierto del todo. A la postre, Georgiana no había resultado tan difícil de retratar, y la obra producía un efecto arrasador, claramente sexual pero extrañamente tímido.

A Georgiana ya la habían pintado en muchas ocasiones anteriores y volvería a posar para los artistas más destacados del país, entre ellos Reynolds, Romney y Rowlandson. Como escribió un crítico en 1901, «existen más retratos de Georgiana que de ninguna otra dama inglesa del siglo XVIII»<sup>[191]</sup>. Sin embargo, por su magnificencia y frescura, por su personalidad y su aire seductor, ninguno iguala el de Gainsborough, que recogió a la duquesa en todo su esplendor.

No hay constatación de que el retrato llegara a colgar de las paredes de la casa ducal de los Devonshire, en Chatsworth, pero por la época en que Georgiana quedó embarazada de su amante, el futuro primer ministro Charles Grey, el delicioso retrato de Gainsborough desapareció brusca e inexplicablemente. Tal vez el duque, pese a su condición de adúltero en serie, consideró que el retrato de su esposa con aquella sonrisa coqueta y la ceja enarcada eran un recordatorio demasiado evidente de lo sucedido, y lo mandó retirar.

En el otoño de 1841, tres años antes de que Adam Worth llegara al mundo, el marchante londinense John Bentley estaba realizando uno de sus viajes anuales por las comarcas inglesas en busca de cuadros raros. Experto y astuto profesional, Bentley era propietario de un lucrativo negocio en la metrópoli y estaba muy solicitado como tasador de cuadros antiguos. Tanto por interés como por placer, cada año dedicaba unas cuantas semanas a recorrer los pequeños pueblos y villas de Inglaterra, por si algún vecino tenía obras de arte u otras antigüedades que deseara tasar o vender. De este modo conseguía muchas gangas, y además la búsqueda bucólica y nómada de objetos artísticos le permitía relajarse por un tiempo de las cuitas de la vida urbana.

Aquel año, sin embargo, la felicidad que le producía la salida anual se veía reducida en gran medida por el intenso resfriado que le afectaba tanto el pecho, provocándole toses y estornudos, como la cabeza, sumiéndolo en un profundo malhumor.

La mañana del 17 de septiembre, la irritación de Bentley y su goteo de nariz quedaron olvidados de repente cuando sus pesquisas lo condujeron a la salita de estar de una tal Anne Maginnis, una anciana maestra de escuela jubilada hacía muchos años. Allí estaba, sobre la chimenea de la señora Maginnis, oscurecido por la suciedad pero inconfundible, el retrato de Georgiana, duquesa de Devonshire,

realizado por Thomas Gainsborough. Nunca se ha podido determinar con claridad cómo llegó el famoso retrato desaparecido a poder de la viuda Maginnis, que tenía poco dinero y menos interés aún por las obras de arte. Según una versión, la anciana «se refería al cuadro como el retrato de una pariente y decía que fue adquirido, no como el cuadro de la bella duquesa sino como un Gainsborough, sin más»<sup>[192]</sup>. Bentley no mostró demasiado interés en saber cómo había obtenido la mujer aquella gran obra, en parte por tacto pero sobre todo porque había identificado al instante el retrato desaparecido y quería comprarlo barato, aprovechándose de la incauta anciana.

Nadie puede estar muy seguro de qué había sido del cuadro durante los años intermedios. Un biógrafo cita al reverendo Henry Bate y dice que éste habló de dos retratos de la duquesa pintados por Gainsborough, «uno de los cuales lo tiene *lady* Spencer, y creemos que el otro el señor Boothby»<sup>[193]</sup>. Un posible «señor Boothby» sería Charles Boothby-Skrymshire, también conocido como el Príncipe, hombre de mundo apodado así por su egregia ascensión social y por su tendencia a «abandonar a los amigos tan pronto conocía a gente de rango o posición social superior»<sup>[194]</sup>. Estaba considerado un íntimo amigo de los Devonshire y tal vez hubiera obtenido el cuadro cuando el duque decidió que ya no lo quería. El «príncipe». Boothby se suicidó el 27 de julio de 1800, y sus bienes fueron repartidos<sup>[195]</sup>. Otro candidato a ser el misterioso personaje es *sir* Brooke Boothby, de Ashbourne Hall, a unos treinta kilómetros de Chatsworth, quien tenía relación con sus vecinos ducales. *Sir* Brooke Boothby, estudioso, poeta, amigo de Rousseau y de Charles James Fox, autor satírico y coleccionista de arte que poseía otro retrato de la duquesa, por lo menos, además de un esbozo a carbón, tal vez vendiera el Gainsborough en 1792, cuando se arruinó bruscamente. Fuera cual fuese el Boothby que había poseído con anterioridad el cuadro de la duquesa, el retrato había volado sin dejar rastro hasta que reapareció en la casita de la señora Maginnis bajo la mirada conocedora y excitada de Bentley. La mujer no tenía idea del cuadro que tenía en su casa ni de cuál era su valor, pues unos años antes, en un singular acto de vandalismo, le había cortado las piernas a la duquesa justo por encima de las rodillas, reduciendo la pintura a tres cuartas partes de su tamaño original y condenando al fuego los pies de Georgiana. Henry James criticó en una ocasión las «piernas de pura madera»<sup>[196]</sup> de los retratos de Gainsborough, pero, ésta no era en absoluto razón para echarlas a la chimenea ni para proceder a la insensata operación quirúrgica de la señora Maginnis, que había desequilibrado el retrato; ahora Georgiana casi parecía aplastada por el enorme sombrero. Pero en aquellas condiciones tristemente disminuidas, Bentley reconoció a la duquesa de Gainsborough, admiró su sonrisa todavía atractiva y olió una ganga.

Muchos años después, el nieto de Bentley, un tal Sigismund Goelze, explicó lo sucedido y recordó el hallazgo de su abuelo en una carta a *The Times*: «La mujer lo tenía colgado en el salón, sobre la chimenea, y como sabía que el cuadro había sido pintado de cuerpo entero, mi abuelo le preguntó cómo era posible que sólo llegara

hasta las rodillas. La anciana le dijo que lo había acortado para que cupiera en el lugar que ocupaba, y añadió que había quemado el pedazo que faltaba»<sup>[197]</sup>.

Aunque Bentley no podía tener la certeza de que el cuadro era el auténtico retrato de la duquesa, su intuición de experto le dijo que debía arriesgarse. La viuda Maginnis, aunque no era experta en cuestiones artísticas, conocía el valor del dinero, y era además muy hábil en el regateo. Tras unas acaloradas negociaciones que duraron varias horas, accedió a que el tratante de arte se llevara el cuadro bajo la promesa de que conocía a un hombre que pagaría hasta setenta libras por él. Bentley tuvo buen cuidado de no mencionar quién era la mujer del retrato pues, incluso treinta y cinco años después de su muerte, el nombre de Georgiana no podía sino incrementar las expectativas de una maestra de escuela al borde de la pobreza<sup>[198]</sup>.

El 6 de octubre, la señora Maginnis escribió:

*Señor, le agradezco la rapidez con que se ha encargado de negociar el cuadro y aceptaré setenta libras por él, en metálico, si el caballero accede a comprarlo. Estoy segura de que hará usted cuanto esté en su mano para que así sea.*

*Espero que esté mejor de salud que la última vez que lo vi y me despido, señor, servidora de usted,*

Anne Maginnis

Finalmente, Bentley consiguió convencer a la anciana de que le dejara quedarse el retrato por la suma de cincuenta y seis libras, uno de los negocios más provechosos que hizo jamás. Según su nieto, Bentley «nunca tuvo la menor duda de la autenticidad del cuadro, y desde el punto de vista artístico resulta claramente imposible que ningún copista reproduzca con éxito el toque rápido y espontáneo del mayor maestro del retrato femenino»<sup>[199]</sup>. El tratante llevó el cuadro a Londres, donde procedió a su limpieza, y exhibió con orgullo la duquesa a sus admirados amigos. «El cuadro permaneció en posesión de mi abuelo durante un tiempo, y mi madre todavía lo recuerda colgado en el comedor de su vieja casa en Sloane Street»,<sup>[200]</sup> escribió Goelze.

Más tarde, Bentley accedió a vender la duquesa a Wynn Ellis, un amigo suyo, también experto en arte y comerciante en sedas, «renunciando, en un gesto típico de él, a obtener el menor beneficio, o así me han contado —explicaba el señor Goelze—. Mi abuelo era íntimo amigo y consejero de la mayoría de grandes coleccionistas durante los primeros años del último reinado, pero se impuso como norma no recibir jamás remuneración alguna por sus servicios cuando colaboraba en la formación de colecciones de pintura (una costumbre que hoy día parece curiosamente quijotesca). Según él, éste era el único modo que tenía de demostrar que su consejo era absolutamente desinteresado»<sup>[201]</sup>.

Wynn Ellis —probablemente el quinto propietario del cuadro— empezó en el ramo en 1812 como «camisero, calcetero y mercero<sup>[202]</sup>», y terminó como propietario de la mayor tienda de sedas de Londres y como hombre de inmensa riqueza, de excelente gusto y de firmes creencias. Como miembro del Parlamento por Leicester y como juez de paz de Hertfordshire, donde adquirió una gran finca llamada Ponsborne Park en 1830, Ellis defendía la abolición de las leyes del grano y se consideraba un liberal progresista. Con todo, sus opiniones más rotundas solía tenerlas sobre un pasatiempo muy del gusto de Adam Worth, pues «sentía un profundo desagrado por las apuestas, el juego y los caballos»<sup>[203]</sup>. Ellis no jugaba con nada, y menos aún con las grandes pinturas que adquiriría con su enorme fortuna. John Bentley, por su parte, era un marchante muy sagaz que no tenía escrúpulos en aprovecharse al máximo de una anciana maestra de escuela. Así pues, diga lo que diga su nieto sobre las exigencias de la amistad, sin duda habría sido mucho más lógico que Bentley le cobrara una pequeña fortuna a Ellis por el cuadro. Lamentablemente, nunca sabremos cuánto beneficio le sacó Bentley a su inversión de cincuenta y seis libras, pues el gran comerciante en sedas —como otros propietarios posteriores del retrato— se negó rotundamente a decir cuánto había pagado por él y permitió que corriera el rumor de que había gastado tan sólo sesenta guineas en la compra, sin molestarse en desmentirlo. Ellis envió el cuadro para que fuera grabado por Robert Graves, de Henry Graves & Co. El resultado, definido simplemente como *La duquesa de Devonshire, de Gainsborough*, fue publicado el 24 de febrero de 1870.

Ellis ya poseía una de las colecciones de arte más selectas de Inglaterra, en la que el gran retrato pintado por Gainsborough ocupaba ahora un lugar destacado. ¿Sabía Wynn Ellis con seguridad que «el cuadro que había sido mutilado para que colgara sobre la ahumada repisa de la chimenea de una anciana medio senil [...] era una perla de extraordinario valor»?<sup>[204]</sup> Tiempo después, algunos tenían sus dudas. «Existía [...] una creencia muy generalizada, entre los interesados en asuntos de arte, de que no pocos de los cuadros [de la colección de Wynn Ellis] que llevaban la firma de distinguidos pintores ingleses eran copias o imitaciones»<sup>[205]</sup>. ¿Se había precipitado Wynn Ellis al declarar que la obra era, en efecto, el retrato de la duquesa de Devonshire pintado por Gainsborough? «Aunque gran amante del arte no era un juez infalible, y se ha señalado que el descubrimiento de que le habían vendido a precios fabulosos tres Turner falsos<sup>[206]</sup>, lo llevó directamente a la tumba». El hecho se produjo el 8 de enero del año 1875, cuando contaba ochenta y seis años y había amasado una fortuna que se calculaba en casi seiscientos mil libras. Sus cuatrocientos dos cuadros, junto con «los dibujos a la acuarela, las porcelanas, el mobiliario decorativo, los mármoles y demás»<sup>[207]</sup>, fueron legados al país. Los directivos de la National Gallery seleccionaron cuarenta y cuatro obras de viejos maestros, en cumplimiento de la voluntad de Ellis, y el resto de la gran colección fue puesto a subasta. Gainsborough estaba considerado entonces un artista moderno, de modo que su cuadro también fue ofrecido a la venta por la casa de subastas de los señores

Christie, Manson y Woods. Tras años de permanencia en una misteriosa oscuridad, la duquesa de Gainsborough se disponía a realizar su primera aparición pública en casi un siglo, y las historias sobre la encantadora Georgiana y sus picantes andanzas empezaron a circular una vez más por los salones de Londres. La fecha de la subasta quedó señalada para el 6 de mayo de 1876, y de pronto la duquesa se puso nuevamente de moda. Si en la época del rey Jorge se habían enamorado de la espléndida duquesa, los Victorianos estaban a punto de quedarse prendados del retrato de Georgiana.

## 8 EL DOCTOR JEKYLL Y MÍSTER WORTH

Para marcar la primera etapa de su transformación de vulgar hombre de mundo de la rué Scribe en respetable caballero londinense, Adam Worth se estableció con Kitty y Bullard en un alojamiento nuevo y espacioso al sur del Támesis, para lo cual utilizó los fondos que le quedaban tras la venta del American Bar y de los diamantes robados. Alertada por los Pinkerton y por la Sûreté de París, Scotland Yard ya estaba en guardia y no tardó en mandar recado a Robert Pinkerton, hermano de William y jefe de la oficina de la agencia en Nueva York, de que el ingenioso Worth «utiliza ahora el nombre, más aristocrático, de Henry Raymond [y] ocupa una espaciosa mansión, conocida por West Lodge, que se alza al fondo de una extensa finca, lejos de la vista de los curiosos, en el extremo oeste de Clapham Common»<sup>[208]</sup>. Imponente, con sus ventanas en arco, la mansión West —o Western— Lodge había sido construida hacia 1800, y en ella habían vivido anteriormente personas tan notables como Richard Thornton, un millonario que había hecho su fortuna especulando con sebo en la Bolsa báltica, y en época más reciente *sir* Charles Trevelyan, precisamente la clase de contactos sociales que Worth empezaba a ambicionar. El resto de la banda, incluidos Becker, Elliott y Sesticovitch, vivía en otro gran edificio alquilado por Joe y Lydia Chapman, en Neville Road 103, que Worth contribuyó a amueblar con gruesas alfombras rojas y grandes candelabros.

Es casi seguro que Worth estaba al corriente de que Scotland Yard lo vigilaba, pero como tenía en muy baja opinión a la policía británica en general y al inspector John Shore en particular, parece que tal vigilancia no le importaba lo más mínimo. Con una arrogancia que empezaba a ser característica en él, Worth no se reprimía en expresar su opinión de que Shore era un idiota borracho y mujeriego, «un gran estúpido, el hazmerreír de toda Inglaterra [...]. No conocía a nadie, salvo a un montón de trileros y de carteristas de pacotilla»<sup>[209]</sup>. Es evidente que Worth había subido mucho en su propia estimación pues también él había sido un descuidero de poca monta en las calles de Nueva York. Pero mientras Worth empezaba a darse importancia y a adoptar los aires de un elegante urbanita, y se dedicaba a sentar los cimientos para una amplia gama de actividades delictivas, el trío original empezaba a disgregarse. En octubre de 1870, Kitty había dado a luz una niña, Lucy Adeline, a la que seguiría, siete años después, una hermanita que se llamaría Katherine Louise, como su madre. La paternidad real de las hijas de Kitty ha quedado siempre bastante oscura, por razones evidentes. Es posible que la propia Kitty no supiera con certeza cuál era el padre auténtico de las niñas, si Bullard o Worth —es posible incluso que las compartieran, una cada uno, como hacían con todo lo demás—, pero la mayoría de sus socios de fechorías se limitó a dar por sentado que las pequeñas eran de Worth, como él mismo consideraba al parecer. William Pinkerton opinaba que Worth, sencillamente, se había apoderado de los derechos conyugales de su socio cuando

Bullard estaba tan alcoholizado que no podía cumplir con sus deberes. «Bullard, alias Wells, se volvió muy disoluto; entretanto su esposa había dado a luz dos niñas, que en realidad eran hijas de Adam Worth»,<sup>[210]</sup> escribió el detective.

Bullard, más irascible e introvertido con cada copa que tomaba, había dejado de ser el hombre despreocupado y garboso del que se había enamorado Kitty en el hotel Washington de Liverpool. Desaparecía durante largos períodos en los peores barrios de Londres, y cuando volvía, abrumado por los remordimientos y por la resaca, se pasaba horas tocando el piano, enfurruñado. Para empeorar las cosas, Kitty había sabido del anterior matrimonio de Bullard y de los hijos que había tenido con la otra mujer. Kitty no tenía inconveniente en repartir sus favores entre dos hombres, pero se enfureció al descubrir que su hombre no sólo era un bebedor deprimente sino también un bígamo.

Consciente de la inquietud de Kitty, pero convencido de poder conservarla con la perspectiva de mayores riquezas, Worth se dedicó a establecer las bases para la fase más grandiosa de su carrera delictiva. Además de la mansión de Clapham, con sus «pistas de tenis, galería de tiro e instalaciones para bolos sobre césped»,<sup>[211]</sup> ocupó también unos apartamentos en el distrito de Mayfair, aún más distinguido y elegante, donde alquiló un piso grande y bien amueblado en el 198 de Piccadilly, «por el cual pagaba seiscientas libras anuales»<sup>[212]</sup>. El piso estaba a unos cientos de metros calle arriba de Devonshire House, situada en el número 74, donde la duquesa había ofrecido en otro tiempo sus lujosas fiestas y que hoy es la sede de la sociedad constructora Bradford & Bingley, justamente el tipo de negocio que Worth habría intentado robar sin la menor vacilación. Desde allí, con infinito cuidado, Worth empezó a dirigir con maestría una serie de robos, estafas y otros delitos.

Con sus socios de más confianza, empezó a organizar trabajos delictivos, normalmente por contrato y a través de intermediarios, para escogidos hombres —y mujeres— de los bajos fondos londinenses. Los delincuentes que llevaban a cabo estos encargos sólo sabían que las órdenes llegaban de arriba, que los golpes eran buenos, la planificación impecable y los objetivos —bancos, oficinas de correos y de ferrocarril, casas privadas de gente rica y almacenes— seleccionados por la mano del genial organizador. Lo que ninguno de ellos sabía era el nombre del individuo que lo dirigía todo, ni tampoco el de los que ocupaban lugares intermedios en la estructura de mando piramidal de Worth. De este modo, en las poco frecuentes pero inevitables ocasiones en que un robo salía mal, Worth quedaba completamente impune, sobre todo porque el reparto sensato del dinero entre las filas de la organización le aseguraba aún más la discreción a todos los niveles. Siempre fanático del control, Worth estableció su propia forma de omertá por la fuerza de su personalidad, por su rígida atención a los detalles, por su revisión estricta aunque siempre anónima de cada operación, y por su precaución de dedicar una parte de los beneficios a asegurarse, si no la lealtad, sí al menos el silencio. Le complacía ser de utilidad a las grandes figuras del hampa pues sabía, como un padrino de la mafia, que su

supervivencia dependía de lo discretos que fueran; así, los delincuentes de menor categoría que eran su principal fuente de ingresos no llegaron a verlo nunca, al menos que ellos supieran. Antes de que transcurriese mucho tiempo, el piso de Piccadilly se había convertido en «un centro de la delincuencia internacional<sup>[213]</sup>».

La mejor descripción del éxito fenomenal de Worth en estos años tal vez sea el comentario de franca admiración de los Pinkerton, que lo consideraban «el delincuente profesional más notable, más exitoso y más peligroso que han visto los tiempos actuales»<sup>[214]</sup>. En una publicación oficial editada muchos años más tarde, los detectives recordaban que «durante años perpetró toda clase de delitos: falsificación de cheques, timos, hurtos, forzado de cajas, robo de diamantes y de correo, robos con escalo de todo tipo, asaltos en los caminos y atracos a bancos... Y todo ello en la más completa impunidad. Su lujoso piso de Piccadilly 198, donde recibía visitas en un ambiente de recargada riqueza [...] se convirtió en punto de reunión de los principales ladrones de Europa y América. En su piso se daban cita famosos ladrones de todo el mundo, sobre todo norteamericanos, y se convirtió en perista o receptor de muchos de los grandes golpes perpetrados en Europa. A finales de la década de 1870 y durante todos los ochenta, a un gran robo sucedió otro, y en casi todos ellos se pudo encontrar la huella, aunque nunca una prueba sólida, de la "mano italiana" de Adam Worth».

Como expuso otro contemporáneo, «en su lujoso domicilio se planificaban delitos cometidos en cualquier rincón del mundo, y muchas veces era allí donde se hacía el reparto final del botín»<sup>[215]</sup>. Una especialidad particular de la banda de Worth era el robo del correo certificado de las cajas fuertes transportadas por tren y en los vapores que cruzaban el Canal. «Un robo se encadenó con otro en rápida sucesión [...]. De dos a cinco millones de francos fueron sustraídos del correo por este sistema»<sup>[216]</sup>. Para iniciar los robos, Worth recurrió a sus compatriotas, pues prefería un sólido y fiable ladrón norteamericano a uno británico, de espíritu más voluble. Encontrar colaboradores no era difícil pues, como alguien señaló, «el West End estaba lleno de norteamericanos ladrones de bancos, reventadores de cajas fuertes, timadores, falsificadores y peristas»<sup>[217]</sup>. Muchos años después, Worth expresó su opinión sobre los delincuentes británicos: «Entre los ingleses había algunos tipos duros y leales de verdad, capaces de hacer bien su trabajo y de correr riesgos, pero la mayoría de ellos era una pandilla de inútiles»<sup>[218]</sup>.

Entre las figuras clave de la banda de Worth se contaban los falsificadores, Joe Chapman y Charles Becker el Marcas, el irritable ruso Cario Sesticovitch y Little Joe Elliott, cuando se le conseguía convencer para que dejara de perseguir coristas. A ellos se sumaba la figura imponente de Jack Phillips el Basuras, un reventador de pisos enorme e inmensamente estúpido, que recibía su apodo por la manía de llevar todo tipo de porquerías en los bolsillos del abrigo. Phillips era el único británico admitido en el círculo íntimo de Worth, hecho del cual iba a lamentarse más adelante. El Basuras, ignorante y traidor a partes iguales, era un exboxeador de apariencia



aterradora con una pronunciada barbilla, largas patillas de hacha y un rostro que podría haber sido tallado en un bloque de queso parmesano. Los principales atributos del hombre eran su altura —bastante más de un metro ochenta—, sus feroces facciones y su fuerza colosal, que le permitía cargar a la espalda la caja fuerte más pesada —la cual podían reventar después a placer—, en tanto que su aspecto imponente constituía un excelente elemento disuasorio para los que mostraban demasiada curiosidad. En los archivos Pinkerton hay una divertida foto del Basuras, algunos años más tarde, detenido y atado a un poste en impecable traje de etiqueta. Como un Sansón de los maleantes, el hombre tira de las ataduras con los ojos casi fuera de las órbitas de pura furia. Los Pinkerton, con un comedimiento extraño en ellos, titularon la instantánea «Una fotografía a disgusto»<sup>[219]</sup>.

El ámbito de las actividades de Worth aumentó considerablemente con la compra de un yate de casi cuarenta metros que precisaba, según se contó más adelante, «una tripulación de veinticinco miembros»<sup>[220]</sup>. Una vez que lo tuvo bien equipado, lo utilizó para transportar a su banda en una serie de expediciones al extranjero. Bautizó el barco con el nombre de Trébol en honor de su amada irlandesa. En 1874, la banda zarpó rumbo a Sudamérica y a las Antillas, y en una sola operación consiguió diez mil dólares de la caja fuerte de un almacén de Kingston, en Jamaica, antes de hacerse nuevamente a la mar. «Esta última acción habría terminado con su captura por una cañonera británica que lo persiguió durante veinte millas si el yate no hubiera sido una embarcación tan rápida»,<sup>[221]</sup> comentó Lyons, quien al parecer estaba a bordo en esa ocasión. La policía colonial de Kingston envió un informe sobre el robo a los Pinkerton y a Scotland Yard. «El inspector Shore está de acuerdo conmigo en que esto ha de ser obra de Adam Worth»,<sup>[222]</sup> escribió William Pinkerton a su hermano en Nueva York. La sospecha no estaba equivocada, pero sin pruebas no podían echarle el guante.

El anhelo de respetabilidad, de figurar entre la clase de los caballeros, era sin duda la aspiración que más motivaba a la gente en la sociedad victoriana, más incluso que la codicia de conseguir dinero, que para muchos Victorianos, y desde luego para Worth, sólo era un medio para conseguir tal fin. Como significó Herbert Spencer, «ser respetable significa ser rico»<sup>[223]</sup>. Fue ésta una época de inmenso esnobismo a todos los niveles, de intensa conciencia social pero también de movilidad en la escala social, tanto hacia arriba como hacia abajo. Un hombre podía ascender de rango mediante el trabajo, la riqueza o la buena fortuna, y según los preceptos que regían en su tiempo, también debía hacerlo. «Ahora que un hombre puede hacer dinero y ascender en el mundo y relacionarse sin faltar al respeto con gente que una vez estaba muy por encima de él —escribió John Ruskin—, es una verdadera vergüenza que permanezca en el estado en que nació, cuando todo el mundo considera que es su deber intentar ser un gentilhombre»<sup>[224]</sup>.

Definir con precisión qué se requería para ser un caballero en los diferentes estratos sociales resultaba bastante complicado —como observaba Anthony Trollope

en su autobiografía—, pues cualquier intento en tal sentido estaba condenado al fracaso, aunque todo el mundo sabía a qué se refería el término. Un historiador ha escrito que de un caballero Victoriano se esperaba «que fuese honrado, digno, cortés, considerado y correcto en sociedad, que desdeñara el comercio y [...] siguiera los principios del *noblesse oblige*. Un caballero pagaba sus deudas de juego, no hacía trampas con las cartas y era honorable con las damas»,<sup>[225]</sup> cualidades todas ellas que Worth exhibía sobradamente, con la única excepción de la primera, la honradez. A esto se sumaba la consideración general de que cuanto menos manifiesta era la laboriosidad de un hombre y mayores eran sus gastos, más alto se suponía su rango en la escala social. Hasta donde podían decir sus vecinos y asociados no delincuentes, Henry Raymond no daba golpe y gastaba dinero a un ritmo que habría resultado sospechoso si no hubiese resultado tan absolutamente satisfactorio según el orden de prioridades Victoriano. Como observaba Oscar Wilde, «sólo la gente superficial juzga por las apariencias»<sup>[226]</sup>. Worth se fabricó una envoltura de deslumbrantes riquezas y posesiones para ocultar sus orígenes humildes y su vida delictiva y, como Jay Gatsby, se mantuvo siempre sereno, incluso meticuloso; presentaba una apariencia externa envuelta en el lujo y el derroche, pero siempre contemplaba su artificio con distanciamiento, como un eterno intruso.

Adam Worth se adaptó con extraordinaria facilidad a la vida de un caballero inglés y ofrecía, en la tradición de Mandelbaum, espléndidas veladas en su vivienda de Piccadilly y en su mansión de Clapham, que ya habían sido dotadas de «costosos muebles, objetos ornamentales y cuadros»,<sup>[227]</sup> así como libros raros y lujosas piezas de porcelana. Allí se relacionó con hombres y mujeres de buena posición social y económica con la misma facilidad con que lo hacía con la gente de los bajos fondos londinenses. Como reconocería más tarde el jefe del departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard, *sir* Robert Anderson, «Worth era un hombre que sabía desenvolverse en cualquier ambiente»<sup>[228]</sup> y era capaz de cambiar de papel y pasar de hombre rico y ocioso a maestro del robo sin el menor esfuerzo. Y al parecer, aunque «vivía como un príncipe»,<sup>[229]</sup> también procuró enriquecer su mente y aumentar sus conocimientos culturales. «Se convirtió en estudiante de arte y literatura<sup>[230]</sup>», anota Lyons, algo muy conveniente para su papel de hombre de mundo, pero también por su gran interés en las cosas más selectas que podían obtenerse con el dinero de otros.

Como cualquier tipo rico con aficiones deportivas, Worth se interesó por el hipódromo y compró una cuadra de «diez caballos de carreras y vendió en subasta un par de ellos, que le proporcionaron unas ganancias de setecientas cincuenta libras»<sup>[231]</sup>. Para sus vecinos de Piccadilly, Worth era un norteamericano cortés, visiblemente próspero, que ofrecía frecuentes y entretenidas fiestas y que se hacía los trajes a medida en Saville Row. Para el frustrado inspector Shore, Worth era un permanente motivo de irritación, pues siempre conseguía mantenerse un paso por delante de él, ocultando su rastro con infinito cuidado y sobornando a fuentes internas

de Scotland Yard para estar al corriente de las andanzas del inspector. Un comentario incluso apunta que «dio empleo a un grupo de detectives y a un letrado, y su secretario también era abogado»<sup>[232]</sup>. Para sus colegas malhechores, Worth era una fuente de ideas luminosas y de unos ingresos regulares cuya largueza era legendaria: «Cuando tenía dinero era generoso hasta el exceso; nunca permitió que un amigo tuviera que acudir a él por dos veces y ofrecía una mano colaboradora a todo el que estaba en apuros, tanto si era en su modo de ganarse la vida como si no»,<sup>[233]</sup> escribió más adelante uno de sus conocidos. Esta opinión la corroboraban los Pinkerton: «Cualquiera a quien Worth conociera de nombre o de haber cruzado unas palabras con él podía acudir en todo instante a él y recibir ayuda, si estaba en su mano proporcionársela»<sup>[234]</sup>. En un acto de reconocimiento indirecto de sus orígenes humildes, perfectamente ocultados a esas alturas, Worth sólo robó en su vida a quienes tenían dinero de sobra y dejó siempre muy claro que para delinquir no se requería el uso de la violencia. A los Pinkerton les resultaba asombroso que «a lo largo de toda su carrera delictiva no utilizara jamás un revólver ni amenazara la vida de una sola de sus víctimas»<sup>[235]</sup>. Absolutamente confiado en su habilidad para evitar que lo detectaran, Worth empezó a correr riesgos aún mayores y a conseguir botines cada vez más cuantiosos. Según comentó a sus secuaces, «es tan fácil robar cien mil dólares como una décima parte de esa cantidad [...] el riesgo es el mismo. Por lo tanto, nosotros siempre iremos a por el botín más sustancioso»<sup>[236]</sup>. Muchos años más tarde, el falsificador Charles Becker fue interrogado por los Pinkerton y ofreció una exposición de la filosofía de la banda. Merece la pena citarla completa, pues proporciona importantes claves sobre la extraña doble vida de Adam Worth:

Si quieres prosperar tienes que ser rico o aparentar que lo eres. Para hacerte rico tienes que jugar fuerte. No se puede ser cauto y falso. No, no. Si uno hace fortuna rápidamente en alguna de las cien profesiones que un hombre puede escoger, es denunciado por ladrón. Saca tus conclusiones. La vida es así. Los moralistas no harán cambios radicales en la moralidad del mundo, de eso puedes estar seguro. El hombre es igual en la cúspide, en la medianía y en lo más bajo de la sociedad. Por cada millón de borregos encontrarás diez tipos valientes capaces de salirse del camino marcado y hacer cosas, capaces de desafiarlo todo, incluso vuestras leyes. ¿Queréis saber cómo sacar el máximo provecho de cada ocasión? Yo os lo diré, porque he recorrido ambos caminos y lo sé. Con la genialidad más sublime o con la corrupción más rastrera. Tienes que abrirte paso entre la multitud como una bala de cañón, arrasando, o furtivamente como una peste<sup>[237]</sup>.

Yo utilizo el método de la bala de cañón.

A su modo, ésta era una peculiar filosofía victoriana. Worth era —o se consideraba— un ser superior, dotado de mejores recursos para la lucha darwiniana por la supervivencia, que a fin de cuentas era una lucha sin moral. Como muchos Victorianos, consideraba que la adquisición de riquezas y la respetabilidad que éstas le proporcionaban eran un objetivo valioso en sí mismo; en cambio, el modo en que

se acumulaba el dinero era completamente indiferente. El mero hecho de poder avanzar siempre un paso por delante de los Pinkerton y de Scotland Yard era una prueba de que ése era el modo en que debía actuar. Nadie como él, que había visitado los tres escalones, sabía que el hombre es el mismo en la cúspide, en la medianía y en lo más bajo de la sociedad. La moral de la época era extraña y maleable: «Fingían ser mejores de lo que eran en realidad —ha señalado un historiador—. Se las daban de increíblemente caritativos y virtuosos y hablaban de sentimientos nobles, pero vivían de modo muy distinto»<sup>[238]</sup>. Los Victorianos rivalizaban por aparentar que llevaban vidas virtuosas y daban gran importancia a esta apariencia, pero disfrutaban «portándose mal» tanto como cualquier otra sociedad en cualquier otro periodo de la historia. El código de moralidad de Worth era estricto y se ceñía a él sinceramente. Se ufanaba de seguir un régimen personal severo, se abstenía de tomar bebidas fuertes, se levantaba temprano, trabajaba con dedicación en el oficio que había escogido, hacía obras de caridad y hasta es posible que incluso acudiera a la iglesia, pero al tiempo se saltaba todas las leyes existentes y se enriquecía a costa de los bienes de otros. Si Worth se aferraba a una serie de nobles convicciones en absoluta contradicción con sus actos, no era el único, ni mucho menos. Sin duda, le habría gustado el comentario irónico de Wilde en La importancia de llamarse Ernesto: «Espero que no habrá llevado usted una doble vida, fingiendo ser malvado cuando en realidad ha sido bueno en todo momento. Eso sería una demostración de hipocresía»<sup>[239]</sup>.

Sobrio, trabajador y leal, Worth era un delincuente de principios, los cuales imponía a su banda con rígida disciplina. Estaban excluidos los borrachos, con la excepción de Piano Charley, y la violencia estaba explícitamente prohibida. «Un hombre con cerebro no tiene derecho a llevar armas de fuego»,<sup>[240]</sup> insistía, pues «siempre ha resultado más provechoso el ejercicio rápido de la mente»<sup>[241]</sup>. Los robos debían infligirse a quienes podían permitírselos, y el reparto del botín debía ser justo. Muchísimos vagos y maleantes le debían su subsistencia, pero Worth no era ningún Robín Hood; no robaba a los ricos para dárselo a los pobres. Aunque, claro está, tampoco Robin Hood lo hacía.

«Fue su carrera casi ininterrumpida de éxitos en la organización de grandes golpes y su habilidad para escapar al castigo por sus delitos lo que le valió la confianza de los bajos fondos, convirtiendo a los delincuentes más hábiles en sus cómplices»,<sup>[242]</sup> exponía Sophie Lyons.

Worth estaba encantado con la posición que había conseguido, encumbrado tanto entre la sociedad respetable como entre la delincuencia. Poco a poco su confianza se convirtió en arrogancia. A mediados de la década de 1870, tuvo un nuevo encuentro con William Pinkerton, en esta ocasión en el bar Criterion de Piccadilly, conocido lugar de encuentro de holgazanes y hombres de mundo. Pero esta vez Worth se sentía tan seguro en el centro de su red criminal que incluso se permitió dedicar un cumplido al detective americano, al tiempo que denostaba a su correspondiente

británico, el inspector Shore. «El hombre de Scotland Yard —le dijo— puede dar gracias a Dios todopoderoso de tener a los Pinkerton por amigos, pues de lo contrario no habría pasado nunca de detective callejero, dedicado a perseguir carteristas»<sup>[243]</sup>. En su fuero interno, William Pinkerton coincidía con tal opinión pues sin el flujo habitual de información que llegaba de Estados Unidos, las autoridades británicas, aún habrían sabido menos de lo que sabían sobre la red delictiva que irradiaba de Londres. «Lo que dice es cierto —reflexionó Pinkerton—. De no ser por nuestra agencia, Shore no habría llegado a ninguna parte»<sup>[244]</sup>.

«No sé cuánto de lisonja había en todo esto, pero debo decir en su favor que en Londres siempre me trató bien. Intentó hacerme vanos obsequios —informaba William<sup>[245]</sup>, aunque rápidamente añadía—: Pero los rechacé todos».

En cierto sentido, Worth era un producto arquetípico de su tiempo: dispuesto a prosperar y sin apenas tener en cuenta los compromisos morales que adquiriría. Un hombre absolutamente respetable y absolutamente corrupto al mismo tiempo. Pero aunque estaba apegado a la sociedad y a sus normas, a la vez se sentía en guerra con ella, en guerra feroz e implacable. Worth imitaba a sus contemporáneos burgueses al tiempo que los despojaba de sus bienes, y en todo momento sentía un profundo desprecio hacia ellos.

La opinión expuesta por Friedrich Engels de que los más atrevidos de los estratos sociales inferiores se convertían en ladrones para «librar una guerra abierta contra las clases medias»<sup>[246]</sup> tiene algo de verdad en el caso de Worth, pues su impostura era un acto de irritada rebelión y de desdén hacia la sociedad de la que, por muchos esfuerzos que hiciese, sería un permanente proscrito. Parece improbable que Worth se considerase un revolucionario social, pero las insinuaciones subversivas de sus acciones eran absolutamente intencionadas. El anhelo de una posición de caballero era un impulso fundamental de la vida victoriana, y atribuirse tal condición fraudulentamente era una blasfemia social que socavaba la propia jerarquía sobre la que se erigía el complejo sentido Victoriano del orden mundial.

El año 1874 había sido la culminación de la «saga Tichborne», uno de los casos de impostura social más famosos de la historia británica. Veinte años antes, en abril de 1854, un vapor que navegaba de Río de Janeiro a Liverpool desapareció sin dejar rastro y se llevó con él a Roger Charles Tichborne, heredero de un título nobiliario menor y de extensas fincas en Hampshire. *Lady* Tichborne, su madre, se negó a aceptar la noticia de que su hijo había fallecido, y cuando en 1876 se presentó un hombre que decía ser su heredero perdido, la mujer lo acogió de inmediato entre sus brazos, lo cual no fue tarea sencilla pues el Roger Tichborne original era un hombre delgado, moreno y educado, en tanto que quien decía ser él era pecososo y semianalfabeto y pesaba casi cien kilos. «Creo que mi pobre Roger lo confunde todo en su cabeza, como en un sueño, y estoy convencida de que es mi hijo»,<sup>[247]</sup> mantuvo *lady* Tichborne. Y así, hasta la muerte de la dama, el hombre siguió disfrutando de todas las ventajas de un hijo pródigo. No obstante, cuando la viuda Tichborne

desapareció en 1870, sus parientes emprendieron un litigio por simulación delictiva de personalidad contra el orondo y absolutamente espurio *baronet*, según se vio luego. El caso despertó sensación y se prolongó durante años —un alegato de la defensa llevó dos meses enteros—, pero finalmente, en 1874, en el preciso momento en que Adam Worth empezaba a construir su falsa identidad en Londres, el demandado quedó identificado como Arthur Orton, carnicero de Wapping, y sentenciado a catorce años de reclusión. Entretanto, el gordo impostor se había convertido en foco del resentimiento popular que bullía bajo la tersa superficie de la sociedad victoriana. Considerado «una víctima de las clases opulentas y de la propia reina Victoria»,<sup>[248]</sup> Orton/Tichborne era un poderoso símbolo de revuelta. Miles de personas se suscribieron a una publicación que lo defendía, pues «con su apoyo al demandado, los tichbornitas expresaban su oposición al poder establecido y su respaldo a un adalid que parecía desafiar sus códigos y prácticas»<sup>[249]</sup>. La actitud de quienes apoyaban al demandado se caracterizaba por su contundencia, como en esta declaración: «No me importa si es Roger Tichborne o Arthur Orton; no me gusta ver a un pobre hombre despojado de sus derechos»<sup>[250]</sup>.

El caso Tichborne, que continuó despertando un acalorado debate durante toda la década de 1880, ilustra claramente cómo la apropiación fraudulenta de un puesto superior en aquella sociedad estratificada golpeaba en el centro mismo de las confortables seguridades victorianas. Pero también demuestra cómo el ascenso social mediante el fraude despertaba las fantasías de los millones que quedaban fuera —es decir, debajo— de las refinadas capas superiores.

Las falsas alegaciones de Worth eran aún más subversivas, pues hasta el momento no habían sido detectadas y nuestro hombre se recreaba con su doble vida: «Mantén su disfraz de potentado norteamericano, y de noche acudía a un tugurio de ladrones del East End de Londres»<sup>[251]</sup>. Según un testimonio, «se mudaba las ropas finas por una indumentaria más humilde para tratar con sus colegas malhechores y luego buscaba un lavabo de ferrocarril para volver a ponerse su "ropa de caballero" antes de regresar a su dormitorio al amanecer»<sup>[252]</sup>.

Conforme se hacía más rico y más respetable, Worth fue evolucionando lentamente hacia la figura más conocida y más temida de la literatura victoriana: el hombre doble, un Jekyll y Hyde que ocultaba al mundo su personalidad más oscura y que disfrutaba tanto de su verdadera naturaleza malévola como de su aparente rectitud moral. Hacía mucho tiempo que había borrado de su cabeza la diferencia entre una vida basada en la realidad y otra que era producto de su retorcida inventiva. Había robado el nombre del caballero más valioso que había podido encontrar; se había apropiado, mediante el fraude y el robo, de un reluciente caparazón de respetabilidad, de una existencia ejemplar que en realidad era una enorme falsedad envuelta en oropeles. Los Victorianos leyeron la obra maestra de Robert Louis Stevenson con delicioso terror pues el doctor Jekyll y mister Hyde, como Henry Raymond y Adam Worth, eran la cara luminosa y oscura del hombre mismo,

encadenadas la una a la otra en febril contraste, y constituían una mirada escalofriante a las oscuras y atemorizadoras profundidades de su propia naturaleza.

Hacia el año 1875, más rico y más satisfecho de lo que había estado en su vida, Adam Worth se había adecuado cómodamente a la personalidad de Henry Raymond. Entonces sufrió tres golpes en rápida sucesión: Piano Charley Bullard, su colega de delitos que llevaba varios años saliéndose de los carriles a considerable velocidad, terminó en una cárcel norteamericana; los miembros más importantes de la banda — Elliott, Becker, Sesticovitch y Chapman— fueron detenidos y conducidos a una cárcel extranjera, y por último, lo más desolador de todo: Kitty Flynn, la mujer que él había contribuido a inventar de la nada, empezó a tener ideas propias.

## 9 PAVO FRÍO

Durante dos años, la banda de Worth había dirigido una lucrativa operación de falsificación de dinero por toda Europa. Las falsificaciones, normalmente cartas de crédito, eran obra de Charles Becker, un hombre de talento aunque inestable. Pero tan alto concepto tenía Worth de su capacidad artística como baja era la opinión que le merecía la seriedad y la responsabilidad de su secuaz, al que consideraba «el mayor cobarde del mundo»<sup>[253]</sup>. Como señaló Worth en una ocasión, «era un misterio cómo mantenía el ánimo y se reprimía tanto tiempo de chillar». Pero a pesar de su dudoso temperamento, Becker era uno de los elementos más valiosos de la organización de Worth, un falsificador de tan excepcionales dotes que incluso Pinkerton reconocía que sus reproducciones de billetes, documentos bancarios y valores podían resistir «la inspección más microscópica»<sup>[254]</sup>.

Pasar las falsificaciones era trabajo sobre todo de Little Joe Elliott, un bribón con aires de dandi bastante creíbles, «de bigotillo negro y cabello corto, negro también y revuelto»,<sup>[255]</sup> que siempre conseguía convencer de la autenticidad de sus documentos a los empleados del banco, a pesar de que siempre se encontraba en un estado de agitación permanente y crónica. «Tenía un carácter muy nervioso y no podía quedarse sentado y tranquilo un solo instante —apuntó un contemporáneo—. Volvía los ojos a todas partes, sacudía los brazos continuamente y tenía un montón de tics»<sup>[256]</sup>. El ruso Sesticovitch y el lúgubre Joe Chapman completaban el cuarteto de falsificadores como vigías y como refuerzo. «Chapman tenía formación de empleado de banca y su familiaridad con los procedimientos bancarios era fundamental para el éxito de la banda»<sup>[257]</sup>.

Avanzado 1874, Worth ideó un plan para pasar algunas cartas de crédito falsas en Turquía, confiando despreocupadamente en que las autoridades turcas no reconocerían la falsificación hasta que la banda estuviera a salvo, de vuelta en Londres. Becker presentó unas réplicas exquisitas de las cartas de crédito de Coutts & Co., los banqueros de Londres, y Worth envió al grupo a Esmirna mientras él se quedaba en Londres con Kitty. Bullard, como era típico en él, había desaparecido después de perder el dinero que le quedaba jugando a las cartas. Como apuntó Pinkerton más adelante, «Bullard, como todos los ladrones, derrochaba su riqueza a manos llenas»<sup>[258]</sup>.

El golpe tuvo un buen inicio y la banda se dirigió a Esmirna «a través de las principales ciudades de Francia y de Alemania, dejando tras sí un rastro de papel falsificado»<sup>[259]</sup>. Cuando ya habían recaudado unos cuatrocientos mil dólares en diversas ciudades y «el grueso del dinero había sido enviado a Londres», se produjo el desastre. El cuarteto fue detenido mientras intentaba colar una carta de crédito por una cuantía especialmente considerable. Fueron juzgados en el tribunal consular británico, declarados culpables de falsificación y condenados a siete años de trabajos



forzados en una prisión de Constantinopla. John Shore, de Scotland Yard, recibió notificación de las detenciones y envió a la policía turca los expedientes completos de cada hombre; los Pinkerton anunciaron que pensaban pedir la extradición de la banda a Estados Unidos.

Al principio se tomaron la cautividad con buen ánimo, confiando en que el ingenioso Worth encontraría el modo de sacarlos. «Nosotros ya éramos hombres experimentados y la cárcel no significaba nada para nosotros —insistía Becker—. Lo que nos retenía era el país, no la cárcel. No podíamos salir del país»<sup>[260]</sup>. Pero poco a poco, cuando las semanas se convirtieron en meses y las autoridades turcas siguieron limitándose a hacer oídos sordos a todas y cada una de las peticiones que les presentaban desde Lydia Chapman hasta Worth o incluso el cónsul norteamericano, a quien habían convencido de que el cuarteto no había tenido un juicio justo, la gravedad de la situación empezó a hacer mella en ellos. Incluso Cario Sesticovitch, un hombre de indiscutible resistencia granítica, empezó a perder el ánimo. Escribió a su amante gitana —«mi queridísima Alima»—, explicándole las condiciones indecibles de la cárcel. Cualquier prisión norteamericana, por dura que fuera, parecía casi un hotel comparada con ella: «No hay más comida que pan, una vez cada veinticuatro horas; no hay más cama que el suelo de madera desnudo, donde nos apretujamos treinta y cinco o cuarenta hombres aunque no caben más que veinte. No puedes ni imaginarte la cantidad de suciedad y de moho que hay en este lugar. En realidad, el pan que me dan no bastaría para alimentar a los hambrientos insectos, pulgas y chinches que muerden mi piel constantemente [...]. Hay pocas esperanzas, muy pocas»<sup>[261]</sup>.

En el peculiar código moral de Adam Worth, la lealtad ocupaba un extraño papel preeminente. Sophie Lyons consideraba que «la razón de su liderazgo era su inmovible fidelidad a sus amigos. Raymond [Worth] no se escaqueaba nunca; jamás abandonaba a un amigo. Cuando uno de sus socios tenía algún problema con la ley, utilizaba su cerebro y su dinero con la misma generosidad que si estuviera en juego su propia libertad»<sup>[262]</sup>. Por mucho que lo idealizaran sus contemporáneos, no parece que Worth sintiera una obligación moral de proteger y defender a sus secuaces. Los Pinkerton consideraban el hecho de que «nunca abandonaba a un amigo o a un cómplice»<sup>[263]</sup> como su aspecto más enaltecido.

Cuando los hombres ya llevaban varios meses sufriendo las severas condiciones carcelarias, Worth hizo su jugada. Acompañado por Lydia Chapman viajó a bordo del Trébol hasta Constantinopla «bajo la falsa identidad de un millonario norteamericano que realizaba un gran crucero»,<sup>[264]</sup> y se dispuso a organizar la liberación de sus subalternos. El plan para conseguirlo no era nada rebuscado; se limitaba a emplear la forma más antigua pero más fiable de persuasión criminal: el soborno a gran escala. Worth no reconocería nunca cuánto dinero había entregado a los carceleros, funcionarios y jueces turcos, pero finalmente contó a Lydia que había hecho todo lo que había podido, y la frustrada pareja volvió a Londres. Con todo, Worth mantuvo

un canal abierto con varios funcionarios turcos venales y por fin, una mañana de enero, Becker, Elliott y Sesticovitch fueron expulsados de la cárcel tan brusca e inopinadamente como los habían llevado a ella y se encontraron en las calles de Constantinopla sin un penique, sucios y libres. Años después, Worth contó a Pinkerton «que fue él quien llevó a Constantinopla el dinero con el que se pagó la liberación de Little Joe Reilly [Elliott], Becker y Sesticovitch [sic], y que él dispuso todos los detalles del trabajo»<sup>[265]</sup>.

En cambio Chapman no tuvo tanta suerte. Unos días antes, el barbudo falsificador había discutido con Elliott, a quien había acusado injustamente de intentar un trato con Scotland Yard. Tras esto se había producido una pelea, y Chapman estaba aislado en otra ala de la prisión en el momento crítico en que se habían abierto las puertas de la cárcel, engrasadas por el soborno. Worth y Lydia, cada vez más frenética, hicieron todo lo posible para liberar al último miembro de la banda. Worth contrató a un abogado caro, envió cartas al cónsul norteamericano, George Baker, y bombardeó a los carceleros de Chapman con suficiente dinero como para convertirlos en hombres ricos, pero todo fue inútil. Finalmente, Chapman dijo a Lydia que se olvidara de él y volviera a América, pero ella se quedó en su casa de Neville Road e hizo nuevos viajes a Constantinopla para suplicar a los carceleros de su esposo, aunque con idéntico resultado.

Como no querían quedarse en Turquía un instante más de lo necesario, los otros tres miembros de la banda habían emprendido ya viaje por tierra hacia Londres, pero aún tenían que pasar otro terrible mal trago antes de alcanzar su hogar. Según los archivos Pinkerton, «mientras atravesaban el Asia Menor fueron capturados por unos bandidos griegos que, a pesar del hecho de que sus cautivos era fugitivos de la prisión, los retuvieron para pedir rescate por ellos»<sup>[266]</sup>. Por último, los bandidos permitieron que Little Joe volviera a Londres con la advertencia de que sus compañeros no serían liberados hasta que volviera con más dinero. Sin embargo se olvidaron de proveer a Elliott de dinero para los gastos de viaje. «Lo único que Reilly [Elliott] tenía para empeñar eran sus dientes de oro —recordaba más tarde Worth—. Con el dinero que sacó por ellos compró un pasaje barato y se ganó el sustento trabajando a bordo hasta Londres»<sup>[267]</sup>. Worth consiguió dos mil libras más, «cuyo dinero Little Joe llevó de vuelta y entregó a los bandidos, que procedieron a liberar a sus camaradas»<sup>[268]</sup>.

Si la huida turca revela un ejemplo impresionante de honor entre ladrones, su episodio final expone otro aspecto muy distinto de la vida entre la delincuencia. De regreso en Londres, el veleidoso Sesticovitch y su amante gitana, bajo los nombres de William y Louise Wallace, se trasladaron a vivir con Lydia Chapman en la nueva casa de ésta, en Maude Grove 46, en Chelsea. Al cabo de poco tiempo, el ladrón de origen ruso empezó a exigir dinero a Lydia, con el argumento de que su marido le había dejado sin su parte de los beneficios de la falsificación original. Sesticovitch le dijo a Lydia que «necesitaba dinero de ella para financiar los gastos de un viaje a Australia

con el propósito de dedicarse a las falsificaciones allí»<sup>[269]</sup>. Según parece, el hombre se hallaba en la errónea creencia de que la esposa de Chapman «estaba en posesión de una cantidad considerable en dinero y joyas»,<sup>[270]</sup> y sus exigencias eran cada vez más amenazadoras. Lydia Chapman, que en esta época utilizaba el nombre de señora Porter, intentó a su vez convencer a Sescovitch de que volviera a Constantinopla para hacer otro intento de liberar a su marido.

Pocos meses más tarde, el cuerpo de Lydia Chapman, muerta al parecer por envenenamiento, fue encontrado en su elegante casa. Aunque tal vez se tratara de un suicidio, tanto Scotland Yard como Adam Worth quedaron convencidos de que el siniestro Sescovitch había tenido participación en la muerte. Scotland Yard incluso citó a Sescovitch y a su compañera entre los asesinos, y apuntó que ante la negativa de Lydia a repartir el dinero para la aventura australiana, «habían tramado un plan con el propósito de robarle [y] que para realizar el robo le habían administrado algún narcótico, que le había provocado la muerte»<sup>[271]</sup>. William Pinkerton era aún más concreto e insistía en que «su muerte fue debida al sobresalto que sufrió cuando Sescovitch [sic] intentó aplicarle el cloroformo para robarle las joyas, dado que ella sufría una enfermedad cardíaca»<sup>[272]</sup>.

El crimen no se resolvió nunca, pero Worth no quiso tener más relación con el ruso, del que desconfiaba desde hacía tiempo. Sescovitch regresó a Norteamérica y abrió un salón de bebidas en el teatro Booth's de Nueva York. Dos años después, en abril de 1878, bajo el alias de Dugan, fue detenido por una falsificación en Cincinnati. Finalmente fue identificado por Robert Pinkerton cuando le informaron de que «le faltaban dos falanges de los dedos índice y corazón de la mano izquierda y una parte del pulgar»,<sup>[273]</sup> consecuencia de un accidente que había sufrido. «No tengo duda de que [Dugan] y Cario Sescovitch, alias Charles Gandy, alias William Wallace, alias Howard Adams, alias John Hoare, son la misma persona». El hombre que probablemente mató a Lydia Champan acabó muriendo en prisión, pero eso no fue de gran consuelo para su marido. Chapman, que aún seguía llorando a su encantadora costilla, no fue liberado de la prisión turca hasta 1881, tras haber «cumplido la sentencia íntegra»<sup>[274]</sup>. Al salir era un hombre absolutamente quebrantado de salud y de ánimo.

La prolongada saga turca y la muerte de Lydia habían dejado exhausto a Worth y mermado en gran medida sus finanzas. Para empeorar las cosas, la sociedad que formaban Pequeño Adam, Piano Charley y la bella Kitty se había desintegrado definitivamente. Worth no había abandonado nunca a Charley Bullard ni se había negado a proporcionarle los «préstamos» que le pedía con frecuencia creciente, pero el pianista había perdido gran parte de su encanto en los años transcurridos. Se le había agriado el carácter y se había intensificado su gusto por los riesgos innecesarios. Para mayor irritación de Worth, Bullard aún mantenía cierta amistad con Max Shinburn, el altivo reventador de cajas fuertes por el cual Worth mostraba ahora un virulento desprecio. Algunos decían que la actitud de Worth, su cólera, se

debía a las atenciones del Barón para con su querida Kitty. Las insinuaciones de Shinburn quedaron en nada, pero cualquier mirada de un hombre —en realidad cualquier cosa que perturbara su universo regulado y medido— provocaba la cólera inmediata de Worth. Mientras él seguía intentando resolver el asunto turco, Bullard cayó en uno de sus accesos viajeros de alcohólico, y apareció en Nueva York como un idiota. «Esta vez, sin el cerebro frío y calculador de Raymond que lo guiara, Bullard se volvió descuidado y cayó en manos de la policía»,<sup>[275]</sup> escribió Sophie Lyons. Piano Charley no tardó en ser identificado, detenido, juzgado por el robo al banco Boylston de 1869 y sentenciado a veinte años de cárcel en la penitenciaría del estado en Concord, Massachusetts.

Kitty, ya alejada de su marido bribón y bígamo, aburrida de la vida en Londres y aspirante ahora a una genuina respetabilidad, no tardó en trasladarse también a Nueva York —pese a las súplicas de Worth—, llevándose con ella a sus dos hijas. En recuerdo de los viejos tiempos, se llevó también los cuadros, espejos, mesas de caoba y cristalería que una vez habían adornado el American Bar de París. En Nueva York empeñó parte de las joyas que Worth le había regalado en abundancia, envió a las niñas a colegios caros y abrió una casa de huéspedes para caballeros elegantes donde su don de gentes y su belleza no tardaron en atraer una clientela que sabía apreciarlos. Como muchas mujeres de buena casa en circunstancias desfavorables, se ofreció como dama de compañía de señoras mientras esperaba una oportunidad para ascender el siguiente peldaño hacia la fama y la fortuna.

Worth quedó desolado ante la brusca deserción de Kitty. Hasta entonces había conseguido mantener un control férreo de todos y cada uno de los aspectos de su vida, pero inesperadamente acababa de escapar de su lado lo que más deseaba. Kitty se convirtió en su obsesión, a lo que sin duda contribuyó el que las dos niñas fueran, casi con seguridad, hijas suyas. En sus memorias, la infatigable Sophie Lyons, en quien se advierten claramente ciertos celos de Kitty, es tan categórica en este punto como en la mayoría de asuntos relativos al estado emocional de Worth: «Invariablemente, cada vez que nos encontrábamos en Londres, su primera pregunta era: "¿Cómo está Kate?"<sup>[276]</sup> Se interesaba vivamente por su salud, por su aspecto y por el estado de las niñas, que todos sabíamos que eran de Raymond». Eddie Guerin, el viejo ladrón, coincidía con Sophie y escribía que Worth hablaba constantemente «de un antiguo amor del que siguió pendiente apasionadamente hasta el final de sus días»<sup>[277]</sup> y cuya pérdida era «un cáncer que le devoraba el corazón sin cesar». Worth rogó a Kitty que regresara a Londres y se casara con él, pero ella rechazó la propuesta. «Si esa mujer se hubiera convertido en esposa de Raymond, estoy segura de que toda su vida habría cambiado y que el mundo lo recordaría por algo más que por tener un historial delictivo incomparable»,<sup>[278]</sup> opinaba Lyons con una piedad hipócrita característica de la época. El comentario es bastante absurdo, pues Kitty conocía al detalle sin duda las actividades delictivas de Worth, y aunque nunca participó activamente en ellas, tampoco hizo jamás el menor esfuerzo por reformarlo.

Con todo, es casi seguro que Sophie Lyons está en lo cierto en un aspecto de la extraña relación entre Adam Worth y Kitty Flynn: «Raymond no olvidó nunca a la graciosa y alegre camarera irlandesa que le había robado el corazón»<sup>[279]</sup>. Ella también lo había amado, pero había languidecido bajo el control de Worth y se negaba a adornar el marco dorado y brillante que había preparado para ella. Kitty, tan despreocupada e imprudente, le había proporcionado un contrapunto fundamental en su vida de hombre concentrado y calculador, pero había volado de ésta con la misma ligereza con la que había entrado en ella.

En los años siguientes mantuvieron una correspondencia amistosa y se encontraron a menudo. Con el tiempo, Kitty aprovecharía la oportunidad de recompensarle por ayudarla a recorrer el camino delictivo hacia el ascenso social, pero la extraña relación sentimental entre Adam Worth y Kitty Flynn había terminado. Por lo menos, de hecho.

## 10 UNA GRAN DAMA OFRECE UNA RECEPCIÓN

En la primavera de 1876, Worth, como cualquiera que se dignara abrir un periódico, leyó la noticia de la creciente expectación que rodeaba la subasta del celebrado retrato de la duquesa de Devonshire, de Gainsborough.

El cuadro tuvo un efecto electrizante en el público inglés y le proporcionó una pequeña ventana histórica por la que asomarse al alma victoriana. Gainsborough ya causaba furor tras una exposición de su obra en la Royal Academy, a principios de año, que había atraído a miles de visitantes, entre ellos Henry James, quien habló con entusiasmo del «refinamiento natural» del pintor, de su «encantadora sencillez» y de su «suavidad estilística»<sup>[280]</sup>. Igual que en la época del rey Jorge habían corrido sin descanso los comentarios sobre la apariencia y el carácter de Georgiana, los Victorianos alababan ahora al autor del retrato que recogía tan perfectamente tales cualidades, al tiempo que repasaban los detalles de la vida extraordinaria de la duquesa. Georgiana había sido una figura destacada de su época, pero sus encantos, su conducta e incluso sus flaquezas parecían cortados a medida de los gustos Victorianos. Se puso a debate si la duquesa era o no la más perfecta de las bellezas de la época georgiana, y se citó en un sentido o en otro a numerosos jueces competentes y respetables del pasado.

Hacía exactamente un siglo, en 1776, el Morning Post había llevado a cabo una competición para encontrar la mujer más atractiva de su tiempo: Georgiana obtuvo «15/20 en belleza, 17/20 en figura, 13/20 en elegancia, 11/20 en ingenio, 5/20 en gracia, 3/20 en expresividad, 10/20 en buen juicio, 9/20 en sensibilidad y 16/20 en principios»<sup>[281]</sup>. Fanny Burney la consideraba «muy hermosa»<sup>[282]</sup>; Horace Walpole se explayó sobre «su juventud, su figura, su buena disposición natural, su sensatez y su profundo recato»<sup>[283]</sup>. La actriz y amante real, Mary Robinson, experta en tales asuntos, apuntaba su «temprana tendencia a la coquetería»<sup>[284]</sup>. La madre de Georgiana la llamó «una de las chicas más llamativas que he visto nunca»<sup>[285]</sup>. El escritor satírico Peter Pindar, normalmente muy mordaz, había sudado de lo lindo al presentar su «Solicitud de tiempo en favor de la duquesa de Devonshire», que quizá sea el peor entre los muchísimos poemas malos dedicados a la bella duquesa:

*Que no se aje la estampa que todos admiran...  
¡Ah!, que nunca las canas blanqueen sus sienas.  
¡Ahí, sagrados sean sus mejillas, sus labios, su lozanía!  
Que nunca, en el lugar del hoyuelo delicioso  
aparezca una mortificadora arruga*<sup>[286]</sup>.

Así continuaba el poema unos cuantos espantosos versos más.

El atractivo de la duquesa queda de relieve, de forma más expresiva, en la

reacción de un borracho irlandés que, tras un encuentro con ella, comentaba con admiración que «podría encender la pipa con sus ojos»<sup>[287]</sup>.

Otros comentaristas Victorianos recordaron en cambio los aspectos más escandalosos de la fama de Georgiana, de los que había también amplias muestras pues, al igual que su tatarasobrina Diana princesa de Gales, la duquesa había sido convertida en ídolo y emblema de su tiempo, en símbolo de moda, belleza y sexualidad.

Como la princesa Diana, los gustos de Georgiana en el vestir habían marcado la tendencia de sus conocidos: puso de moda, por ejemplo, los sombreros enormes festoneados de plumas de avestruz, y cada uno de sus actos, fuera intencionado o no, era imitado o criticado por el resto de la sociedad. Como le sucedería a su descendiente, llegó el momento en que la duquesa no podía ni sonarse la nariz sin que ello se convirtiera en asunto de moda. «Antes que dejar de parecerse a ella en algo, los esclavos de la moda serían capaces de roerse los colmillos, imitar tretas por las que una chica de internado habría recibido una reprimenda, alzar la barbilla y fingirse sofocados»<sup>[288]</sup>. Además de todos sus talentos, la duquesa escribía obras de ficción razonablemente buenas, y mejores cartas y poemas, que fueron traducidos a varias lenguas. Un juez de la talla de Samuel Taylor Coleridge, nada menos, admiró sus versos, para su propia sorpresa. Se preguntaba el poeta:

Oh, dama, criada en la pompa y el placer, ¿dónde has aprendido esta métrica heroica?<sup>[289]</sup>

La vida social de Georgiana era tremendamente agitada, incluso para los ambiguos patrones morales de su época. La activa duquesa, jugadora decidida e irremediabilmente inexperta, era adicta al faro —juego de cartas con el cual perdió enormes cantidades— y no se refrenaba para beber y andar de juerga con sus acompañantes hasta el amanecer, noche tras noche. El autor teatral Richard Brinsley Sheridan, que captó las extravagancias de Devonshire House en su Escuela de escándalo, recordaba una velada especialmente nefasta con las cartas: «Cuando acompañaba a la duquesa a su carruaje, ésta lloraba a lágrima viva por las pérdidas que había tenido»<sup>[290]</sup>. Mientras tanto, con el tiempo, su «temprana tendencia a la coquetería» se convirtió en una generalizada reputación de inmoralidad sexual, sólo en parte merecida.

El reguero de escándalo surgió de dos fuentes. La primera fue la entusiasta participación de la duquesa en favor de su amigo, el político liberal Charles James Fox, durante la reñida campaña electoral por Westminster, en 1784. Enseguida se labró fama de cambiar votos por besos entre el electorado londinense, conducta que escandalizó a sus contemporáneos más estrictos, los cuales consideraron que besar a vulgares carniceros era una clara demostración de ninfomanía. «Cuando gente de categoría se rebaja a mezclarse con el vulgo con propósitos mezquinos y sucios, renuncia a sus aspiraciones de respetabilidad»,<sup>[291]</sup> sentenciaba un crítico. Otro chisme afirmaba que la duquesa gastaba hasta seiscientas libras diarias en la campaña

liberal y que terminaba la jornada hecha una cuba «pues desde el inicio de la campaña bebía diariamente dos jarras de cerveza purl, una pinta de ginebra y un galón de cerveza amarga *porter*»<sup>[292]</sup>.

Como «irresistible reina de la moda»<sup>[293]</sup> y «la más brillante de la alegre bohemia»,<sup>[294]</sup> la vida sexual de Georgiana era un asunto que despertaba un febril interés público y una ávida especulación. Al parecer, el duque de Devonshire era uno de los pocos que no se dejaban impresionar por los encantos de su esposa, y sus galanteos eran legendarios. Su amante, *lady* Elizabeth Foster, terminó por instalarse con los duques en Chatsworth, la enorme casa solariega de Derbyshire. En un extraño remedo del heterodoxo arreglo doméstico de Adam Worth con Kitty Flynn y Piano Charley, Georgiana y la mujer con la que compartía la cama de su mando seguirían siendo grandes amigas.

El ménage a trois de los duques con *lady* Elizabeth fue un notorio escándalo en la época. Las mujeres se turnaron en dar hijos al duque: Georgiana tuvo tres, entre ellos un heredero, mientras que *lady* Elizabeth le daba dos, y tras la muerte de Georgiana se convirtió en la siguiente duquesa de Devonshire. Tal vez para demostrar que el adulterio era un camino de dos direcciones, pero más probablemente por aburrimiento o por depresión, Georgiana tomó también un amante, el picajoso Charles Grey, quien más adelante sería primer ministro. Al parecer, la duquesa sintió una intensa pasión por Grey, pero el asunto terminó en desastre. Georgiana quedó embarazada, y el duque, en un acceso de rabia hipócrita y desmedido, la expulsó de Chatsworth. Georgiana dio a luz al hijo de Grey en Europa, más o menos por la época en que se esfumó el gran retrato que le había pintado Gainsborough, y que no volvería a aparecer hasta décadas después sobre la repisa de la chimenea de la señora Maginnis, tan privado de piernas como Georgiana lo había estado a menudo en su vida.

Al término de su notable existencia, Georgiana había perdido la mayor parte de sus cabellos, todo su dinero, su figura aniñada y la visión de un ojo, pero conservaba intacto su orgullo. En una incisiva nota, dejó una advertencia a la posteridad: «Antes de condenarme, recordad que a los diecisiete años era una belleza, admirada por todos y duquesa»<sup>[295]</sup>. Murió de un absceso en el hígado el 30 de marzo de 1806, a la edad de cuarenta y ocho años, en Devonshire House, Piccadilly, escenario de sus mayores triunfos sociales y políticos. Cuando el príncipe de Gales recibió la noticia de su muerte comentó con pesar: «Se ha ido la mujer mejor dotada por la naturaleza y mejor educada de Inglaterra»<sup>[296]</sup>. La «emperatriz de la moda», que había electrizado a todo hombre con sangre en las venas en la Inglaterra del rey Jorge y que tantos rumores había levantado en el país, tenía ahora un efecto parecido en sus descendientes Victorianos gracias a la reaparición del retrato de Gainsborough, el que más cerca había estado de captar su singular donaire.

El entusiasmo Victoriano por la redescubierta Georgiana era ante todo —si bien disimuladamente— de orden sexual: la coquetería de caja de bombones del retrato de



Gainsborough, unida a la picante reputación de la duquesa, era lo más indicado para provocar un delicioso acceso de testosterona en el varón Victoriano medio cuando se desabrochaba los botones. Aunque pudieran parecer reprimidos en cuestiones sexuales, como consecuencia de la costumbre de mantener una estricta moralidad externa, en realidad los Victorianos no tenían nada de fríos y reconocían a una diosa del sexo cuando la veían. «La belleza de la modelo ha creado furor»,<sup>[297]</sup> informaba un contemporáneo, y en varios casos la duquesa dio ocasión a alguna tórrida alabanza, pulcramente disfrazada de crítica de arte. «Su belleza proteica se nos hace tangible —escribió uno—. Vemos el temperamento veleidoso que hizo de ella, en verdad, la belleza de los cien talentos»<sup>[298]</sup>. A lo largo del medio siglo siguiente, la duquesa se convertiría en icono de feminidad, en ídolo sexual, en tema de moda y en una de las imágenes más reconocibles del mundo, reproducida una y otra vez en latas de galletas baratas y en costosa porcelana, en revistas femeninas, en cajas de cigarrillos, libros y bustos de mármol.

Cuando fue expuesto en Christie's, a principios de mayo de 1876, el cuadro de Gainsborough despertó, casi a partes iguales, una sincera admiración artística, una grata excitación y una acerba controversia. Algunos afirmaban que era una falsificación. El pintor John Millais insistió en que Gainsborough ni siquiera había visto nunca aquel retrato, y mucho menos lo había pintado. «Artistas y expertos de reconocida opinión impugnaron su autenticidad en un exceso de atrevimiento»<sup>[299]</sup>. Algunos arguyeron que «el trazo parecía ser menos ligero y grácil de lo que es habitual en el pintor»<sup>[300]</sup>, mientras que otros observaban que «en la voluptuosidad de la figura y en el intenso color de los labios parecía faltar el refinamiento característico de Gainsborough»<sup>[301]</sup>. Otro crítico sugería que «originalmente fue un esbozo de Romney [...] que terminó de pintar un hombre contratado por Wynn Ellis para cuidar de sus cuadros»<sup>[302]</sup>. Posiblemente ésta sea una velada referencia a Bentley, que también era restaurador y pintor de poca talla. Con todo, otra facción insistía en que «la cabeza fue pintada por [sir Thomas] Lawrence, y los accesorios de ropas, etcétera, completados por un artista de nombre desconocido»<sup>[303]</sup>. La identidad de la retratada despertó tanta controversia como la del autor del cuadro. Algunos opinaban que realmente se trataba de una duquesa de Devonshire, aunque no de ésta. Una tal señora Ramsden, «que había conocido a ambas damas personalmente, expresó su opinión más rotunda de que el retrato no era el de Georgiana, duquesa de Devonshire, sino de Elizabeth Foster, quien más tarde también llevaría el título»<sup>[304]</sup>. En otras palabras, algunos consideraban que la mujer del cuadro era el otro vértice de aquel extraño triángulo amoroso aristocrático.

«Constantemente se producían las discusiones más acaloradas ante el retrato»,<sup>[305]</sup> informaba *The Times*. Cuando la casa de subastas lo expuso en las semanas previas a la venta «para convencer a los que estaban decididos a mantenerse escépticos sobre el nombre de la modelo que había posado, se colocaron en la sala

dos pequeños grabados de retratos del mismo personaje, uno de los cuales llevaba el nombre bien visible y que había sido tomado de un pequeño esbozo o estudio de cuerpo entero, en grisalla, dibujado por Gainsborough y que llevaba cierto tiempo en posesión de *lady* Clifden. El rostro del esbozo se correspondía punto por punto con el controvertido retrato».

La grisalla en cuestión, hoy en la National Gallery of Art de Washington, ha sido atribuida convincentemente a Dupont, el yerno de Gainsborough. El estudio monocromo, de sesenta centímetros por cuarenta, muestra el retrato que pintó Gainsborough antes de que éste fuera mutilado y ofrece una visión hechizadora del cuadro completo, con la figura equilibrada, antes de que la vandálica señora Maginnis pusiera en acción sus tijeras. El esbozo pertenecía al primer barón Dover, casado con *lady* Georgiana Howard, nieta de nuestra Georgiana, duquesa de Devonshire. La prueba más convincente de que el retrato representa a ésta tal vez sea el hecho de que la familia en cuya posesión permaneció hasta 1922 —en que fue vendido al gran coleccionista Andrew Mellon— no tuvo nunca la menor duda de que representaba a su famosa antepasada.

En un párrafo magistral, *The Times* resumía la disputa: «Es tal el interés despertado en torno a esta notable pintura que intentaremos comentar algo de las diversas opiniones que se han expresado durante su exhibición. En efecto, se enfrentaban dos pareceres opuestos que dividían a los numerosos admiradores de la obra, y más de un distinguido académico afirmaba que era una obra de Gainsborough, totalmente auténtica y de la máxima calidad, en tanto que otros insistían en que no era en absoluto obra suya»<sup>[306]</sup>. El debate sobre la autenticidad del cuadro se prolongó muchos años y todavía no se ha cerrado. Algunas voces insistían con razón en que el rostro del cuadro es bastante distinto del que aparece en otros retratos de Georgiana, no sólo de otros pintores sino del propio Gainsborough. Quienes recelaban de la obra afirmaban que ésta carecía de la sutileza expresiva característica del artista y mantenían que «no era posible que el maestro hubiera pintado aquella sólida superficie de carne»<sup>[307]</sup>. Los defensores de la autenticidad de la obra respondían que «estamos simplemente ante uno de los muchos casos en que dos retratos de una persona, pintados por el mismo artista con un intervalo de una década, pueden aparecer como dos personajes completamente dispares, sin que el pintor se lo proponga de forma consciente. El cambio no está tanto en quién posa como en el pintor, que puede haber llevado a cabo una revolución en su estilo, o cuyos planteamientos pueden haber experimentado un cambio muy considerable»<sup>[308]</sup>. Es cierto, desde luego, que en los años transcurridos entre el primer retrato de cuerpo entero realizado por Gainsborough y el segundo, la fama de la duquesa había evolucionado, y de abnegada esposa ducal se había convertido en la más destacada coqueta de la alta sociedad. Es posible que Gainsborough, al pintar a Georgiana como el símbolo sexual en que se había convertido, no hiciera más que reflejar este hecho.

Un escritor afirmaba: «La respuesta es que se trata de un experimento en pintura

sólida, pero obsérvese 1) las delicadas arrugas; 2) los ojos; 3) las marcas del pincel de pelo de cibelina —no de crin de cerdo— en la punta de la nariz y en la curva del mentón, y se apreciará el trazo inconfundible de Gainsborough»<sup>[309]</sup>. Tras exponer los pros y los contras, *The Times* se cubría las espaldas: «Aunque los especialistas difieren en cuanto a su posible autor, coinciden en cambio en elogiar los grandes méritos de la obra»<sup>[310]</sup>. Probablemente ésta fue la posición que adoptaron todos los que tenían reservas sobre el cuadro, excepto los más vehementes; aunque el retrato no fuera obra de Gainsborough o lo hubiera acabado otra mano, e incluso si la mujer que aparecía en él no fuera la famosa duquesa sino otra dama que no tenía nada que ver con ella, seguía tratándose de un cuadro muy notable. En cualquier caso, «la mayoría quedó cautivada por su belleza [y la duquesa] monopolizó prácticamente las conversaciones de esos días»<sup>[311]</sup>.

La subasta empezó a tomar el aspecto de un tribunal público y, al amanecer el día de la venta entre una gran expectación, al menos tres caballeros de considerable fortuna habían decidido ya que, auténtica o no, querían tener a la duquesa. Estos caballeros eran el conde de Dudley, el barón Ferdinand de Rothschild y *sir* William Agnew, tratante de arte, quien consideraba que Georgiana era el personaje indicado para adornar su nueva galería de arte en Old Bond Street, 39.

La venta, celebrada el sábado 6 de mayo de 1876, «ha despertado una expectación como jamás había vivido el mundo pictórico londinense —informó *The Times*—. A lo largo de la semana, los cuadros han atraído un número considerable de visitantes. El interés alcanzó el punto álgido el día anterior a la venta, y la multitud llenó los salones de la casa de los señores Christie, Manson y Woods durante toda la jornada<sup>[312]</sup>».

El artículo del periódico alcanza en ocasiones tintes casi histéricos para lo habitual en la prensa de la época:

*«Cualquiera que pasara por las cercanías de St. James Square habría podido pensar que una gran dama celebraba una recepción, y en realidad algo muy parecido tenía lugar en la galería de arte de King Street. Todo el mundo había acudido a ver la hermosa duquesa creada por Gainsborough y, por lo que pudimos observar, todos los que la veían quedaban sojuzgados por su belleza fascinante». La venta fue un espectáculo público, el acontecimiento social de la temporada, al que asistieron todos los que querían estar a la última moda, entre ellos varias ancianas pintadas como loros y ataviadas con réplicas de la indumentaria de la duquesa de Devonshire. «Cuando el retrato fue colocado ante el numeroso público, una salva de aplausos demostró la admiración universal que despertaba la obra». Como un maestro de ceremonias que presentara a la primera actriz, el señor Woods, el subastador, expuso una breve historia del cuadro y empezó la batalla.*

*»La puja empezó en mil guineas, que fue superada de inmediato por una*

*de tres mil guineas del señor Agnew y, entre un silencio de extrema expectación, las cifras surgieron en rápida sucesión, primero de mil en mil guineas con voces desafiantes desde los distintos rincones de la sala. Luego, como si el ritmo hubiera sido demasiado rápido, las pujas fueron ascendiendo de quinientas en quinientas guineas hasta alcanzar las seis mil, en cuyo momento el señor Agnew echó al fuego otra carga de mil guineas, subiendo a siete mil. La pugna aún se mantuvo animada a base de posturas de quinientas hasta que se produjo otra salva de aplausos al alcanzar las diez mil guineas. Entonces se produjo una larga pausa entre los contrincantes para la comida, y a continuación el señor Agnew fue el primero en desafiar "cualquier nuevo envite" con sus diez mil cien guineas y ganó la batalla en aquella extraordinaria competición. El acontecimiento fue uno de los más emocionantes en su género que se han presenciado jamás. El público, apretujado en asientos elevados en torno a la sala y en la planta baja de la casa de subastas, pateaba, aplaudía y vitoreaba». Las incertidumbres sobre la autenticidad de la obra no desaparecerían, pero después de haber pagado tal precio, «los escépticos tuvieron que callar por el momento»<sup>[313]</sup>.*

La colección Wynn Ellis se vendió por un total de cincuenta y seis mil noventa y ocho libras, dos chelines y ocho peniques, pero el precio del Gainsborough fue el más alto pagado jamás por un cuadro en una subasta, y el récord se mantendría hasta 1893. El perdedor en la puja fue lord Dudley, quien estaba de viaje en el extranjero en el momento de la venta aunque había dejado un agente con órdenes de ofrecer hasta diez mil guineas. Dudley había calculado que una suma tan enorme sería más que suficiente para desanimar a cualquier rival, y tuvo un acceso de rabia que le duró tres días cuando le informaron de lo sucedido.

Agotado por su propia elocuencia, el articulista de The Times terminaba diciendo: «La subasta se recordará mucho tiempo, tanto por el precio extraordinario conseguido por el retrato de Gainsborough como por las muy interesantes cuestiones que han surgido en relación con [la autenticidad de] esta obra, las cuales, imaginamos, serán objeto de discusión durante bastante tiempo»<sup>[314]</sup>. Estas palabras resultarían proféticas. Cuando William Agnew llevó el cuadro a su galería en un recorrido triunfal, el traslado no fue sino el comienzo de los nuevos viajes de la duquesa, que esta vez haría en compañía de un hombre que sabía más de falsificaciones que ninguno otro en Londres.

## 11 UNA CORTE Y UN RAPTO

Worth se enteró de la subasta por la prensa pero no asistió a ella, pues cuando no andaba a rastras por Londres lamentándose de la marcha de su amada Kitty su atención estaba centrada en una serie de preocupaciones económicas, familiares y de otro tipo. Con un tren de vida costosísimo de mantener y una banda de veleidosos delincuentes que dependía de él, Worth se estaba quedando rápidamente sin dinero. Según un testimonio, «vivió a un ritmo de gastos de veinte mil libras anuales durante muchos años»,<sup>[315]</sup> y en las arcas del ladrón había entrado muy poco dinero y había salido mucho desde la debacle turca. Para empeorar las cosas, a principios de 1876, el hermano menor de Worth, John, que había participado en el primer golpe chapucero que habían dado en Nueva York, llegó a Londres sin un penique en el bolsillo. John Worth era un delincuente destacado por su torpeza, «demasiado estúpido para ser ladrón»,<sup>[316]</sup> en palabras de su hermano. Crédulo y débil de carácter, dado a las fanfarronadas y fácil de manipular, Worth lo consideró una seria amenaza para él. No obstante, muertos ya sus progenitores, el Pequeño Adam sentía ahora un vínculo casi paternal con sus hermanos. Harriet se había casado en Estados Unidos, y Worth ya había enviado a su cuñado el dinero que necesitaba para montar su propio y corrupto bufete legal en Buffalo. John Worth tendría que ser añadido a la nómina.

Charles Becker y Little Joe Elliott también estaban impacientes por emprender otra estafa. Tras la salida de la cárcel turca, Little Joe había vuelto a Estados Unidos y se había enamorado perdidamente de Kate Castleton, una estrella cómica inglesa de los escenarios americanos. Elliott se había convertido en seguidor del ambiente teatral y había gastado la mayor parte de sus mal obtenidas ganancias en financiar desastrosas producciones y giras por el país. «Ha seguido casi todos los desplazamientos de la compañía teatral de Kate Castleton en su gira —anotó la policía— y al abrigo de esta situación ha dado golpes en bancos y ha robado casas cuando se le ha presentado la oportunidad»<sup>[317]</sup>. Resulta inexplicable por qué Kate Castleton, esa «chica de mejillas rosadas»,<sup>[318]</sup> según la recordaba William Pinkerton, había de tener la menor relación con el rastrero ladrón, pero Elliott la convenció con extraordinaria tenacidad y con un derroche de atenciones, y la actriz acabó por acceder a casarse con él. «Joe cortejó a la dama con la velocidad del rayo y se casaron a los tres días»,<sup>[319]</sup> según Eddie Guerin. Little Joe convenció a Kate de dejara las tablas, y durante un tiempo «se instalaron en unos apartamentos elegantemente amueblados de la calle 21»,<sup>[320]</sup> en Nueva York. Sin embargo, en 1876 Elliott ya se había hartado de la vida doméstica y se había reunido otra vez con sus compinches en Londres. Kate se quedó en Norteamérica.

Todo esto colocó a Worth en una encrucijada: el dinero escaseaba pero su estilo de vida era cada vez más lujoso. La banda estaba impaciente por ponerse a trabajar, pero el inspector Shore de Scotland Yard estaba a la expectativa de que hiciera un

movimiento en falso. Conocedor de que estaba siendo el hazmerreír de los bajos fondos, la determinación del policía por capturar y encarcelar a Worth se había convertido en una *vendetta* personal. Worth se lamentaba amargamente de que el inspector Shore «lo perseguía como a un tigre humano»<sup>[321]</sup> —rara y absurda queja pues no cabía esperar que Shore obrase de otro modo—, pero estaba tan sumido en su mundo propio, artificial y pomposo, que se tomaba como un agravio personal que las fuerzas del orden intentaran impedir que quebrantase la ley. En una ocasión se percató de que lo estaba siguiendo el propio John Shore. De repente perdió el dominio de sí mismo, «se volvió hacia él en mitad de la calle y lo denunció»<sup>[322]</sup>.

William Pinkerton también estaba de vuelta en Londres y había advertido a Shore, a sus colegas de la policía y a los bancos y casas de cambio del país que estuvieran atentos a otra oleada de falsificaciones. Para entonces las autoridades tenían muy presentes los métodos de Worth. Una vez realizada con éxito una estafa, advertía Pinkerton, «para evitar ser detectados y detenidos después de obtener dinero por los documentos falsificados, los ladrones huían de inmediato al continente. Después, antes de que aparecieran publicados los números de serie de los billetes conseguidos ilícitamente, cambiaban éstos en agencias de intermediarios, bancos e instituciones financieras»<sup>[323]</sup>.

Worth empezó su nueva campaña de falsificaciones con cautela e indicó a Becker que sólo preparase cheques por pequeñas sumas. Pero con el paso de los meses, cuando la banda empezó a coger el ritmo otra vez, las falsificaciones se hicieron más cuantiosas y audaces. Cuando las arcas de Worth empezaban a estar tranquilizadamente llenas de nuevo, en abril de 1876, el Marcas preparó un cheque falso por tres mil quinientas libras que Little Joe, tan despreocupado como siempre, se apresuró en hacer efectivo en el banco London and Westminster. Después, como siempre, se trataba de llevar el dinero a Francia y cambiarlo lo más deprisa posible, antes de que el banco reparase en la estafa y la policía enviase aviso a los cajeros para que estuvieran a la expectativa de billetes con determinada numeración. Pero en esta ocasión, en lugar de confiar el trabajo a alguno de sus secuaces de los peldaños inferiores de su organización piramidal, Worth despachó a París a su hermano con instrucciones de cambiar el dinero en una activa oficina de transacciones en divisas del Grand Boulevard, y a continuación regresar a Londres en el primer barco. Pero el inepto John Worth se mostró inútil incluso para esta misión tan sencilla. Sin que se sepa el motivo, en lugar de acudir a la oficina de cambio como le había dicho Adam, John Worth fue a parar a la oficina en París de Meyer & Co., en la rué St. Honoré. Meyer ya había sido víctima de una de las tretas de Becker y había recibido un cable de John Shore en el que el policía le prevenía de que anduviera atento a los billetes ingleses de elevado valor. El ojo de águila de Meyer identificó uno de los billetes numerados, y John Worth fue inmediatamente detenido.

El inspector Shore estalló de felicidad cuando llegó el telegrama a Scotland Yard anunciando el arresto. Aunque el lerdo John Worth no se parecía en nada al astuto y

ratonil Little Joe Elliott, la policía lo acusó de haber proyectado la falsificación. Tras una breve pero violenta escaramuza legal, John fue extraditado a Inglaterra y encerrado en la cárcel de Newgate. Shore estaba convencido no obstante de que cualquiera que fuese el nombre que utilizara el falsificador, el trabajo tenía que ser obra de Adam Worth, alias Henry Raymond, o de sus socios. Worth tuvo uno de sus raros ataques de cólera cuando fue informado de la detención de su hermano y prometió vengarse, no sólo de Shore sino también de Meyer, el director de Meyer & Co., quien finalmente padecería toda la furia desatada de Worth. Pero antes tenía que sacar a John de la cárcel, a poder ser bajo fianza, y enviarlo de vuelta a Estados Unidos, donde no pudiera hacer más daño. No fue tarea sencilla. Aunque Worth tenía suficiente dinero para cubrir una fianza, la ley inglesa exigía que el depositario de ésta fuera propietario y «hombre de buena posición social y económica»<sup>[324]</sup>. Su elaborada cortina de humo de riqueza, sus lujosas propiedades londinenses, sus extensas posesiones, sus caballos de carreras y su yate quizá bastaran para convencer a los jueces de que Henry Raymond era un caballero acomodado, pero también habría confirmado sin lugar a dudas las sospechas de Scotland Yard de que estaba implicado en toda la operación, o de que era el cerebro organizador en la sombra. La policía lo observaba estrechamente, y Worth sabía sin lugar a dudas que «la solicitud de fianza tendría la abierta oposición de la fiscalía y de la acusación privada que promovía la Asociación para la Protección Bancaria, al ser la cuarta de una serie de estafas realizadas con idéntico sistema y que sumaban unas doce mil libras»<sup>[325]</sup>. Finalmente se fijó para el detenido una fianza de tres mil.

Worth necesitaba obviamente a alguien que no pudiera relacionarse en absoluto con Henry Raymond. Esta persona depositaría la fianza de John y luego expresaría su absoluto desconcierto ante la desaparición del truhán. A pocas semanas del juicio, Worth necesitaba dar con esa persona enseguida.

La tarde del 27 de mayo de 1876, Worth caminaba por Old Bond Street con Jack Phillips el Basuras, uno de los pocos ingleses que formaban parte de aquella banda de ladrones, predominantemente norteamericana. El Basuras tenía fama en los bajos fondos de Londres por su violencia extrema y gratuita, lo cual convenía mucho a los propósitos de Worth. Aunque él personalmente rechazaba el derramamiento de sangre, sus actividades le habían ganado suficientes enemigos como para disponer de un guardaespaldas, pues su oposición por principios a la violencia no alcanzaba a la defensa propia. El gigantón inglés, con sus bigotes caídos y su pecho como un tonel, era una visión terrible de contemplar. Con Phillips avanzando pesadamente a su lado, vestido con la indumentaria apagada de un ayuda de cámara, hasta el rival más osado y el detective más valiente de Scotland Yard se lo pensarían dos veces antes de acercarse a Worth. Si los respetables vecinos de Worth en Piccadilly habían reparado en ello, quizá se habían detenido a preguntarse por qué el rico norteamericano tenía a un gorila por sirviente. Pero aunque alguno de los elegantes transeúntes que visitaban las galerías de arte de Bond Street podía sorprenderse un poco del mastodonte de

aspecto feroz que avanzaba tras el pequeño y atildado caballero, la mayoría no prestó la menor atención a la pareja: Worth era simplemente otro hombre rico que echaba un vistazo a las galerías de arte con un macizo mayordomo por escolta. Además de su efecto protector, Jack Phillips era un acompañante útil en otros aspectos: su ignorancia casi absoluta sobre cualquier tema garantizaba su absoluto silencio — salvo algún que otro esporádico gruñido—, permitiendo a su jefe seguir el hilo de sus pensamientos sin interrupción alguna.

A la entrada de la galería Agnew's se arremolinaba una gran multitud. Allí, expuesto en una sala de arriba, se hallaba el celebrado retrato de la duquesa de Devonshire pintado por Gainsborough, que acababa de venderse un par de semanas antes por la cifra récord de diez mil cien guineas. La obra, valorada hoy en unas veinte mil libras, era el centro de comentarios de todo Londres y origen de incontables rumores. Según uno de ellos, la extraordinaria subasta era consecuencia de una disputa tácita entre *sir* William Agnew y lord Dudley, «quien en aquella época estaba comprando gran cantidad de cuadros y había contratado a Agnew para que lo hiciera en su nombre»<sup>[326]</sup>. Dudley se había enamorado del cuadro, «pero empleó a otro agente para pujar por él en la subasta [...]. Cuando lo supo, Agnew ofreció diez mil cien guineas [y] luego escribió al conde Dudley para ofrecerle el cuadro al precio que había pagado por él, más su comisión»<sup>[327]</sup>. Si Agnew llevó a cabo tal artimaña, llevado del pique por no haber recibido el encargo de pujar en nombre de Dudley, no le dio resultado. Inmediatamente después de la subasta, el mismísimo duque de Devonshire despertó una nueva controversia al afirmar, en una carta a *The Times*, que «el único retrato de la duquesa de Devonshire que había pintado Gainsborough estaba en su posesión y que había pertenecido a su padre y a su abuelo, y que por tanto el cuadro vendido no podía ser el original»<sup>[328]</sup>. En realidad el duque se refería al otro retrato del pintor, el de 1783, pese a lo cual algunos dedujeron que «fue esa carta lo que decidió al conde de Dudley a rechazar la oferta que le hizo Agnew»<sup>[329]</sup>. Por otra parte, quizás el noble sólo intenta dar una lección al comerciante de arte por su temeridad al pujar contra él.

Quince días después de la subasta, *The Times* informaba: «La venta de la colección Wynn Ellis, de la cual dábamos detalles la semana pasada, continúa despertando un considerable interés debido a las diferencias de opinión que han surgido en torno al retrato de la duquesa de Devonshire»<sup>[330]</sup>. Fuera o no auténtico, *sir* William Agnew ya empezaba a recuperar parte de la inversión con la venta de entradas para ver el retrato a un chelín el boleto, y a los quince días había recibido pedidos para grabados por valor de tres mil libras. La desmedida puja por el cuadro se convertiría en tema de leyenda, y a partir de entonces *sir* William cobraría fama de hombre dispuesto a pagar precios exagerados por las obras de arte. En *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde, publicado en 1891, Basil Hallward comenta a lord Henry Wotton: «¿Recuerda ese paisaje mío por el que Agnew me ofreció una suma tan crecida, pero del que no me quería separar?»<sup>[331]</sup>.



Worth observó la multitud excitada y apretujada durante unos segundos; luego se volvió hacia el Basuras y le dijo que comprara un par de entradas. Más tarde recordó que el guardaespaldas, cuyo gusto por las obras de arte era absolutamente nulo, mostró en un primer momento su resistencia a perder el tiempo en una actividad tan poco provechosa, pero Worth insistió y el Basuras, con aire hosco, se abrió paso hasta la primera fila de la muchedumbre, que se apartó con cierta rapidez ante la aproximación de la enorme figura.

Una vez en el interior del edificio, la pareja siguió la cola de público hasta la sala de arriba, y finalmente se encontró ante la espléndida pintura, protegida de la multitud de espectadores por una gruesa soga forrada en terciopelo. William Pinkerton describió más tarde la reacción de Worth, según lo que él mismo le había contado: «Allí, en aquel momento, se le ocurrió la idea de hacerse con el cuadro; con el retrato a buen recaudo, podía forzar al propietario a presentar la fianza que librara de la cárcel a su hermano, y luego él se encargaría de sacarlo del país»<sup>[332]</sup>. Era una estratagema brillante. Con la duquesa por rehén, William Agnew, figura de impoluta respetabilidad, podía ser forzado a presentar la fianza sin que a nadie se le ocurriese sospechar de Henry Raymond.

Cuando volvieron al piso, Worth mandó llamar a Joe Elliott y perfiló en detalle la operación. Según contó a Pinkerton, «Elliott iría a ver a un conocido, un abogado de dudosa reputación que había cumplido condena, y le daría instrucciones para que visitara al preso John Worth en la cárcel y le hiciera llegar un pequeño recorte de lienzo cortado de una esquina del cuadro. El abogado debería acudir entonces a Agnew & Co. para decirles que tenía un cliente en la prisión de Newgate que podía darles una información valiosa en relación con la pintura de Gainsborough. El prisionero les diría a los dueños legítimos del cuadro que si se producía su puesta en libertad, él garantizaba el retorno de la obra; asimismo, como prueba de buena fe y de que estaba diciendo la verdad, presentaría el fragmento de tela cortada de la esquina del lienzo»<sup>[333]</sup>.

Por mucho que William Agnew fuera un pilar de la sociedad londinense, Worth conocía la naturaleza humana lo suficiente como para confiar en que haría cualquier cosa para recuperar un objeto tan valioso. Incluso cometer un delito. La moralidad, como bien sabía Worth, era una cualidad elástica cuando había dinero de por medio. Little Joe asintió enseguida al plan. Phillips, que prefería volar cajas fuertes y pegarse con policías al delicado oficio del robo de piezas de arte, no estaba muy decidido y apuntó que un cuadro era «un objeto engorroso con el que no se podía hacer nada»,<sup>[334]</sup> pero enseguida fue llamado al orden.

Aunque Worth sólo había visto el retrato en una ocasión, la duquesa le había producido una profunda y evidente impresión. La perspectiva de robar tal objeto no sólo atraía su vanidad y su gusto por los gestos ampulosos, sino que también simbolizaba toda la grandeur británica, la clase y el poder que Worth ambicionaba y a la vez detestaba. ¿Qué mejor manera de demostrar su profundo desprecio por el

inspector Shore, por Scotland Yard y por las leyes que representaban? «Toda Inglaterra hablaba del cuadro. Todo Londres se congregaba para verlo. El retrato era la sensación del momento. Aquello bastaba para Worth, quien se decidió a tenerlo para él»<sup>[335]</sup>.

Sin embargo, Worth no era el único pretendiente de la duquesa. El conde de Dudley, derrotado por Agnew en la subasta de Christie's y contrario a aceptar la oferta posterior del tratante, no había renunciado todavía a la esperanza de poseerla. El aristócrata acudió aquella misma tarde a la galería de Agnew y contempló el cuadro con veneración —lord Dudley sería, según iban a desarrollarse los acontecimientos, la última persona en ver a la duquesa antes de su desaparición—, pero de momento el retrato había sido prometido a otro. Ferdinand de Rothschild había hecho ciertos esfuerzos por conseguir la obra, pero le había aventajado en ello Junius Spencer Morgan, el rico banquero norteamericano residente en Londres, cuyo hijo, John Pierpont Morgan, ya estaba en camino de convertirse en uno de los hombres más ricos del mundo. Junius Morgan era un gran entendido de arte con una impresionante colección de obras de Reynolds, Romney y Gainsborough. Su aprecio por las bellas artes había sido heredado por el hijo, cuya colección se convertiría con el tiempo en el mayor conjunto de arte en manos privadas que había existido. Al leer la noticia de la extraordinaria subasta en *The Times*, el viejo Morgan decidió adquirir la famosa obra como «regalo principesco»<sup>[336]</sup> para su hijo, en un acto con claras connotaciones dinásticas. Hacia el año 1870, el viejo Morgan, que había contratado a un genealogista para que rastreara sus antepasados, descubrió que su madre, Sally Spencer, tenía un parentesco lejano con los nobles Spencer de Althorp a través de un ancestro común, un ambicioso ovejero de Northampton llamado Henry Spencer. Encantado con el descubrimiento, Morgan hizo imprimir libros y tarjetas para exhibir su ilustre pedigrí, pues el banquero, aunque muy rico, todavía estaba en pleno ascenso en la escala social, con la vista puesta en lo más alto. La relación era lejana, casi imperceptible, pero «la vinculación era suficiente como para prender esa llama especial de anglomanía, mezclada con veneración por los antepasados, que tan de moda estaba»<sup>[337]</sup>. Junius Spencer Morgan era un buen representante de la estirpe de individuos ricos de la época —muchos de ellos norteamericanos— que intentaban demostrar su refinamiento y buen gusto comprando valiosas obras de arte —a menudo inglesas—, sobre todo para demostrar que ellos también habían conseguido el importantísimo rango de caballeros. Un Gainsborough proporcionaba posición de forma automática, pero poderse proclamar pariente de la aristocrática modelo, por remoto que resultara el parentesco, resultaba mucho más opulento.

El interés del viejo Morgan quizá, se vio estimulado además por el conocimiento de que los Rothschild, rivales del floreciente poder financiero de los Morgan, estaban también en liza por la duquesa. Junius Morgan intuyó un posible golpe de relaciones públicas y fue uno de los primeros en visitar la galería de Agnew tras la subasta. Herbert Satterlee, yerno de Morgan y principal adúlador de la familia, describió cómo

«el señor Junius Morgan se presentó para ver el cuadro, preguntó su precio al señor Agnew y lo compró al momento, manifestando a éste que la obra era para su hijo Pierpont, que había iniciado una colección de arte en Nueva York»<sup>[338]</sup>. Morgan accedió a pagar cincuenta mil dólares por la pintura, lo cual proporcionó a William Agnew unas pingües ganancias y significó sin duda un nuevo puñetazo en los morros de Ferdinand de Rothschild. Agnew, sin embargo, estaba tan satisfecho de la atención que despertaba la obra que puso a Morgan una condición: «Tenía que acceder a que el cuadro permaneciese unas semanas más en exposición»<sup>[339]</sup>. A cambio, el viejo Morgan insistió en que la venta del cuadro y el precio permanecieran en «absoluto secreto»<sup>[340]</sup> hasta la entrega.

Así, en un sentido técnico, la duquesa ya era propiedad de Junius Morgan cuando, hacia medianoche del 27 de mayo de 1876, Adam Worth salió de su apartamento con su indumentaria más elegante para, como él mismo dijo más tarde, «fugarse» con la duquesa. El Basuras lo acompañó como forzudo y Little Joe para avisar si se presentaba por casualidad algún policía curioso. En cierto modo, la aventura presentaba la firma de aquel ladrón: una amalgama característica de atrevimiento, rebeldía y codicia, llevada a cabo con diligencia y eficacia. Pero lo que había empezado como un hábil acto de delincuencia iba a desarrollarse en un sentido muy diferente.

Esa noche, plantado ante el cuadro en la galería a oscuras, Worth quizás hubiera debido reflexionar sobre las palabras de un ocupante anterior de aquella misma cámara, pues allí, el 18 de marzo de 1768, había exhalado su último suspiro el escritor Laurence Sterne, otro de los modelos de Thomas Gainsborough y uno de los mayores satíricos en idioma inglés. En su libro más celebrado, *Tristram Shandy*, Sterne había descrito con su característica agudeza el modo en que una idea puede atenazar la mente una vez ha arraigado en ella: «Cabe como hipótesis que cuando el hombre la ha concebido, la idea lo asimile todo a ella misma como alimento adecuado. Y por lo general, desde el primer momento en que uno la engendra, se intensifica con todo lo que uno ve, oye, lee o entiende...»<sup>[341]</sup>. Robar el Gainsborough era, para Worth, el primer acto de una extraña relación hipotética, una idea que se haría más fuerte en su mente y evolucionaría de concepto en convencimiento y en obsesión.

Desde ese punto en adelante, las historias de Adam Worth y de la duquesa que pintó el artista son una sola.

## 12 UNA MUJER DESEADA

**THE TIMES**

**Sábado 27 de mayo de 1876**

El cuadro que ya se había hecho famoso al haber sido vendido en diez mil cien guineas (10 605 libras), el precio más alto que se ha pagado jamás en una subasta por un retrato, acaba de adquirir un renombre todavía mayor al haber sido robado de la galería en la que desde hace muy poco se exhibía, en Old Bond Street, 39. Entre el público londinense se ha producido una conmoción extraordinaria cuando se ha sabido que ayer por la mañana, poco después de las siete, se había llevado a cabo este robo, insólito en su atrevimiento. Los grandes carteles impresos de los escaparates que invitaban a contemplar el cuadro se vieron rodeados enseguida de grupitos de gente que, con no poco asombro, leían el aviso de que durante la noche algún malhechor había robado el lienzo, cortando la tela del marco. Por las investigaciones efectuadas en el lugar de los hechos, se ha sabido que el lienzo fue separado del bastidor con gran cuidado, después de que la tela fuera cortada del marco dorado en el que colgaba de la pared, cerca del escaparate situado sobre la puerta de la galería, en la primera planta. El bastidor fue encontrado sobre un sofá, frente al marco dorado ahora vacío, con claras muestras de que la mano que había manipulado la tela no era en absoluto inexperta, ya que el lienzo había sido separado meticulosamente. En el marco dorado, los clavos estaban simplemente doblados hacia atrás y no extraídos, de modo que el autor o autores no había perdido el tiempo en minucias innecesarias. El lugar donde se exponía el retrato apenas mostraba la menor marca de lo que había sucedido, más allá de alguna arruga en la cortina que pendía delante de la obra. La habitación no tiene más de diez metros cuadrados y presenta una única ventana que da a Bond Street. Dicha ventana fue encontrada abierta un par de palmos, y al examinar la repisa exterior se observó la clara huella de un zapato claveteado. La ventana no tenía persiana ni contraventana alguna, y si los ladrones hubieran utilizado alguna luz durante el trabajo, con toda probabilidad lo habrían advertido los policías que patrullaban la calle, los cuales tenían constancia de que las instalaciones quedaban cerradas por la noche y que nadie residía en el edificio fuera de las horas de actividad comercial. Una inspección dejó de manifiesto que todas las puertas estaban cerradas e intactas. La ventana, sin embargo, permitía al ladrón arrojar el botín, en forma de un rollo de tamaño muy reducido, a las manos de un cómplice.

El asunto está ahora en manos del superintendente Williamson y de sus detectives. Por consejo de la policía, los propietarios de la galería han ofrecido una sustanciosa recompensa de mil libras por cualquier información

que conduzca a la recuperación del cuadro robado, lo cual puede llevar rápidamente a alguna pista. Resulta bastante evidente que tal robo no se ha llevado a cabo con el objetivo de vender la pintura, lo cual sería casi imposible pues el mero hecho de ofrecerla daría lugar con toda seguridad a la localización de los ladrones en casi cualquier lugar del mundo. La descripción que se ofreció de la obra con ocasión de la subasta y el grabado que ha publicado el Illustrated London News, la han dado a conocer por todo el mundo.

Es muy infrecuente que se produzca el robo de un cuadro valioso por el sistema que se ha utilizado en éste, y nunca o muy rara vez ha quedado impune. En el presente caso, es de esperar que una obra pictórica de tan considerable notoriedad e interés sea recuperada intacta y que el audaz autor, o autores, sea llevado ante la justicia.

La serena confianza del escritor de The Times no se apreciaba en otros lugares de la ciudad. William Agnew estaba simplemente abrumado con la pérdida de su valiosa inversión, en buena parte porque ya había acordado pagar a Samuel Cousins, el gran grabador, la enorme suma de mil quinientas guineas, «el doble de la tarifa habitual», [342] para que realizara otro grabado. Junius Spencer Morgan estaba irritado por la desaparición de la pintura, que ya creía suya. Por su parte las autoridades estaban comprensiblemente inquietas ante el hecho de que un robo tan osado hubiera tenido lugar en pleno centro de Londres, y los tratantes de arte vecinos de Agnew no perdieron un segundo en expresar su preocupación ante la falta de seguridad que representaba el suceso. Dos de ellos, los señores H. y J. Jacobs, escribieron a The Times para expresar la consternación general. «Como vecinos de Bond Street y como propietarios de comercios, no entendemos cómo se pudo efectuar un robo tan atrevido sin que lo advirtiese la policía ni el vigilante contratado por los diversos comerciantes para la protección de su propiedad», [343] apuntaban con sarcasmo. Las sospechas recayeron enseguida en el perezoso vigilante nocturno, del que, según una información sin contrastar de The Times, «se dice que se había concedido permiso la noche del suceso, y que por tanto no ha podido arrojar ninguna luz sobre el asunto» [344].

Al inspector Williamson, de Scotland Yard, le correspondió la tarea poco envidiable de rastrear Londres en busca de un ladrón de cuerpo menudo, experto en el arte de robar cuadros sin dañarlos, que quizás había permanecido escondido en la galería después del cierre, y que, probablemente, llevaba botas claveteadas. Circulares y fotos del cuadro desaparecido fueron enviadas a las fuerzas policiales «de todo el mundo conocido», [345] y aparecieron anuncios en numerosos periódicos europeos. Según un informe, «los gritos y sollozos que se alzaron en Bond Street se extendieron a todos los rincones civilizados del globo, y todas las naciones, pueblos y

lenguas hablaban de la pérdida de la obra del difunto maestro»<sup>[346]</sup>. Los Pinkerton diagnosticaron que Scotland Yard estaba «desconcertada»<sup>[347]</sup>.

No es preciso decir que a nadie se le ocurrió sospechar de Henry J. Raymond, el rico caballero norteamericano que vivía a unos cientos de metros de distancia y que en aquel momento disfrutaba completamente de su nueva adquisición y del revuelo que había causado. Sin embargo, la policía y el periódico acertaban en un sentido: Worth no tenía ningún propósito de intentar vender el cuadro, ahora aún más reconocible gracias a los carteles de Scotland Yard que orlaban todo Londres, en los que se ofrecía mil libras por cualquier pista que condujera a su recuperación. Carteles parecidos, en alemán y en un francés desastroso, fueron impresos también por la policía para su distribución en Europa.

Pero mientras Worth seguía admirando a la duquesa en su cubil de Piccadilly y se felicitaba por su brillantez profesional, llegaron noticias que dieron al traste con la razón fundamental que le había impulsado al robo. Gracias a uno de los escasos golpes de fortuna que nunca había disfrutado aquel incompetente, John Worth había sido puesto en libertad inesperadamente, para inmensa sorpresa de sí mismo y de su hermano. Worth había conservado un abogado llamado Beasley para que, a cambio de una considerable minuta, contribuyera a la defensa de su hermano. Y mientras el cerebro criminal urdía sus planes para hacer desaparecer el cuadro de la duquesa, el tal Beasley había trabajado con empeño. Más adelante el abogado se convirtió en un muy honorable juez en Londres, muy merecidamente ya que había conseguido encontrar un cabo suelto legal en la extradición de John desde Francia. En su entusiasmo por efectuar la detención, el inspector Shore había logrado la extradición de John bajo la errónea acusación de ser el actor principal en la presunta falsificación. Beasley señaló en cambio que la descripción del hombre que había entregado el cheque falso —Little Joe— «en modo alguno respondía a la descripción»<sup>[348]</sup> de John Worth y, como la policía no lo había acusado de aquel delito, sólo habría podido ser extraditado legalmente como «cómplice del hecho»<sup>[349]</sup>. Apenas horas antes de que el cuadro de Gainsborough fuera robado, Beasley había obtenido un recurso de *babeas corpus* y al día siguiente, ante la furia de un inspector Shore al borde de la apoplejía, John Worth fue puesto en libertad y conminado a abandonar el país en el plazo de treinta días, so pena de una nueva detención.

Su hermano mayor, preocupado por la mala suerte crónica de John y por la ira del inspector Shore, se movió de prisa. A las veinticuatro horas de abandonar la cárcel de Newgate, John Worth estaba embarcado en un buque que zarpaba hacia el continente, con instrucciones de volver a Estados Unidos lo antes posible y quedarse allí indefinidamente. Pese a la satisfacción de ver liberado a su hermano, Worth se encontró entonces ante un nuevo dilema. Según sus palabras, «tenía el cuadro y también la libertad de mi hermano»<sup>[350]</sup>. Librar a John de un mal encuentro fue tarea sencilla, pero deshacerse del cuadro con beneficios y sin ser capturado iba a ser una cuestión bastante más compleja. Ningún tratante de arte, por loco que estuviera, se

atrevería a mover una obra que quemaba en las manos. Por otra parte, devolver el cuadro a Agnew para reclamarle una recompensa era una operación igual de arriesgada. Acarició la idea de limitarse a devolver el cuadro, pero no era propio de él proporcionar tal placer a John Shore, después de los problemas que le había ocasionado el detective de Scotland Yard. Además ya disfrutaba de tener una presencia tan ilustre como la famosa duquesa de Devonshire como ilícita invitada. El cuadro estaba oculto a buen recaudo bajo el colchón de su cama, emparedado entre los tablones. De vez en cuando lo sacaba y admiraba su conquista.

Finalmente decidió que de momento no devolvería «la noble dama» a sus legítimos propietarios. Mientras tanto, William Agnew se ponía más nervioso cada día que pasaba, sobre todo porque empezaban a circular rumores de que él mismo podía tener algo que ver en la desaparición del cuadro. Algunos decían que Agnew había descubierto, demasiado tarde, que la pintura era un fraude y que «la había quemado para salvar su reputación como experto en arte»<sup>[351]</sup>. El anónimo autor de este chisme en particular prosigue su comentario y subraya con sagacidad: «Nadie que conozca la gran consideración de la que goza el señor Agnew como comerciante puede dar crédito a una historia tan absurda; lo único que cabe pensar es que no sólo carece de fundamento sino que es completamente improbable»<sup>[352]</sup>. Absurdo o no, el rumor, como todos, adquiría vida propia. Mientras tanto, otros «mantenían que el lienzo robado era una imitación, y que el auténtico estaba a buen recaudo»<sup>[353]</sup>.

Lejos de aportar alguna información concreta sobre el robo, el ofrecimiento de Agnew de una recompensa de mil libras había provocado una respuesta masiva, emocional y completamente inútil entre el público inglés. Cartas y telegramas procedentes de todos los rincones del país inundaban la galería de Bond Street; sus autores eran gente con excesivo afán de colaborar, delincuentes o simples chiflados.

Un tal señor Mortimer, de Blomfield Road, North London, escribía el 28 de mayo una educada nota a William Agnew: «Tengo una clarividente muy buena [...] y con su amable permiso la traeré a la galería para ver si puede rastrear el valioso cuadro que tanto echa en falta el público. Hasta después del jueves no podré conseguir los servicios de esa mujer [...]. Concierto esta cita tan pronto porque cuantas menos personas toquen el marco, más probabilidades habrá de que perciba las características del autor del robo»<sup>[354]</sup>. El individuo añadía una posdata en tono conspirador: «Será mejor que mantenga usted el asunto en secreto, pues de lo contrario a la clarividente podría resultarle imposible rastrear la pista del retrato».

Otros eran mucho más concretos en sus asertos y acusaciones. «Sin duda le parecerá extraño que le escriba a usted de esta manera —apuntaba otro corresponsal—, pero anoche tuve un sueño en el que vi que su valioso cuadro ha sido robado por un caballero que vive en The Time House, Newton, Yorks, un tal señor Villiers, y creo que sería conveniente que se dirigiera usted allí. Haga el favor de guardar la presente carta y yo me quedaré una copia, de modo que si es como yo le digo podrá saber quién le ha escrito. Espero que tomará usted buena nota de esto y dará aviso, ya

que tengo la total seguridad de que cuanto digo es cierto»<sup>[355]</sup>. Daniel Berman, de Leeds, se limitó a enviar una tarjeta de bordes negros con la siguiente sugerencia: «¿No podrían haberla escondido en un tubo metálico y haberla sumergido en alguna parte?»<sup>[356]</sup>. Dado que ello llevaba a Agnew a tener que buscar en todas y cada una de las extensiones de agua del mundo, la sugerencia no parecía de gran ayuda.

Los archivos de Agnew contienen gran número de sugerencias más, lo cual demuestra que la sociedad victoriana abundaba tanto en chiflados como la nuestra. Algunos veían oportunidades claras de obtener un provecho ilícito. «Australia» insistía en que «no aceptaré un penique menos de mil libras a cambio del cuadro»<sup>[357]</sup> y señalaba una cita con *sir* William en Eaton Square. «El señor Agnew debe venir solo y no debe haber nadie vigilando. Sólo tendrá que tratar con una persona y no se le causará ningún daño personal [...] será exclusiva culpa de usted si no está en posesión de su cuadro una hora y media después de nuestro encuentro [...] recuerde que tengo que cuidar de mi libertad [...] y si me detuvieran tendría que sufrir el castigo de las leyes inglesas, que supongo que serían unos cinco años»<sup>[358]</sup>. «Australia» también advertía de que había dado instrucciones a su esposa de destruir la pintura en caso de que lo detuvieran, y se despedía con una reflexión de filosofía doméstica absolutamente fuera de lugar: «Una mujer hará cualquier cosa por el hombre al que ama»<sup>[359]</sup>. Otro corresponsal señalaba que si William Agnew llevaba mil libras en oro a cierta esquina del East End de Londres a medianoche de un día determinado, podría recuperar el cuadro robado. Agnew, hombre sensato, declinó la propuesta, pues no parecía inclinado a que lo atacaran y asesinaran en una callejuela oscura. No es difícil imaginar a ese sencillo ladrón del East End esperando en la esquina, pacientemente, la llegada de su víctima. El tratante de arte pasaba estas misivas a Williamson, de Scotland Yard. Algunas eran investigadas someramente, pero a la mayoría no se les hacía ningún caso.

Entre las cartas de chiflados y las de delincuentes había unas cuantas que mostraban una sincera inquietud ante el robo y que reflejaban el extraordinario impacto producido entre el público en general por el cuadro y por su venta. De éstas, tal vez la más sentida fuera la de una tal Marguerite Antehuester. «Señor, aunque usted no lo sepa, la noticia de la gran pérdida que sufrió usted anoche me ha conmovido tanto que no resisto el impulso de escribirle para participarle mi más profunda simpatía, y no puedo sino pensar que el delito ha sido cometido por un loco, pues estos días pasados he soñado en el placer de ver el cuadro de Gainsborough, y cuando esta noche nos ha llegado la noticia de su robo, no sé qué ha sido mayor en nuestro corazón, si el desconsuelo o la indignación [...]. Le ruego perdone a una desconocida por dirigirse a usted de esta manera, pero me siento profundamente interesada, como todo el mundo, en esa pintura maravillosa»<sup>[360]</sup>.

La abrumada señora Antehuester apenas exageraba, pues el destino misterioso del retrato de la duquesa se había convertido de pronto en objeto de comentarios de salón en el que pocos eran quienes carecían de parecer. Durante años, continuó llegando al



despacho londinense de Agnew's un goteo permanente de falsas apariciones, consejos no solicitados y notas de condolencia. Hasta el robo, el cuadro de Gainsborough había sido la preocupación de los londinenses cultos y un tema de moda pasajero entre las clases populares; de pronto, la vida desordenada de Georgiana fue reavivada por el escándalo moderno. «El interés que sentía el público respecto a su posible destino era tan grande que dejaba en segundo plano cualquier otro asunto. Eclipsaba todos los acontecimientos del momento. Era tan grande el deseo de conocer el cuadro que aparecieron reproducciones más o menos fieles en grabados, y fueron muy apreciadas en los almanaques y calendarios por los clientes de los impresores y de los tenderos»,<sup>[361]</sup> apuntó un observador. «Nada salvo el envenenamiento de un caballo de carreras favorito o la desaparición de un perro famoso podrían haber despertado igual preocupación en la mente británica media», decía el *Midland Daily Telegraph* con exageración.

La imagen de la duquesa estaba por todas partes, y su posible paradero era discutido ávidamente por todo el mundo, desde duques hasta vendedores ambulantes. La fama libidinosa de Georgiana era celebrada ahora en baladas de *music-hall* y en versos burlescos, en tanto que «algunos empresarios pagaban a las bellezas más destacadas de los escenarios de variedades para que lucieran réplicas del famoso sombrero pintado por Gainsborough»<sup>[362]</sup>.

Gracias a Adam Worth, la fama de la duquesa era ahora universal.

Como observaba con agudeza un periódico, quienquiera que hubiese robado la pintura «había llevado a cabo también una tarea ante la cual el propio Ruskin habría palidecido.

[Ese ladrón] ha llevado el conocimiento de los nombres de Gainsborough y de Georgiana, duquesa de Devonshire, a millones de personas, que de otro modo jamás habrían oído hablar de él. En este sentido, se le puede proclamar apóstol de la cultura»<sup>[363]</sup>.

La duquesa se convirtió en el patrón de la alta costura del momento, y el robo resultó una bendición para los sombrereros londinenses, pues «en muchas de las ceremonias públicas, gran parte de las damas vestían según el modelo que presentaba el retrato»<sup>[364]</sup>. Los sombreros enormes con plumas de avestruz hicieron furor a ambos lados del Atlántico, y «el sombrero Gainsborough [...] se puso tan de moda entre las mujeres de Nueva York que un modisto que marcaba el patrón de la elegancia llegó a denominarlo "estilo *lady Devonshire*"»<sup>[365]</sup>. Un «sombrero duquesa de Devonshire» proporcionaba a su portadora una imagen avanzada, incluso algo atrevida, y se utilizaba en las referencias literarias para atribuirlo a una clase de mujer especialmente llamativa. En *A Case of Identity*, de *sir* Arthur Conan Doyle, Watson describe a Mary Sutherland y dice que «lucía una gran pluma roja rizada en un sombrero de ala ancha, que portaba ladeado con un aire de coquetería al estilo duquesa de Devonshire»<sup>[366]</sup>. No sería ésta la última vez que *sir* Arthur se encontraría en deuda, directa o indirectamente, con Adam Worth.

Pese a su natural vanidoso y a que se sentía complacido de ser el objeto anónimo de tanta atención, Worth también empezaba a inquietarse un poco con el revuelo. Sabía que la lealtad de Little Joe Elliott, y aún más la de Jack Phillips el Basuras — imbécil pero también avaricioso en extremo— dependía del dinero.

Los dos exigían ya el rescate por el retrato de la duquesa, pero entrar en negociaciones con *sir* William Agnew para el retorno provechoso de la pintura en mitad de semejante pandemónium era una invitación a la catástrofe. Así pues, Henry Raymond, encantador y próspero hombre de mundo, decidió que había llegado el momento de emprender una de sus habituales excursiones, esta vez acompañado por su nueva amante transportable. Un carpintero habilidoso y discreto adaptó un gran baúl Saratoga para acomodarle un doble fondo en el que podía acomodarse la duquesa y, mientras Londres aún hervía en rumores, la duquesa y su orgulloso nuevo consorte se escabulleron de la ciudad sin que nadie se enterara y tomaron un barco con rumbo a Nueva York.

## 13 MY FAIR LADY

Los exsocios de Worth en el delito y en el amor, Piano Charley Bullard y Kitty Flynn, lo habían precedido en el viaje a Estados Unidos. El primero estaba en prisión, cumpliendo sentencia por el robo del banco Boylston, mientras que la segunda seguía en su negocio, esperando la oportunidad de emprender su siguiente conquista social. Con el nombre de señora Kate Flynn, Kitty intentaba cortar lazos con sus antiguos socios delincuentes y, como propietaria y principal atractivo de una casa de huéspedes para hombres, se había transformado una vez más; en esta ocasión se había convertido en una matrona neoyorquina de buen ver, venida a menos y absolutamente respetable. O tal vez no. La joven «viuda». Flynn, según un testimonio, «alquilaba habitaciones amuebladas a caballeros solos en los pisos superiores y ofrecía sus salones de abajo para partidas de cartas, pequeños bailes, encuentros de amantes y cenas privadas de comerciantes»<sup>[367]</sup>. Encantadora y mundana, Kitty no tardó en atraerse «una buena fama de mediadora de influencias y de intermediaria en tratos financieros»<sup>[368]</sup>. Y cada vez que un comerciante hacía un trato bajo su techo, Kitty tenía una comisión. William Pinkerton consideraba a Kitty «disoluta»,<sup>[369]</sup> y recordaba su establecimiento como «una especie de casa de citas en algún lugar de la parte alta de la ciudad»<sup>[370]</sup>. Según contó Pinkerton a su hermano más adelante, «en cierta época fue considerada la amante de un magistrado de Nueva York, creo que era el juez Ottovard»<sup>[371]</sup>. Tal vez no fuera más que otra habladuría sin fundamento, aunque intrigante, pero habría sido muy propio de Kitty seleccionar como nuevo amante a Ottovard, uno de los jueces más poderosos de la ciudad.

Tras desembarcar en Nueva York, Worth acudió inmediatamente a visitar a Kitty y a las dos niñas, como haría repetidas veces a lo largo de los años siguientes. «Adam me dijo que siempre acudía a verlas cuando estaba allí, y reconoció que eran hijas suyas»,<sup>[372]</sup> escribió William Pinkerton más tarde. Worth seguía embelesado con Kitty, es evidente, pero no hizo ningún intento de recuperarla o de apartarla del juez Ottovard. Se había roto el vínculo de conspiración entre los dos antiguos amantes, que en otro tiempo habían compartido todos los secretos y ambiciones. Allí sentado en el salón de Kitty, tomando el té con toda educación, Worth no hizo ninguna referencia a la «noble dama» que yacía fiel en el fondo del gran baúl.

El 10 de junio, cuando se registró en el Astor House de Nueva York y se puso a escribir de inmediato una carta en tono informal y rebosante de descarada autocomplacencia a los señores Agnew, su estado de ánimo era extrañamente eufórico. Ésta fue la primera de las diez que Worth envió a lo largo de los dos años siguientes y que permanecen en los archivos de Agnew. Al pomposo tratante de arte debió de causarle una irritación indecible que un hombre que hacía poco le había sustraído el cuadro más caro del mundo, se dirigiera a él de aquel modo, pero Worth estaba totalmente decidido a ocasionar la mayor cantidad posible de molestias a la

galería de arte.

«Caballeros —empezaba, efusivo—, la certeza de estar a salvo tiene un efecto euforizante sobre los nervios después de la tensión mental que acabo de pasar, y no puedo dejar de valorarla y apreciarla. Llegué en el S. S. Saythia el pasado martes y traje conmigo a la duquesa de Devonshire»<sup>[373]</sup>. Esta introducción iba seguida de unos comentarios despreocupados sobre el tiempo, su salud y su satisfacción con las instalaciones de la Astor House.

«Y ahora pasemos a nuestros asuntos», continuaba, como si pusiera orden en una cháchara deslavazada entre amigos.

Esta pintura tiene un valor de unas cincuenta mil libras, pero con tanta publicidad [el trato dado al robo en la prensa, por ejemplo], su valor ha aumentado tanto que la mitad de esa cantidad sería poco para canjearla.

Ahora estoy seguro y a salvo de que me detengan. Por otra parte, el cuadro está escondido y a cubierto de daños. Nadie salvo yo conoce su paradero. Aquí puedo conseguir una buena suma por él. He oído decir que un tratante de San Francisco estaría dispuesto a ofrecer diez mil dólares si casualmente fuera puesto a la venta allí; y otros se han expresado en términos muy parecidos.

Ante tal perspectiva, no me siento codicioso, y por veinticinco mil libras devolveré el retrato intacto. Como mi persona no corre riesgos, estoy abierto a negociar con cualquier persona que ustedes envíen o contraten... en este país, por supuesto.

Era un gran riesgo, pero llevaba escritas las palabras mágicas: «En esto hay dinero».

No quiero manejos bajo cuerda porque no voy a asustarme y porque éste es un juego en el que tengo la carta ganadora. El cuadro está en excelentes condiciones. Lo enrollé con el lado pintado hacia fuera, por supuesto, así que puedo asegurarles que está en perfecto estado.

No hay constancia del efecto de la desconcertante misiva en quienes la recibieron, pero por su sutil malicia, su manifiesto descaro y su fina ironía, es una de las piezas maestras de Worth.

Además de disimular su caligrafía y de añadir unas cuantas faltas de ortografía convincentes, Worth había adoptado un nuevo alias: firmaba como Edward A. Chattrel, y utilizaba un apartado de correos para la correspondencia.

¿Decía en serio lo de devolver el cuadro, o sólo estaba jugando con sus víctimas? William Agnew ya había entrado en contacto con el marchante neoyorquino William Schaus y con Robert Pinkerton, el hermano de William y jefe de la oficina de Nueva York de la agencia de detectives. Tan pronto se recibió la carta, se envió a unos detectives a investigar los libros de registro de Astor House, pero lógicamente constataron que el apellido Chattrel «no aparece en el registro, y los empleados del hotel, tanto del servicio como de administración, desconocen de quién se trata»<sup>[374]</sup>. Tampoco había apartado de correos a nombre de Edward Chattrel, pero se decidió

una vigilancia de veinticuatro horas diarias en la oficina de correos, por si acaso. «Nuestra impresión, tras una primera lectura de la nota del señor Chattré —escribió Schaus—, fue que se trataba de un fraude. Y ahora esta impresión no hace más que reforzarse considerablemente»<sup>[375]</sup>. No es preciso decir que Worth ya se había trasladado a otro hotel y que en ningún momento se acercó por la oficina de correos. Parece probable que su primera carta fuera un acto de arrogancia, típico en él, con el único propósito de desconcertar a sus perseguidores y de exasperar a William Agnew, al tiempo que les notificaba quién tenía la «carta ganadora».

De momento, Worth no tenía intención de separarse de su duquesa, y a lo largo de los meses siguientes visitó sus antiguos territorios, compró ropas caras, comió en los mejores restaurantes y representó el papel de un caballero inglés de visita en la ciudad. Debe significarse que para entonces, como simulador experto y habitual que era, había adoptado un acento característico de la clase alta británica. Este inmigrante judío alemán, naturalizado norteamericano, mantuvo durante el resto de su vida un decidido aire británico, tanto en su modo de hablar como en sus modales. Feliz de pisar suelo norteamericano por primera vez desde el golpe del banco Boylston, en 1869, Worth y la duquesa emprendieron lo que podría describirse como una gira triunfal por el país. La primera parada fue Boston, escenario de su infancia, donde visitó a su hermano John mientras se alojaba en Adams House, al que calificó como «el hotel mejor gestionado de Estados Unidos»;<sup>[376]</sup> a esta visita siguió el discreto encuentro con Piano Charley Bullard en la prisión de Concord, y de allí continuó viaje a Illinois, donde pasó unas semanas de relax y disfrutó de su afición por el deporte cinegético en un parador conocido como Klineman's Cabin, en el lago Calumet, «que es muy frecuentado por los cazadores»<sup>[377]</sup>. Unas semanas más tarde, completamente descansado, se encaminó de nuevo al este, hacia Buffalo, Nueva York, donde por aquella época vivían su hermana Harriet y su marido.

Hacía ya tiempo que los confidentes de los bajos fondos habían señalado a los Pinkerton el papel fundamental de Worth en el robo del banco Boylston y, pese a su despreocupación, Worth seguía estando en busca y captura en Estados Unidos, como quedaría ampliamente demostrado por los acontecimientos que siguieron en la zona norte del estado de Nueva York. Una noche, Worth tenía a su hermana —que lo había ido a visitar en compañía de su marido, un abogado con pocos escrúpulos llamado Lefens— en sus habitaciones de uno de los hoteles de Buffalo. Al cruzar el vestíbulo se dio cuenta de que un hombre lo observaba atentamente desde el otro lado de la sala. «Al momento tuvo la certeza de que era uno de nuestros agentes»<sup>[378]</sup>, anotó William Pinkerton más adelante, cuando Worth le hubo recordado el incidente en detalle. «Su hermana estaba arriba y, como no deseaba alarmarla, eludió la vigilancia, subió y le dijo que acababa de recibir una llamada urgente y abandonó la estancia. De nuevo en el vestíbulo, Worth intentó salir disimuladamente, pero el observador lo descubrió e inmediatamente salió en su persecución. Una vez en la calle, Worth emprendió una huida a la carrera pero se detuvo bruscamente al ver dos corpulentos

policías plantados en la esquina. El perseguidor les hizo una señal, y uno de los agentes alargó la mano para agarrarlo y llegó a quitarle el sombrero. Eran dos hombres talludos y recios, grandes como yo. Worth echó a correr otra vez y los policías corrieron tras él hasta que uno de ellos cayó al suelo. El otro tropezó con él, y el perseguido desapareció»<sup>[379]</sup>. El episodio causó a Worth una gran intranquilidad, y él y la duquesa, a la que había dejado guardada muy sensatamente en la consigna del ferrocarril, dejaron la ciudad en el primer tren. Era evidente que Estados Unidos seguía siendo un lugar sumamente peligroso, con los Pinkerton tras su pista y uno de los cuadros más famosos y reconocibles del mundo guardado en el baúl. También empezaba a andar escaso de dinero en metálico, tras un largo período de ocio sin ingresos.

Parece que es entonces cuando Worth empieza a pensar seriamente en la posibilidad de devolver el retrato y su siguiente carta a los Agnew, procedente de Estados Unidos y «encontrada en el buzón de Waterloo Place 5, con fecha 30 de diciembre de 1876»,<sup>[380]</sup> tiene un inconfundible tono de urgencia. El tono burlón y arrogante ha desaparecido, al igual que los errores voluntarios y los alias escogidos a vuelapluma, y en su lugar hay toda una serie de exigencias en un tono brusco, casi legalista.

*15 de diciembre de 1876*

*Caballeros:*

*Les informamos de la llegada sin novedad de su cuadro a Estados Unidos y adjuntamos una pequeña muestra para que constaten que nosotros somos los poseedores auténticos de la obra, y en consecuencia los únicos con los que tienen ustedes que tratar. La parte que les enviamos está cortada de la esquina superior derecha del lienzo, y podrán ustedes comprobar que encaja con los restos que quedaron en el marco.*

*Mientras negociamos con ustedes, enviaremos de vez en cuando fragmentos que encajen con el que ahora les remitimos, hasta que tengan ustedes toda la longitud del marco. El cuadro está intacto.*

*Como no existe tratado de extradición entre este país e Inglaterra, podemos negociar con ustedes con inmunidad.*

*Esta comunicación debe ser estrictamente confidencial. Si deciden negociar el retorno del cuadro, deben tener confianza en nosotros; por el contrario, al primer indicio de que se produce la intervención de la policía, destruiremos de inmediato el lienzo. A estas alturas, ya estarán ustedes convencidos de la inutilidad de las pesquisas policiales en este asunto.*

*Al encontrarse el objeto a este lado del océano, cualquier abogado puede negociar con ustedes sin ser acusado de conspiración para la realización de un delito. Queremos que entiendan bien nuestra determinación, que es la*

*siguiente: SIN DINERO NO HAY CUADRO. Antes de devolverlo sin un acuerdo o de asumir cualquier riesgo en la entrega, lo destruiríamos.*

*Pasemos ahora a las condiciones. Tenemos que contemplar este asunto como una transacción comercial. Para ustedes representa un valor monetario de diez mil libras esterlinas. Pero la publicidad extraordinaria que ha recibido habrá aumentado sin duda su valor. Si volviera a ser exhibido en Londres, irían a verlo miles de personas que antes del rapto de la duquesa nunca habrían pensado en acudir. Si llegamos a un acuerdo podrán exponerlo aquí, en Nueva York, y sin duda recuperarán dos terceras partes del dinero que pagan por recuperarlo.*

*Queremos tres mil libras, o quince mil dólares, en oro. No aceptaremos más moneda que los soberanos ingleses. Si aceptan ustedes el trato, inserten un anuncio en el Times de Londres en estos términos: «NUEVA YORK, carta recibida, etc., etc.», o lo que tengan que decir, ya que recibimos el periódico diariamente. El resto es simple cuestión de detalle y puede arreglarse por carta más adelante. Queda enteramente en sus manos el que recuperen o no el cuadro.*

*Si esta carta llega a conocimiento de la policía, sabremos que han decidido no tener confianza en nosotros y actuaremos en consecuencia. Por razones obvias, tengan ustedes cuidado con el enunciado del anuncio<sup>[381]</sup>.*

Worth firmó la carta «NUEVA YORK» y añadió que toda nueva comunicación sería enviada bajo tal nombre.

La misiva era puro Worth: metódica, organizada, imperiosa y considerablemente impertinente. El tono legal permite suponer que tal vez fuera corregida por su cuñado, el abogado Lefens. Agnew no necesitaba que le recordaran que el ladrón le había ayudado en buena medida a incrementar el valor del cuadro al robarlo, ni necesitaba a nadie para redactar una respuesta medida. Resulta fascinante que Worth, siempre tan esnob, quisiera subrayar que incluso al otro lado del mundo seguía leyendo el Times de Londres, el periódico de la élite británica. Pero en gran parte, la carta también era un farol. Worth no tenía la menor intención de destruir el cuadro; de hecho, el fragmento de lienzo enviado como prueba del robo había sido cortado con mucho cuidado de la parte que quedaba bajo el marco para no perjudicar la obra. Worth no era la señora Maginnis. Esta carta contiene la primera referencia de Worth al «rapto de la duquesa». Un término humorístico, pero también una señal de que el retrato ya representaba para él algo más que una simple propiedad «comercial». Aunque para Agnew el tono resultara claramente irritante, el fragmento encajaba con los restos dejados en el bastidor y demostraba de forma concluyente que el autor de la misiva no era ningún bromista. Y a diferencia de su despreocupación anterior, Worth no daba ninguna pista de su paradero.

Después de consultar con sus abogados, Lewis & Lewis, y con Scotland Yard,

Agnew publicó de inmediato un anuncio en las columnas personales de The Times: «"Nueva York", carta recibida. Estamos dispuestos al trato si aporta nuevas pruebas»<sup>[382]</sup>. William Agnew sabía que estaba participando en un delito, por muchas seguridades que le diera Worth, pero deseaba recuperar su pintura. Worth se apresuró a enviar «un fragmento más extenso de la mitad superior del cuadro, que encaja con el que ya obra en su poder. —Y añadía—: En nuestras negociaciones, de vez en cuando sentimos deseos de enviar un pequeño fragmento para evitar cualquier error y para que no desperdicien el tiempo con falsos poseedores»<sup>[383]</sup>. Aunque irónica, la observación era considerada porque Agnew aún seguía acosado por bromistas, detectives aficionados, timadores y chiflados. Esta carta terminaba con la recomendación de que Agnew pusiera de inmediato otro anuncio en The Times si estaba convencido y deseaba continuar adelante, pues «desde luego interesa a ambas partes poner término al asunto lo antes posible». Agnew cumplió, y el 6 de marzo de 1877 Worth envió una nueva carta, con el elegante membrete del Grand Hotel, anunciando que «para facilitar las cosas»<sup>[384]</sup> había enviado a Londres a «un hombre que goza de nuestra confianza» para negociar el retorno de la pintura y evitar los retrasos causados por el sistema postal trasatlántico. «La obra está aquí, en nuestro poder. Dentro de un par de días tendrán más noticias del portador de la presente»<sup>[385]</sup>, escribió Worth, y adjuntó otro fragmento de lienzo «que se verá que encaja con el último que recibieron». Pero Agnew no llegó a saber nada del misterioso mensajero, y a las tres semanas el tratante de arte puso otro anuncio: «"Nueva York". Estamos esperando más noticias tuyas. Hemos recibido su carta y esperamos la cita»<sup>[386]</sup>.

De repente, el ladrón se había echado atrás, temiendo tal vez alguna encerrona de Scotland Yard. Al cabo de varias semanas más de tenso silencio, Worth restableció contacto, pero las condiciones para el trato habían cambiado. Ya no estaba dispuesto a enviar a alguien a Londres a negociar en su nombre, «dadas las penas por conspiración para delinquir que se imponen en Inglaterra»<sup>[387]</sup>. Si Agnew quería recuperar el cuadro tendría que mandar a alguien a Nueva York para recogerlo. «Queda descartado que yo les envíe a alguien a negociar la entrega, pues esto podría resultar muy arriesgado para el mensajero». Worth no estaba dispuesto a poner a sus subordinados en peligro innecesariamente, pero también se mostraba tan reacio como siempre a delegar el control de los acontecimientos.

«El único modo que se me ocurre es que mande usted a un hombre de confianza a Nueva York con un documento por la cantidad acordada y que lo pague a cambio de que se le muestre el cuadro [...]. Por favor, respondan por la vía habitual». El asunto estaba llegando a un momento crítico. William Agnew se negaba a acudir a Nueva York, y Worth no estaba dispuesto a regresar a Londres y ponerse a merced de Scotland Yard, aunque aparentó que ya lo había hecho. En su siguiente carta declaraba abiertamente: «He intentado sin éxito encontrar una forma segura de negociar el retorno de la dama en esta orilla del océano [es decir, en Inglaterra], conforme a sus deseos, aunque traerla originaría unos gastos considerables. Sin



embargo no veo un modo de hacerlo sin ponerme en manos de ustedes, y a eso no estoy dispuesto.

»Así pues, debemos volver a nuestra posición original, o sea, que el tema deberá solucionarse en América. Si su único deseo es recuperar el cuadro, según las condiciones ya mencionadas, y no el castigo de los autores del rapto, ha de importarles muy poco dónde tenga lugar la negociación. Si persisten en su determinación de no negociar en otra parte que no sea en Inglaterra, nos veremos obligados a abandonar las negociaciones<sup>[388]</sup>».

Agnew respondió con pareja terquedad: «"Nueva York". No corren ustedes ningún peligro. Puede que no haya necesidad de un viaje, que por otra parte me resulta imposible hacer<sup>[389]</sup>. De mayo a agosto se mantuvo el silencio. Entonces, el 8 de agosto, llegó a la oficina de Agnew's una carta con matasellos de Londres. «Dada la imposibilidad de viajar a Norteamérica manifestada por ustedes, la otra parte ha asumido el gasto de volver a enviar a la duquesa a ese país [...]. Ya se ha perdido demasiado tiempo en este asunto, y por nuestra parte deseamos cerrarlo de una vez<sup>[390]</sup>. En realidad Worth ya había regresado a Londres con el cuadro, pero su actitud respecto a todo aquel asunto había cambiado claramente. En su carta siguiente, el 21 de agosto, se expresaba con una brusquedad que rozaba la descortesía:

Realmente no se nos ocurre ninguna manera de efectuar la entrega de la noble duquesa. Si ustedes no son capaces de dar con una, me temo que tendremos que dejar el asunto de una vez [...]. Hemos intentado elaborar un plan para efectuar la transacción a este lado del océano pero no vemos el modo de llevarla a cabo con seguridad para nosotros. Como acabo de decir, si no encuentran ustedes el medio, no nos preocuparemos más en mantener las negociaciones. En el caso de que realmente tengan intención de jugar limpio con nosotros y de que deseen recuperar su cuadro, sólo tienen que sugerir algún sistema seguro para hacerlo, y lo adoptaremos<sup>[391]</sup>.

Agnew se dio cuenta de que estaba ante un ultimátum y el 23 de agosto puso otro anuncio en The Times. En él accedía a hacer lo que quisiera el escurridizo «Nueva York». Pero ya era tarde, Worth había cambiado de idea. Nunca más entró en contacto con el comerciante de arte y lo único que consiguió William Agnew tras aquellos meses de tácticas dilatorias fueron unos cuantos fragmentos de lienzo recortados con todo cuidado y un puñado de cartas con exigencias.

Existe constancia de que Agnew había estado en contacto con el inspector Shore, de Scotland Yard, y es posible que Worth estuviera advertido del peligro gracias a sus espías en el cuerpo policial. En vista de su actitud indecisa, algunos convinieron más tarde en que el ladrón había estado jugando con Agnew desde el principio. «Resulta evidente que en realidad no tenía ninguna prisa por entregar aquella obra maestra ni por efectuar más revelaciones. Lo único que se proponía era suscitar la curiosidad<sup>[392]</sup>.

Kitty Flynn tuvo participación en el cambio de opinión de Worth y en su

repentina decisión de conservar el retrato. La excamarera irlandesa y la licenciosa Georgiana de Devonshire, que disfrutaba de una segunda vida después del robo, compartían muchos rasgos de carácter: un extraordinario placer por la vida, una sana indiferencia por las opiniones de los demás y una libertad de espíritu que siempre le estaría negada a Worth, con su carácter complejo y amargado. El parecido físico entre las dos mujeres también era notable. El mejor retrato de Kitty la muestra con una expresión algo provocativa, casi altiva, que parecía tomada directamente de Georgiana. Las trenzas doradas de la duquesa, sus ojos luminosos, las curvas de su silueta y su intensa determinación de disfrutar de sí misma y de los demás se correspondían exactamente con las de Kitty en la flor de su vida. Por otra parte, la antigua anfitriona del American Bar hacía mucho tiempo que se consideraba, con toda razón, una persona de natural aristocrático.

Como una especie de Pigmalión delincuente, Worth había aspirado a moldear a Kitty a modo de réplica impoluta de su mujer ideal —elegante, dócil y presentable en sociedad— y lo había conseguido, pero siempre había una parte de Kitty, su enorme vitalidad, que no lograba alcanzar. Y por eso aquella creación suya lo había traicionado y abandonado. Como en todas las versiones de este mito perdurable, la *Fair Lady* de Worth había demostrado que no necesitaba de él. Galatea había remontado el vuelo. Worth había intentado controlar y retener a Kitty, y por primera vez en la vida había fracasado. En contraste, la duquesa de Gainsborough era dócil y manejable, una cautiva perfecta, pintada. Algo que Kitty había renunciado a ser. En el mito romano, Pigmalión encontraba el amor cuando su bella estatua cobraba vida; Worth tal vez encontró algún resto de amor al trasladar su afecto de la mujer de carne y hueso a otra de lienzo, pintura al óleo y pincel magistral.

Un escritor que especulaba sobre los motivos que habían llevado al ladrón a robar el Gainsborough se preguntaba si no sería «un bribón decadente [...] un loco entusiasta que se ha llevado el retrato para venerar su gracia y su tierna belleza durante las silenciosas vigili­as nocturnas, cuando la pálida luna ilumina sus gráciles curvas y descubre nuevas profundidades en esos ojos brillantes. Puede que en este asunto haya habido locura y crimen, pero también es posible que haya amor»<sup>[393]</sup>. El escrito era pura sensiblería victoriana, de efectos casi vomitivos, pero lo que sugería era perfectamente posible.

Casi media vida más tarde, Worth comentaría que el retrato había sido «un elefante blanco, un objeto inútil y costoso de mantener, del que no se había podido librar en muchos años»<sup>[394]</sup>. Tal afirmación era manifiestamente falsa. A lo largo de los veinte años siguientes habría podido reabrir en cualquier momento las negociaciones con Agnew para devolver la obra, pero no lo hizo. Con el tiempo, el rumor de que Worth era el ladrón del Gainsborough ganó crédito en los bajos fondos y más de un personaje turbio se ofreció a interceder y colaborar en el retorno a cambio de una gratificación. Él los rechazó a todos y prefirió sufrir descrédito, penurias y prisión antes de separarse del cuadro. De este modo la duquesa se

convirtió en su compañera permanente y oculta, tan fiel y tan discreta como voluble e independiente había resultado Kitty. Cuando viajaba, ella lo acompañaba en el doble fondo del baúl; en Londres dormía literalmente encima de ella, con la duquesa aplastada bajo el colchón. Las connotaciones de conquista sexual y de dominación resultan inconfundibles.

Sin embargo, en esta extraña relación entre un destacado ladrón y su objeto robado había algo más que un simple desplazamiento perverso de una relación amorosa anterior. A la vez que crecía su obsesión, el cuadro que controlaba llegó a ejercer también un influjo sobre él, como símbolo y reflejo de su existencia artificial. En la poderosa imagen de Georgiana encontró un ojo de la cerradura a través del cual, como un mirón, poder espiar a la sociedad privilegiada a la que aspiraba pero de la cual nunca llegaría a formar parte de verdad, del mismo modo que Georgiana no volvería nunca a la vida. El retrato era un fetiche que representaba el pináculo de sus sueños y la prueba de su exclusión. El objeto más deseable que un hombre opulento podía poseer era también un botín que a diferencia de los caballos de carreras, de los yates y de sus lujosas casas, jamás podría mostrar. Aquel cuadro era un icono de su poder y de su impotencia. Cuando Worth comentaba que «no podía librarse» de la pintura, estaba delatando inconscientemente su propia impotencia. Como un asesino que conservara partes de los cuerpos de las víctimas, se aferró a aquel último testimonio de sus delitos, pues la mirada arrogante de la duquesa cristalizaba toda la energía y toda la fragilidad de nuestro hombre. Georgiana era su estandarte capturado al enemigo, la prueba tangible de su desprecio por la sociedad respetable y de su capacidad para minar sus cimientos, un objeto de arrebatadora belleza para rematar el turbio oficio de Worth, un foco de anhelos y de odios. Pero cuando contemplaba aquel rostro adorable y altivo, ¿no veía acaso un pálido reflejo de la falsa imagen que él se había creado, superficial, como la misma piel?

Conforme pasaron los años y el cuadro se confundió mentalmente con el concepto que tenía de sí mismo, Worth tal vez empezó a darse cuenta de que el mundo que se había creado tenía sus cimientos en la duquesa y en su simbolismo. «Complaciéndose en contemplar en secreto el codiciado objeto»,<sup>[395]</sup> se aferró al espléndido retrato como si su vida dependiera de él, como así era.

La relación de Worth con su duquesa robada fue evolucionando y adquirió mayor profundidad con el tiempo; pasó de la admiración y el orgullo emocionado a la dependencia y la fijación. El proceso puede seguirse con cierta precisión. Había trazado el plan para robar el cuadro mientras encajaba la partida de Kitty de Londres, pero fue en el verano de 1877, más de un año después, cuando rompió bruscamente y de forma permanente todas las negociaciones para su devolución, y lo hizo precisamente en el momento en que la vida de Kitty tomaba un nuevo giro que para él resultó otro golpe durísimo. En el preciso instante en que el trato con Agnew parecía estar a punto de cerrarse, llegó a oídos de Worth la noticia de que su examante, la «espina clavada» en su corazón y probable madre de sus hijos, había

encontrado un nuevo pretendiente en Nueva York y proyectaba casarse con él. Esta demostración definitiva de rechazo impulsó también a Worth al matrimonio, aunque de una clase muy diferente. El «flechazo» con la duquesa se transformó en un matrimonio que duraría un cuarto de siglo.

## 14 KITTY FLYNN, REINA DE LA SOCIEDAD

El New York World, ese periódico deliciosamente mordaz —hoy por desgracia ya desaparecido—, apuntaría más adelante con un guiño que mientras ejercía su papel de anfitriona de una banda de delincuentes en el American Bar de París, Kitty «se había pulido en las artes y las gracias que le permitieron dar su segundo y brillantísimo golpe matrimonial»<sup>[396]</sup>. Cuando sólo tenía veintiocho años y conservaba su belleza excepcional, según informaban los periódicos, «cazó una pieza matrimonial que muchas mujeres de la sociedad más orgullosa de Nueva York no habrían desdeñado». Con dos hijas que mantener y la ambición tan viva como siempre de alcanzar fama y fortuna, Kitty andaba claramente en busca de otro marido, así que cuando Juan Pedro Terry apareció elegantemente en su vida, ella recurrió a todas las artes y gracias de su repertorio. Pocos hombres habrían sido más perfectos para ella que Juan Terry, con sus hermosos ojos azules, su sangre irlandesa, la barba de un vigoroso conquistador, su gusto por el lujo y su porte de caballero. Poseía además una asombrosa fortuna.

Juan era hijo de Thomas Terry, un aventurero de sangre irlandesa cuyos antepasados habían abandonado la húmeda tierra de Irlanda —como habían hecho los de Kitty— para probar fortuna en el Nuevo Mundo. Thomas, o Thomaso, Terry nació en Caracas, Venezuela, el 24 de febrero de 1808, y «fue bautizado en la iglesia parroquial de San Pablo»<sup>[397]</sup>. Joven emprendedor y resolutivo, empezó a construir su fortuna cambiando parcelas de terreno por joyas baratas, y en 1830 se estableció en la ciudad de Cienfuegos, Cuba. Allí se enamoró de Teresa Dorticós y Gómez de Leys, hija de un plantador de caña de azúcar de La Habana, y pidió su mano. El padre de Teresa, don Andrés Dorticós y Casson, gobernador de Cienfuegos y hombre inmensamente rico, echó una ojeada a la figura de Tom Terry, seductora pero escasamente fiable, y montó en cólera. No sólo negó su consentimiento a la boda sino que ordenó a sus braceros que administraran una buena paliza al indigno pretendiente de su hija para que aprendiese, y lo expulsaran de la propiedad. Resentido por el trato dispensado, Terry no tardó en raptar a Teresa y fugarse con ella, y pese a la cólera incontenible de su padre, se casaron el 31 de octubre de 1837. Thomaso se limitó a hacer caso omiso del revuelo posterior, y «cuando oyó que su suegro se había referido a él en términos despectivos, se limitó a comentar lisa y llanamente que algún día sería más rico que él»<sup>[398]</sup>.

Y así fue, en efecto. «Todas las operaciones en las que intervenía el joven venezolano resultaron enormemente beneficiosas. Sus plantaciones de azúcar daban abundantes cosechas, y las tierras que había adquirido a cambio de baratijas se convirtieron en valiosos campos de labor»<sup>[399]</sup>. Tras mantenerse leal a España durante la insurrección cubana, Terry fue recompensado con la adjudicación a bajo precio de vastas fincas confiscadas que «resultaron verdaderas minas de oro»<sup>[400]</sup>. Al cabo de cinco años era el principal cultivador de caña de azúcar de la zona de Cienfuegos y se

había hecho mucho más rico que su suegro, quien ahora estaba en términos mucho más amistosos con él. Parte de la fortuna quizá tenía orígenes mucho menos románticos, pues al parecer complementaba sus ingresos azucareros con una segunda actividad como «tratante de esclavos»<sup>[401]</sup>. En cualquier caso, Thomas Terry cambió su pasaporte venezolano por la ciudadanía norteamericana y, como «uno de los hombres más ricos de las Américas»<sup>[402]</sup>, recorrió el mundo con Teresa, comprando propiedades y teniendo hijos hasta reunir una decena de varones y otra de hembras. «Los Terry tenían casas en Nueva York y una mansión en París, en la rue de la Boétie, cerca del Faubourg Saint-Honoré, con amplios terrenos alrededor, y también residía en varios castillos del valle del Loira, entre ellos el espléndido de Chenonceau»<sup>[403]</sup>.

Tom Terry fue un padre prodigiosamente generoso para su multitud de hijos, a quienes entregaba dinero en grandes cantidades de forma regular. Juan Pedro, el menor, llegó a Nueva York en 1875 con un regalo de su padre de novecientos mil dólares en efectivo, «con los cuales acudió a Wall Street y, tras efectuar cierta transacción en oro, consiguió medio millón de dólares más»<sup>[404]</sup>. Especulador empedernido, Juan «se distinguía por su capacidad para los negocios, pero era amante de una vida de lujo y placer»<sup>[405]</sup>. Ambos aspectos de su personalidad atrajeron de inmediato a Kitty Flynn. La mujer quizás ocultara a su pretendiente los detalles menos respetables de su vida, que sólo se filtraron muchos años después, pero si Juan sabía que el objeto de su adoración era una excamarera que había estado casada con un ladrón bígamo y que durante muchos años había compartido sus afectos con el amigo y socio de su esposo en las actividades delictivas, no parece que le importara lo más mínimo. La historia de su propia familia era tan romántica y libertina como la de Kitty y, con millones en el banco, le importaban un comino las habladurías. De hecho, el pasado turbulento de la viuda Flynn quizá no hizo sino aumentar la fascinación que ejercía en el rico especulador y hombre de mundo, amante de la buena vida. Con toda su riqueza, Juan era un hombre blando y vacilante cuya voluntad, débil en el mejor de los casos, no era rival para la energía de la irlandesa. Kitty tenía descaro más que suficiente para los dos.

Según Sophie Lyons, se conocieron en una tienda de arte de la Calle Veintitrés, en Manhattan, donde Kitty —siempre corta de fondos— había acudido a vender el último de los cuadros del American Bar. «El joven Terry quedó embelesado con la regia belleza de Kitty y asedió su corazón con tal ardor»<sup>[406]</sup> que ella accedió de inmediato a casarse con él. Como sea que Sophie tenía una memoria muy dada al romanticismo, parece bastante más probable que, como informaron más adelante los periódicos, se hubieran conocido en la casa de huéspedes de la viuda Flynn una noche en la que Juan, llevado por el impulso del momento, invitó a su anfitriona a acompañarlo a un baile de caridad. «Bonita y fascinadora, cautivó la imaginación del cubano»,<sup>[407]</sup> informaron los periódicos.

El único impedimento para la relación amorosa que florecía rápidamente entre ellos era que Kitty aún seguía casada legalmente con Charley Bullard, quien lo estaba ilegalmente con otra mujer. Los años transcurridos no habían sido muy felices para el músico malhechor. El 13 de septiembre de 1878 había conseguido fugarse de la prisión de Concord, en la que había sido recluido por su participación en el robo del banco Boylston. «Su comportamiento como preso fue bueno y disciplinado durante muchos meses, hasta que un día sorprendió a sus guardianes con un estallido de insolencia y de rebeldía sin explicación aparente. Por este acto de indisciplina fue confinado en las celdas para presos difíciles con otros cinco alborotadores. A la mañana siguiente, se descubrió que los pájaros habían volado. De algún modo, Bullard había fabricado llaves de las cerraduras de las celdas, liberado a sus compinches y encontrado la manera de escapar»<sup>[408]</sup>.

Ya en libertad en Nueva York, en un estado de euforia alcohólica, había «enviado una "postal insultante"»<sup>[409]</sup> al general Chamberlain, alcaide de la prisión de Concord, en la que se atribuía la planificación del robo del Manhattan Bank»<sup>[410]</sup>. Tras una temporada vagando por Nueva York, Bullard se encaminó a Toronto, donde se dedicó de nuevo a delitos de poca monta, pero «sus ganancias ilícitas se le fundían enseguida en las manos»<sup>[411]</sup>. La prolongada estancia en prisión, seguida de tanta bebida, habían hecho mella en sus facultades, antes legendarias, como descuidero y pianista. El hombre que un día había tenido «unos dedos tan sensibles que podía abrir una cerradura de combinación sólo con las manos»,<sup>[412]</sup> sufría ahora tales temblores en ellas que apenas era capaz de abrir una botella, y desde luego ya no tocaba el piano con su habilidad de siempre.

El hombre de los grandes robos al Merchant Express y al banco Boylston quedó reducido a mísero ratero, y finalmente fue sorprendido «mientras sustraía una cadena de reloj en una joyería»,<sup>[413]</sup> por lo cual «fue detenido y enviado a la penitenciaría canadiense de Kingston para cumplir cinco años de condena»<sup>[414]</sup>. Esta vez se encontró convenientemente encarcelado, y fue allí donde en el invierno de 1880 recibió la noticia de que Kitty se había divorciado de él.

La primavera siguiente, Kitty y Juan Terry se casaron ante el juez Morgan en los juzgados de Jefferson Market, en Nueva York, «para gran consternación de la familia del novio»,<sup>[415]</sup> que había realizado investigaciones por su cuenta sobre el pasado de Kitty. Dando muestras de una hipocresía sin límites, los Terry se pusieron furiosos al tener que recibir a una camarera irlandesa en la familia. A favor de Juan Terry hay que decir que, como su padre antes que él, se limitó a hacer oídos sordos a las lamentaciones de sus familiares nuevos ricos e instaló a su flamante esposa en unos lujosos apartamentos de Stuyvesant House, en Nueva York. Puede que a la viuda Flynn le atrajera en un primer momento la riqueza de Terry, pero encajaban bien y el resultado fue, como decía Sophie Lyons, «un matrimonio excepcionalmente feliz»<sup>[416]</sup>. Las dos hijas de Kitty, «que se habían convertido en dos hermosas

jóvenes»,<sup>[417]</sup> fueron adoptadas de modo informal por su nuevo y rico padrastro. Éste «permitió a las hijas de Kate utilizar su apellido y se ocupó de que recibieran una educación adecuada, con clases particulares de bellas artes y estancias en escuelas de Nueva York y del continente, a tono con la existencia de gitanas ricas»<sup>[418]</sup>. Aunque la sociedad neoyorquina hizo comentarios mordaces cuando se difundió la noticia de los orígenes humildes de Kitty, la fortuna de Terry fue suficiente para que tales comentarios tuvieran corta vida. En pocos años, la señora de Terry se había convertido en una figura conocida de la sociedad de Nueva York, y muy solicitada en los grandes acontecimientos sociales de la ciudad.

Su atractiva belleza, su riqueza y su emocionante pasado ya eran razones suficientes para ganarse la envidia y la atención de las masas, pero otro rasgo de su carácter la convirtió rápidamente en habitual de las páginas de los periódicos más procaces de Nueva York: su reciente y obsesiva afición a los litigios. La chica que había vuelto la cabeza sin inmutarse ante los manejos ilegales de Worth y de Bullard, recurría ahora a la ley para defenderse. Litigó a fondo y litigó a menudo, y a su vez fue objeto de querellas. Así como Worth había hecho todo lo posible, por razones obvias, para no pisar un juzgado, Kitty en cambio sentía una extraña atracción por el recurso a los tribunales, tal vez por deseo de exhibirse en el bando de la ley después de haber pasado buena parte de su vida en el otro bando, si no activamente, al menos en estrecha relación con él. Kitty no era ninguna delincuente, ni siquiera una simuladora por naturaleza. Era actriz, y los tribunales eran su escenario. Aunque sus diversos embrollos legales no siempre la expusieron bajo la luz más favorable, la publicidad que recibieron y los detalles reveladores que aparecieron en ellos no hicieron sino aumentar su caché social. Una técnica de autopromoción social que no resulta desconocida en nuestros días.

Su primera experiencia en los tribunales de Nueva York tuvo que ver con una tal *miss* Alcevinia, o Vinnie Atwood, una joven de dudosa reputación que parecía mantener una relación íntima poco corriente, por no decir irritante, con su reciente marido. Los hechos no están muy claros, como sucede en todas estas disputas domésticas, pero el *New York Times* informaba del incidente en estos términos: «A su regreso de una salida de compras, la tarde del 10 de noviembre de 1881, la señora Kate Louise Terry encontró en su habitación de la Stuyvesant House una carta dirigida a su marido, el señor Juan P. Terry. Como la dirección tenía caligrafía femenina, abrió la carta y se encontró con una petición de dinero de la señora Vinnie Atwood para hacer un viaje a un lugar llamado Burlington, donde desea entrevistarse con los padres de cierto hombre que la ha ofendido»<sup>[419]</sup>. El *New York World* decía que en realidad Kitty había encontrado la carta en el bolsillo del pantalón de su marido, «y estaba escrita en un tono que indicaba un grado de intimidad nada satisfactorio para su esposa»<sup>[420]</sup>.

Kitty, mujer de armas tomar que no tenía ningún reparo en abrir la correspondencia de su marido y a quien no resultaban desconocidas las



complicaciones del amor dividido, sacó enseguida el hacha de guerra. «Envió una respuesta, firmada con el nombre de su esposo, tomó un taxi y se apeó en las proximidades del piso de la señorita Atwood. Dejó la carta en la casa, y al no recibir respuesta se presentó en persona»<sup>[421]</sup>. Kitty testificó que había encontrado a la señorita Atwood y a otras mujeres «sentadas fumando y bebiendo»,<sup>[422]</sup> y que, cuando pidió explicaciones acerca de la carta, fue asaltada de inmediato. Es probable que el relato de la señorita Atwood sea más objetivo, en vista de lo que conocemos de la personalidad incendiaria de Kitty: «Tan pronto entró en sus aposentos, la señora Terry empezó a maldecirla y a lanzarle figurillas de porcelana»<sup>[423]</sup>. Siguió a ello un breve pero feroz intercambio de puñetazos, «en el curso del cual se rompieron piezas de vajilla y la señora Terry sufrió contusiones en el rostro»<sup>[424]</sup>.

Kitty salió directamente hacia la comisaría de la calle Veintinueve y la señorita Atwood fue detenida bajo la acusación de agresión, a lo que se añadió otra acusación de robo de mayor cuantía después de que Kitty declarase que su rival también le había robado la suma de mil dólares. El juez Smith se mostró claramente perplejo ante el alboroto y, ante la cólera de Kitty, la acusación de robo no fue aceptada. La señorita Atwood fue retenida brevemente por la acusación de agresión y, cuando por fin quedó libre, se apresuró a presentar una contraquerrela a Terry, «reclamando que la señora Terry había actuado de forma maliciosa y la había perjudicado su posición y reputación social, por lo cual pedía una indemnización de veinticinco mil dólares»<sup>[425]</sup>. Cuando la pelea de gatas llegó al tribunal, más de un año después, Nueva York estaba intrigado. Kitty insistía en que *miss Atwood* era una zorra, «una persona de mal carácter, y por tanto su reputación no puede resultar perjudicada»<sup>[426]</sup> ya que carecía de una posición social que pudiera resentirse. Los abogados de la señorita Atwood, a su vez, sometieron a Kitty a «un segundo turno de preguntas parecido, cuyo objeto era demostrar que tenía que ser una mujer muy poco de fiar por haber sido esposa de Charlie Bullard, alias Piano Charlie, uno de los ladrones del banco Boylston, y consiguientemente estar relacionada con los amigos de éste. Se le preguntó si conocía a ciertos notorios delincuentes y respondió que no»<sup>[427]</sup>.

Kitty se lanzó a una defensa encendida de su juventud despilfarrada. «Según ella, sólo tenía diecisiete años cuando contrajo matrimonio con Bullard, alias Wells. Éste se presentaba como un millonario, y cuando se casaron apenas hacía tres semanas que se habían conocido»<sup>[428]</sup>. El jurado decidió en favor de la señorita Atwood pero, emocionados quizá por el relato de Kitty de su vida con un malvado ladrón de bancos, le ordenó pagar sólo ochocientos dólares en daños, una minucia en comparación con la cuenta bancaria de Terry, y muchísimo menos de los veinticinco mil dólares que demandaba la otra parte. No queda constancia de cuál fue la reacción de Juan Pedro ante la polvareda legal organizada entre su reciente esposa y una mujer de la que sólo podemos suponer que era su amante, pues el millonario cubano, en una lúcida demostración de sensatez, se había marchado de vacaciones. Parece en cambio

que Kitty consideró el veredicto como una victoria moral. «Al parecer, la experiencia en el tribunal abrió la afición de la excamarera por las disputas legales —informaba más adelante el *New York World*—, y desde entonces su presencia en los juzgados neoyorquinos se hizo habitual»<sup>[429]</sup>.

En 1888 estaba de nuevo ante el juez, acusada de agresión a su criada, Mary Anne Coogan, y planteó una larga batalla legal frente a la acusación. Después, en 1891, se vio envuelta en otro caso cuando se negó a pagar el alquiler que debía a una tal señora Lavalette, patrona de una casa de huéspedes de la Quinta Avenida. Al parecer, unos años antes Kitty había arrendado unas habitaciones de la señora Lavalette, pero «después se marchó al sur [...] y dejó cerradas con llave sus habitaciones en la casa de huéspedes. Más tarde, un comunicante anónimo informó a la señora Terry de que la señora Lavalette estaba utilizando no sólo esas habitaciones sino también la ropa que guardaba en ellas»<sup>[430]</sup>. Furiosa, Kitty se negó a pagar a la patrona y la llevó a juicio, que ganó. Tales incidentes reflejan un aspecto vital y constante del carácter de Kitty. Ahora tenía buenas ropas, espléndidos apartamentos y carruajes lujosos, pero seguía siendo la misma persona, una mujer sana y fogosa que jamás buscaba elevarse en un pedestal moral ni fingía ser mejor de lo que era. Kitty Flynn no tenía doble vida, y si era necesario estaba dispuesta a tenérselas ante todo el mundo con criadas o con la amante de su marido, porque siempre era fiel a sí misma.

Mientras tanto, Juan Pedro y Kitty llevaban la vida ostentosa de una pareja joven y rica: asistían a cenas y bailes, acudían a la ópera y, en general, hacían ostentación ante sus acompañantes. A pesar de su breve y lucrativa operación en la Bolsa, Juan Pedro no volvió a sentir la tentación de repetir el experimento ni volvió a esforzarse lo más mínimo en el trabajo en el resto de su vida.

Cuando no estaba ante un juez, Kitty viajaba por el mundo con su marido y sus hijas, como había hecho con Bullard y Wells, pero esta vez no había ninguna simulación. Kitty Flynn, la chica pobre de los suburbios de Dublín, había alcanzado por fin la posición con la que siempre había soñado: ahora era una duquesa de la sociedad por derecho propio.

## 15 DESHONOR ENTRE LADRONES

Worth se enorgullecía de su lealtad a sus secuaces, un elevado concepto moral que ellos le recompensaron con una egregia traición. Little Joe Elliott y Jack Phillips el Basuras, no habrían accedido a colaborar en el robo del cuadro de Gainsborough si hubieran sabido que no iban a ser recompensados copiosamente por el trabajo, de ahí que la decisión de Worth —unilateral y sin explicaciones— de quedarse con el retrato causara confusión y cólera a sus compinches. Para cerrarles la boca, Worth les entregó sendos fajos de billetes, aunque sabía perfectamente que aquélla era sólo una solución provisional. Con el retrato de la duquesa en su poder, Worth era un objetivo claro para un chantaje y, a pesar de sus estrictos principios morales, era lo bastante realista como para saber que sus veleidosos amigos lo venderían sin pensárselo un instante si convenía a sus propósitos. Pocas semanas después del golpe, Little Joe ya estaba pidiendo más dinero, argumentando que necesitaba viajar a América inmediatamente. Una vez más, el amor era lo que más contaba para Joe: quería volver junto a su esposa, y quería también que Worth le pagara el pasaje. Consciente de que tenía que mantener aplacado a Elliott, Worth aceptó tras llegar a la conclusión de que estaría más seguro con su cómplice al otro lado del Atlántico.

Sorprendentemente, Kate Castleton todavía tenía espacio en su corazón para su marido, y la pareja reanudó la vida en común. Pero si Kate recordaba a Elliott con afecto, también guardaban un vivido recuerdo de él en el departamento de Policía de Nueva York, que lo detuvo en abril de 1877. Camino de las Tumbas, el centro de detención neoyorquino de tan infausta fama, Elliott consiguió fugarse, pero poco después fue capturado en Poughkeepsie. Con las pruebas aportadas por los Pinkerton, «fue acusado de ser el autor de una estafa por valor de sesenta y cuatro mil dólares a la Union Trust Company de Nueva York, mediante un cheque falsificado de la compañía de seguros New York Life Insurance Company»<sup>[431]</sup>. Los Pinkerton también lo acusaron del robo de piedras sin tallar por valor de cuatro mil dólares a unos joyeros de Boston, varios años antes. Tras un juicio rápido, Little Joe fue condenado a siete años en Sing Sing. Con conmovedora fidelidad, Kate Castleton siguió visitando a su esposo en prisión. Elliott, por su parte, en una pareja demostración de deslealtad, decidió que era el momento de cobrarse su parte en el robo del Gainsborough, traicionando a Adam Worth.

Según los archivos Pinkerton, «estando en prisión, mandó recado al señor Robert A. Pinkerton para negociar su puesta en libertad con la oferta de reponer el cuadro de Gainsborough, y le contó al señor Pinkerton la historia del robo y los nombres de los involucrados en el asunto. Estos hechos, comunicados al señor John Shore, superintendente del departamento de Investigación Criminal de New Scotland Yard, Londres, Inglaterra, no hacían sino confirmar las sospechas del señor Shore y del departamento de Policía de Londres acerca de los autores del robo»<sup>[432]</sup>.

La traición le sirvió de poco a Elliott pues no tenía idea del paradero de la pintura y «no podía controlarla ni enviarla, como había dicho, [de modo que] se abandonó el asunto»<sup>[433]</sup>. Scotland Yard sentía suficiente respeto hacia Worth como para suponer que no tendría la osadía de guardar el cuadro en alguna de sus propiedades; así que aunque el testimonio de Elliott era útil como confirmación de sus sospechas, resultaba insuficiente para coger al ladrón. No está claro en qué momento preciso los Pinkerton y el superintendente Shore llegaron al convencimiento de que Adam Worth, alias Henry Raymond, era el responsable del robo. Al parecer, Elliott no era el único que pasaba información a las autoridades. «Poco a poco se fueron filtrando ciertos hechos en relación con el robo que pusieron a la policía de Londres en conocimiento de quiénes habían sido los autores del mismo, pero sólo había contra ellos testimonios de oídas y ninguna prueba concreta —anotaron los Pinkerton—. Los detectives de Scotland Yard utilizaron toda su inventiva para dar con el escondite del cuadro y para adjudicar la autoría del robo a los ladrones, pero todos sus esfuerzos resultaron baldíos»<sup>[434]</sup>.

Con Worth «de nuevo en la antigua residencia de Piccadilly»,<sup>[435]</sup> según escribió Shore a Pinkerton, la frustración del detective de Scotland Yard crecía de día en día ante su incapacidad para echar el guante al ladrón. «Se convirtió en tal pesadilla para la policía inglesa que finalmente intentó sacarlo de sus casillas apostando ante su puerta a un agente que observaba y tomaba nota de todo aquel que entraba en la casa»,<sup>[436]</sup> pero todo fue inútil. Las medidas extremas del inspector Shore rayaban en el acoso policial; por lo menos así fue cómo Worth interpretó tales esfuerzos por interferir en el curso normal de su actividad delictiva. Worth consideraba que aún tenía una deuda que cobrarle a Shore por la detención de su hermano, y además aquel acoso le resultaba intolerable. Había llegado el momento de «pasar cuentas con él»<sup>[437]</sup>. Había que quitar de en medio al inspector. Otro más brutal y menos refinado que él se habría limitado a urdir un plan para que, una noche oscura, alguien dejara sin sentido al detective de Scotland Yard y lo arrojase al Támesis, pero éste no fue jamás el estilo de Worth. Por el contrario, tramó un destino mucho más ingenioso y humillante para el insoportable detective.

El superintendente Shore era uno de los hombres más destacados y poderosos de Scotland Yard, y un policía aplicado aunque un tanto falto de brillantez. No obstante, como la mayoría de personajes de esta historia, también era un hombre de doble moral contradictoria. Aunque representara la cara moral estricta del cuerpo policial inglés, también era un notorio mujeriego y asiduo cliente de burdeles londinenses. Shore mantenía que sólo iba a tales lugares a recoger información pero Worth e incluso William Pinkerton sabían que no era así. Según la delicada expresión del detective norteamericano, «Shore tenía la costumbre de lo que en este país llamaríamos "golfeo", es decir, andar tras chicas de baja estofa»<sup>[438]</sup>. El burdel favorito de Shore estaba regentado por Una Pierna Nellie Coffey, viuda de un carterista y descuidero llamado Bigjack Casey, que había muerto asesinado unos años

antes. Nellie había perdido la pierna en los disturbios de Nueva York y ahora se ganaba la vida, en palabras de Pinkerton, «como encargada de un burdel o casa de citas en el Borough, un distrito de baja categoría de Londres»<sup>[439]</sup>. Además de ganarse la vida de este modo, la mujer pasaba informaciones útiles a John Shore, uno de sus clientes más habituales, a cambio de una gratificación. Los dos se encontraban con regularidad «en un *pub* llamado The Rising Sun, a la entrada de Fleet Street, en Londres, donde había comedores privados [...]. La mujer disponía de abundante información, que al superintendente le resultaba de gran utilidad. Ella nos contó —proseguía Pinkerton— todo lo que sucedía en torno al establecimiento de bebidas de Bill Richardson, un nido de ladrones, y todo lo que se contaba de los delincuentes de Londres»<sup>[440]</sup>. Worth consideraba a los soplones de los bajos fondos y a los detectives de Scotland Yard como dos tipos de alimañas semejantes; con el plan que preparaba, se proponía poner fin a la carrera de Shore y al mismo tiempo silenciar el exceso de locuacidad de Nellie.

Más adelante, Worth le explicó con detalle a Pinkerton el plan con el que pretendía sacudirse de encima el acoso de Shore. «Contó que habían escogido a un personaje arruinado de la alta sociedad y lo habían alojado en un lugar vecino, habían pagado sus facturas y lo habían mantenido allí durante semanas a la espera de una oportunidad para cazar a Shore. El hombre había sido aleccionado para que acudiera a presentar una denuncia contra una mujer por el robo de una joya, que le fue suministrada con tal propósito, y una cantidad en metálico. Debía decir que había seguido a la mujer a la casa de Coffey. Entonces un policía entraría en la casa a detener a la mujer y la encontraría allí con Shore. El asunto no tardaría en destaparse»<sup>[441]</sup>. Shore sería degradado, el establecimiento de Coffey clausurado y Worth podría llevar a cabo su turbio negocio sin impedimentos.

El personaje era un veterano timador de buena cuna a quien Worth conocía desde hacía muchos años, que recientemente había sufrido dificultades y se había aficionado a la botella. Worth se dedicó durante semanas a aleccionar al viejo ladrón en su papel de pícaro caballero que había caído víctima de una prostituta de dedos largos. Lo privó de alcohol y lo llevó a dar largos paseos por los parques de Londres para aclarar su cerebro confundido. Y mientras los detectives de Shore observaban los movimientos de Worth, los espías de éste seguían al superintendente de Scotland Yard con instrucciones de informar en el momento en que vieran a Shore dirigirse al burdel de Coffey con una prostituta.

Cuando por fin llegó la noticia de que el detective iba camino de la casa de Nellie Worth corrió al hotel donde aguardaba su cómplice... pero allí descubrió que el viejo había dejado su puesto y se había dirigido a un bar cercano, donde lo encontró gloriosa e incoherentemente borracho. El viejo, que a duras penas podía sostenerse de pie, no estaba en condiciones de contar ninguna historia convincente a la policía. Como más tarde diría Worth con admirable indiferencia, «se había cansado de esperar en su puesto y había salido a emborracharse»<sup>[442]</sup>.

En lugar de enfadarse, a Worth todo aquel asunto le resultó muy gracioso. Pagó al viejo, que una vez sobrio no hacía más que disculparse, e incluso le dijo que se quedara el traje de buena tela que le había comprado. Shore no llegó nunca a saber lo cerca que había estado del desastre y, aunque Worth no volvió a intentar una encerrona contra él, la animosidad entre ambos continuó. La batalla de Worth con Shore redobló la determinación del primero de conservar el Gainsborough. Más adelante afirmaría, de forma no del todo convincente pero como una prueba más de la estrecha relación entre su robo más sonado y su desprecio por la ley, que «si el superintendente Shore lo hubiera tratado de una manera medio decente, el cuadro habría sido devuelto hace muchos años»<sup>[443]</sup>. William Pinkerton preguntó a Worth por qué había dedicado tantos esfuerzos a intentar poner una trampa a un detective que en definitiva sólo hacía su trabajo. «Le comenté que creía que estaba demasiado obsesionado con Shore»,<sup>[444]</sup> recordaba Pinkerton, pero la respuesta de Worth fue muy vehemente: Shore era un estúpido, un bebedor maníaco del sexo que «nunca habría llegado a nada»<sup>[445]</sup> sin la ayuda de los Pinkerton. El puritanismo de Worth en asuntos sexuales, pese a su nada convencional historia sexual, es uno de los aspectos más peculiares de su universo ético. Otro de ellos era su capacidad para la venganza.

Cuando uno de sus secuaces se encontraba en dificultades, como se vio en el asunto de Constantinopla, Worth removía el cielo y la tierra para ayudarlo. Su generosidad era prodigiosa, y muchos ladrones de los bajos fondos tenían que agradecer a la benevolencia de Worth el no haber pasado hambre. Sin embargo, cuando consideraba que lo habían ofendido o traicionado, era implacable en su venganza y casi se consideraba con derecho a imponer su castigo. Nuestro hombre, que había pasado la vida eludiendo a la justicia, no dejaba pasar una cuando era él, desde su punto de vista, la víctima de una injusticia. Uno de quienes lo descubrieron a un considerable coste fue el banquero francés Meyer, causante de la detención de John Worth en 1876. Meyer no había hecho sino defender sus intereses, pero Worth estaba profundamente resentido con él, sobre todo cuando otro de sus socios fue detenido como resultado de la vigilancia a que sometían a Meyer. Muchos años después, en un viaje a París, Worth paseaba por la rué St. Honoré y pasó ante las oficinas de Meyer & Co. Al recordar el problema que Meyer le había causado en tal ocasión, efectuó algunas averiguaciones y descubrió que la caja fuerte del banquero era muy fácil de abrir, y que además en aquel momento estaba llena. Esa noche volaron doscientos cincuenta mil francos de las arcas de Meyer. «Este robo fue perpetrado de noche, y la caja fuerte fue forzada con palancas —informaban los Pinkerton—.

Adam Worth fue el organizador de este golpe, que sació su venganza y arruinó al señor Meyer casi por completo»<sup>[446]</sup>.

Como si las ávidas atenciones de Scotland Yard y su batalla permanente con John Shore no bastaran para ocupar su atención, Worth tuvo que afrontar otro problema bastante más próximo: Jack el Basuras exigía saber qué había sido del cuadro e

insistía en que si Worth no lo vendía, lo haría él. «De vez en cuando le había pedido dinero prestado a Worth a cuenta del Gainsborough»,<sup>[447]</sup> pero el corpulento delincuente había empezado a acosar a Worth con exigencias de dinero de forma regular y cada vez más intimidatoria. Worth le confió finalmente que había vendido el cuadro «por una bagatela»<sup>[448]</sup> y le dio cincuenta libras, diciéndole que era la parte que le correspondía y no vería un penique más. Pero Phillips, que lo que le faltaba en inteligencia le sobraba en terquedad, no iba a dejarse despachar tan fácilmente. Después del asunto del retrato, Phillips se consideraba un maestro del robo e intentó convencer a Worth para que financiase un «trabajo» de su propia invención. Se trataba de proveer de dinero a un par de empleados infieles de la oficina de bonos de Londres, que devolverían lo invertido sacando bonos convertibles «no de las arcas sino robándolos a otros empleados»<sup>[449]</sup>. La amenaza de lo que sucedería a su antiguo jefe si no accedía al plan era tácita. Para un ladrón como Worth, esa clase de robo con disimulo era poca cosa y, como no conocía a ninguno de los compinches de Phillips y sólo podía fiarse de la palabra de éste en cuanto a su competencia, resultaba sumamente arriesgado y «se negó a tener nada que ver con el asunto»<sup>[450]</sup>. Phillips se puso lívido y dijo a Worth que no creía que hubiese vendido el Gainsborough. «Phillips exigió que le mostrase el cuadro y él devolvería lo que había pedido a cuenta y le compraría su parte a Worth»<sup>[451]</sup>. Este se negó una vez más a lo que le proponía, pero para tranquilizar al enfurecido matón accedió a reunirse con él unos días más tarde en el bar Criterion, en Piccadilly, donde hablarían con calma de la situación. Cuando llegó el día de la cita, Worth, «sospechando una traición, se apostó en un lugar a cubierto para observar los movimientos de Phillips y descubrió que iba acompañado de dos conocidos detectives de Scotland Yard. En tales circunstancias, ni Worth ni el cuadro hicieron acto de presencia»<sup>[452]</sup>. Gracias a la traición de Joe Elliott, el superintendente Shore estaba ya al corriente del papel de Phillips en el robo y, con promesas de suavizar las penas y una recompensa monetaria, el detective de Scotland Yard había convencido al corpulento matón para que le ayudara a atrapar a Worth.

Enfurecido con la doblez de su antiguo compinche, Worth meditó su venganza con estudiado detenimiento. Envío un mensaje a casa del ladrón inglés en el que decía haberse retrasado por un imponderable y proponía repetir la cita al día siguiente. Cuando llegó al Criterion, Phillips iba acompañado de un «matón»<sup>[453]</sup> y estaba de un humor de perros. Un poco más allá del bar, Worth distinguió al inspector Greenham, de Scotland Yard, uno de los ayudantes de más confianza de Shore, con un estudiado disfraz y con la expresión inconfundible de quien aparenta estar bebiendo a solas pero tiene todos los músculos tensos para oír lo que se cuenta. Phillips pensaba sin duda que podía inducir a su antiguo jefe a hacer una confesión ante un testigo. Mientras el matón permanecía algo retirado con su expresión amenazadora, Phillips empezó a acusar a Worth de involucrarlo en el robo del cuadro

de Gainsborough. Worth prestó atención con cortesía mientras el otro intentaba provocarlo a hablar del robo, pero no pronunció una palabra. La sutileza no era parte del acervo mental de Phillips; finalmente, el tipo recurrió a lo que le salía más espontáneo y, como recordaba Worth tiempo después, «empezó a insultarlo y a darle golpes»<sup>[454]</sup>.

Worth aborrecía la violencia en todas sus formas y mantenía que era un instrumento que sólo utilizaban los estúpidos, pero en aquel momento, por primera y única vez de la que haya quedado constancia, rompió su propia norma. «Dio un salto y golpeó a Phillips directamente en el ojo; el hombretón cayó al suelo, y entonces Worth le propinó cuatro o cinco puntapiés en la cabeza»<sup>[455]</sup>. En cualquier otra circunstancia, Worth se habría limitado a marcharse discretamente y arreglar las cosas con Phillips más tarde, pero aquello estaba muy lejos de ser una discusión comercial. Un maldito tipejo tosco e inculto intentaba despojarlo de su amada duquesa y, en un extraño impulso de caballerosidad, había saltado en su defensa. Por algún motivo, hasta el hombre más pacífico considera justificado recurrir a la violencia cuando está en juego el honor de una mujer. Nadie podía acusar a Worth de cobardía. Con apenas un metro sesenta de estatura y menos de setenta kilos de peso, es probable que Worth no hubiera golpeado en toda su vida a nadie hasta aquel momento, pues muy probablemente recibiría una paliza a cambio. En cambio Phillips, con más de metro noventa, era un exluchador propenso a grandes muestras de violencia y capaz de abrir una caja fuerte sin más ayuda que sus manos desnudas. La visión de aquel pulcro hombrecillo dejando sin sentido al coloso dejó claramente perplejo y paralizado al matón, que no ofreció la menor ayuda a su compañero. La pelea no terminó hasta que intervino el inspector Greenham y logró apartar a Worth del cuerpo inconsciente de su exguardaespaldas y criado<sup>[456]</sup>. Al darse cuenta de que se había descubierto, el inspector abandonó su disimulo y «lo denunció por golpear a un viejo como Phillips»<sup>[457]</sup>. Worth replicó, acalorado, que «daba la impresión de que Phillips había llevado allí al inspector para tenderle una trampa entre los dos y meterlo en un lío»<sup>[458]</sup>. Tras esto, Worth se limpió el polvo de la chaqueta y abandonó el bar con aire altivo.

Este villano con principios estaba visiblemente avergonzado de haber quebrantado su propio código de no violencia, pues sólo comentó el asunto en una ocasión, e incluso entonces a regañadientes. Por su parte, Phillips, boxeador profesional y especialista en dejar inconscientes a sus víctimas a base de golpes, no era adversario despreciable, y además había lanzado el primer ataque después de intentar la encerrona. Tal vez la violencia era lo único que podía penetrar en la cabezota del Basuras pues desde luego parece que captó el mensaje en cuanto recuperó el conocimiento y, todavía atontado, dejó el Criterion acompañado de su colega matón, que se deshacía en disculpas. Phillips no molestó más a Worth y «no volvieron a encontrarse hasta el día de la muerte de Worth»<sup>[459]</sup>.



## 16 DIAMANTES EN BRUTO

Adam Worth —o para ser más precisos el señor Henry Judson Raymond, adinerado caballero de Piccadilly— no era de esa clase de hombres a quienes gustaba verse envueltos en una pelea de taberna. Con Scotland Yard resoplándole en el cogote y sus antiguos socios traicionándolo a diestro y siniestro, Londres se había hecho claramente incómodo. Por otra parte, le resultaba difícil encontrar colaboradores delincuentes de valía. Joe Chapman todavía seguía en la cárcel de Constantinopla, Cario Sesticovitch y Little Joe Elliott se habían esfumado. Charles Becker el Marcas seguía en Londres, pero se estaba convirtiendo rápidamente en un estorbo. Becker quizá fuera un falsificador de primera, pero Worth había llegado a la conclusión de que también era un cobarde sin agallas, capaz de acudir corriendo a la policía a la primera señal de peligro. El banco de Inglaterra había empezado a utilizar recientemente una nueva tecnología, «una combinación de pintor, impresor y químico»<sup>[460]</sup> que hacía casi imposible la falsificación. Los trabajos de Becker habían resultado muy satisfactorios en el pasado, pero sus habilidades estaban quedando desfasadas, al tiempo que sus tendencias neuróticas lo convertían en un compinche cada vez más peligroso. Johnny Carr, experimentado ladrón, previno a Worth para que «estuviera en guardia cuando tratara con bribones como él, y para que no dijera una sola palabra de más»<sup>[461]</sup>.

«En vista de su tendencia a irse de la lengua», Worth decidió que «no tendría más tratos con él»<sup>[462]</sup>.

Con la duquesa inmovilizada bajo el colchón por la noche, Worth parecía rehuir la amistad y la compañía humana. En tanto que sus relaciones sociales iban creciendo, su círculo de amigos íntimos y de confianza iba disminuyendo de forma constante, reducido por obra del destino, de la traición y de su propio retraimiento. No era un miembro genuino de la alta sociedad a la que emulaba, ni de la baja a la que representaba, sino que estaba suspendido entre ambas, atrapado en su propia ambivalencia moral, de la que el retrato de Gainsborough era un recordatorio tangible, siempre presente.

La sensación de aislamiento de Worth fue en aumento por las últimas noticias acerca de Piano Charley Bullard. Su antiguo compinche había salido por fin de la cárcel canadiense, pero en lugar de reunirse con Worth había preferido asociarse con Max Shinburn, quien también había sufrido varios altibajos desde los tiempos del American Bar. El Barón había reunido otra fortuna a base de reventar cajas fuertes por toda Europa, y con los beneficios había formalizado sus aspiraciones aristocráticas con la compra de un castillo en Holanda, acorde con su falso título de barón Schindle. Pero Shinburn era un jugador empedernido, y el efecto combinado de sus apariciones en Montecarlo y de sus inversiones mal aconsejadas en la Bolsa de París habían reducido sus finanzas a un punto bastante bajo. «Habría podido vivir

holgadamente el resto de sus días, pero era incapaz de contener su pasión por el juego»,<sup>[463]</sup> según significaba un apunte policial, y Worth recordaba con regocijo que en una ocasión «se presentó en Londres [...] con un billete de veinte libras, diciendo que era todo lo que tenía»<sup>[464]</sup>. Por los rumores que corrían por los bajos fondos, Worth supo que Shinburn había salido de su retiro, se había asociado con Piano Charley, a quien acababan de soltar de la cárcel, y estaba haciendo planes para revitalizar su carrera delictiva. La prisión había nublado el poco seso que Bullard no tenía ya ahogado en alcohol. Worth llegó a la atinada conclusión de que Shinburn había engatusado a su antiguo compinche y que no le importaría lo más mínimo dejarlo en la estacada si las circunstancias lo requerían. Cuando Shinburn formó sociedad con Bullard, el desprecio de Worth hacia el Barón se convirtió en una profunda aversión, un sentimiento que era correspondido con la misma intensidad.

Disgregada su antigua banda, Worth llegó a la conclusión de que era momento de buscar nuevos colegas y pasó revista a la caterva de malhechores disponible. En la primavera de 1878 había reclutado como cómplices a un tal capitán George (cuyo nombre auténtico se desconoce) y a un joven ladrón llamado William Megotti. Con ellos asaltó el furgón correo del tren Calais-París y se llevó bonos españoles y egipcios por valor de setecientos mil francos. Desde la perspectiva de Worth, el golpe fue un éxito, pero el capitán George demostró tener tan pocas luces como el inepto John Worth y fue detenido en París. Desde el calabozo, el hombre apeló a Worth para que le pagara un abogado pero luego, de repente, hizo una confesión completa ante la policía francesa y mencionó a Worth como principal organizador. Worth fue sentenciado en rebeldía a veinte años de prisión. El botín del robo al tren le resultó muy útil, sin duda, pero Francia también se había convertido en un territorio prohibido. Al propio tiempo, según los Pinkerton, se sospechaba que Worth estaba detrás de «una serie de explosiones de dinamita que tuvo lugar en Europa en esa época»<sup>[465]</sup> y que afectó sobre todo a embarcaciones, que fueron hundidas para cobrar el seguro. En realidad, según reconocieron las autoridades más adelante, «era completamente inocente de tales delitos». Según llegó a saberse, el autor de las voladuras fue ni más ni menos que Max Shinburn. Pero la reputación de Worth había alcanzado tal grado y era tal la obsesión de Scotland Yard por capturarlo que se le atribuían prácticamente todos los delitos de importancia.

Vistas las circunstancias, era hora de que Worth y su duquesa se tomaran unas vacaciones. Con una galantería que indica hasta qué punto había humanizado el cuadro, compró una capa de caza de buena tela («la mejor del lote»)<sup>[466]</sup> para envolver su trofeo, que entonces estaba guardado a salvo en el compartimiento secreto del fondo del baúl. Movido por un impulso en el que se mezclaba la superstición, el romanticismo y la cautela, Worth se resistía a separarse de la compañía del retrato y lo quería siempre a mano. Según Sophie Lyons, «temía dejarlo en depósito por si alguien lo reconocía, de modo que llevaba el rollo de lienzo consigo en sus viajes por el mundo»<sup>[467]</sup>.

¿Acaso Worth, siempre hambriento de cultura, había leído *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne, publicada diez años antes, en la que se describía al capitán Nemo, el esteta criminal cuya galería de arte contenía «una treintena de cuadros de maestros famosos [...] un verdadero museo en el que una mano pródiga e inteligente había reunido todos los tesoros de la naturaleza y del arte»?<sup>[468]</sup> Nemo («capitán Nadie») también corta lazos con la sociedad, promete venganza contra ella, edifica su mundo paralelo en el submarino *Nautilus*; es un mister Hyde subacuático. «No soy lo que llamaría un hombre civilizado. He roto con toda la sociedad por razones que sólo yo puedo entender. Por eso no me rijo por sus normas»,<sup>[469]</sup> dice el capitán Nemo, y de la boca de Worth hubieran podido salir idénticas palabras. El antihéroe de Verne es un hombre civilizado que rechaza la civilización, y no hay duda de que Worth se veía del mismo modo. Si el villano de Verne tiene su *Nautilus* y su suntuosa galería de arte para demostrar su superioridad y su rebeldía, Worth tenía su baúl de doble fondo; si Nemo tenía treinta obras de viejos maestros, Worth tenía una.

En 1880, poco después de la boda de Kitty, Worth y su duquesa zarparon hacia Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, donde el aire era claro, el paisaje hermoso, y Shore y su cohorte (la ley en todas sus formas) estaban deliciosamente ausentes. Worth diría después que había acudido a Sudáfrica «en parte por negocios y en parte por placer»<sup>[470]</sup>. Tras repasar el panorama delictivo, había llegado a la conclusión de que los diamantes en bruto representaban una forma de riqueza excelente, fácil de transportar y de convertir en dinero efectivo. La mayor parte de los diamantes del mundo tenía su origen en Sudáfrica, de modo que allí se dirigió. Como cómplice llevó a un tal Charley King, descrito en los archivos Pinkerton como «un conocido ladrón inglés»<sup>[471]</sup>. Además de su talento para el delito, King presentaba la ventaja añadida de que no sabía nada del robo del Gainsborough y en ningún momento llegó a enterarse del excepcional compañero de viaje guardado en el baúl *Saratoga* de Worth. Éste no estaba dispuesto a ser objeto de nuevos chantajes.

Aquél era también el momento álgido del comercio de plumas de avestruz, gracias en parte a la extraordinaria afición por los inmensos sombreros con plumas de ese animal cuya precursora había sido la duquesa de Devonshire y que aún seguían de plena moda tras la escandalosa sustracción del retrato pintado por Gainsborough. Una pareja de avestruces podía alcanzar las doscientas libras esterlinas, y por ello Worth y su compinche se establecieron como prósperos comerciantes en plumas, impacientes por conseguir una tajada en aquel nuevo y lucrativo mercado. Según la *Standard Encyclopedia of South Africa*, «como no había restricciones a la inmigración, [Worth] entró en el país sin dificultad y estableció un negocio como comprador de plumas de avestruz»<sup>[472]</sup>. Worth y King se instalaron en el mejor hotel de Port Elizabeth y, como hiciera tantos años atrás en Boston, empezó a construir su tapadera: «Abrió un despacho, contrató un escribiente, compró una carga de plumas y la hizo enviar a un almacén de Londres»<sup>[473]</sup>. Bajo el disfraz de un respetable hombre de negocios, Worth podía viajar por el país sin levantar sospechas, con la excusa de

buscar «agentes sobre el terreno para su negocio», cuando en realidad estaba elaborando planes para uno de sus robos más ambiciosos hasta la fecha.

«En sus inspecciones —según los Pinkerton— Worth estudió el sistema que empleaban De Beers y otras minas sudafricanas»<sup>[474]</sup> para el transporte de los diamantes en bruto hasta la costa, antes de ser embarcados rumbo a Inglaterra. Los propietarios de las minas no eran tontos y ya habían establecido complejas medidas cautelares para evitar justamente el tipo de robo que Worth intentaba. Desde Kimberley, los diamantes salían en un convoy de carromatos tirados por caballos, escoltado por boers fuertemente armados. Los horarios se cumplían al minuto, para asegurar que llegara la carga cuando el vapor para Inglaterra ya estaba a punto de zarpar.

Así se evitaba tener que guardar los diamantes en algún depósito durante cierto tiempo y se ahorraba una tentación a los delincuentes. Worth «estudió la situación con todo cuidado y llegó a la conclusión de que el modo más factible de hacerse con el envío de las minas era realizar un asalto nocturno por el camino»<sup>[475]</sup>. Los dos ladrones reclutaron un tercer cómplice en Ciudad del Cabo, «un capitán de barco norteamericano que andaba huido y oculto, pues era buscado en su país por haber hundido su barco en alta mar para cobrar el seguro»<sup>[476]</sup>.

Una tarde, el trío salió a llevar a cabo el trabajo, lleno de una confianza sin fundamento pues dos de ellos iban empapados en *whisky* barato. El plan consistía en interceptar el carromato en plena noche, en un trecho desierto, mediante una cuerda tensada de lado a lado del camino que hiciera tropezar a las caballerías. A continuación «reducirían al cochero»<sup>[477]</sup> y al escolta» y se harían con los diamantes. El plan era muy sencillo, pero no tenía en cuenta a los hombres armados que protegían el convoy de diamantes. Según los Pinkerton, «los caballos cayeron, es cierto, y el carromato volcó, pero antes de que pudieran poner en práctica la siguiente parte del plan, el escolta boer, un gigantón armado con un Winchester de repetición, empezó a disparar en todas direcciones y obligó a los ladrones a buscar protección»<sup>[478]</sup>.

Está claro que el bandolerismo no era el fuerte de Worth, pero parece que nuestro hombre tenía cierta tendencia a esta forma de robo, tan carente de sutilezas. No sería ésta la última vez que intentara un asalto en mitad de un camino y que tuviera que lamentarlo.

La operación fue un fracaso sin paliativos. El intento de asalto «causó una gran sensación»<sup>[479]</sup> cuando el maltrecho carromato llegó sin más novedad a la costa, y lo sucedido convenció a los propietarios de las minas de la necesidad de apostar más escoltas en el convoy. El marino norteamericano, que no se había llevado un balazo en la cabeza por unos pocos centímetros, resultó ser menos «profesional»<sup>[480]</sup> de lo que Worth pensaba y, tras proclamar que él no era ningún Dick Turpin, regresó a Ciudad del Cabo. Charley King «también se había vuelto blando y escapó, asustado»,

[481] según explicó Worth tiempo después. En cambio él «decidió quedarse y hacer un nuevo intento, a ver qué salía»<sup>[482]</sup>.

King recibió instrucciones de volver a casa y seguir de cerca lo que publicaba la prensa de Londres. Si aparecía alguna información sobre un robo de diamantes en Sudáfrica, debía enviar «inmediatamente doscientas libras esterlinas a Brindisi»,<sup>[483]</sup> a nombre de Worth. Si conseguía hacerse con el botín, la noticia se conocería en Londres, sin duda, y Worth ya estaba planificando una vía de escape a través del puerto italiano en la costa del Adriático. Y como recordaba la ocasión en que Little Joe Elliott había tenido que empeñar sus dientes de oro para poder volver a casa, Worth no quería marcharse de viaje sin efectivo suficiente. Como explicaría a Pinkerton más tarde, «su intención era emprender la vuelta a casa por la ruta larga, que daba un rodeo y le llevaría un par de meses»<sup>[484]</sup>. Todavía bajo la identidad del comerciante de plumas, Worth rondó por Port Elizabeth durante los meses siguientes, estudiando la situación. Había sabido por varias fuentes que, a pesar de las precauciones adoptadas por los propietarios de minas, el convoy se veía retrasado periódicamente por el mal tiempo, las inundaciones u otros obstáculos imprevistos. Como el convoy tenía calculada su llegada a Port Elizabeth justo antes de la partida del vapor de Inglaterra, un retraso de unas pocas horas bastaba para que los diamantes tuvieran que guardarse en la caja fuerte de la oficina de Correos de la ciudad hasta que estuviera listo para zarpar el siguiente barco. Por lo tanto, si lograba retrasar un embarque el tiempo suficiente como para asegurarse de que los diamantes terminaran en Correos, y al mismo tiempo daba con el modo de reventar la caja fuerte, tendría la oportunidad de compensar su irritante fallo anterior.

El jefe ayudante de la oficina postal «era un anciano caballero, de natural muy sociable, y Worth cultivó la relación con él»<sup>[485]</sup> invitándolo a copas y permitiéndole ganar al ajedrez, noche tras noche. Al cabo de unos meses, el empleado de Correos y el comerciante de plumas de avestruz eran grandes amigos. En uno de sus viajes fuera de la ciudad, se suponía que en busca de plumas, Worth «preparó tres paquetes, los envió por correo certificado dirigidos a sí mismo, y tomó el mismo tren en que viajaban los paquetes»<sup>[486]</sup>. Después esperó hasta que su nuevo amigo, el jefe auxiliar de Correos, estuviera a punto de cerrar y la oficina quedara vacía de público, «y le contó que era de la máxima importancia que recogiera los paquetes, aunque la sección ya estuviera cerrada. El empleado accedió y fue a buscarlos. Y mientras estaba vuelto de espaldas, Worth consiguió sacar un molde en cera de las llaves de la caja fuerte; luego recibió los paquetes de libros que se había remitido a sí mismo y continuó con sus cosas»<sup>[487]</sup>.

Solventada una parte del plan, sólo quedaba asegurarse de que el embarque de diamantes se retrasaba. No lejos de Port Elizabeth «había un río profundo que el carromato tenía que cruzar en un transbordador que funcionaba mediante cables de acero. Cerca de allí había una pequeña taberna, y Worth esperó hasta la hora en que

estaba previsto el paso del convoy, que era avanzada la tarde. Entonces procedió a cortar el cable, y el transbordador fue arrastrado río abajo por la corriente»<sup>[488]</sup>. La operación de remontar el transbordador a base de pértigas y de colocarle otro cable duró ocho horas. Como era previsible, cuando el convoy llegó a Port Elizabeth el vapor de Inglaterra ya había zarpado y los paquetes de gemas sin tallar fueron llevados a la oficina de Correos para guardarlos allí, como de costumbre. «La noche siguiente entró en el local y sustrajo de la caja diamantes y otros objetos por valor de quinientos mil dólares»<sup>[489]</sup>.

El botín, como más tarde contaría a Pinkerton, «consistía sobre todo en paquetes de diamantes, dinero en metálico y bonos del gobierno, por una suma muy alta»<sup>[490]</sup>.

El primer sospechoso del robo fue el anciano de la oficina, que inmediatamente fue detenido. No había ninguna prueba de que hubiera tenido participación en el robo, ni siquiera indirecta, pero la policía encontró indicios concluyentes de que «se había apropiado indebidamente de cartas con dinero que pasaban por su oficina»<sup>[491]</sup>. El hombre fue juzgado y condenado a cinco años pero, aunque «se envió desde Inglaterra a varios expertos para investigar el caso»,<sup>[492]</sup> no se encontró ni rastro del verdadero ladrón... lo cual no era en absoluto sorprendente porque éste había dejado Port Elizabeth varias horas antes de que se descubriera el robo. «Consciente de que todo el que intentara dejar el país estaría bajo sospecha, Worth hizo una salida tierras arriba de Ciudad del Cabo, aparentando que iba en busca de inversiones y a la compra de plumas de avestruz»<sup>[493]</sup>.

Al cabo de un mes, esta vez con un gran paquete de diamantes en bruto, además de la duquesa, Worth zarpó rumbo a Suez, y de allí a Brindisi. A pesar de poseer una gran cantidad de gemas sin tallar y un cuadro de enorme valor, en aquel momento andaba terriblemente escaso de efectivo y rogaba fervientemente que Charley King hubiera enviado dinero a Italia para el pasaje de vuelta, según lo acordado. Pero el viejo ladrón había olido dinero y «al ver el asunto en los periódicos se lo pensó mejor, y en lugar de girar la suma a la cuenta bancaria de Brindisi emprendió viaje en persona para presentarse allí con el dinero»<sup>[494]</sup>. Los dos delincuentes no llegaron a encontrarse en el abigarrado puerto, y después de esperar más de una semana, Worth empeñó «algún artículo del que disponía y tomó la ruta de regreso alternativa»<sup>[495]</sup>. Cuando Charley King llegó de nuevo a Londres cargado de disculpas, Worth se mostró magnánimo. A pesar de no haber participado en absoluto en el último robo y de haber desobedecido las órdenes de Worth y no haberle enviado el dinero, entregó a King «mil seiscientas libras para comprar su silencio»<sup>[496]</sup>.

Lo primero que hizo Worth a su regreso a Piccadilly fue otra de las cosas típicas en él, mezcla de generosidad e interés. Su hermano, John Worth, el incompetente que tantos problemas había causado ya, andaba en apuros y amenazaba con volver a Inglaterra, dispuesto a participar en otra empresa ilícita. Una perspectiva que, en vista de la absoluta ineptitud de John, resultaba profundamente preocupante para su

hermano mayor, quien entregó a aquél casi la mitad de los beneficios del golpe sudafricano, a condición de que abandonara la carrera delictiva y se estableciera en Estados Unidos.

John se trasladó entonces a Brooklyn y, para profundo alivio y sorpresa de Worth, nunca más volvió a intentar quebrantar la ley. Algunos años más tarde, Pinkerton informaba de lo que había dicho y hecho Worth acerca de su hermano menor: «Dijo que John era un inútil como ladrón y que él le había hecho retirarse de las actividades delictivas hacía mucho tiempo; que había sido utilizado por Becker y otros y que había dado a John una suma considerable de dinero con ocasión del robo al correo de Ciudad del Cabo [sic], que con eso había mantenido a John limpio y honrado y que esperaba que nunca más se involucrara en una fechoría»<sup>[497]</sup>. Es evidente que Worth sentía una profunda responsabilidad fraternal por su hermano, pero si lo convenció para que anduviese por el camino recto no fue tanto por el bien del alma inmortal de John como porque, dada la credulidad de John y su incompetencia general, era un lastre excesivo como cómplice.

La generosidad de Worth refleja también su extraordinario buen humor a su regreso a Londres. Por un lado había dado con un medio excelente y muy rentable de desprenderse de los diamantes. El método tradicional consistía en pasar lo robado a través de una serie de peristas hasta que alcanzaban el mercado abierto. El proceso no sólo era arriesgado, ya que cualquier eslabón de la cadena podía resultar un informador, sino que también significaba que los diamantes apenas alcanzaban una pequeña fracción de su valor real. Worth, en un gesto de asombrosa audacia, decidió eliminar a los costosos intermediarios y vender los diamantes él mismo.

De Estados Unidos reclutó a un tal Ned Wynert, alias Johnny Smith, descrito por los Pinkerton como «un hombre listo y educado, absolutamente desconocido para la policía de Londres»<sup>[498]</sup>. Wynert era un bribón astuto y fiable, pero también un mujeriego empedernido. Según Shinburn, que no perdía nunca ocasión de desacreditar a sus rivales, Wynert estaba casado «con una dama de una familia muy respetable a la que trataba vergonzosamente, gastando el botín de todos sus robos en otras mujeres»<sup>[499]</sup>. Para los propósitos de Worth, aquel hombre era el secuaz ideal, tan discreto en los asuntos al margen de la ley como inmoderado en los sentimentales. Worth lo estableció como comerciante en diamantes en Hatton Garden, el corazón del comercio de joyería de Londres, bajo el nombre de Wynert & Co. «Al situar sus piedras en el mercado a un par de chelines por libra más baratos que el precio medio que alcanzaban en Londres, no tuvieron problemas para colocarlas todas a comerciantes que llegaban desde Ámsterdam»<sup>[500]</sup>. Para gran satisfacción de Worth, algunas de las gemas fueron vendidas a los propios comerciantes que ya las habían comprado una vez, en consignación, antes de que él las robara. El beneficio final se calculó en noventa mil libras. Como anotó con agudeza *sir* Robert Anderson, de Scotland Yard, otro se habría contentado con pasar a una jubilación anticipada después de un golpe de aquellas características. «Si yo hubiera poseído alguna vez

noventa mil libras en algo, el gobierno tendría que buscarse a otro para que se ocupara de perseguir ladrones», comentó el detective en una ocasión. «Pero Raymond amaba su trabajo por el provecho que sacaba de él<sup>[501]</sup>», y ya estaba urdiendo nuevos planes.

El Gainsborough era su talismán; rara vez lo tenía lejos de su mano y de su ávida mirada, y por ello reaccionaba con profundo placer, cargado de ironía, cuando leía en la prensa un nuevo capítulo de la saga de la duquesa de Devonshire, que reaparecía milagrosamente una y otra vez, en Londres, Viena o Nueva York, y reavivaba las esperanzas de Agnew, el expoliado, al tiempo que ponía a Scotland Yard tras una serie de pistas infructuosas: «El cuadro ha sido "descubierto" una decena de veces»,<sup>[502]</sup> apuntaba The Times en tono burlón.

«Creo que he descubierto el cuadro desaparecido de la duquesa de Devonshire en la exposición de arte ambulante de Ambrose, que estuvo aquí el 3 de mayo»,<sup>[503]</sup> escribía un informador. En otra ocasión se recibió un informe confidencial según el cual «mientras una brigada de operarios se dedicaba a dismantelar cierto local de New Bond Street [...] se descubrió [un objeto] en un rincón de un sótano en desuso y, tras ser examinado, resultó ser el retrato de la duquesa de Devonshire, que fue separado de su marco en mayo de 1876 y desapareció en circunstancias misteriosas»<sup>[504]</sup>. Naturalmente, tras un examen más detenido se comprobó que no era el original sino una de las muchas réplicas que se podían adquirir por unos cuantos chelines. Otro corresponsal creía «haber visto al ladrón mientras hacía trampas a la ruleta»<sup>[505]</sup> en un club de Londres, un hecho perfectamente posible pero sin ninguna prueba que lo respaldara. Un tal J. Meiklejohn, antiguo detective de Scotland Yard, afirmaba haber cerrado un trato con «los custodios de este objeto<sup>[506]</sup>» e insistía en que «bajo ningún concepto se separarían de él por menos de mil quinientas [...], que estaban dispuestos a quemarlo, antes de entregarlo por menos». No es preciso decir que las negociaciones no llegaron a nada; más adelante, el corrupto Meiklejohn terminó en la cárcel por una serie de «trampas en las carreras de caballos»<sup>[507]</sup>.

En un nuevo intento de reavivar las negociaciones para el retorno del cuadro, Agnew, que daba por sentado que el retrato seguía en América, envió a Nueva York a un experto en arte, David P. Sellar, quien insertó varios anuncios en los periódicos con la esperanza de restablecer contacto con el ladrón. «Dispuestos a abrir negociaciones para la recuperación de la Noble Dama que desapareció de Old Bond Street misteriosamente en 1876. Indique L. C. P.»,<sup>[508]</sup> decía un anuncio del New York Herald (L. C. P. eran iniciales, como explicaría más tarde, de «libras, chelines y peniques»). Un servicial marchante de arte sugirió que el mensaje era demasiado críptico y Sellar probó un enfoque más directo:

«"Nueva York" [...]. Si el actual propietario del celebrado cuadro de Gainsborough, Retrato de la duquesa de Devonshire, que fue sustraído de Old Bond



Street en 1876, señala L. C. P. y envía el mensaje a la oficina del Herald en la parte alta de Manhattan, podrían realizarse las negociaciones para su devolución»<sup>[509]</sup>. Si a Worth le pasaron por alto estos dos anuncios, cosa improbable, difícilmente pudo sucederle lo mismo con los artículos sobre la visita «secreta» del señor Sellar, que no tardaron en aparecer en la prensa. «Como es lógico, el señor Sellar se reserva cuáles son sus instrucciones precisas, qué precio está dispuesto a pagar y qué progresos está haciendo en la recuperación del cuadro [...]. Tiene fundadas esperanzas en que la todopoderosa influencia del dinero asegure el éxito de la visita»<sup>[510]</sup>.

Pero no fue así, pues Worth no se dejó engatusar. No tenía la menor intención de desprenderse de su Noble Dama. Con cada nueva falsa alarma, fielmente comunicada por sus espías en Scotland Yard, y con cada nuevo intento por parte de las autoridades para recuperarlo, crecía su afecto por el retrato y se redoblaba su determinación de conservarlo para su propio placer privado.

## 17 UN HOMBRE DE GUANTES DE SEDA

La década de 1880 a 1890 fue de consolidación y de prosperidad para Worth. Adquirió un aire solemne y su bigote evolucionó hacia formas cada vez más exuberantes y recargadas, pues se había convertido en lo que Pinkerton llamaba «un hombre de guantes de seda», un bribón caballero y hombre de mundo que se daba una vida muelle con su botín y que ya no tenía nada que ver con los vagabundos y pillos callejeros que un día fueran sus compinches. Ned Wynert, que se había convertido en su brazo derecho, se ocupaba de los asuntos delictivos cotidianos desde Hatton Garden mientras Worth disfrutaba de su yate y de sus caballos, viajaba cuando le venía en gana, se dedicaba al juego y recibía a sus amigos, algunos de ellos delincuentes, pero muchos también de intachable respetabilidad. A su creciente cuadra de purasangres había añadido «una pareja de los mejores caballos del país, que adquirió en una subasta pública tras pujar por ellos en competencia con el difunto lord Rothschild y con el barón Hirsch»,<sup>[511]</sup> recordaba Harold Lloyd, uno de los muchos abogados que Worth tenía en nómina. Además, «escondido en el New Forest, tenía un coto de caza de unas diez hectáreas con un bonito pabellón de caza en el que ofrecía grandes recepciones». El dinero entraba a raudales y salía con la misma facilidad, pero «ni siquiera sus fuertes pérdidas en Montecarlo podían afectar gravemente a una fortuna que aumentaba constantemente gracias a actividades ilegales de todo tipo»<sup>[512]</sup>. Como una prueba más de su posición social, adquirió «una magnífica casa en el malecón de Brighton, donde derrochaba en fiestas»<sup>[513]</sup>.

Worth había dejado atrás la mera respetabilidad burguesa y llevaba ahora la vida de un miembro de la aristocracia inglesa de pleno derecho. Si la moral victoriana hacía hincapié en el trabajo esforzado, en la seriedad, en la responsabilidad y en los valores familiares cristianos, una parte de la élite se distinguía en cambio por no trabajar en absoluto y por llevar una vida de ilimitado desenfreno. Los Victorianos hablaban de deberes y moralidad, un marco mental del que la propia reina Victoria quizá fuera el mejor ejemplo, pero lo que caracterizaba de verdad a los miembros más destacados de la clase dirigente era su absoluta dedicación al placer. El hijo de la reina, el futuro Eduardo VII, era el exponente más visible de este agitado estilo de vida, del que Worth participaba ahora plenamente, como si estuviera acostumbrado a él desde la cuna. El príncipe de Gales y su «corte de Marlborough House» —no muy diferente en sus costumbres y personalidades de la que el siglo anterior rodeaba a la duquesa Georgiana en Devonshire House— elevaba el derroche y la diversión extravagante a la categoría de ocupación casi exclusiva: cacerías, recepciones, fiestas en embarcaciones, viajes a París y a los balnearios alemanes, juego, veladas en la ópera o, más a menudo, el *music-hall* y las partidas de cartas avanzada la noche, regadas con champán. Aunque la cuna y el nombre eran pasaportes útiles a este mundo exclusivo, los únicos criterios esenciales para pertenecer a él eran poseer una

enorme riqueza y una firme determinación de gastarla en diversiones. Un historiador ha anotado que «como primer caballero del país, los gustos y las costumbres de Eduardo, incluida su debilidad por los nuevos ricos, marcaba el tono en los círculos aristocráticos»<sup>[514]</sup>. Las riquezas de Worth difícilmente podrían haber sido más nuevas, mientras que su gusto por el lujo era evidente hasta para el observador menos interesado, y se deslizaba a través de las barreras de clases con consumada facilidad, disimulado totalmente tras el producto de sus robos. El círculo de quienes podían permitirse semejantes placeres era necesariamente pequeño y, aunque es probable que el futuro rey y el monarca de los bajos fondos coincidiesen, no existe ninguna constatación de que así fuera, o de que se conocieran. Pero de lo que no hay duda es que el nombre de más noble cuna habría encontrado un alma gemela en el de más baja estofa.

En noviembre de 1881, poco después de deshacerse de los últimos diamantes del golpe sudafricano, Worth asaltó la oficina de correos de Hatton Garden y obtuvo otro botín en gemas. «Hacia las cinco de la tarde del 16 de noviembre, dos bolsas de correo certificado que contenían diamantes consignados a diversos comerciantes de Ámsterdam y de otras ciudades del continente quedaron selladas y colgadas de sendos garfios de hierro tras el mostrador de la oficina de Correos en cuestión, dispuestas para su envío»<sup>[515]</sup>. Mientras Worth, bajo un disfraz, se acercaba al mostrador, un cómplice —tal vez Wynert— se deslizó «por los peldaños que conducían al sótano y cerró el paso del gas»<sup>[516]</sup>. «La oficina quedó sumida en una absoluta oscuridad pues a aquellas alturas del año ya había caído la noche, y por otra parte la niebla del exterior era tan densa que casi podía cortarse con un cuchillo»<sup>[517]</sup>. Cuando volvió la luz, ya era demasiado tarde, pues «tan pronto como faltó la luz, Worth saltó con agilidad por encima del mostrador, cogió las bolsas, se colgó una de cada hombro, abandonó el local y escapó en un carruaje de cuatro ruedas que lo aguardaba»<sup>[518]</sup>. Los diamantes sin tallar, que fueron divididos y montados enseguida para evitar que les siguieran el rastro, fueron vendidos en Wynert & Co., a unos metros de la escena del delito, por un total calculado en treinta mil libras. El público en general no tardó en descubrir, indirectamente, que el salto de Worth para realizar el robo también «tuvo como efecto la decisión de las autoridades del departamento postal de instalar en casi todas las oficinas de Correos la reja de protección de los mostradores que todos conocemos ya y cuyos inconvenientes hemos padecido en alguna ocasión»<sup>[519]</sup>.

En tan especiales ocasiones, Worth estaba dispuesto a participar personalmente en la acción, pero era más habitual que se limitara a ejercer de financiador, coordinador y principal beneficiario de sus planes, y que dejara en manos de otros las estafas, robos y atracos que llenaban su cuenta bancaria e hinchaban su ego. «Durante tres años saqué un promedio de sesenta y tres mil libras anuales»,<sup>[520]</sup> se jactó más tarde ante un conocido de ese provechoso período. Eddie Guerin, el inglés carne de

presidio, recién salido de las colonias penales francesas, visitó a Worth en Londres, en 1887, el año del jubileo de la reina, y se quedó asombrado al encontrar a su viejo amigo y camarada de pequeños golpes transformado en un opulento representante de la clase británica más elevada. «Si a algún hombre en el mundo puede señalarse como excepción a la regla de que ningún ladrón hace dinero jamás, ése es Adam Worth», reflexionaría Guerin más adelante. «Era propietario de una lujosa vivienda en Piccadilly y recibía a algunas de las personas más reputadas de Londres, que nunca supieron nada de él, salvo su ficticia condición de hombre rico de espíritu bohemio»<sup>[521]</sup>.

Sir Robert Anderson, jefe de Investigación Criminal de Scotland Yard, llegó a la acertada conclusión de que la profesionalidad de Worth en la actividad delictiva reflejaba, bajo la leve pátina de respetabilidad, un profundo desprecio hacia el poder establecido: «Le complacía [...] enfrentar su astucia y su habilidad con los recursos de la sociedad organizada, y en algunos casos sin importarle demasiado el beneficio pecuniario real que pudiera obtener»<sup>[522]</sup>. Incluso Shinburn, en un infrecuente arrebato de admiración, reconoció que «a Raymond le gustaba su trabajo por la satisfacción que le producía; y aunque vivía con lujo y opulencia, aplicaba todas sus energías en organizar golpes y estafas»<sup>[523]</sup>.

El robo de bancos continuó siendo su principal fuente de ingresos, y Worth no se recataba en jactarse de que no existía banco en el que no pudiera introducirse, ni se había inventado caja fuerte que no pudiera reventar. «De año en año, los fabricantes de cajas fuertes las producían más sólidas y mejores, que proclamaban a prueba de ladrones», apuntaba Max Shinburn con ironía. «A renglón seguido, los ladrones inventaban instrumentos con los que demostrar que no lo eran [...]. Los banqueros de la época competían entre sí por instalar sistemas a prueba de ladrones en sus oficinas, y los enseñaban con orgullo a sus clientes... o a cualquier malhechor que pasara»<sup>[524]</sup>. Con el pretexto de que quería colocar bienes de valor bajo la protección de la última tecnología, Worth obtenía con disimulo informaciones sobre los inventos más recientes y las trasmitía entonces a sus secuaces, de modo que «el ladrón mantenía el mismo progreso tecnológico que el fabricante y era capaz de reventar cualquier caja fuerte que el segundo produjera»<sup>[525]</sup>.

Resulta fácil imaginar a Worth en el centro de su red de delincuentes, «uno de los malhechores más astutos del mundo entero»,<sup>[526]</sup> en palabras de un contemporáneo. Rico, cauto y satisfecho, envía a sus subordinados a robar para él y se sienta en un sillón de piel a calcular sus beneficios, con su famoso cuadro robado, su icono de impostura, siempre al alcance de su mano. El retrato viajó siempre con él a todas partes, en sus idas y venidas a través del Atlántico, y aunque la policía de Londres intentó seguir el rastro de sus movimientos, a menudo desaparecía por completo durante largas temporadas. Oscar Wilde comentó una vez que «cuando alguien desaparece, siempre llega noticia de que alguien lo ha visto en San Francisco»<sup>[527]</sup>.

Como era de esperar, el jefe de policía de dicha ciudad informó en 1886 de que Worth había organizado «una banda de experimentados malhechores»<sup>[528]</sup> que se dirigía a la Costa Oeste para llevar a cabo una nueva campaña delictiva. Conociendo el rechazo de Worth a tolerar cualquier clase de traición, resulta evidente que en aquel momento aún no conocía la perfidia de Little Joe Elliott, que había salido en libertad el año anterior. Elliott volvió a unirse a él en compañía de Dave Lynch y Dick Bradley, un par de ladrones experimentados que se habían labrado un nombre en el pasado, y de un tal Charlie Gleason, un expresidiario australiano, ya maduro. La banda tuvo una cita en el *pub* Molholland de Nueva York antes de dirigirse al Oeste. El 9 de enero, el grupo de «expertos del Este» voló la caja de un banco de Sacramento y obtuvo unos cuatro mil dólares. «Fue un trabajo limpio, en el que los autores no dejaron rastros que permitieran acusar a nadie»,<sup>[529]</sup> se lamentó ante William Pinkerton el capitán I. W. Lees, del departamento de Policía de San Francisco. «Al parecer, Raymond fue el financiador y quien compró los billetes de regreso al Este para los cinco. En ocasiones, Joe [Elliott] también enseñó una considerable cantidad de dinero».

Tras dividir el botín, la banda se disgregó: Little Joe se dirigió a Oakland para visitar a los padres de Kate Castleton, por quien seguía completamente loco, con la esperanza de una reconciliación con su antigua esposa. «Sigue enamorado de Kate Castleton hasta los huesos —anotó un contemporáneo—. Kate no lo quiere ni ver, pero Joe dice que al final cederá»<sup>[530]</sup>. Así fue, Kate y Little Joe volvieron a casarse pero se pelearon de nuevo, porque «los celos de Joe se hicieron más terribles que nunca»,<sup>[531]</sup> lo cual condujo a varios incidentes embarazosos, entre ellos uno en que «Joe se pegó con uno de los admiradores de su esposa, un hombre que lo triplicaba en tamaño»<sup>[532]</sup>. Por último rompieron de una vez por todas, y Joe se volvió «absolutamente temerario». En 1889 fue detenido en otra falsificación y sentenciado a quince años. Como señaló un filósofo del mundo del delito acerca del excéntrico romance entre el malhechor y la actriz, «sin duda fue una ironía del destino que el mismo día en que él llegaba a la prisión de Auburn para empezar a cumplir la sentencia, su bella esposa estrenara una obra en el teatro local. La noticia le rompió por completo el corazón a Little Joe, que no volvió a salir de la cárcel con vida»<sup>[533]</sup>.

Desde San Francisco, tras una tensa y peligrosa «disputa con el mozo de equipajes»,<sup>[534]</sup> que intentó sin éxito obligar a Worth a abrir el baúl que contenía a la duquesa, Worth regresó al Este y atravesó de nuevo el océano. Pero esta vez no regresó directamente a Londres sino que desembarcó en Ostende, donde según lo acordado con anterioridad se reunió con un grupo de sus hombres, entre los que se contaban Gleason y el viejo John Carr. Dos semanas después la banda dio otro golpe, esta vez al tranvía de tracción animal que transportaba joyas y dinero de Bruselas a Ostende. Cuando el vehículo hizo una breve parada en un apartadero, la banda de Worth «hizo saltar la cerradura del vehículo, irrumpió en el furgón correo y se llevó los bienes que transportaba, cuyo valor ascendía a unos dos millones de francos»<sup>[535]</sup>.

La policía belga reaccionó con sorprendente rapidez y Worth, entre asombrado y enfurecido, se vio entre las decenas de posibles sospechosos detenidos para ser interrogados. Una vez más, su reacción fue la bravata: ¿por qué habría de molestarse en participar en un delito semejante cuando, como rico caballero londinense, estaba ganando una fortuna en las mesas de juego?, preguntó a los interrogadores. Como prueba de ello, presentó recibos de sus últimas ganancias. La policía, un poco a regañadientes pero convencida de la solvencia de Worth, le permitió marcharse en el siguiente barco a Inglaterra... donde ya lo esperaba el dinero robado.

Ese mismo año Kitty, que estaba embarazada, suspendió brevemente su sucesión de litigios en Nueva York y regresó también a Europa para establecerse con Juan Pedro en París, su antiguo territorio. Los seis años de matrimonio habían transcurrido felices y llenos de desenfreno, salpicados de costosos viajes al extranjero, cuyo único propósito era la exhibición de opulencia y el gasto desmedido. Worth nada podía enseñarle a Kitty, ni al mismísimo príncipe de Gales, sobre los placeres de la extravagancia. Poco después de ocupar un amplio apartamento en el centro de París, los Terry recibieron la noticia de la muerte del viejo Thomaso Terry. El aventurero cubano-venezolano, convertido en magnate cubano-norteamericano, había sucumbido finalmente a la gota, dejando unas propiedades valoradas en cincuenta millones de dólares. Con su parte de la herencia que añadir a su fortuna ya considerable, Juan Pedro valía ahora unos seis millones. Por desgracia no vivió lo suficiente como para gastar más parte de ella ni para disfrutar de su hijo, pues el 17 de octubre de 1886 el jovial Juan Pedro Terry, que había amado a Kitty por su personalidad animada y festiva y por su lengua aguda, murió de pronto e inexplicablemente mientras estaba de viaje en Mentón. Como es lógico, el hecho trastornó a Kitty, que enviudaba embarazada de siete meses y que de pronto quedaba convertida en legítima propietaria de una inmensa fortuna. En su testamento, Juan Pedro dejaba a Kitty una quinta parte de sus propiedades, mientras que el resto tenía que invertirse en títulos, a poder ser bonos del gobierno estadounidense, de cuyos rendimientos sería usufructuaria hasta la mayoría de edad de su hijo aún no nacido, a quien pasaría la herencia en ese momento. Dos meses después de la muerte de Juan Pedro nació en París su hija póstuma, Juanita Teresa. Tan pronto como la pequeña estuvo en condiciones de viajar, Kitty recogió su dinero y regresó a Nueva York con la manifiesta intención de gastarlo. Worth tuvo noticia sin duda de la aflicción y del golpe de suerte que le había sobrevenido, pues aún seguía sus andanzas en todo instante, pero con una fortuna propia, una hija recién nacida y los cortejadores haciendo cola a puñados, sin duda debió darse cuenta de que, ahora, Kitty estaba más lejos que nunca de su alcance.

Es una verdad incuestionable que un delincuente de éxito en posesión de una gran fortuna necesita una esposa. Worth había empezado a cansarse de la vida de soltero y ansiaba la respetabilidad que proporcionaba un sólido matrimonio victoriano. Una de las beneficiarias de la celebrada generosidad de Worth era cierta «viuda que vivía en

Bayswater con sus dos hijas»,<sup>[536]</sup> una mujer pobre pero decorosa en cuya casa se había alojado brevemente. «Con el tiempo, Worth se sintió muy unido a esta mujer y a sus hijas y les proporcionó todos los lujos, incluida la educación de las niñas en escuelas francesas. Durante años, la familia no tuvo ninguna sospecha de que su benefactor era un delincuente, pues lo suponía un próspero importador de diamantes»,<sup>[537]</sup> lo cual en cierto modo era cierto.

Cuando la hija mayor completó su educación, Worth pidió su mano y recibió el sí casi de inmediato. Sophie Lyons, que era empleada por Worth en ocasiones para llevar a cabo pequeños hurtos y otros trabajos parecidos, no tenía muy buena opinión de la elegida: «Era una mujer hermosa pero tenía una personalidad débil y dependiente [...] muy distinta de la enérgica y terca Kitty. Aunque siempre la quiso con delirio, la actitud de Raymond hacia ella fue en todo momento más la de un padre devoto que la de un amante esposo»<sup>[538]</sup>. Lyons, que también estaba enamorada de Worth, como resulta evidente en muchas ocasiones, mantenía la firme creencia de que la única mujer a la que Worth quiso de verdad fue Kitty Flynn. Probablemente tenía razón. Worth mostraba claramente afecto y espíritu protector hacia su joven y débil esposa y decidió que la muchacha no debía conocer nunca su auténtico carácter. Pero tras la pérdida de Kitty y la adquisición de Georgiana, Worth parecía haber perdido la capacidad para establecer vínculos emocionales intensos, y sobre todo para sentir auténtico amor. Rara vez se refería a su esposa, incluso en los momentos en que más abría su corazón. Con Pinkerton se refería a ella en términos de pupilaje más que de matrimonio, como «una de las niñas que vivían en una casa donde me alojé la primera vez que llegué a Londres»<sup>[539]</sup>. De hecho, la mayoría de los detalles que se refieren a la señora de Henry Raymond, incluido el nombre, permanecen en el misterio. No obstante, con el tiempo, desconocedora totalmente de la deshonestidad de su marido, la mujer dio dos hijos a Worth, un niño y una niña, en 1888 y 1891. Nunca sintió por ella una gran pasión, como la que había experimentado por Kitty, aunque según todos los testimonios «estaba devotamente unido a su mujer y derrochaba mucho dinero en ella»<sup>[540]</sup>. Worth aún creía que el dinero puede satisfacer todos los deseos, y el matrimonio era otra expresión manifiesta de estas prioridades extrañas y fraudulentas: incluso con su esposa mantenía una máscara impenetrable de respetabilidad, convencido que de este modo se comportaba de manera moral y la protegía de riesgos. Cuando ella descubrió finalmente la verdad, los efectos tomaron un inevitable cariz trágico. Worth dejó su apartamento de soltero en Piccadilly y empezó a vivir de forma permanente en el West Lodge, en Clapham Common, un hogar más adecuado para un hombre rico con familia, «que se alzaba en una amplia propiedad y que hacía ostentación de una numerosa aunque extraña compañía de invitados y de un nutrido séquito de sirvientes. Cada uno de ellos era un secuaz de valía contrastada y nadie que no lo fuera podía poner jamás un pie en la finca»<sup>[541]</sup>.

Al parecer, el matrimonio modificó de modo sutil la actitud de Worth hacia su cuadro. Hasta entonces siempre había conservado el retrato a su alcance; en Londres,

a veces lo escondía «bajo el techo de un cenador situado en su propiedad de Clapham»;<sup>[542]</sup> cuando viajaba, lo acompañaba en el baúl de doble fondo, y cuando se desplazaba al extranjero lo llevaba a bordo del Trébol, «entre los cuadernos de bitácora»<sup>[543]</sup>. En ningún momento le pasó por la cabeza la idea de entregar el Gainsborough, pero era evidente que le incomodaba tenerlo en el hogar conyugal, y a finales de 1886 emprendió viaje con la duquesa en el baúl para encontrarle un nuevo y seguro acomodo en Norteamérica. Parece improbable que la señora Raymond llegara a ver alguna vez el peculiar objeto robado por su marido.

Worth llevó consigo «los beneficios del gran robo del tranvía de Ostende»<sup>[544]</sup> y, bajo la personalidad de un intermediario de valores londinense y viajando en el estilo más ostentoso posible, tomó el barco de la Alien Line rumbo a Canadá con el cuadro de la duquesa, una reserva secreta de diamantes y más dinero en metálico guardados en el fondo del baúl. El viaje estuvo a punto de tener un final desastroso pues, sin que Worth lo supiera, se hallaba también a bordo un ladrón sueco llamado Adolph Sprungley. En pleno Atlántico, Sprungley empezó a irrumpir en los camarotes y a despojarlos de los objetos de valor mientras los viajeros estaban cenando. Los robos causaron consternación general a bordo y Worth, que no quería que Sprungley —ni las autoridades canadienses, por supuesto— descubriera lo que había en el fondo del baúl, decidió desembarcar en Rimouski y hacer el resto del viaje hasta Montreal en tren. No obstante, la policía había examinado con detalle el rol del barco en busca de pasajeros que hubieran efectuado un cambio de planes repentino y estaba esperando a Worth a la llegada del tren. Cuando distinguió a la Policía Montada, en el momento en que el convoy entraba en la estación, Worth reaccionó rápidamente y desmontó uno de los tabloncillos del vagón de tren. Cuando éste se detuvo, había conseguido ocultar en el hueco la mayor parte de los diamantes y de los billetes, pero no todos. Entre vehementes protestas, el señor Raymond fue conducido del andén a una sala de espera. Sorprendentemente, la policía canadiense no consiguió dar con el cuadro, pero sí encontró las escasas piedras que aún llevaba en el bolsillo; de inmediato lo detuvo como autor de los robos a bordo del vapor y se incautó de los diamantes.

Worth explicó más tarde que «armó un gran revuelo, pidió un abogado y telegrafió a una firma de procuradores de Londres para pedir referencias»<sup>[545]</sup>. Finalmente, de mala gana, la policía francocanadiense lo dejó libre, no porque la hubiera dejado «temblando de miedo»<sup>[546]</sup> —como se ufana luego— sino porque los diamantes de Worth no coincidían con ninguno de la lista de objetos robados del barco. Las gemas fueron confiscadas, y Worth pagó con gusto una multa por no haberlas declarado. Satisfecho de haber conseguido la libertad a tan bajo coste y más generoso que nunca, Worth incluso regaló un pequeño anillo de diamantes al detective de la agencia Pinkerton, George Skeffington, que lo había interrogado en la prisión canadiense sin llegar a reconocerlo. «Le habría dado mucho más, pero tuvo miedo de descubrirse como delincuente si se excedía»<sup>[547]</sup>, explicaría más tarde.

La policía se disculpó a regañadientes por detener al señor Raymond, que esta vez



se mostró indulgente, pero le advirtió con firmeza que abandonara el país de inmediato. Sin embargo, Worth no estaba dispuesto a dirigirse al sur sin el resto de sus posesiones. Según los Pinkerton, «después de ser liberado, Worth consiguió seguir el rastro del vagón en el que tenía el resto de las joyas; había anotado el número de matrícula y, cuando lo encontró aparcado en una vía muerta donde pasaría la noche, entró y recuperó los diamantes, que más tarde introduciría sin más sobresaltos en Estados Unidos»<sup>[548]</sup>. El embrollo le había costado «varios miles de dólares»<sup>[549]</sup> en diamantes, un precio pequeño por recuperar la libertad. Tiempo después de ufanaría: «Con sólo unos cuantos miles, conseguí salvar el capital principal»<sup>[550]</sup>.

A salvo en Nueva York, Worth envolvió el cuadro en telas y lo guardó con el baúl Saratoga en un almacén de Brooklyn, no lejos de donde su hermano John se había casado y establecido con su familia. A estas alturas, llevaba el retrato profundamente arraigado en su mente y en su personalidad; ya no necesitaba verlo cada día sino sólo saber que era suyo. Durante los seis años siguientes regresó a Estados Unidos en varias ocasiones, y cada vez que la hacía sacaba su Noble Dama y la contemplaba de nuevo antes de devolverla al doble fondo del baúl y trasladarla a otro guardamuebles. De este modo, la duquesa de Gainsborough pasó de Brooklyn a Manhattan, y nuevamente a Brooklyn, para terminar en un almacén de Boston donde permanecería una década sin que nadie lo supiera.

En Londres una vez más, Worth estaba en uno de sus momentos más brillantes: rico, respetable hombre de familia y cada vez más poderoso. Nunca tuvo la menor duda de que era el ladrón más capaz de cuantos existían, y de vez en cuando llevaba a cabo en persona algún robo para mantenerse en forma y demostrar su destreza, aunque sólo fuera a sí mismo. Al fin y al cabo, al único crítico que valoraba era a sí mismo. «En una ocasión salió de un banco de Londres con gemas por valor de treinta y cinco mil libras pertenecientes a una conocida actriz, de las que se adueñó por el sencillo procedimiento de presentar una orden falsificada para su entrega»,<sup>[551]</sup> pero era más frecuente que delegara el trabajo en otros, y eran muchos los que esperaban con impaciencia la posibilidad de participar en sus bien trazados proyectos. Alcanzó tal consideración entre sus colegas delincuentes que incluso lo llamaron como componedor cuando surgieron diferencias entre ellos, como sucedió en la famosa rivalidad entre Eddie Guerin y Sophie Lyons. Guerin sentía una creciente y virulenta aversión por Lyons, de quien sospechaba que lo había vendido a la policía francesa, lo cual había conducido directamente a su encarcelamiento en la isla del Diablo. «Sophie Lyons era una alcahueta —declaró Guerin tiempo después—. Se alimentaba de ladrones, les chupaba la sangre y luego vendía su libertad a la policía»<sup>[552]</sup>. Worth se empeñó en reconciliar a sus dos antiguos amigos. Según contaba Guerin, «un día paseaba por Oxford Street en compañía de Harry Raymond [cuando] nos tropezamos ni más ni menos que con el tipo con el que Sophie Lyons se había casado hacía poquísimo, y que no era otro que mi viejo amigo Billy Burke»,<sup>[553]</sup> un individuo al

que William Pinkerton consideraba un «notorio ladrón de bancos norteamericano»<sup>[554]</sup>.

«Fuimos a tomar una copa juntos y entonces Harry, siempre tan buen tipo, nos dijo: "Bueno, no quiero que empecéis a pelearos. Daos la mano y sed buenos chicos. Esta noche cenaremos juntos y veremos si podemos hacer algún negocio"». Worth también pensaba invitar a Sophie, «pensando sin duda que sería un buen momento para que hiciéramos las paces»<sup>[555]</sup>. Guerin, todavía furioso con lo que entendía como una traición de Lyons, no se presentó a la cita y comentó que la cena «habría terminado como un auténtico velatorio irlandés si hubiese encontrado allí a Sophie»<sup>[556]</sup>. Cuando Billy Burke encontró a Guerin unos años más tarde y preguntó por qué no había aparecido en la cena de conciliación de Worth, la respuesta de Guerin fue directa y precisa: «No le respondí nada; me limité a sacudirlo»<sup>[557]</sup>. Pese a sus modales civilizados y a su oposición a la violencia, Worth se movía en un mundo de hombres endurecidos entre los cuales, pese a todos sus escrúpulos, él era el más duro, aunque fuese el menos belicoso.

Mediador —en este caso, infructuoso—, proporcionador de empleos y receptor de objetos robados, Worth se había convertido en la década de 1880 en una especie de *pater familias* del hampa que ofrecía consejo y encargaba delitos. «Los ladrones acudían a él en busca de ayuda —según otro relato de la época—. ¿Había que sobornar a un funcionario de un banco o había que hacer una llave maestra? Adam Worth resolvía ambos problemas. ¿Algún trabajo requería los servicios de un ladrón o falsificador experto en particular? Adam Worth tenía un amplio sentido de ambos. Sabía encontrar al hombre adecuado para cada acción, y a cambio de sus servicios recibía un sustancioso porcentaje de los beneficios»<sup>[558]</sup>. Pero su fama se extendía también con rapidez más allá de la comunidad del hampa.

En 1888, el famoso y corrupto comisionado de la Policía de Nueva York, Thomas Byrnes, hombre por el que Worth sentía tan poco respeto como por John Shore, publicó un artículo en el *New York World* en el que mencionaba a Adam Worth como «el más famoso de todos los delincuentes» y lo ilustraba con una imagen de un tipo de aspecto siniestro con chistera: «Adam Worth —escribió Byrnes—, el más destacado de los delincuentes norteamericanos en el extranjero, reside en Londres. Es un fugitivo de la justicia de Estados Unidos que estuvo relacionado con el robo del banco Boylston, de Boston. El robo se produjo hace unos dieciocho años, pero la orden de detención contra Worth por este robo todavía sigue en vigor, y es esta orden lo que lo mantiene fuera de Estados Unidos. Participó en el delito con Marsh y Bullard, se marchó a Londres y, con el dinero conseguido en el banco Boylston, adquirió allí una residencia donde hoy vive con gran lujo. Worth es propietario de un magnífico yate a vapor y cada año recibe a sus amistades a bordo, efectuando cruceros por todo el Mediterráneo. En la actualidad no realiza los robos en persona sino que busca trabajos para casi todos los ladrones americanos de cierta valía que cruzan el charco, y quienes emigran de aquí sin haber tenido antes relación con él se

aseguran de llevar una carta de presentación. El trabajo que planifica suele llevarse a cabo en el continente, pues teme a la policía inglesa y no se atreve a actuar en Londres, donde prefiere pasar por un residente más de la ciudad. Recibe un porcentaje de todos los robos que proyecta y también tiene una opción sobre los objetos, ya que es un perista consumado, además de cerebro de los golpes»<sup>[559]</sup>.

Byrnes sabía tan bien como Scotland Yard que el fugitivo Adam Worth y el próspero Henry Raymond, de Clapham Common, eran la misma persona. El artículo tenía como objetivo servir de tiro de advertencia ante los pies de Worth, una amenaza implícita para demostrar que la policía de ambos lados del Atlántico estaba tras sus pasos. Sin embargo, lo que realmente demostraba era la absoluta incapacidad de las autoridades para acusarlo formalmente. Los expedientes sobre Worth eran abultados, pero la policía seguía sin poder cogerlo. En lugar de provocar su pánico, como se proponía el artículo, Worth se mostró encantado con el retrato de su vida suntuosa, y en lugar de sentirse acobardado se volvió aún más engreído. De hecho, para demostrar lo poco que temía a la policía inglesa, previno a Charlie Gleason, el australiano, cuando sus espías en Scotland Yard le informaron de que el viejo compinche corría peligro inminente de ser detenido. Gleason, muy sensato, huyó al continente, y Worth se aseguró de que Shore supiera quién estaba tras el soplo. Como señaló Pinkerton, la enemistad entre Shore y su gran enemigo se acercaba al punto álgido<sup>[560]</sup>.

Una anécdota que contaba *sir* Robert Anderson, de Scotland Yard, ilustra uno de los muchos métodos que utilizaba Worth para procurarse coartadas para cada ocasión. Según explicaba *sir* Robert, «un amigo mío con una larga experiencia como médico en uno de los barrios residenciales de Londres me habló en una ocasión de un extraordinario paciente suyo. El hombre vivía en el lujo más suntuoso, pero era hipocondríaco en extremo. De vez en cuando, una llamada urgente llevaba al médico a la casa, donde encontraba al paciente en cama. Mi doctor era incapaz de diagnosticarle enfermedad alguna, pese a lo cual el hombre insistía siempre en que le extendiera una receta, que rápidamente se despachaba al farmacéutico [...]. Yo habría podido saciar la curiosidad de mi amigo, el médico, con la explicación de que este paciente excéntrico era un príncipe entre los malhechores. Raymond sabía que sus movimientos eran observados muy de cerca por la policía, y cuando tenía razones para pensar que alguien lo había visto en compañía peligrosa, corría a casa y se fingía enfermo. La receta del doctor, confirmada en los libros del farmacéutico, demostraría que estaba enfermo en cama hasta después de la hora en que la policía creía haberlo visto a kilómetros de distancia»<sup>[561]</sup>.

Shore, fuera de sí, incrementó la vigilancia sobre la mansión de Worth en Clapham Common. En una carta a William Pinkerton, el detective inglés señalaba que Worth había reclutado a un hombre llamado Sunter, «al cual conozco desde hace algunos años como experto fabricante de instrumentos para ladrones»<sup>[562]</sup>. El maestro de ladrones y sus acólitos «han instalado en la propiedad un yunque, una forja y todo

lo necesario para confeccionar cualquier herramienta que puedan necesitar. La policía tiene la casa bajo observación permanente; de hecho hay apostado ante ella en todo momento un agente de uniforme»,<sup>[563]</sup> informó Shore entre un rechinar de dientes.

El 22 de mayo de 1888, finalmente, el detective perdió la paciencia y la policía llevó a cabo una redada. En el sótano de la casa apareció el taller, con las máquinas y un juego completo de herramientas para un ladrón de pisos. Shore esperaba encontrar pruebas materiales más concluyentes, el Gainsborough u otros objetos robados, papel para falsificar billetes o, por lo menos, al propio Worth en plena confabulación con un puñado de conocidos delincuentes... pero la casa estaba desierta. Worth, a quien una vez más había rendido dividendos su inversión en sobornos, había sido advertido por sus espías en la policía y, tras enviar a su esposa embarazada a casa de su madre, había tomado precipitadamente unas cortas vacaciones. A su regreso se encontró con que Shore, por mero despecho, había confiscado todo su instrumental de trabajo, aunque las herramientas no significaran ninguna prueba concluyente ante un tribunal. En un acto de suprema desfachatez, Worth se querelló contra Shore por allanamiento de «su despacho» y exigió la devolución de sus valiosos útiles. Como es lógico la demanda fue desestimada, pero Worth se sintió satisfecho con el mero hecho de haber forzado a Shore a presentarse ante el tribunal.

El inspector quizá no fuese el policía más brillante —incluso Pinkerton lo consideraba tonto—, pero en cambio era terco y persistente. Su último encuentro con Worth había terminado en tablas, pero Shore continuaba esperando y vigilando, en el firme convencimiento de que Worth, cuya temeridad aumentaba día a día, cometería finalmente algún error. Y por una vez acertó.

## 18 PISADAS DESCALZAS

«Adam Worth está inquieto ante la mala suerte que persigue a tantos de sus clientes norteamericanos»,<sup>[564]</sup> escribió Shore a Pinkerton el 4 de agosto de 1888.

Worth había conseguido escapar de las manos de la ley, pero no podía decirse lo mismo de la mayoría de sus colegas, en gran medida gracias a la labor de William y Robert Pinkerton, que casi habían acaparado el mercado de la prevención de robos a bancos. El número de instituciones bancarias en Estados Unidos experimentaba un rápido incremento —de 754 en 1883 a 3579 en 1893— y la nitroglicerina había facilitado el trabajo de reventar sus cajas fuertes pero las autoridades, con el competente respaldo de los Pinkerton y la mejora en el diseño de las cajas, empezaban a mostrar una mayor eficacia en la protección de sus propiedades. Según comentario de Max Shinburn, «entre los fabricantes de cajas fuertes y los ladrones había una tremenda competencia por ver quién ganaba la última baza»<sup>[565]</sup>. Con el tiempo, los Pinkerton fundarían la Asociación Protectora de Banqueros Americanos, a través de la cual las entidades pagarían por contar con su protección especial. Era una inversión que merecía la pena pues Billy Pinkerton, conocido por los apodos de el Gran Hombre o el Ojo —una referencia al lema de Pinkerton, «El ojo que nunca duerme»—, se había convertido en una figura destacadísima entre los detectives, tan aplicados a defender la ley como lo era Worth a saltársela.

Según declaraba el desvalijador de pisos Josiah Flynt, «siempre que podían, los ladrones dejaban en paz el territorio del Gran Hombre. Si había dos bancos muy próximos y uno de ellos era miembro de la Asociación de Banqueros y el otro no, los atracadores escogían el segundo sin dudarlo, porque de la protección de los otros se encargaba el Gran Hombre»<sup>[566]</sup>. Eddie Guerin opinaba que «los Pinkerton hicieron más que todas las fuerzas de detectives del mundo juntas para desarticular las grandes bandas de ladrones de bancos»<sup>[567]</sup>.

El mundo delictivo se había hecho significativamente más pequeño e impredecible desde los tiempos de aprendizaje que Worth había pasado en Nueva York. En 1888, un comentarista apuntó que «el gobierno canadiense confía por completo en la agencia y existe una correspondencia constante entre Robert A. Pinkerton, en la oficina de Nueva York, y las autoridades policiales de Londres, París, Berlín y otras grandes ciudades europeas»<sup>[568]</sup>. Los «retratos de malhechores» en los que se describía a éstos eran comunes en las comisarías de Europa y de Estados Unidos, la información fluía de un país a otro con creciente facilidad, y el libro *Crimináis of America* del inspector Byrnes —una obra de gran venta, llena de adulaciones del autor hacia sí mismo— había hecho muy incómoda la existencia a muchos de los mencionados y descritos en sus páginas.

La invención del método Bertillion de identificación de delincuentes significaba otro hito en la lucha contra el crimen. En 1883, Alphonse Bertillion expuso que

ciertas partes del cuerpo humano no cambian de forma a lo largo de la vida adulta y no pueden disimularse ni con el disfraz más elaborado. El método Bertillion, que tuvo una amplia difusión en Europa, consistía en la detallada medición de una serie de características vitales de los delincuentes, que luego podían editarse y distribuirse para ayudar a identificarlos. El método Bertillion fue considerado ampliamente como una contribución crucial a la lucha contra el crimen hasta 1903, cuando esta «ciencia» sufrió un grave descrédito con el descubrimiento de que dos hombres encarcelados en Leavenworth no sólo se llamaban igual, William West, sino que tenían idénticas medidas de Bertillion. Para entonces, Scotland Yard ya había introducido el método de las huellas dactilares, y los Pinkerton y las autoridades policiales europeas no tardaron en seguir su iniciativa. Worth había decidido que Norteamérica, pese a ser un lugar magnífico para ir de visita y para esconder un gran cuadro inglés, ya no era un buen lugar para los asuntos que le interesaban. Como explicó más tarde a Pinkerton, «había estudiado el país y había observado la manera de trabajar de los bancos de allí, y le había parecido imposible»<sup>[569]</sup>.

Ante avances tecnológicos como el teléfono, que en palabras de Guerin «le pone a uno muy peliaguda la huida»,<sup>[570]</sup> y ante la creciente complejidad de las técnicas de lucha contra el delito, no sorprende mucho que las filas de la cofradía de ladrones de Worth se redujeran con rapidez. Hacia 1890, ladrones tan notables como Langdon Moore, Banjo Pete Emerson, George Bliss —que una vez consiguió más de dos millones de dólares del Ocean National Bank—, Joe Killoran y Western George Leslie, «el rey de los ladrones de bancos de Nueva York», estaban muertos o encarcelados. De su círculo íntimo, Ned Wynert, donjuán hasta el final, había sufrido el tradicional destino del adúltero y había muerto a tiros, sorprendido en flagrante delito por un marido furioso; Joe Chapman, autorizado por fin a abandonar la cárcel turca, andaba algo ido de la cabeza; Becker seguía oculto en el Medio Oeste, a la espera de tiempos mejores; el Capitán George se consumía en una cárcel parisina, y Joe Elliott y Cario Sesicovitch habían muerto entre rejas en Estados Unidos. Incluso el viejo Jack Phillips el Basuras estaba a la sombra, pues en 1886 había sido detenido en Quebec «por emisión de billetes falsos del banco de Escocia»,<sup>[571]</sup> y fue sentenciado a diez años de cárcel. La lista no resultaba nada estimulante.

Pero la inquietud de Worth ante el infortunio de sus clientes americanos tenía que ver, muy especialmente, con el triste destino del pobre y machacado Charley Bullard. La sociedad entre Piano Charley y Max Shinburn, que Worth había visto con malos ojos desde el principio, había resultado poco fructífera, en general, pese a ciertos éxitos en incursiones delictivas en Bélgica y Holanda. Bullard seguía apegado a la botella y Shinburn, decidido a recuperar su lujoso tren de vida, despilfarraba cuanto conseguían robar. «La necesidad imperiosa de especular lo convirtió en un apostador temerario de la Bolsa»,<sup>[572]</sup> y lo poco que le quedó al Barón tras tales maniobras lo perdió «en el juego y en la extorsión de un chantajista que amenazaba con revelar su identidad»<sup>[573]</sup>. Pinkerton se encontró con Shinburn en Bélgica en la década de 1880

y lo encontró «penosamente falto de recursos»<sup>[574]</sup>. Según un contemporáneo, «Max and Charlie [sic], después de haber conseguido fortunas en algunos de los robos más gigantescos cometidos en dos continentes, estaban arruinados»<sup>[575]</sup>.

El Barón esperaba un nuevo gran golpe para establecerse como igual de Worth y volver a la vida de lujos que anhelaba. Pero la «piedra de toque criminal» de Shinburn resultaría una catástrofe humillante y costosa, no sólo para él sino también para un Charley Bullard entregado a la bebida y ya irrecuperable. Muchos años después se apuntó que el propio Worth pudo tener alguna intervención en la decadencia del Barón. Según un testimonio sin comprobar, «se había cansado de mantener a sus viejos colegas y había decidido librarse de sus molestos parásitos»<sup>[576]</sup> incitándolos a cometer un golpe importante, para seguidamente traicionarlos. Aunque cabe la posibilidad de que conociera sus planes, ya que se mantenía en buenas relaciones con Bullard, no hay ninguna prueba de traición por parte de Worth. De hecho, su reacción a los acontecimientos que siguieron parece ser de absoluta perplejidad.

El objetivo seleccionado por el Barón era el banco Provincial de Verviers, en Bélgica, un establecimiento rural con una caja fuerte antigua que Shinburn confiaba en poder reventar sin dificultad. Piano Charley se dejó convencer fácilmente para actuar como cómplice, y Shinburn le prometió seis mil dólares si el golpe tenía éxito. Más tarde, el Barón reconocería que «esperaba conseguir unos cien mil para él»<sup>[577]</sup>. El banco estaba situado en una placita en el centro de la población, protegido por una gran verja de hierro forjado. La puerta de entrada era de roble, de un palmo de grosor como poco, y estaba asegurada con un cerrojo que la prensa belga calificaría más tarde de inmenso. Armados de revólveres, los dos hombres salieron una madrugada a reconocer el terreno. «Proyectaban robar el banco la noche siguiente —según el fiscal belga—, una vez hecha una inspección minuciosa del interior»<sup>[578]</sup>. Shinburn rompió el cerrojo de la verja exterior y luego se puso a trabajar en la puerta interior. Desatornilló la placa de la cerradura y guardó los cuatro tornillos en el bolsillo del chaleco. Una vez abierta también esta puerta, los ladrones se descalzaron y dejaron las botas en el escalón de la puerta para poder andar de puntillas por el banco sin dejar huellas. Por desgracia, mientras Shinburn y Bullard estudiaban la caja en el interior, pasó casualmente junto a la verja exterior un sereno que, al advertir que estaba entornada, levantó la linterna para ver más allá y distinguió claramente las botas de los ladrones donde las habían dejado. El sereno, al darse cuenta de lo que sucedía, cogió el calzado de los ladrones y fue a avisar a la policía. Momentos después, cuando hubieron visto todo lo que les interesaba, los ladrones salieron del edificio. Shinburn casi había terminado de atornillar la placa de la cerradura cuando Bullard reparó en que su calzado había desaparecido. Por su parte, Shinburn no conseguía dar con el cuarto tornillo a pesar de vaciarse los bolsillos frenéticamente. «Para ahorrar tiempo, en lugar de intentar buscar en la oscuridad, Shinburn cogió un poco de cera de una bola de este material que llevaba en el bolsillo y llenó el hueco

con la cera y luego aplicó la uña para darle el aspecto de la cabeza de un tornillo»<sup>[579]</sup>. En el preciso momento en que la policía belga llegaba en tropel, la pareja empezaba a huir en calcetines. El Barón «disparó con una pistola a uno de los gendarmes pero no acertó y fue reducido de inmediato»<sup>[580]</sup>. Bullard consiguió liberarse y echó a correr ágilmente hacia la oscuridad, disparando al aire con su pistola en un vano esfuerzo por asustar a sus perseguidores, pero antes de que llegara al final de la calle fue derribado al suelo y esposado.

Aunque parecía que los ladrones norteamericanos habían sido capturados con las manos en la masa, la policía belga estaba desconcertada. Tras el registro de los sospechosos, no encontró en ellos ningún objeto robado, sólo una pequeña bola de cera en el chaleco de Shinburn. Pese a que existían acertadas sospechas de que el material había sido utilizado para obtener una huella del interior de la cerradura, no era posible demostrarlo.

Con característica insolencia, Shinburn insistió en que la verja del banco ya estaba abierta, que él y su amigo tenían los pies doloridos después de pasar el día visitando la ciudad y que, simplemente, se habían quitado las botas para sentarse un rato a descansar en los peldaños de la entrada. Bullard explicó que había abierto fuego contra los agentes de policía porque se creía objeto de un asalto, no hablaba francés y, además, era propenso a alucinaciones de alcohólico. Una ojeada al rostro enrojecido de Piano Charley confirmó que al menos la última parte de la historia era totalmente creíble.

Shinburn era un mentiroso empedernido y la policía, a falta de pruebas, estaba a punto de dejar libres a los dos hombres. Pero entonces uno de los agentes sugirió llamar a lo que ahora se considerarían expertos forenses para realizar una inspección final del interior del banco. Como informaron los periódicos belgas, «uno de los expertos solicitó que le permitieran examinar la bolita de cera de Shinburn. Para su sorpresa, profundamente incrustado en ella había un tornillo. Un cerrajero comprobó la puerta de entrada y reparó en que uno de los agujeros estaba lleno de cera y en que faltaba uno de los tornillos»<sup>[581]</sup>.

El tornillo que faltaba era del mismo tipo que el encontrado en el bolsillo de Shinburn. Al inspeccionarla con detalle, la plancha de la cerradura reveló unas marcas de arañazos que indicaban que alguien la había manipulado. Mientras tanto, el superintendente Byrnes, de Nueva York, había recibido fotos de los dos hombres y «los identificó de inmediato como famosos ladrones a los que la policía del país llevaba buscando desde hacía tiempo»<sup>[582]</sup>.

Tras un rápido juicio ante la Cour d'assises de Lieja, recibieron la sentencia el 21 de febrero de 1884. A Charlie le cayeron doce años de trabajos forzados y Shinburn, como jefe de la banda, dieciséis y medio.

Cuando ocurrieron estos sucesos, Worth estaba ocupado en cortejar a su futura esposa y en preparar sus propios asuntos criminales, pero desde Londres siguió los acontecimientos con espanto. Ya tenía buenas razones para sentir antipatía por



Shinburn, pero parece que le causó especial irritación el papel jugado por el Barón en la suerte que había corrido su antiguo socio. No dejaba de maldecir la estupidez de Shinburn y de lamentar el destino de Charley, pero no tenía modo de intervenir en su favor.

Conforme pasaron los años de condena, privado de sus dos apoyos principales, el alcohol y la música, Charley experimentó un visible declive. Como Worth, el envejecido pianista no había olvidado nunca a Kitty Flynn y al parecer abrigó la infundada ilusión de que quizás esta vez acudiría a ayudarlo con su recién conseguida opulencia. Los Pinkerton anotaron que incluso hizo «promesa de reunirse con la rica viuda Terry» y señalaron que «ella es inmensamente rica, pero ni siquiera quienes mejor la conocen sabrían decir si consentirá en volver a verse con su exmarido condenado»<sup>[583]</sup>. La última fotografía de Piano Charley muestra a un hombre de aspecto lastimoso, con barba desordenada y ojos saltones, un lamentable despojo del deslumbrante libertino de otros tiempos.

Worth proporcionó a su antiguo compinche el poco apoyo que podía y sobornó a los carceleros para hacerle llegar pequeños paquetes de comida y mensajes de apoyo. Pero en 1891, al entrar en su séptimo año de condena, el viejo ladrón iba claramente camino de la tumba.

Worth quería ver libre de nuevo a su amigo y quizás estaba dispuesto a abogar por su liberación, si no en persona al menos con su dinero. Bullard era propenso a entrar en prisión, pero tampoco era manco para evadirse de ellas, como había demostrado en 1868, y de nuevo en 1878. Worth quizá pensó que podría sacar a Charley de la cárcel de Lieja. Casi el mismo placer le causaría dejar en ella a Shinburn. Un día de 1892, Worth anunció a su esposa que se marchaba en un corto viaje de negocios, se despidió de sus hijos y se dirigió al continente. En él, como siempre, se mezclaban los motivos altruistas y los delictivos; se proponía ver a Charley Bullard y tal vez liberarlo, pero al mismo tiempo estaba alimentando un nuevo plan para liberar a los bancos belgas de parte de su dinero.

La primera parte del plan quedó en nada. Cuando Worth llegó a Lieja, Charley Bullard había muerto y ya debía de estar tocando el piano en el infierno. La segunda parte iba a resultar catastrófica.

## 19 EL WATERLOO DE WORTH

Tal vez fuera el golpe emocional de la muerte de Bullard lo que motivó que Worth se lanzara a un golpe que en sus momentos más lúcidos no habría llevado a cabo. Su extraño gusto por los asaltos en caminos ya había quedado demostrado en Sudáfrica y quizá pensó que un poco de acción sin complicaciones apartaría de su cabeza, otros asuntos durante un tiempo. O tal vez, simplemente, se había vuelto tan vanidoso que se consideraba inmune a la desgracia. Incluso los Pinkerton consideraron extraño que un hombre de la inteligencia de Worth, que ya había robado suficiente para vivir con comodidad el resto de su vida, se dedicara otra vez a un delito menor como aquél. «Worth vivía en Londres en la cresta de la ola; se había hecho rico<sup>[584]</sup> —reflexionaba William Pinkerton—. Uno pensaría que con esta cantidad Worth podría haberse retirado, pero tenía una afición irrefrenable por el juego y el deseo de seguir practicándola lo condujo a una existencia delictiva aún más amplia»<sup>[585]</sup>.

Tras abandonar Londres a principios de septiembre, Worth se dirigió en primer lugar a Suiza, donde había acordado una cita con un ladrón y antiguo habitual del American Bar, Oscar Klein, antes de encaminarse a Lieja vía Colonia y Aix, donde había acordado que recogería unos útiles de ladrón que había encargado a un herrero local. Una semana después de su salida de Londres, llegó a Lieja y se alojó en uno de los hoteles más caros de la ciudad. El plan que urdió mientras deambulaba por Lieja reflexionando sobre la muerte de Charley era sencillo y directo, pero sumamente temerario. Worth se enteró de que la mayor parte del dinero en metálico que se enviaba a la ciudad de Lieja llegaba por tren y se trasladaba luego a los diferentes bancos en un furgón especial protegido por un cochero armado al que acompañaba un muchacho. El cochero era responsable de la entrega de las cajas fuertes, en tanto que el aprendiz se ocupaba de los recados menores. Al cabo de unos días de observación, Worth tomó nota de que a veces el cochero y el aprendiz trabajaban simultáneamente y dejaban el vehículo desprotegido durante breves instantes. Como explicaría más tarde a Pinkerton, pensó que si enviaba un paquete para su entrega en una dirección cercana a uno de los grandes bancos podía conseguir «que el muchacho fuera enviado a cumplir el encargo mientras el hombre entraba en el banco, de modo que el furgón quedara abandonado»<sup>[586]</sup>.

Por primera vez en varios años, y por razones que sólo él conocía, Worth decidió llevar a cabo el golpe personalmente, en lugar de prepararlo para que lo dieran otros. Aun así era evidente que necesitaba cómplices, de modo que reclutó a dos conocidos malhechores: Johnny Curtin, un ladrón de bancos norteamericano fugitivo de su país al que hizo acudir desde Inglaterra, y Alonzo el Holandés, un ratero local con una sólida reputación en los bajos fondos. Curtin era un vago, un tipo capaz pero que no merecía la menor confianza, de aspecto melancólico y atractivo, que lucía largas

patillas de color castaño y cuyo encanto solamente era igualado por su avaricia. Curtin, con sus cuarenta y dos años, había cumplido varias condenas por diversos delitos en Chicago, tanto en Sing Sing como en la penitenciaría de Eastern Pensilvania, y se había labrado fama de «uno de los ladrones y descuidados más activos de Norteamérica»<sup>[587]</sup> antes de cruzar el Atlántico, en 1886, con otros dos delincuentes, según informes policiales, «para hacer una gira por el continente, ya que les aguardaba abundante trabajo preparado para ellos por Adam Worth, un conocido receptor de objetos robados al que acuden en busca de ayuda todos los ladrones norteamericanos cuando llegan a Londres»<sup>[588]</sup>. Curtin se había ganado la admiración de Worth unos meses antes, cuando, tras ser detenido mientras intentaba pasar un talón falso, se tragó la prueba durante el trayecto hasta la comisaría.

El encargado de vigilar sería Alonzo el Holandés, uno de los hombres con más aspecto de facineroso de Europa. Según reflejaría más tarde Worth con acritud, aunque su apariencia fuera aterradora, «Alonzo, pese a que tenía una gran reputación de tipo duro y todo eso, cuando llegaba el momento de hacer algo atrevido era el mayor cobarde que ha pisado la Tierra»<sup>[589]</sup>.

Durante varios días, nuestro hombre aleccionó a sus compinches en los papeles que les había asignado: Curtin sería el asistente y su trabajo consistiría en huir con la bolsa que Worth llenaría con el contenido de la caja fuerte del furgón, mientras que Alonzo actuaría como vigía. El día previo al robo, Worth compró un candado idéntico al de la caja fuerte del vehículo y otro gabán, por si se hacía necesario improvisar un disfraz. La mañana del 5 de octubre de 1892, el trío se puso en acción y los primeros pasos del plan se desarrollaron sin incidencias: a las nueve y media de la mañana, el conductor descendió del furgón para entregar un cofre al señor Comblen, en el número 31 del boulevard Frère Orban, mientras el asistente desaparecía por una calle lateral para efectuar la falsa entrega. Worth, según explicó después, «saltó al asiento y descerrajó»<sup>[590]</sup> la puerta de la caja fuerte del furgón y, «en menos tiempo del que se tarda en escribirlo»,<sup>[591]</sup> como informaba luego un periódico, vació el contenido en una pequeña saca.

«Alonzo tenía que estar vigilante para dar la señal por un lado y Curtin por el otro, pero cuando Worth levantó la vista vio que se alejaban juntos»<sup>[592]</sup>. O bien Worth andaba corto de reflejos o bien la codicia se había apoderado de él, pues en lugar de poner pies en polvorosa de inmediato «bajó del furgón con todos los paquetes de dinero que podía llevar en los brazos y echó a correr calle arriba»<sup>[593]</sup>. La razón de la desaparición de Curtin y de Alonzo resultaba de lo más evidente. Mientras se cometía el robo, un tal «Decorty, empleado de ferrocarriles que pasaba por allí casualmente, se dio cuenta de lo que sucedía»<sup>[594]</sup>. Los dos cómplices de Worth, al ver a Decorty mirándolos boquiabierto, salieron huyendo. El ferroviario se recobró de la sorpresa «y, al ver huir al malhechor, salió en su persecución al grito de "¡Alto! ¡Al ladrón!"»<sup>[595]</sup>.

En ese preciso instante el conductor del furgón volvía al vehículo, y «también echó a correr tras el ladrón»<sup>[596]</sup>. Pese a ser un hombre de mediana edad, Worth estaba en condiciones de echar una carrera a buena velocidad si la ocasión lo exigía, y ésta era claramente una de ellas. «El fugitivo ya había sacado una distancia considerable a sus perseguidores, que incrementó gradualmente»,<sup>[597]</sup> explicó un periódico. Mientras tanto, el agente de policía Charbonnier había oído los gritos y también se había unido a la caza, que la edad de Worth, sus incontables cenas por todo lo alto y el peso del botín convirtieron pronto en una competición desigual. Cuando se dio cuenta de que los perseguidores acertaban distancias, Worth «se apresuró a deshacerse de lo que acababa de robar, arrojó los paquetes al suelo y se dirigió en línea recta hacia la rué Sainte Véronique»,<sup>[598]</sup> donde esperaba confundirse entre la gente. Como explicó con pesar a Pinkerton años después, Worth estaba «a dos manzanas»<sup>[599]</sup> de la escena del delito cuando lo agarró por detrás el policía, mucho más joven y en forma que él, quien, ayudado de dos ciudadanos más y jadeante tras la caza, procedió a espararlo.

Siempre arrogante, Worth intentó salir del apuro a base de desfachatez. Se llamaba Edward Grey —que el policía transcribió como Edouard Grau—, de Londres, y exigía ser liberado inmediatamente. Cabe la posibilidad de que la elección espontánea del alias fuera una referencia secreta a Charles Grey, el que fuera amante de la duquesa de Devonshire. Pero la policía belga era más astuta que su correspondiente francocanadiense de unos años antes y no iba a dejarse confundir tan fácilmente cuando, según lo expresó el magistrado, lo habían sorprendido «en flagrant délit de vol», es decir, con las manos en la masa.

En su edición del día siguiente, La Gazette de Liege describía el intento de robo como «un golpe audaz, planificado con brillantez»,<sup>[600]</sup> y en la información dejaba asomar un cierto racismo socarrón. «Grau es un tipo fuerte e inteligente. Su rostro, de tipo semítico, está adornado con un bigote oscuro que, como sus cabellos, empieza a volverse cano. Parece casi seguro que miente en sus declaraciones y que ha dado un nombre falso. También ha dado respuestas contradictorias a otras cuestiones». Le Soir apuntaba que «iba vestido como un caballero y llevaba encima una considerable cantidad de dinero belga<sup>[601]</sup>», mientras que La Meuse mencionaba su «indumentaria normal»<sup>[602]</sup> y señalaba que «todos sus efectos llevan las marcas de confeccionadores británicos».

Cuando se efectuó el registro de su habitación del hotel y se encontraron tarjetas de visita con el nombre de Henry Raymond y su dirección de Londres, reconoció que había vivido bajo ese nombre durante veinticinco años. La policía presentó a continuación el útil empleado por el ladrón, encontrado en el escenario del delito: «Envuelta en una funda de cuero, la pince monseigneur (la palanqueta), tremendamente fuerte, que se había utilizado en el robo»<sup>[603]</sup>. Worth contó entonces una historia sorprendente a la perpleja policía: era, dijo, un mecánico de cincuenta y

dos años, originario de Múnich, que había llegado a Bélgica vía «Colonia, Mulhouse, Estrasburgo y otras ciudades alemanas y suizas». La herramienta la había adquirido a un herrero de Aix la semana anterior. Confiando en desviar de su rastro a los interrogadores, les ofreció otra versión y declaró que llevaba dos años sin trabajar en Londres, donde vivía del producto de algunos pequeños robos. Antes de eso, afirmó, tenía un empleo legal de vendedor de diamantes para la firma Wynert & Co. de Londres. En un momento dado reconocía la autoría del robo del furgón, y en el siguiente la negaba. Privado de sueño, empezó a contradecirse.

«Hay indicios que apuntan a que estamos en presencia de un atrevido malhechor que tiene poderosos motivos para permanecer completamente mudo —informaba La Gazette mientras proseguía el interrogatorio, y añadía—: Grau es judío, pero sigue sin saberse si alemán, inglés o americano»<sup>[604]</sup>. Agotado, Worth terminó por saltar y aseguró al superintendente de la policía belga que antes moriría que revelar un detalle más. «Si le dijera la verdad, me meterían en prisión para toda la eternidad»,<sup>[605]</sup> refunfuñó con un destello de carácter que nunca podría reprimir. En este punto, al darse cuenta de que se había ido de la lengua, cerró la boca y, pese a las amenazas y a las ofertas de trato favorable que le hacía la policía, se negó a decir una sola palabra más. «No estaba dispuesto a revelar su identidad por razones familiares»,<sup>[606]</sup> informó la policía. Al menos en esto Worth era absolutamente sincero, pues su principal preocupación fue siempre que su esposa no descubriera su apurada situación. Pese a la evidente traición de sus cómplices, Worth insistía en que había actuado solo. «Con la lealtad que lo caracterizaba, Raymond [Worth] se negó una y otra vez a revelar la identidad del compinche a cuya estupidez debía su detención, y Curtin escapó a Inglaterra»<sup>[607]</sup>, escribió la visionaria Sophie Lyons. De hecho, parece que la negativa de Worth a identificar a su cómplice tenía como intención directa proteger a su familia, ya que había pedido a Curtin que cuidara de su esposa y de sus hijos en el caso de que lo detuvieran.

Todo ello dejaba a las autoridades en un dilema. Las investigaciones efectuadas en la estación de ferrocarril Guillermins reveló que «este individuo fue visto en varias ocasiones la semana anterior [a los hechos], deambulando por las zonas de venta ambulante. Un revisor incluso lo había visto en esos días siguiendo de cerca los movimientos de un furgón de transporte en el Quai de Fragnée»<sup>[608]</sup>. El hombre que tenían detenido era un delincuente, no había duda, pero resultaba imposible decir de qué tipo exactamente. Worth esperaba sacar «un millón de francos, o doscientos mil dólares»<sup>[609]</sup> del asalto al furgón, pero los paquetes que se había llevado contenían también «valiosos papeles de estado»<sup>[610]</sup> que apuntaban a la posibilidad de que fuera un espía extranjero. «El valor oficial de los papeles es de sesenta mil francos, pero el valor real es mucho mayor»,<sup>[611]</sup> afirmaba un periódico, mientras otros calculaban el valor de lo que contenía el furgón en medio millón de francos, por lo menos, dada su importancia. Cinco días después de la detención, Worth «seguía manteniendo un

silencio casi completo y, por lo que se refiere a si llevó a cabo este audaz robo con la ayuda de cómplices o bien si lo planeó él solo, también seguimos sin saberlo [...] el ladrón sigue fingiendo que se llama Edouard Grau»<sup>[612]</sup>. Finalmente, el juez instructor del Alto Tribunal de Lieja, Theodore de Corswarem, tomó la medida de enviar a las fuerzas policiales de Europa y de América una descripción del sospechoso, con sus medidas de Bertillion y una foto, además de una petición de información.

«Este tipo habla y escribe un inglés muy bueno —señalaba Corswarem— además de alemán y francés con acento inglés. Es fuerte, firme y de temperamento sanguíneo, cabellos cortos, patillas y bigote al estilo ruso, las patillas completamente canas y el bigote no tanto, ojos pardos, frente despejada y nariz protuberante»<sup>[613]</sup>. Y si Worth había despilfarrado en carreras de caballos y fiestas con champán, era evidente que había descuidado las visitas al dentista. «Dientes irregulares y descoloridos —escribía el juez belga—. En la mandíbula superior, en el lado derecho, le falta una muela y tiene otro diente en mal estado; en la mandíbula inferior del mismo lado le falta otra muela y tiene otro diente careado; en el lado izquierdo, arriba, le faltan los dos premolares y el primer molar está en muy mal estado», etcétera. Dado que Worth seguía negándose en redondo a abrir la boca por ninguna otra razón, la dentadura era prácticamente la única prueba firme que tenía la policía belga para seguir avanzando. La circular concluía con una petición del juez Corswarem a sus «colegas de toga y a todos los agentes de policía para que pongan el máximo esfuerzo en la identificación del individuo, el descubrimiento de sus antecedentes y cualquier otro dato referido a esta persona, y que lo comuniquen lo antes posible».

Las autoridades empezaban a alarmarse porque, como apuntó un comentarista de la época, «ni la policía ni los detectives lo conocen. Las pruebas contra él no son muy sólidas. Es bastante probable que salga en libertad»<sup>[614]</sup>. Una semana después de la detención, cuando se hizo todavía más evidente que las autoridades estaban a oscuras, Worth empezó a disfrutar de la situación y recuperó la voz para dejar caer insinuaciones cargadas de orgullo y para tentar a sus captores con el aparente convencimiento de que no lo llevarían a juicio y dar muestras de que se estaba divirtiendo con todo aquello. «Interrogado sobre el tema de la nacionalidad, dijo que si realmente querían saberla sólo tenían que repasar la historia de un importante y comentado asalto que se había cometido tiempo atrás en el tendido férreo, en Ostende de Malinas»<sup>[615]</sup>.

No era el momento de demostraciones de este tipo, y los periodistas belgas rastrearon la pista. «Se han realizado investigaciones a este respecto —informaba La Meuse—. Si es uno de los autores de ese robo, que aún recordamos, existen buenas razones para creer que este osado ladrón es inglés. El individuo ha conservado su sangre fría en todo momento y se lo pasa en grande viendo el problema que ha originado su anonimato para la instrucción del caso»<sup>[616]</sup>.

Mientras esperaba impaciente noticias de sus colegas europeos y

norteamericanos, la policía belga tuvo noticia de que un delincuente ya entrado en años, llamado Max Shinburn, que cumplía condena en una cárcel del país, ardía en deseos de identificar al detenido. Al parecer, el Barón «había conseguido un periódico en el que venía un relato de la detención y, por la descripción que daban de él, sospechó que el arrestado era su íntimo enemigo, Adam Worth [...] no perdió un segundo en ponerse en contacto con las autoridades [...] y acordó con ellas un trato que era doblemente favorable para él por cuanto le aseguraba su puesta en libertad, y al mismo tiempo condenaba al hombre que tanto aborrecía»<sup>[617]</sup>.

Shinburn expuso la asombrosa historia delictiva de Worth con profusión de detalles y enumeró, prácticamente uno por uno, los delitos que había llevado a cabo o que había encargado a otros desde la guerra de Secesión. El documento, que se conserva en los archivos Pinkerton, era una obra maestra de la traición, la hipocresía y la venganza. Con los años, Shinburn había aprendido de Charley Bullard los detalles completos de la carrera de su rival y proporcionó a la perpleja policía belga información con pelos y señales sobre el robo del banco Boylston, sobre el American Bar, sobre el asalto sudafricano e incluso sobre el robo del Gainsborough, que «nunca había abandonado las manos de Worth y hasta este día sigue bajo su control»<sup>[618]</sup>. Shinburn significó, con apenas una ligera imprecisión geográfica, que Worth «lleva una vida extravagante en una casa de Piccadilly, encima de la tienda de Fordham [sic] y Masón»,<sup>[619]</sup> y reconoció que «Adam Worth es sin duda el ladrón de más éxito de la actualidad [...] y nadie ha podido engañarlo nunca; por el contrario, tiene fama de haberse aprovechado de todos los de su gremio con los que ha efectuado algún trato».

Lanzado en su traición, Shinburn se volcó entonces en lo que sólo puede describirse como pasar a cuchillo al personaje: «Su política consiste en tratar con hombres débiles en su oficio, con los que pueda hacer lo que guste sin oír una queja; esta táctica es evidente si se observa a los hombres con los que se ha relacionado. No reconoce el principio de la honradez entre ladrones y no ha participado nunca en un trabajo en el que no haya sacado algún mezquino provecho de sus colegas. Quizá tenga derecho a hacerlo por haber sido siempre el cerebro y el alma de todos los golpes en que ha intervenido, pero en tal caso debería quedar claro antes de emprender el trabajo»<sup>[620]</sup>. Entre las presuntas traiciones de Worth estaba la de sustituir los diamantes buenos por otros de baja calidad cuando dividía el botín, y en general la de estafar a sus cómplices en el reparto. Estas eran las calumnias más rastreras, pues si había algún principio que Worth aceptase era el de la lealtad entre ladrones, mientras que su generosidad para con sus compañeros era legendaria.

Tras señalar que «conocía a Worth, alias Raymond, desde su juventud»,<sup>[621]</sup> el Barón incluso consideró adecuado aliñar su perfidia con algunos comentarios más personales: el aspecto de Worth era «bastante judío»,<sup>[622]</sup> indicaba Shinburn con aire despectivo, y era «muy amigo de llevar encima joyas valiosas de aspecto vistoso, sobre todo una serie de anillos de diamantes, rubíes y esmeraldas en los dedos [...] y

es lo que llaman patizambo»<sup>[623]</sup>. Shinburn, desconocedor de que Ned Wynert había muerto y de que William Megotti estaba en prisión, incluyó a los secuaces más fieles de Worth en su diatriba, que terminaba con una muestra de deslumbrante hipocresía: «En honor a la verdad, puede decirse que este trío de ladrones son la gente con menos principios y con menos respeto hacia los de su propia calaña que haya existido jamás, y es de esperar que pronto tengan la recompensa que merecen por parte de una ley a menudo burlada»<sup>[624]</sup>.

Los representantes de la ley belga se quedaron perplejos ante aquella inesperada declaración, pero mientras ponderaban si creer o no las declaraciones de Shinburn les llegó la confirmación por otro lado. Thomas Byrnes, de la policía de Nueva York, apuntaba cortésmente que la descripción encajaba con la de Adam Worth, el ladrón del banco Boylston y, en sus propias palabras, «el más famoso de todos los delincuentes». A esto siguió otra carta, ésta de un excitado superintendente John Shore, de Scotland Yard, que selló definitivamente el destino de Worth. A Shore le habría gustado mucho echar el guante a Worth personalmente pero, ya que no había sido así, lo sucedido era la mejor alternativa y comunicó de inmediato a las autoridades belgas todo lo que sabía de la vida delictiva de Worth, incluido el robo del Gainsborough.

El resultado de la declaración estaba más cerca de la denuncia personal que de una serie objetiva de indicios y, como lo expresó el propio Worth, un tanto desconsolado, «Shore me criticó de cabo a rabo y me dejó tan mal como pudo»<sup>[625]</sup> ante las autoridades belgas.

Pero quienes más sabían sobre Adam Worth, los Pinkerton, se mantuvieron en completo silencio sobre el tema y no hicieron el menor gesto de poner a disposición del juez Corswarem los volúmenes de información que poseían sobre las actividades de nuestro hombre, una omisión por la que Worth estaría eternamente agradecido, y así lo demostraría. Como le explicó más tarde a Pinkerton, y éste se lo comentó a su hermano, «cada día esperaba ver publicado en la prensa del país un informe de nuestra agencia en relación con él, e imaginaba que debía de ser mi influencia lo que frenaba el envío del informe. Yo no le he aclarado nada al respecto, sino que he permitido que siguiera pensándolo»<sup>[626]</sup>. En realidad, insistía William, «nadie nos ha pedido que aportemos nuestro informe»<sup>[627]</sup>. Esto último no era cierto, pues las autoridades belgas no habían perdido un segundo en contactar con la mayor agencia de detectives de Estados Unidos, y de hecho aún se conserva una copia de la circular del juez Corswarem en los archivos Pinkerton. El 3 de noviembre de 1892, William Pinkerton escribió a John Shore para agradecerle el envío de la copia de la fotografía de Worth. «A decir verdad, está tan cambiado que casi no lo habría reconocido [...]. Ha envejecido mucho y ya no parece el tipo apuesto que era cuando lo vi en Londres, hace dieciocho o diecinueve años. Si el juez de instrucción pide algún detalle, no tengo ninguna duda de que Robert, en mi ausencia, le proporcionará todo lo que desee»<sup>[628]</sup>. Shore también se preocupó de escribir a Robert Pinkerton, quien



enseguida respondió que «escribiré al juez de Lieja para comentarle lo que conozco de Adam Worth»<sup>[629]</sup>. Sin embargo no lo hizo, y tampoco su hermano.

Parece probable por tanto que Worth tuviera razón al suponer que los Pinkerton habían decidido voluntariamente no proporcionar a los belgas el expediente que la agencia tenía acerca de él. El Ojo y el ladrón se habían encontrado en dos ocasiones por lo menos —en el American Bar de París y más tarde en el Criterion de Londres—, y se había creado entre ellos una profunda corriente de admiración mutua. En nuestros días tal sentimiento se consideraría escandaloso, pero entonces el cumplimiento de la ley se desarrollaba sobre bases menos rígidas. William Pinkerton defendía la ley, aunque de una manera muy personal, y no dudaba en modificar las normas si las circunstancias o los individuos lo requerían. Sobre estas movedizas arenas se sostenían los pilares de la moralidad victoriana. Pinkerton no delató a Worth por la sencilla razón de que le caía bien, de que respetaba su talento y de que sabía que el ladrón ya tenía suficiente con el lío en que andaba metido.

«Sé lo que ha hecho su institución —confesaría Worth a Pinkerton muchos años después— y sé que tuvo la oportunidad de acabar conmigo con ocasión de los problemas que tuve en Lieja durante mi estancia en Bélgica»,<sup>[630]</sup> por lo cual sentía «una deuda de gratitud que no podría pagar jamás»<sup>[631]</sup>. Más adelante Worth tendría ocasión de compensar plenamente a Pinkerton, proporcionándole el golpe más celebrado en su carrera como detective.

## 20 EL JUICIO

Incluso sin la ayuda de los Pinkerton, las autoridades belgas disponían por fin de suficiente información sobre Worth como para tener confianza en que la acusación saldría adelante, y se fijó la fecha del juicio para la primavera siguiente. La prensa belga anunciaba con expectación el acontecimiento que se avecinaba: «Sesión del 20 y 21 de marzo<sup>[632]</sup>. El juicio del robo al furgón correo, del cual se acusa al inglés Adam Wirth, alias el Rey de los Revientacajas. Abogado defensor, Jules Janson».

La noticia de que Henry Raymond, el destacado caballero londinense, había sido desenmascarado como Adam Worth, delincuente internacional, se difundió rápidamente en la prensa británica y norteamericana. «Henry Raymond, el conocido caballero, fue detenido en Lieja, Bélgica, tras asaltar un furgón y robar bonos por valor de cuatro mil libras —informaba el New York World—. Worth vivía en Londres con gran lujo, disfrutando de los réditos de numerosos delitos [...] y pertenece a una banda de ladrones norteamericanos, muy conocidos por las policías de París y de Nueva York. En el libro del inspector Byrnes sobre delincuentes destacados figura como "Adam Worth"»<sup>[633]</sup>. El Daily Telegraph señalaba por su parte que «el tal Wirth [...] era miembro de una destacada banda de ladrones norteamericanos, dos de cuyos miembros fueron juzgados en Lieja en 1884 por un atraco al banco Modera en Verviers. Wirth, implicado en algunos de los robos a bancos más atrevidos de los últimos años, utilizaba varios alias y durante su estancia en Estados Unidos fue conocido por la policía norteamericana con el apodo de Rey de los Revientacajas. Residió un tiempo considerable en Londres, donde llevaba una vida de opulencia y actuaba como receptor de mercancía de una organización internacional de ladrones»<sup>[634]</sup>. La prensa todavía no había relacionado a Adam Worth con el Gainsborough robado, pero el inspector Shore no perdió un instante en confiarle a William Agnew que la búsqueda del retrato de la duquesa quizá terminase pronto. El detective de Scotland Yard acordó un encuentro con el tratante de arte y le expuso los datos de que disponía.

Así fue cómo Worth, mientras esperaba juicio en una fétida celda con el ánimo abatido, recibió la noticia de que había acudido a visitarle ni más ni menos que el cónsul norteamericano. Éste «afirmó representar a un destacado cargo policial de Estados Unidos que le ofrecía pagarle tres mil dólares y obtener su libertad a cambio de información que condujera a la recuperación del cuadro de Gainsborough»<sup>[635]</sup>. La versión oficial de la historia ofrecida por Agnew no hace la menor mención de tal oferta, lo cual quizá no sea sorprendente, pero existen pocas dudas de que tras ella estaba el tratante de arte. Worth, no obstante, «rechazó tener ninguna relación con el asunto y afirmó que no sabía nada del cuadro y que todos los rumores que corrían al respecto eran falsos»<sup>[636]</sup>. Pronto llegó otra oferta más creíble. El propio abogado de Worth le dijo que se habían puesto en contacto con él las «autoridades inglesas»<sup>[637]</sup> y

dijo tener «la palabra del secretario del Interior de Bélgica de que al retorno del cuadro seguiría su puesta en libertad». Worth rechazó de plano no ya el trato sino que incluso «negó ante su propio abogado que supiera algo del retrato»<sup>[638]</sup>. El abogado trató de convencerlo, pero Worth se mantuvo firme.

En opinión de Pinkerton, quizá temía que la propuesta de trato fuese una mera estratagema; en efecto, cuesta entender cómo podría un tratante de arte londinense, por bien relacionado que estuviese y por valiosa que fuese la pintura, haber impedido que las autoridades belgas llevasen a juicio a un hombre con un extenso historial delictivo que había sido sorprendido mientras cometía un robo. Worth estaba sin duda en la posición más desesperada de su carrera, pero la rotunda negativa a colaborar con «las autoridades inglesas» o con aquel anónimo «destacado funcionario policial», aunque representaran su única esperanza de obtener clemencia, apunta tanto a una actitud de cautela como a una terquedad premeditada. La pintura estaba ahora guardada a salvo en el almacén de Boston, pero durante los diecisiete años que Worth había pasado viajando por el mundo con la duquesa en el baúl, en su yate y en su cama, se había creado entre ellos un vínculo extraordinario que era mucho más importante que el dinero. Más incluso que su libertad.

En vida, Georgiana había hechizado a una generación. Mucho después de su muerte, a través de imágenes como el retrato de Gainsborough, el extraño poder de su personalidad continuó prendiendo la imaginación del público. A través del robo del cuadro, Worth se había convertido en guardián de aquel mito; había quedado sujeto, esposado incluso, a la duquesa por un pacto psicológico que no quería o tal vez no podía romper. La falsa doble vida que llevaba había estallado en pedazos, pero Worth aún tenía el cuadro, el último símbolo de su rebeldía, del gran engaño que tan bien había ejecutado. Con la duquesa en su poder, como la tenía, había sido un habitual de los salones dorados sin que nadie descubriese quién era en realidad; ella había sido su pasaporte a la alta sociedad y la valla que lo mantenía aparte de ésta. La ley y el mundo tal vez lo conocieran ahora como Adam Worth —bribón, impostor, delincuente y falsario—, pero mientras controlase a la duquesa seguiría siendo, al menos a sus propios ojos, Henry J. Raymond, caballero de prestancia y ladrón de altos vuelos. Una fotografía tomada por las autoridades de la cárcel en esa época revela mucho acerca del estado de ánimo de Worth. Con traje pero sin corbata, con un pañuelo asomando del bolsillo del pecho, mira fijamente a la cámara en un gesto socarrón de desafío, controlado y cargado de amenazas.

Para profunda frustración del marchante William Agnew, Worth negó con rotundidad cualquier conocimiento del paradero del cuadro. La duquesa era su prenda de superioridad y de triunfo, la prueba de que seguía como siempre, un paso por delante, y en esta ocasión se dedicó a escribir numerosas cartas a sus aliados, abogados y amigos —todas ellas escritas en una complicada clave—, solicitándoles ayuda en el apuro en que se hallaba. Muchos respondieron, también en clave y bajo nombres falsos, y le aportaron fondos, apoyo moral y los últimos comentarios de los

bajos fondos. Todas las cartas fueron interceptadas y estudiadas por las desconcertadas autoridades belgas. De su esposa y del protector que le había asignado, Johnny Curtin, sólo obtuvo un ominoso y absoluto silencio, pero el socorro le llegó de otro lado y resultó conmovedor. Kitty Flynn, la viuda de Terry, escribió con regularidad a su examante y le envió grandes cantidades de dinero con mensajes de aliento que firmaba «Turquesa». Ya experta en temas legales, Kitty colaboró también en la organización de la defensa de Worth. Las autoridades barruntaron la verdadera identidad de Turquesa, y quizás a través de Shinburn supieron de la extraña historia amorosa de Kitty que relacionaba a Worth con Bullard. La policía presionó a Worth para que hablara de su relación con la mujer pero el ladrón, siempre galante, negó con rotundidad que hubieran sido amantes. Y cuando se sugirió lo contrario, se enfureció y se negó a seguir hablando del asunto. Un caballero inglés, incluso el espurio, no comenta jamás sus aventuras amorosas. Cuando se aproximaba la fecha del juicio, Jules Janson, el abogado defensor de Worth, visitó a su famoso cliente y le planteó las perspectivas sumamente negras que se abrían ante él: la policía tenía ahora un pequeño puñado de pruebas que indicaban que Edouard Grau, alias Adam Worth, alias Henry Raymond, era un delincuente profesional de una rara distinción; en cuanto al robo en cuestión, la acusación había reunido a varios testigos fiables, por no hablar del registro de comentarios incautos realizados por Worth mientras estaba en custodia. El consejo del abogado fue muy claro: reconocer la autoría del robo del furgón correo, pero negar con rotundidad y firmeza prácticamente todo lo demás y solicitar la clemencia del tribunal. Respecto a lo que ya había reconocido, debía decir que le habían sido arrancadas bajo coacciones. Por encima de todo, le recomendó Janson, debía restar importancia a todo aquello de Rey de los Revientacajas. Un tanto a regañadientes, Worth aceptó hacer lo que le pedía su abogado.

La mañana del 20 de marzo de 1893, la sala del tribunal superior de Lieja estaba abarrotada de abogados y público en general, «impaciente por ver al acusado que había sido objeto de tan extraordinaria publicidad»<sup>[639]</sup>. *Monsieur* Beltjens, el solemne acusador público, entró en la sala con aire de suprema confianza. Lo seguía Worth, esposado pero haciendo todo lo posible por mantener las apariencias. No obstante, los seis meses de encarcelamiento ya se habían cobrado un peaje y allí, en el estrado, se apreciaba que «había perdido mucho de su porte de gentilhomme»<sup>[640]</sup>. Por consejo de Janson y a regañadientes, se había afeitado los prominentes mostachos y las espléndidas patillas que adornaban su rostro, «perdiendo con ello todo su aspecto distinguido»<sup>[641]</sup>. Como apuntaba el periódico *La Meuse*: «Éste ya no es el caballero de octubre pasado; pero si el rostro ha perdido parte de su distinción anterior, el individuo conserva a pesar de todo sus modales corteses y correctos»<sup>[642]</sup>». *Monsieur* Beltjens quizá traía la lección bien aprendida, pero Worth también estaba preparado para la batalla que se avecinaba y dispuesto a no dejarse vencer en el tema de la cortesía ante el tribunal.

Los trámites que siguieron fueron breves, confusos y con frecuencia hilarantes,

pues Worth tergiversaba las palabras de Beltjens e intentaba desacreditarlo con una mezcla de encanto, equívocos, autoinculpaciones calculadas y permanente perjurio.

*ACUSADOR Beltjens: ¿Cuándo viajó usted a Norteamérica?*

*WORTH: Cuando tenía cinco o seis años.*

*ACUSADOR: ¿Pero sólo tenía tres cuando su padre emigró?*

*WORTH: Probablemente.*

*ACUSADOR: ¿Cuánto tiempo vivió allí?*

*WORTH: Hasta 1870. Entonces viajé a Inglaterra, pero no me quedé mucho tiempo. Luego fui a Ciudad del Cabo y a las minas de diamantes.*

*ACUSADOR: ¿Y dice que dejó Londres el 27 de septiembre de 1892?*

*WORTH: Sí.*

*ACUSADOR: ¿No fue invitado a Suiza por un hombre llamado Oscar Klein?*

*WORTH: A Klein lo conocí en Basilea, donde un contacto en Ginebra me había dicho que lo encontraría. Me quedé en Basilea hasta el día que salí hacia Lieja, con unas breves horas de escala en Colonia y en Aix. Llegué aquí el 4 de octubre en el tren expreso de las ocho y media de la mañana.*

*ACUSADOR: ¿Qué vio usted a su llegada?*

*WORTH: Vi el coche de reparto de paquetes del servicio postal. Como los paquetes estaban cubiertos de sellos, pensé que seguramente contenían algo de valor.*

*ACUSADOR: ¿Fue entonces cuando se le ocurrió la idea del robo?*

*WORTH: Sí.*

*ACUSADOR: ¿Qué hizo usted ese día, el 4 de octubre?*

*WORTH: Di una vuelta por la ciudad, compré un cerrojo para ver si la llave encajaba por casualidad en el de la caja fuerte del carruaje, y un gabán porque había llovido y no llevaba el mío.*

*ACUSADOR: ¿No compró esa prenda para poder utilizarla como disfraz después del robo, para cubrir sus huellas?*

*WORTH: No.*

*ACUSADOR: Pues así lo declaró al juez instructor.*

*WORTH: Es probable, pero no era verdad.*

*ACUSADOR: ¿Dónde pasó la noche?*

*WORTH: Con una mujer.*

En realidad, esto último no era cierto, pero surtió el efecto deseado. Cuando la audiencia dejó de reír entre dientes y de hacer demostraciones de escándalo, el fiscal Beltjens reanudó el interrogatorio.

*ACUSADOR: ¿Cómo llevó a cabo el robo?*

*WORTH: Vi que el cochero dejaba el vehículo y entraba en una casa. Entonces salté al pescante y forcé el cerrojo con una palanca. Había seguido el furgón desde la estación.*

*ACUSADOR: Cuando fue detenido, se negó a decir quién era y de dónde venía. Incluso le contó al superintendente de policía que antes moriría que reconocer dónde había trabajado por última vez, y añadió que «si le dijera la verdad, me meterían en prisión para toda la eternidad». WORTH: Yo no dije nada parecido.*

*ACUSADOR: ¿Declara que no ha sido objeto de ninguna condena judicial con anterioridad?*

*WORTH: No he sido condenado nunca. Ni siquiera detenido.*

*ACUSADOR: ¿Nos está diciendo que es el primer robo que comete en su vida?*

*WORTH: Así es, exactamente.*

*ACUSADOR: ¿No le dijo al superintendente de la policía que tiene usted formación como mecánico, pero que ha vivido los dos últimos años de los beneficios que obtenía del robo?*

*WORTH: Nunca he dicho nada parecido, pero me tuvieron encadenado y de pie durante veintidós horas seguidas y por eso dije muchas cosas. Pero ésa no, desde luego. Lo que dije, para que dejaran de torturarme, fue que diría lo que quisieran.*

*ACUSADOR: Aquí no tenemos por costumbre torturar a los detenidos.*

Y en aquel punto, durante unos momentos, *monsieur* Beltjens hizo una pausa efectista con la que pretendía reafirmar el poder y la civilización del reino de los belgas. Worth había reconocido la autoría del robo, pero había conseguido darle el aire de un acto espontáneo e impremeditado, una conducta bastante impropia de un extranjero en tierra extraña. Beltjens pasó entonces a la segunda fase de su ataque: intentar demostrar que Worth era un rico y poderoso delincuente con una larga lista de fechorías y numerosos secuaces, muy indeseables. Empezó una nueva serie de preguntas.

*ACUSADOR: Cuando se vio complicado en el robo de Ostende, en 1886, dijo usted, si no me equivoco, que no tenía necesidad de robar nada porque ganaba mil quinientos francos a la semana jugando al bacará en invierno y apostando a los caballos durante el verano... WORTH: Eso es cierto. Lo encontré un poco más lucrativo que trabajar de mecánico.*

La carcajada general ante la insolencia del acusado no amilanó al impassible

Beltjens, que se adentró de inmediato en la maraña de los innumerables alias de Worth, una zona de investigación muy compleja que Worth hizo cuanto pudo por mantener aún más confusa.

*ACUSADOR: Usted dio varios nombres falsos cuando fue detenido. ¿Por qué?*

*WORTH: Al principio dije que era Edouard Grau. Fue el primer nombre que me vino a la cabeza, porque no quería que se supiera mi verdadero apellido.*

*ACUSADOR: ¿Reconoce que se ha comportado de manera sumamente irregular?*

*WORTH: Sí, estaba fingiendo, pero no hacía nada ilegal. ACUSADOR: ¿Cómo es que se le ocurrió escoger el nombre de Grau y el de Henry Raymond, nombres de conocidos delincuentes americanos?*

*WORTH: Durante la guerra franco-prusiana de 1870 quise ir a París, pero debido a mis orígenes alemanes me denegaron el pasaporte, de modo que adopté el apellido Raymond y vine a Francia, donde continué utilizando ese nombre, igual que en Ciudad del Cabo.*

*ACUSADOR: ¿Conoce a ese tal Raymond?*

*Worth: Sí, era amigo mío.*

*ACUSADOR: ¿Sabía que era un ladrón?*

*WORTH: Oí comentarlo alguna vez, pero nunca lo vi robar nada.*

*ACUSADOR: ¿No sabía también que ese tipo, Raymond, tenía otro nombre, Adam Worth?*

*WORTH: En esa época era yo quien usaba ese nombre.*

*ACUSADOR: ¿Y no ha oído nunca comentar que en Estados Unidos ese tal Adam Worth también tenía fama de ser un ladrón contumaz?*

*Worth: No.*

El juez, el jurado, los espectadores y hasta el propio Beltjens estaban ya sin duda completamente confundidos respecto a quién era en realidad el hombre que ocupaba el banquillo. Beltjens, incómodo en extremo, insistió en sus preguntas con terquedad.

*ACUSADOR: ¿Conoció usted en Estados Unidos a Bullard y Shinburn, que fueron juzgados aquí, en 1884?*

*WORTH: Sí.*

*ACUSADOR: Eran dos ladrones profesionales, ¿no es así?*

*WORTH: Sabía que Bullard lo era, pero Shinburn no.*

Worth aún no estaba al corriente de la traición de Shinburn y todavía intentaba

protegerlo, a pesar de la antipatía que le inspiraba. Puede que también esperase que Shinburn respondiera a aquella muestra de lealtad proporcionando referencias parecidas cuando lo interrogasen. De poco servía en cambio intentar la defensa del buen nombre de Bullard, aun suponiendo que éste lo hubiera tenido alguna vez.

*ACUSADOR: Oscar Klein, de quien ha dicho que era amigo de usted, ¿también era un delincuente habitual? Worth: Sí, sabía que vivía del robo y de la estafa.*

*ACUSADOR: ¡Cuántas relaciones tiene en los círculos de los ladrones profesionales! Y con Bullard tenía una especial amistad, ¿no es así? Worth: Sí, fui a visitarlo en París, donde llevaba un bar en la rué Scribe.*

*ACUSADOR: ¿No fue condenado en París por dirigir un garito en ese mismo bar?*

*WORTH: Sí.*

*ACUSADOR: Y mientras él estaba en prisión, ¿no se encargó usted del bar?*

*WORTH: Se lo compré. Bullard era riquísimo. Tenía diez mil libras en el banco. Yo tenía doce mil. Acababa de regresar de Sudáfrica.*

*ACUSADOR: ¿Sabía cómo había ganado Bullard esa cantidad?*

*Worth: No.*

*ACUSADOR: ¡Entonces estamos ante otra relación más con un delincuente! ¿Cuánto pagó por el bar?*

*WORTH: Cien mil francos.*

*ACUSADOR: No sólo tiene usted una serie de amigos y conocidos de lo más peculiar, sino extrañas maneras de comunicarse con ellos. En prisión ha recibido cartas con las firmas de Turquesa, Comediante y Edouard Grau, el mismo nombre que usted utilizó en una época.*

*WORTH: Son nombres de actores cómicos de Londres. Quería asegurarme de que nadie se enteraba de quiénes eran mis conocidos, ni de mis asuntos.*

Monsieur Beltjens empezaba a perder fuelle. Sugirió que Worth había comprado el candado nuevo para reemplazar el de la caja fuerte, una vez forzado, lo cual le daría tiempo de escapar. Worth replicó que no era así. Beltjens señaló con sarcasmo el «notable parecido» entre el robo de Ostende y el delito que se estaba juzgando e insistió en que Worth ya llevaba en Lieja más de un mes, antes de la fecha que había dado, el 5 de octubre. Y que se había dedicado a planificar el robo. Nuestro hombre respondió que no era así. Exasperado ante la serie de negativas en redondo, Beltjens se vio forzado a concluir el alegato con un anticlímax:



*ACUSADOR: ¿Pero reconoce haber robado en el furgón?*

*Worth: Sí.*

La acusación cedió su turno, y Theodore de Corswarem, el juez instructor, se dispuso a prestar declaración. De Corswarem enumeró brevemente «una serie de delitos que la policía inglesa ha atribuido a Adam Worth, sin aportar ninguna prueba determinante», por la sencilla razón de que, si el superintendente Shore de Scotland Yard hubiera tenido alguna, Worth llevaría en aquel momento esposas inglesas en lugar de belgas.

Worth se puso en pie de un salto para protestar por la utilización de meros rumores y manifestó su inocencia en tono vehemente. Sin ninguna ceremonia, se le ordenó que callara y se sentara. De Corswarem ofreció entonces una pincelada del mundo de opulencia en que vivía Henry Raymond: «En esa época vivía en Piccadilly, donde llevaba una vida de gran lujo y mantenía una tripulación en un barco fluvial en el Támesis, y un yate en Southampton.

»Al ser interrogado sobre el origen de su riqueza —atestiguó el magistrado— el acusado respondió que había ganado mil quinientos francos por semana con el juego. No parece encontrarse en apuros financieros. Recibe un montón de cartas de Londres y de Nueva York, pero vienen escritas de tal manera que nos resulta imposible averiguar qué dicen. Una de estas cartas llevaba la firma de Turquesa, seudónimo que corresponde a una mujer de Nueva York que acaba de enviarle ciento cincuenta dólares».

El abogado de Worth escogió aquel momento para hacer una protesta, la primera en todo el juicio y de la cual Worth habría podido prescindir perfectamente: «¡Se trata de la señora Bullard!», proclamó, infructuosamente. El magistrado se mostró de acuerdo en que Turquesa y la exseñora de Bullard eran la misma persona y anotó que el acusado «había dicho que la conocía, pero negaba que hubieran sido nunca amantes».

A pesar de su creciente irritación de Worth ante aquellas especulaciones injustificadas sobre su vida amorosa, mantuvo la compostura. Mientras tanto, el juez instructor seguía hablando del lujoso tren de vida que llevaba en Londres. «Tenía un mobiliario excelente en su residencia. La policía londinense dice que tenía una condena en Estados Unidos. He escrito para que lo confirmasen pero no he recibido respuesta». Ni nunca la tendría gracias a la reticencia de Pinkerton. Llegado a este punto, De Corswarem finalizó bruscamente su testimonio con esta frase directa: «Al final me dijo que llevaba dos años dedicado a robar».

Dos testigos más describieron luego cómo habían colaborado en la detención del ladrón, a los que siguió Janssens, un operario de los ferrocarriles que afirmó haber visto a Worth siguiendo el furgón del correo un mes antes del robo. Cuando se dio cuenta de lo que venía, Worth intentó negarlo de nuevo, pero sus protestas se fueron haciendo más débiles conforme se repetían.

Beltjens hizo el alegato final apelando al jurado a condenar a la máxima pena posible a aquel malhechor, «osado y peligroso».

Y por fin llegó el turno de Jules Janson de presentar la defensa. Quizá se dejó abrumar por la situación, o se desanimó ante la abundancia de pruebas contra su cliente, o simplemente era un mal abogado; en cualquier caso, su actuación no tuvo ninguna brillantez.

«La importancia del acusado y de sus circunstancias ha sido exagerada por completo —empezó diciendo Janson—. El señor Worth había reconocido ciertas cosas, pero debe tenerse en cuenta su situación. Y debe ser visto por ustedes [el jurado] como autor de un único delito». Según informaba La Meuse, «el señor Janson dijo que la información proporcionada por la policía inglesa era una mera calumnia, que no debería haberse incorporado al procedimiento y que había cruzado el Canal para desacreditar a un hombre que nunca había recibido la menor condena por hecho alguno». Y cuando parecía que empezaba a entrar en el tema, Janson realizó un brusco alto en su alegato y repitió farfullando: «¡Worth no ha recibido nunca una sentencia condenatoria!», antes de terminar con unas palabras que sonaron a total abdicación: «El jurado debe ser indulgente con el acusado, por el bien de su esposa y de sus hijos». Sus últimas palabras se desvanecieron en un murmullo, y por fin tomó asiento.

El jurado había oído ya cinco horas de testimonios interesantes, aunque confusos, pero apenas le llevó unos minutos alcanzar un veredicto. Worth fue encontrado culpable de robo, según los cargos, y sentenciado a siete años de confinamiento en solitario con trabajos forzosos. El tribunal levantó la sesión a las cinco y Worth, intentando mantener la dignidad que aún le quedaba, abandonó la sala y fue conducido a la prisión de Lovaina, de infausta fama, para empezar a cumplir la sentencia.

## 21 CABALLERO CON GRILLETES

La vida carcelaria resultó inevitablemente dura para Worth, que se había ablandado con los años de vida muelle en Londres, pero le pesaba doblemente porque no tenía allí a Charley Bullard para hacerle compañía, y en cambio estaba Max Shinburn. Las autoridades habían accedido a reducir la condena del Barón como pago por su traición a Worth, pero aún le quedaba más de un año en la prisión de Lovaina. Con ocho años ya entre aquellas rejas, Shinburn era un poder fáctico en la cárcel de Lieja y se dedicó a hacer imposible la vida a Worth con la crueldad inhumana que algunos presos reservan siempre para sus compañeros de reclusión. Según los Pinkerton, Shinburn «había conseguido el favor de los funcionarios y mantenía una cierta posición de dominio sobre los demás prisioneros; su comportamiento era prepotente y tiránico, y hacía todo lo que podía para infligir daño a su antiguo amigo. Él fue la causa de numerosos castigos que recibió Worth»<sup>[643]</sup>. Éste no tardó mucho en ponerse al corriente de la traición del Barón. Shinburn nunca le había caído bien pero ahora, como principal víctima de su crueldad psicótica, sentía por él un odio visceral.

«Era un soplón permanente de lo que hacían todos y cada uno de los internos»,<sup>[644]</sup> explicaba más tarde, furioso. «El Barón era un esquirol de los guardianes»<sup>[645]</sup>. Era tal la influencia de Shinburn que incluso los carceleros le tenían respeto, pues pasaba informes de sus actividades al alcaide. En años posteriores, Worth terminaría por soltar espumarajos ante la mera mención de su nombre. «De todas las sabandijas despreciables que alguna vez han elegido por oficio el de ladrón, Max Shinburn era sin duda la peor de todas. Era la sabandija más completa y total que he conocido en la vida; carecía de cualquier asomo de hombría»,<sup>[646]</sup> declaró a Pinkerton. Y la hombría, o mejor aún la caballerosidad, era la cualidad que le resultaba más querida. «No había nada, del asesinato abajo, que Shinburn no estuviera dispuesto a hacer [...]. Era el cerdo más vil, despreciable y arrogante que haya vivido jamás»<sup>[647]</sup>. Worth, por lo general persona pacífica, terminó su comentario diciendo que «nunca se recuperaría»<sup>[648]</sup> de lo que le había hecho su antiguo socio, y que si algún día tenía ocasión lo mataría<sup>[649]</sup>.

Con Shinburn para hacerle la vida imposible y el lúgubre fantasma del difunto Charley por única compañía, Worth se hundió en la más negra depresión, que se ahondó cuando llegaron de Inglaterra noticias sobre el destino de su familia. Johnny Curtin, en una demostración de que era la persona vulgar que describiera Sophie Lyons, recompensó la lealtad de Worth y su negativa a confesar su nombre con la traición más inesperada. La señora Raymond había sabido por los periódicos que su marido, el respetable Henry Raymond, era en realidad Adam Worth, un hombre que había cometido toda clase de delitos imaginables, prácticamente, y que en aquel momento cumplía condena a siete años de trabajos forzados en una cárcel belga. Con

dos hijos pequeños y abandonada de repente por la sociedad respetable, la señora Raymond se sentía más que desgraciada, estaba histérica. Al parecer, la única persona dispuesta a ayudarla era Johnny Curtin, el solícito «socio comercial» de su esposo, el cual, fiel a su trato con Worth, había corrido a su lado. A lo largo de muchos meses, Curtin consoló a la angustiada y débil mujer, la tranquilizó con bebidas y láudano, se ocupó de llevar la mansión de Clapham, y por último la sedujo.

Probablemente los rumores de la intimidad ilícita entre su mujer y Curtin le llegaron a través de Sophie Lyons. Cuando constató la veracidad de la información se sintió indignado ante la debilidad de la mujer y la traición de su amigo<sup>[650]</sup>. Desenmascarado, encarcelado y ahora burlado, Worth veía los lamentables acontecimientos que tenían lugar en Londres, impotente para impedirlos. Curtin ya había usurpado el lugar de Worth en su lecho marital y ahora se proponía hacerse con el resto de sus propiedades. La señora Raymond resultó tan incapaz de defender su dinero como lo había sido de su virtud, pues al parecer no puso objeciones cuando Curtin se embolsó el importe de la venta de los caballos de carreras, la casa de Brighton, la mansión de Clapham y por último el Trébol, que fue adquirido por el aristócrata lord Lonsdale, quien «alojó al káiser en el mismo camarote en el que había estado oculta la pintura robada»<sup>[651]</sup>.

Y entonces, tan de repente como había aparecido en la vida de la mujer, Curtin voló llevándose consigo hasta el último penique de Worth.

Fue un golpe demasiado fuerte para la señora Raymond, para entonces convertida ya en una alcohólica que apenas coordinaba. Sin un penique, sin casa y desamparada por segunda vez en un año, «su mente cedió al peso de los remordimientos»<sup>[652]</sup> y fue recluida, balbuceante, en un asilo para dementes del que no volvió a salir. Los dos pequeños, un niño de seis años y una niña de tres, huérfanos ahora a todos los efectos, fueron enviados a vivir con John Worth y su mujer, en Brooklyn. Allí, según Lyons, «crecieron hasta hacerse adultos, desconocedores de la verdad acerca de su padre»<sup>[653]</sup>.

Cuando le llegó la noticia de la tragedia, Worth estalló de desesperación y de furiosa impotencia. Años más tarde seguía «muy amargado»<sup>[654]</sup> con el papel que había tenido Curtin en su vida, y rogaba al cielo que el resto de su vida «no tuviera nunca un día de suerte y diera con él»<sup>[655]</sup>. Obsesionado con su desgracia y atormentado por Shinburn, Worth se hundió aún más en la desesperación. Privado de la posibilidad de controlar los acontecimientos, su salud y su mente empezaron a deteriorarse. «El trato carcelario en Bélgica era brutal»,<sup>[656]</sup> le contaría a Pinkerton. Afectado de un catarro que le producía un gran dolor, el matasanos del hospital le efectuó una tosca intervención en la que «le operó la nariz por dentro»,<sup>[657]</sup> lo cual empeoró notablemente las cosas y dejó a Worth presa de violentas hemorragias nasales y de insufribles dolores de cabeza. «En una ocasión, cuando padecía la postración nerviosa, estuve tres meses seguidos en el hospital, e intentaron sacarme

de allí y no pudieron, y me lesioné la espalda con hierros candentes»,<sup>[658]</sup> le contó más tarde a Pinkerton. Su siguiente colapso lo envió al hospital de la prisión durante otros cuatro meses.

El preso tuvo por fin un breve alivio de al menos uno de los horrores de la vida en prisión cuando el sádico Shinburn, su principal torturador, fue finalmente puesto en libertad. Según el trato establecido antes del juicio de Worth, el «documento proporcionado por Max Shinburn al gobierno belga [...] aseguraba el encarcelamiento de Worth y la liberación de su autor»,<sup>[659]</sup> el principal chivato de la cárcel. Shinburn cumplió nueve años, «bastantes menos de los que señalaba la condena»<sup>[660]</sup>. Las autoridades belgas lamentaron casi de inmediato la decisión de poner en la calle a Shinburn, pues al cabo de pocos meses un juez instructor emitió otra circular en la que pedía que «todos los agentes de policía tuvieran la amabilidad de comunicarle cualquier información en torno al paradero de Shoenbein [Shinburn] para que se le halle y se pueda determinar de forma concluyente si este conocido delincuente ha estado en Bélgica recientemente»<sup>[661]</sup>.

Se proporcionó una descripción según la cual, mientras Worth se deterioraba rápidamente en la prisión de Lieja, el Barón, gracias a su doblez, había sobrevivido a la experiencia sin perjuicio visible en sus aires señoriales. «Siempre viste bien. Tiene un aspecto distinguido gracias a sus modales refinados. Su lenguaje es muy cortés y siempre se aloja en los mejores hoteles»<sup>[662]</sup>. Shinburn, de hecho, había abandonado Bélgica tan pronto como se vio en libertad, y después de una operación para eliminar el hoyuelo del mentón que lo delataba y con la esperanza de «borrar el rastro de su identidad mediante la concienzuda puesta en circulación de un rumor sobre su muerte en Bélgica», se instaló en Nueva York una vez más.

Shinburn no disfrutó de su libertad mucho tiempo, y ninguna operación de tosca cirugía plástica podía disimular su porte distinguido. De nuevo entre la comunidad de ladrones de la ciudad, empezó «a trabajar en pequeños bancos y oficinas de correos para conseguir el capital necesario para llevar a cabo sus planes para un robo más importante»<sup>[663]</sup>. Dos meses después se produjo el robo de veinte mil dólares de la caja del First National Bank de Middleburg, Nueva York. Los detectives de Pinkerton localizaron finalmente a Shinburn y empezaron a seguirlo, pero le correspondió a William Pinkerton llevar a cabo la detención personalmente, con la mayor repercusión pública posible. «En su residencia se encontró un juego completo de herramientas para el robo, ganzúas, llaves maestras y taladros de todas clases, una botella de nitroglicerina y una jeringa para introducirla en las rendijas de la puerta de las cajas fuertes, pistolas y calzado de suelas flexibles de goma y otros artículos utilizados por los ladrones —informaron los detectives—. Sin duda, Shinburn ha estado tramando un plan para un gran robo»<sup>[664]</sup>.

«La detención de Shinburne [sic] marca sin duda el principio del fin de su carrera»,<sup>[665]</sup> sentenció Pinkerton. La vieja herida de la pierna del Barón se había

infectado —últimamente estaba «obligado a utilizar un tubo de plata para drenar la pus que salía de la llaga»,<sup>[666]</sup> recordaba Pinkerton con repulsión—, pero a sus sesenta y dos años, el Barón no había perdido un ápice de estilo y seguía siendo «un hombre de ademanes suaves, de hablar pausado, afable, vestido con prestancia y con aspecto de extranjero acaudalado [...]. Es un conversador fluido cuando desea tratar cualquier tema»<sup>[667]</sup>. Pero esta vez su labia no podía ayudarlo. El Barón fue juzgado en Middleburg y sentenciado a otros cuatro años de cárcel. Perseguido por sus propios antecedentes delictivos, sería puesto en libertad al final del período para ser detenido otra vez, de inmediato, por otro delito anterior. Shinburn vivió lo suficiente como para lamentar su liberación anticipada de la prisión de Lovaina, pues pasaría los trece años siguientes en diversas cárceles norteamericanas, siempre entre enérgicas protestas de inocencia.

Worth, que no desconocía Schadenfreude, recibió complacido la noticia de la detención, juicio y encarcelamiento de Shinburn. Recordaba que estaba en su celda, «enfermo de los nervios»,<sup>[668]</sup> cuando uno de los guardianes, que también había padecido las tendencias sádicas de Shinburn, acudió a darle la «gran noticia [...] de que Pinkerton había capturado al gran Shoenbein, alias Shinburn»<sup>[669]</sup>. Como relataría más tarde a Pinkerton, «la información le hizo más bien que todos los médicos y todos los remedios a los que pudiera acudir»<sup>[670]</sup>.

El pérfido Curtin también recibió su merecido al poco tiempo. Tras haber seducido a la esposa de Worth y haberse quedado con su dinero, Curtin se había instalado en Woburn Place, bajo una identidad y un nombre falsos; allí fue detenido en mayo por dos detectives de Scotland Yard como sospechoso de una serie de delitos por resolver. «Un conocido delincuente llamado John Curtin, que al parecer usa peluca, fue acusado de incomparecencia ante las autoridades según la ley de Prevención de la Delincuencia»,<sup>[671]</sup> informaba el Daily Telegraph. «En un cajón de la habitación del detenido se encontró un revólver de seis balas, cargado, y algunas joyas»,<sup>[672]</sup> probablemente restos de las propiedades de la pobre señora Raymond, loca y desposeída. Worth llegó a tener noticia del merecido final que había encontrado Curtin. Pero todas las alegrías que le llegaban tenían corta vida y así, al cabo de un año, recibió otro cruel golpe psicológico con la noticia simultánea de que las dos musas que habían inspirado su vida, negra pero poética, habían muerto.

La monumental Marm Mandelbaum, que había enseñado a Worth los fundamentos de lo que podría llamarse delincuencia de cuello blanco, había seguido prosperando enormemente como reina del corral de los ladrones de Nueva York. Gran parte de las propiedades saqueadas durante el gran incendio de Chicago de 1871 había tomado el camino de sus almacenes y luego había salido de ellos, dejándole pingües beneficios. Pero ni siquiera los abogados corruptos, Howe y Hummel, habían sido incapaces de ayudarla cuando, en 1884, uno de los pocos fiscales honrados de la ciudad, Peter B. Olney, decidió que había que dar fin a su reinado. Con la ayuda de

los Pinkerton, Olney le tendió una trampa con ciertas sedas que Marm había señalado como objetivo a su corte de ladrones. En el registro de sus «oficinas», los detectives hallaron no sólo la seda robada sino también pruebas suficientes para apartarla de la circulación para siempre. «Parecía imposible que pudiera haber tanta riqueza junta en un lugar —informaba un reportero—. Había ropa suficiente para abrigar a un ejército, y baúles llenos de piedras preciosas y objetos de plata. Junto a una pared se apilaban los muebles antiguos, y bajo unos periódicos se guardaban unos lingotes de oro procedente del fundido de los engastes de las joyas. También había balanzas de todas las formas y medidas para pesar diamantes»<sup>[673]</sup>.

Al cabo de unas horas, «el fiscal de distrito presentó vanas órdenes de detención, acusándola de robo de mayor cuantía y de receptación de bienes robados»<sup>[674]</sup>. El juicio se fijó para diciembre de aquel año. En libertad bajo fianza de veintiuna mil libras, Marm dio instrucciones a Bill Howe para que la sacara del lío a base de sobornos, pero esta vez el abogado se mostró pesimista. Ciertos elementos reformadores —e insólitamente honrados— se habían apoderado del gobierno de Nueva York, y las cosas estaban tomando un manifiesto mal cariz, explicó Howe. Así pues, Marm Mandelbaum hizo las maletas, y al parecer escapó con más de un millón de dólares a Canadá. Los Pinkerton no tardaron en seguir su pista hasta Toronto, pero, según las leyes de extradición, allí era intocable, y la oronda dama acudió la mar de feliz al banco, sobre todo después de que «su agente consiguiera transferir a su cuenta la propiedad que había utilizado como fianza, mediante documentos caducados»<sup>[675]</sup>.

A principios de 1894, después de diez años de exilio dorado, la poderosa Marm Mandelbaum, que había alcanzado unos heroicos ciento cincuenta y cinco kilos de peso, falleció finalmente a la edad de setenta y seis años. El inmenso féretro de Fredericka fue transportado, con considerables dificultades, de vuelta a Nueva York, donde fue enterrado con toda la pompa de que era merecedora una mujer de tan sorprendentes dotes delictivas. Según se dijo, a varios de los asistentes les volaron las carteras durante el funeral.

Marm Mandelbaum había sido la primera inspiración y el modelo en que había querido reflejarse Worth, y su muerte lo afectó profundamente. Pero más abrumadora resultó aún la noticia de que Kitty Flynn, su Turquesa, de la que no sabía nada desde hacía años pero de quien —si hay que dar crédito a Sophie Lyons, a los Pinkerton y a todos sus socios criminales— siempre había mantenido un cálido recuerdo, había fallecido en Nueva York el 13 de marzo de 1894, a la edad de cuarenta y un años, de una nefritis. La suya había sido una vida realmente notable, y los periódicos de Nueva York compitieron en titulares en su necrológica: «EMPEZÓ COMO CAMARERA»<sup>[676]</sup> pregonaba el New York World «Fallece Kate Louise Flynn Bullard Terry, dejando millones a sus tres hijas. DOS DE ELLAS SON HIJAS DE UN LADRÓN. La historia de la vida aventurera de una chica bonita y su boda final con un potentado azucarero».

Kitty estuvo enferma varias semanas, y finalmente se apagó en silencio en su casa

de la calle 74 Oeste, 102. Sus hijas, que estaban en París con sus tíos, Emilio y Francisco Terry, fueron llamadas por el médico, el doctor Clark Wright, pero todavía estaban «en el océano» cuando Kitty exhaló su último suspiro. Juanita Teresa, la hija de ocho años de Juan Pedro, era ahora heredera de unos cinco millones de dólares, mientras que «las dos mayores, hijas del ladrón bígamo [...], heredarán alrededor de un millón»,<sup>[677]</sup> según cálculos del periódico.

Sin embargo, al leer el testamento de Kitty, las cosas resultaron bastante distintas: Juanita, como señalaba su madre en su última voluntad, «ya estaba bien cubierta»,<sup>[678]</sup> pero todas las propiedades a dividir entre las hijas mayores, una vez saldadas las deudas pendientes, apenas ascendían a cinco mil dólares. Kitty había conseguido gastar más de un millón de dólares en menos de ocho años y había muerto casi tan pobre como había empezado. Según una fuente, el resto de su fortuna fue «derrochado [...] en caprichos y ropas finas»<sup>[679]</sup>. El despilfarro del legado de Juan Pedro Terry fue un acto de libertinaje por todo lo alto, muy propio de aquella gran dama hecha a sí misma, que habría tenido la completa aprobación de su último marido y de su antiguo amante. A pesar de no haberles dejado prácticamente nada, las hijas mayores no pasaron hambre. Lucy Adeline, ya con veintitrés años, fue nombrada tutora de Juanita por el tribunal testamentario. Con el tiempo, tanto ella como Katherine Louise harían excelentes bodas y se convertirían en damas de sociedad, algo que su madre siempre había aspirado a ser.

La determinación de Kitty de inventarse y reinventarse a sí misma había sido lo primero que había conquistado a Worth. Era una comunión de espíritus que estaba en lo más profundo del único asunto amoroso humano que Worth había conocido en su vida. Juntos habían emergido de la nada para convertirse en personas acaudaladas, porque tanto él como Kitty se habían hecho un lugar en el mundo con el dinero de otros. Vivieron en una época en que la apariencia contaba más que la esencia. Pese a su esnobismo ya la estratificación social, la era victoriana fue un tiempo en que una criada podía llegar a princesa, y un golfillo callejero llegar a príncipe. Kitty Flynn y Adam Worth se habían construido una posición refinada, con casas, caballos, yates y joyas, al igual que un pintor reproduce la fantasía con tela y pintura. Kitty obtuvo el dinero casándose con él; Worth, robándolo. Pero en muchos aspectos eran idénticos, conspiradores que colaboraban en el gran fraude de la moral victoriana y las apariencias.

Sin embargo, había en Kitty una integridad de la que Worth, como tantos Victorianos, carecía visiblemente. Worth había conseguido convencer a todos, incluso a sí mismo, de que su vasta riqueza lo hacía una persona mejor, un ser moralmente superior, incluso aunque los medios para conseguirla fueran descaradamente deshonestos. Kitty había mostrado la misma voluntad férrea en su determinación por alcanzar la cima mediante la utilización de sus manifiestos talentos y, aunque ello la había llevado a relacionarse con ciertas compañías poco recomendables, no había mentido, engañado ni robado para llegar a ella. Como Georgiana, la duquesa de



Devonshire, Kitty se había mantenido fiel a su imagen turbulenta y no le había importado un ápice lo que opinara el mundo. Tal sinceridad personal era incomprensible para Worth, y tal vez fue la causa de que él la amara —y la envidiara— hasta más allá del día de su muerte.

Kitty Flynn, la chiquilla de los barrios pobres de Dublín, fue enterrada en el mausoleo de la familia Terry, en el cementerio de Green Wood, en Brooklyn, el más exclusivo de Nueva York, con una vista soberbia del puerto hasta los rascacielos de Manhattan. «La ambición del neoyorquino es vivir en la Quinta Avenida, tomar el aire en el Central Park y dormir con sus padres en Green-Wood»,<sup>[680]</sup> señaló el New York Times en cierta ocasión. Kitty habría estado encantada con su lugar de reposo eterno; nunca había disimulado sus deseos de distinción y de hacer todo lo que fuera necesario por alcanzarla. Se había sacado de encima a los marineros en Liverpool, había bailado con descuidados y ladrones en París, había flirteado con los solteros ricos de Manhattan y había terminado por convertirse en una reina de la sociedad, encantadora y litigante, la más rica de las ricas, compañera de príncipes, magnates y millonarios, pero siempre había sido la misma en su fuero interno. Y ahora la muchacha irlandesa de ojos alegres yacía allí, en Green-Wood, riéndose de todos ellos. Sus vecinos de su última morada eran ilustres: no lejos de la suya está la tumba de Lola Montez, otra famosa consorte entre cuyos amantes se contaron Franz Liszt, el rey Luis I de Baviera y Alexandre Dumas. Pero uno de los vecinos más próximos en el enorme cementerio es Henry J. Raymond, fundador del New York Times y sólido pilar de las fuerzas vivas, cuyo buen nombre le había sido robado a perpetuidad por el amante malhechor de la mujer.

«Había vivido tan intensamente como para hacer envejecer, antes de acabar su juventud, a la mayoría de las mujeres»,<sup>[681]</sup> dijo de ella el New York Herald. De todos modos, Kitty se había mantenido joven.

Muchos años antes de su muerte, Adam Worth había perdido a su amante y pareja espiritual en su extraña danza y, aunque Kitty lo hubiera desdeñado, él quizás había conservado algo de ella en el retrato de Gainsborough que reflejaba su mirada decidida y firme. Ahora, con su fallecimiento, se rompía el último hilo del encaje. Su esposa había muerto, su amante y sus amigos también, y sus hijos estaban al otro lado del océano. Los caballos, yates, libros, muebles, sus colegas de cacería y sus conocidos respetables habían desaparecido también, junto con su salud y sus fuerzas, y lo único que le quedaba, aunque no lo podía mostrar, era un cuadro soberbio que acumulaba polvo en un lejano almacén, un cuadro tan encarcelado como él mismo.

Worth terminaría por pasar a la inmortalidad literaria en la figura del profesor Moriarty de las aventuras de Sherlock Holmes, pero su compañera también tuvo su hueco en la cultura popular. La historia de cómo Kitty Flynn alcanzó Hollywood después de muerta es casi tan rocambolesca como la de su propia vida. En 1945, medio siglo después de que Katherine Louise Flynn Bullard Terry recibiera eterno descanso, vio la luz Kitty, la última novela romántica de Rosamund de Zeer Marshall,

autora de libros de grandes emociones y de escenas apasionadas.

Kitty es una obra muy extraña. Da la impresión de que la autora absorbió muchos de los elementos de la historia del robo del cuadro, dejó que se filtrasen en su cabeza y finalmente los organizó en un relato de ficción a su manera. El libro es un híbrido, o quizás un mestizo, entre verdad y ficción. La Kitty de Marshall es una especie de cruce entre Pigmalión y *Pretty Woman* del siglo XVIII. Está escrito en primera persona y abunda en pechos anhelantes, sedas rasgadas, corsés apretados, lluvias de besos y, en cumplimiento de alguna norma inmutable de la literatura romántica, en encuentros sexuales cargados de eufemismos cada docena de páginas.

«Esa piel de satén que tienes cubre un armazón de acero al temple; esa carne suave es firme como la de un joven bulldog»,<sup>[682]</sup> comenta jovial y afable Thomas Gainsborough cuando encuentra a la supuesta Kitty, huérfana y prostituta del East End de Londres, en Pall Mall, hacia 1785. En lugar de dar rienda a sus bajos instintos con ella, como espera la hermosa Kitty, Gainsborough la pinta en un retrato. A través del pintor, la muchacha conoce «al atractivo y diabólico Hugh Marcy»,<sup>[683]</sup> un joven que, carente de la delicadeza de Gainsborough, se acuesta con ella de inmediato y sigue haciéndolo, a intervalos, durante las doscientas páginas siguientes. *Sir Hugh* — dado que es noble— promete convertir en duquesa a su muchacha de la calle.

Kitty pregunta a una de sus compañeras de oficio:

«—¿Qué es una duquesa?

»—Esas señoras que van en carruaje y llevan plumas en la cabeza —explica la otra.

»—¿Y cuándo llevaré yo plumas en la cabeza y pasearé en coche?»<sup>[684]</sup>

Como era de esperar, bajo las directrices de *sir Hugh* aprende a comportarse como una dama mientras, en palabras de Kitty, «la feminidad florecía en mis pechos hinchidos y en mi piel fina y clara»<sup>[685]</sup>. Ni siquiera *sir Hugh* consigue resistirse a la belleza que ha creado, y se enamora: «Maldita sea, Kitty —confiesa—, me tienes suspirando por ti como un escolar desquiciado por su primer amour»<sup>[686]</sup>.

Kitty se casa primero con un rico ferretero, el cual muere oportunamente, y luego con el anciano terrateniente Roy Fitz-Alen, marqués de Ruthyn, conde de Lonmore, barón de Harden y, por encima de todo, vigésimo tercer duque de Malminster... quien también muere en el momento más adecuado, dejando a Kitty como duquesa de Malminster, dueña de una riqueza apabullante y reina soberana de la sociedad aristocrática. El matrimonio con un duque no impide sus encuentros con *sir Hugh*, en parte porque al viejo duque ya no le queda mina en el lápiz, pero sobre todo porque a ella le apetece (y naturalmente porque así lo quiere Rosamund Marshall, la autora): «La caricia aterciopelada de su beso fue como si un millón de labios tocaran mi cuerpo desnudo [...]. Apartó los profundos pliegues de la ropa y me contempló y recorrió con un dedo mi piel, desde los pechos hasta el ombligo, despacio...»<sup>[687]</sup>. Y así continúa.

Kitty se ve involucrada en política como reformadora whig, y Thomas Gainsborough —«Llámame Tom, sin más»—<sup>[688]</sup> vuelve a pintarla, esta vez como duquesa, «una ninfa moderna en un claro de bosque»<sup>[689]</sup>. El propio Gainsborough está asombrado ante su transformación: «Eres con mucho el más espléndido de mis temas<sup>[690]</sup>», le dice. Todo Londres está intrigado con la hermosa duquesa y su retrato, pero corren los rumores y «las mentiras descaradas se difunden de boca en boca como un incendio».

«Vaya ascenso para Kitty —se mofa *sir* Hugh, celoso—. Del arroyo a la antecámara real. ¿Quién sabe? El joven Jorge, que algún día reinará, tiene buen ojo para la belleza femenina...». Y por si no lo hemos entendido, la autora le hace explicar al modisto francés de Kitty, imitando su acento con una comicidad incomparable: «*Solo existe otga belleza que pueda compagagse con la de la señogita Gordon —el apodo de soltera de Kitty—... y es la pgopia duquesa de Devonshire*»<sup>[691]</sup>.

Kitty se enamora finalmente de un tal Brett, lord Mountford, que de joven posó, nos cuenta la autora, para el retrato de Gainsborough El muchacho de azul. *Sir* Hugh somete a chantaje a la mujer y desaparece por fin camino de Constantinopla. Kitty se casa con Brett, quien por supuesto es «todo un hombre»<sup>[692]</sup>.

«Me despojé del camisón —nos cuenta Kitty—, y me puse el deshabillé para la noche de bodas, una breve prenda de gasa verde pálido»<sup>[693]</sup>.

Y afortunadamente eso es todo.

Publicada en los últimos meses de la guerra, Kitty contribuyó a mantener calientes los hogares —y es de esperar que los cuerpos también— y alcanzó ocho reimpressiones, una cifra asombrosa. La novela es, desde luego, una de las peores obras de ficción jamás escritas en cualquier idioma, pero el vaporoso esfuerzo de la señora Marshall dio lugar a una película del mismo título que se ha convertido en un clásico. Kitty, producida por Paramount Pictures y dirigida por Mitchell Leisen, lanzó la carrera de Paulette Goddard en el papel de protagonista. Como escribe el biógrafo de la actriz, «se invirtió mucho esfuerzo para transformar a Paulette en la Kitty golfilla de la calle del siglo XVIII que se convierte en duquesa»<sup>[694]</sup>. La gran actriz norteamericana «tuvo que pasar un tiempo hablando únicamente con acento cockney, desde el desayuno hasta que se acostaba»<sup>[695]</sup>. En manos de los guionistas Darren Ware y Karl Turnberg, las imágenes tópicas de Rosamund Marshall se hicieron más claras, más divertidas y mucho más sutiles. Ray Milland interpreta a un *sir* Hugh atractivo pero despreciable, y Cecil Kellaway, en el papel de Gainsborough, resulta bastante menos insoportable de lo que uno podría esperar. La película compitió con éxito frente a las mejores producciones de la 20<sup>th</sup> Century Fox y obtuvo unos enormes «ingresos de tres millones y medio de dólares brutos de recaudación»<sup>[696]</sup> cuando se estrenó en el teatro Rivoli el 31 de marzo de 1946. Las críticas fueron espléndidas: «Paulette Goddard ha actuado con un temperamento ardiente, a tono con

su belleza arrebatadora, en el papel protagonista [...] aporta a la obra el toque adecuado de romanticismo irónico»<sup>[697]</sup>. Para las fotos publicitarias, Paulette Goddard posó con un enorme sombrero de plumas y una rosa en cada mano en una parodia directa de la duquesa original de Gainsborough, que venía a demostrar una vez más la extraña perdurabilidad de la imagen.

El argumento de Kitty, precursor de *My Fair Lady* y de una retahíla de otras versiones de Pigmalión, es hoy muy conocido. Por muchos cambios que Hollywood y la mente enfebrecida de la señora Marshall pudieran efectuar en el relato, no hay duda de que Kitty habría seguido con interés y se habría reconocido en la historia de la niña pobre que se convierte en gran dama gracias a un hombre malvado al que ama, que la conduce y la explota.

## 22 LE BRIGÁND INTERNATIONAL

El 24 de julio de 1893, la Pall Mall Gazette anunciaba bajo destacados titulares la solución a «diecisiete años de misterio»<sup>[698]</sup>.

«Hoy estamos en condiciones de arrojar alguna luz sobre el misterio del siglo y de anunciar novedades acerca del celebrado retrato que Gainsborough le hizo a Georgiana, duquesa de Devonshire, la hermosa y astuta duquesa a cuya fascinación rindieron tan cálido tributo Walpole y otros escritores de la época», empezaba el artículo, antes de pasar a contar la sensacional subasta, el robo y la desaparición del cuadro.

«Todo eso sucedió hace muchos años —continuaba el redactor en vena prolija—, y el destino del cuadro de Gainsborough amenazaba con seguir eternamente tan nebuloso como el autor de las Cartas de Junio o como el hombre de la Máscara de Hierro. Pero un hombre con una máscara de tela de saco acaba de hacer una revelación acerca de ese retrato de la bella Georgiana. Un preso de la cárcel de Lovaina, con la caperuza que es el distintivo penal en las prisiones belgas, ha sido entrevistado por un reportero de la Pall Mall Gazette, a quien dicho preso ha confesado que fue él quien penetró en la galería de los señores Agnew y robó el cuadro aquella noche memorable [...]. El nombre de esa sabandija era Adam Wirth [sic], que no es otro que el afamado ladrón que se ha ganado el destacado sobrenombre de Le Brigand International».

Había en todo esto cierta dosis de licencia periodística por parte de la Gazette. No es que Worth hubiera confesado sino que había caído en una trampa. El mes de mayo anterior, «un hombre llamado Marsend acudió a la cárcel de Lovaina provisto de un pase oficial que lo autorizaba a ver a Wirth. Las autoridades carcelarias lo tomaron por un detective»<sup>[699]</sup>. Worth, por el contrario, pensó que Marsend era un abogado que podía ayudarle a salvar parte de su fortuna de la codicia del traidor Curtin y consideró que su visitante era «un hombre de negocios que había acudido, simplemente, a arreglar algunas cuestiones pendientes entre el reo y su esposa, que vivía en Inglaterra»<sup>[700]</sup>. En realidad, parece ser que Marsend era un periodista por cuenta propia de una moralidad más que dudosa a quien alguien había puesto sobre la pista del pasado de Worth y había acudido con la esperanza de que el preso reconociese su participación en el asunto del Gainsborough. El visitante tuvo éxito, al menos en parte. Worth, privado de compañía tanto tiempo, al parecer se mostró insólitamente locuaz en sus recuerdos del robo del cuadro y sobre otros detalles de su vida. Incluso así, aquello tenía muy poco de *mea culpa* y la Gazette tuvo que reconocer, cuando apareció publicado el trabajo de Marsend, que Worth «había confesado sólo una serie de hechos circunstanciales [...] y todavía no estamos en posición de poner a prueba su confesión»<sup>[701]</sup>.

Como dejó escrito más adelante Sigismund Cust, director de la Pall Mall Gazette,

Marsend y otro hombre se habían presentado diciendo «que tenían una pista sobre el paradero del cuadro»,<sup>[702]</sup> que estaban dispuestos a vender. Afirmaron falsamente que estaban trabajando «en colaboración con Agnew»<sup>[703]</sup> y también que habían conseguido la entrevista con Worth «a través del intermediario del Ministerio de Asuntos Exteriores»<sup>[704]</sup>. Cust «entregó cierta cantidad a cuenta a los dos hombres y les prometió más cuando presentaran el cuadro»,<sup>[705]</sup> cosa que le aseguraron que estaban en condiciones de hacer. El director sacó entonces la pluma y se puso manos a la obra hasta convertir la información que le proporcionaban Marsend y su cómplice en material publicable. Como relató más tarde Cust a Agnew, «su principal propósito al entrar en el asunto era conseguir lo que llamó "tirada" para el periódico. Aunque, naturalmente, estaría encantado si con sus esfuerzos conseguía la devolución del cuadro»<sup>[706]</sup>.

El artículo finalizaba con una típica exageración periodística: «Worth ha prometido completar con más datos la información que ya ha facilitado, lo cual nos permitirá, en fecha no lejana, decir con mayor margen de seguridad si la confesión es auténtica o no»<sup>[707]</sup>.

Worth no había prometido tal cosa, por supuesto, y cuando apareció el artículo se dio cuenta, aunque demasiado tarde, de que le habían tomado el pelo. La detención y desenmascaramiento de Worth había causado cierta sensación el año anterior, pero la revelación de que el hombre que había pasado por Henry Raymond era también el autor del robo del Gainsborough reavivó la historia con una venganza. El señor Cust, había hecho sus deberes y, aunque su prosa era a veces algo ampulosa, su información era en gran medida acertada y describía con detalle la mayoría de los delitos perpetrados por Worth durante los veinte años anteriores, su detención en Lieja y su incómoda situación presente.

«Hizo su entrada en el mundo del delito con el arrojo de un Alejandro dispuesto a convertirse en emperador en el reino de los ladrones y a conquistar cualquier esfera delictiva [...], se embarcó en un mar de extravagancias y de despilfarro, al tiempo que ocultaba el cuadro de Gainsborough como quien cierra bajo llave acciones sin cotización. Adquirió una costosa vivienda en Piccadilly y la amuebló con el gusto que había adquirido en sus frecuentes visitas a las lujosas mansiones durante la práctica de su profesión de ladrón, mantuvo un carruaje y un par de caballos de tiro y organizó pequeñas reuniones sociales para ir de pícnic por el río en embarcaciones de vapor, su diversión favorita»<sup>[708]</sup>.

El autor se preguntaba por qué se habría resistido Worth a separarse de su valioso Gainsborough, y llegaba a la conclusión de que simplemente no había querido arriesgarse. «Un cuadro de este tipo, a diferencia del botín que el crisol puede hacer irreconocible al instante, no podía llevarse a ningún mercado, so pena de ser detenido de inmediato. Así fue como el ladrón se encontró poseedor de una fortuna que no podía convertir en dinero efectivo, de una lámpara de Aladino que no sabía emplear,

de una cueva de riquezas de la que ignoraba el ¡Ábrete, Sésamo!».

Sin sospechar en ningún instante que Worth pudiera haber tenido otras razones para guardar el cuadro y consciente de que no era probable que nadie contradijera sus palabras, el autor daba rienda suelta a su imaginación: «De vez en cuando el cuadro, enterrado bajo una capa de suciedad, se alzaba en su recuerdo y le producía una terrible zozobra, pues la posesión de la pintura era una amenaza permanente para su seguridad [...] intentó olvidar su existencia, deseoso de abandonarla, pero no se atrevió a destruir algo que podía ser tan valioso».

No es de sorprender que la historia provocara lo que hoy llamaríamos una lucha por la exclusiva y que la información de la Pall Mall Gazette fuera reproducida en periódicos y revistas de todo el país. Algunos se mostraban dubitativos: «No se ha dicho nada acerca del paradero actual del cuadro —señalaba el Daily Telegraph—. Hasta que se facilite tal información, mantendremos nuestro escepticismo»<sup>[709]</sup>. El Bath Herald apuntaba en la misma dirección: «Los señores Agnew creerán sin duda la verdad de la historia cuando vuelvan a tener la pintura en su poder<sup>[710]</sup>».

Un escritor del New York Sun elevaba su prosa a niveles casi eróticos y fantaseaba con que Worth había robado el retrato «para adorar en secreto a la sensual duquesa»<sup>[711]</sup>. El anónimo redactor, que no iba muy desencaminado, al darse cuenta de que quizá se estaba excediendo, continuó con una prosa menos hinchada y concluyó, sobre la base de la inexistencia de información concreta, que Worth «había utilizado el vil cuchillo por el mero gusto del saqueo. Su recompensa no sería una pasión gratificante, impía pero artística, sino un trofeo de escoria»<sup>[712]</sup>.

El Manchester Courier sugería que «la historia puede ser cierta o no pero no es un delirio improbable»<sup>[713]</sup>, y se preguntaba si Worth, caso de ser realmente el ladrón, no sería también un romántico «acosado durante las noches de insomnio en la celda por visiones del rostro encantador de la duquesa robada<sup>[714]</sup>», que ahora podía «descargarse de un gran peso<sup>[715]</sup>» y aliviar su conciencia accediendo a devolverlo: «Como el bribón ha sido una especie de artista en su género, tal vez sienta cierto respeto por los logros artísticos de otros hombres más nobles»<sup>[716]</sup>.

Efectivamente, Worth estaba fascinado por la duquesa y atado a ella; y sí, en cierto modo era un artista, pero no tenía la menor intención de devolver el retrato. Atrapado, envuelto en una reputación cada vez peor y rabioso por haber sido tan incauto al tratar con Marsend, Worth sólo concedió una entrevista después de la oleada de publicidad en la Pall Mall Gazette. Acudió a un periódico local, el Independence Belge, en el cual afirmaba que todo el asunto había sido una mera broma por su parte. Worth insistió en que «en el curso de la entrevista, Marsend empezó a hablar del famoso cuadro que fue robado hace diecisiete años [y] al ver el interés que mostraba el visitante en el tema, pensó que sería interesante tomarle el pelo, por lo que contó a Marsend que conocía a los receptores de la pintura y que él mismo poseía en Inglaterra una copia reducida»<sup>[717]</sup>. También aparentó que estaba

muy sorprendido y que le divertía enormemente que Marsend y la Pall Mall Gazette se hubieran tragado la historia. De hecho «le dio un ataque de risa»,<sup>[718]</sup> para satisfacción del entrevistador belga.

Era un farol muy elaborado y el periodista del Indépendance Belge se lo tragó. «Parece seguro —exponía el periódico— que la historia del Pall Mall es el resultado de una simple broma, que el secreto de la famosa pintura no está en Lovaina y que el mundo del arte debe renunciar a la recién renacida esperanza de volver a ver una de las obras maestras más admirables de la pintura inglesa<sup>[719]</sup>».

Pero no todo el mundo quedó tan convencido, ni mucho menos. «Aún sigo convencido de que Worth tiene en su poder el Gainsborough»,<sup>[720]</sup> escribió Robert Pinkerton a su hermano.

La Gazette, en la auténtica tradición de Fleet Street, defendió su historia en la siguiente edición. «Ciertos periódicos, aunque aprovechan en sus columnas de noticias la repercusión de nuestro artículo sobre Adam Wirth [...] han descubierto, en cambio, en nuestro informe, indicios de que la confesión no merece credibilidad<sup>[721]</sup>». C. Morland Agnew, el hijo de *sir* William, reconoció en una entrevista que el preso Worth era el principal sospechoso. «Recientemente, nuestra firma ha efectuado negociaciones con personas que actúan en nombre de Wirth con vistas a la restauración de la pintura —informaba la Gazette—, y las negociaciones siguen en curso»<sup>[722]</sup>. Forzando bastante la verdad, el joven Agnew afirmaba que «desde que se produjo el robo habríamos podido recuperar el cuadro en varias ocasiones»,<sup>[723]</sup> de no ser por la sensata decisión de no planificar la recuperación del cuadro sin la captura del ladrón. «Las negociaciones para la devolución del cuadro no incluyeron en ningún momento la liberación del preso. Ni pensar, claro está, en continuar unas negociaciones de tal tipo»,<sup>[724]</sup> protestó Morland, hipócrita.

El propio William Agnew fingió ignorancia cuando fue preguntado acerca de la historia de la Pall Mall Gazette, pero todo el episodio del Gainsborough aún le escocía intensamente, en parte porque todavía le costaba dinero. Pocos años antes, en 1887, se había visto obligado a satisfacer la deuda de mil quinientas guineas con el grabador Samuel Cousins, a la muerte de éste, «aunque el cuadro no fue grabado nunca, a causa del robo»<sup>[725]</sup>.

«Puede que el rumor tenga algo de cierto [...] pero personalmente no sé nada del asunto»,<sup>[726]</sup> declaró al New York Sun, que a continuación añadía que «el señor Agnew expresó su escepticismo». Tras tantas falsas alarmas, el tratante de arte «se tomó la noticia con la tranquila indiferencia de quien ve a un viejo amigo en traje de verano»<sup>[727]</sup>. Sin embargo, Agnew no estaba tranquilo ni indiferente. De hecho, la historia de la Gazette y de sus consecuencias había provocado un nuevo acceso de actividad en Bond Street y en Scotland Yard cuando una serie de personajes más o menos turbios —algunos de ellos antiguos socios de Worth— emergió de las sombras con la pretensión de mediar con el preso. En palabras de *sir* William: «Diversos



personajes misteriosos acudieron a verme con la historia de que se creían en condiciones de llegar al cuadro<sup>[728]</sup>», pero cada entrevista terminaba invariablemente en la petición de veinte a cincuenta libras, «para cubrir los gastos iniciales de las pesquisas». Marsend incluso intentó rentabilizar su exclusiva, y una vez más «envió a las autoridades belgas una petición para entrevistarse con el preso Wirth, pero los funcionarios declinaron concederle el permiso si el señor Marsden [sic] no presentaba un documento acreditado del señor Agnew expresando su deseo de que se efectuara tal entrevista»<sup>[729]</sup>. Otro hombre, un tal McLeod, se ofreció también como intermediario a cambio de una comisión. Este McLeod, escribió Morland Agnew, afirmaba «ser colega de Wirth y [...] conocer todo lo relativo al cuadro, y ahora está acosándome para que le dé dinero para ayudar a Wirth»<sup>[730]</sup>. McLeod fue enviado con viento fresco.

A lo largo de todo el año 1893, se sucedieron las cartas entre Scotland Yard, Agnew y diversos bribones que olfateaban un negocio. Ninguno lo consiguió, por la sencilla razón de que Worth se negó rotundamente a tratar el asunto. Firme en su versión de que todo aquello había sido una broma malinterpretada, rechazó cualquier entrevista con Marsend, McLeod, las autoridades belgas, *sir* George Lewis «o cualquier otro»,<sup>[731]</sup> una postura que mantuvo resueltamente durante el resto de su condena. «Nadie podía hacer nada»,<sup>[732]</sup> se lamentaba un empleado de Agnew.

Avanzado el verano, el superintendente Shore acudió a visitar a Morland Agnew en la galería de Piccadilly. Venía con el ánimo abatido. «Sin duda, el cuadro podría haberse recuperado y estaba a punto de serlo»,<sup>[733]</sup> le dijo al tratante, pero era imprescindible la colaboración del propio Worth. «Shore dejó claro que las autoridades sabían con certeza desde hacía cierto tiempo que Worth, ahora encarcelado, era el ladrón —escribió Agnew—, pero que a la policía le resultaba absolutamente imposible aportar prueba alguna y que tampoco podía proceder contra nadie que estuviera en posesión del cuadro bajo la acusación de tenencia de bienes robados. El golpe se produjo hace diecisiete años y sería totalmente imposible proceder contra nadie».

Worth no podía ser obligado a entregar el cuadro, explicó Shore. Sólo cabía convencerlo para que lo hiciera. «No había nada que hacer»<sup>[734]</sup>.

## 23 ALIAS MORIARTY

El profesor James Moriarty, uno de los antihéroes más memorables de la literatura, vino al mundo en diciembre de 1893, cinco meses después de que se descubriera la existencia delictiva de Adam Worth.

El público lector inglés encontró aterrador al tiempo que irresistible el relato de los delitos de Worth en la *Pall Mall Gazette*. Un bribón tan hábil que se movía entre la alta sociedad sin ser detectado, que viajaba por el mundo como un hombre de fortuna mientras se dedicaba a coordinar su imperio delictivo, pero que siempre conseguía escapar «de las garras de la policía»<sup>[735]</sup>. Esta imagen tenía un morbo añadido en una época en que la dualidad de la naturaleza humana, gracias a Darwin, era tema de acalorado debate. Así como el ladrón acechaba bajo la capa de respetabilidad de un caballero, también el lado animal de la naturaleza humana, deliciosamente pecaminoso y bestial, coexistía con la naturaleza más refinada y civilizada de la persona. Adam Worth Le Brigand International, era un personaje salido directamente de la ficción victoriana y de hecho era allí adonde se encaminaba. La *Pall Mall Gazette* le había proporcionado fama; *sir* Arthur Conan Doyle haría eterna tal notoriedad.

No hay duda de que Conan Doyle se basó en la carrera de Adam Worth para su retrato del profesor Moriarty, el genio del mal y encarnizado enemigo de Sherlock Holmes, si bien algunos aspectos del carácter de Moriarty están extraídos sin duda alguna de diversas fuentes: al parecer, su capacidad matemática era un homenaje a uno de los amigos de Doyle, el general de división Drayson; algunos afirman que el «filósofo abstracto» criminal es una referencia a Friedrich Nietzsche, basada en una errónea lectura de dicho filósofo como arquitecto del totalitarismo racista, y raíz por tanto de todo mal. Se cree que el nombre escogido por Conan Doyle para este genio del crimen hace referencia a un tal George Moriarty, un malhechor londinense que apareció brevemente en los periódicos en 1874; por su parte el autor compara a Moriarty con Jonathan Wilde, un delincuente del siglo XVIII.

Pero la principal inspiración de Conan Doyle fue Adam Worth, y así lo expresó a algunos. «El original de Moriarty era Adam Worth, que robó el famoso cuadro de Gainsborough en 1876 y lo mantuvo oculto durante un cuarto de siglo, pero incluso este maestro del delito podría haber recibido lecciones del Moriarty de Holmes y Watson, una figura de enorme malevolencia y dotado de recursos colosales»,<sup>[736]</sup> escribió Vincent Starrett, uno de los primeros y más fiables estudiosos de Sherlock Holmes. En una nota al pie, Starrett añade: «Esto fue revelado por *sir* Arthur en una conversación con el doctor Gray Chandler Briggs [íntimo amigo del autor], hace algunos años»<sup>[737]</sup>.

La descripción de Moriarty se corresponde punto por punto con la posición de Worth en el punto álgido de su escalada social en Londres durante la década de 1880:

«Nuestro hombre invade la ciudad y nadie ha oído hablar de él» —comenta el detective a su esforzado camarada de aventuras—. «Es el Napoleón de los bajos fondos. Organiza la mitad del mal que se comete en Londres y casi todo lo que pasa inadvertido. Es un genio, un filósofo, un pensador abstracto»<sup>[738]</sup>.

Cuando *sir* Robert Anderson, jefe del departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard, tuvo que responder a la pregunta de «quién era, en su opinión, el delincuente más astuto y más ingenioso que había conocido», utilizó precisamente ese mismo tono: «¡Adam Worth! —exclamó sin la menor vacilación—. Worth fue el Napoleón de los ladrones. Ningún otro delincuente le ha llegado a la suela del zapato»<sup>[739]</sup>.

Es imposible saber si Conan Doyle repetía las palabras de Anderson o viceversa, o ninguna de ambas cosas: todo el que alcanzaba notoriedad en algo en los tiempos Victorianos era catalogado, como un tópico, de «rey» o «Napoleón» de lo que fuese. Desde luego, Conan Doyle conocía a *sir* Robert Anderson y se basó en él, en parte, para documentarse en sus casos; por su lado, la admiración del policía por el talento de Worth para el delito está bien documentado: «Imagino la larga y mantenida tensión de planificar y llevar a cabo golpes como los de Raymond» —comentó en cierta ocasión—. «En comparación con este deporte, la caza es un entretenimiento para salvajes, y el tiro al salmón y al ganso una actividad para lunáticos e idiotas»<sup>[740]</sup>.

El Moriarty descrito por Conan Doyle era muy distinto del hombre que le había servido de modelo: «Es alto y delgado en extremo, de frente abultada y ojos profundamente hundidos en las cuencas. Su rostro rasurado, pálido y de aspecto ascético, conserva en sus facciones algo de profesor. Tiene los hombros hundidos de tanto estudiar, y los huesos de la cara muy marcados. Siempre se balanceaba lentamente de un lado a otro en un gesto curiosamente reptiliano»<sup>[741]</sup>. Una estampa muy alejada de la que ofrecía el canijo y bigotudo Worth. A Moriarty se le hace responsable de «delitos de toda suerte: estafas, robos, asesinatos»<sup>[742]</sup>. Worth, en cambio, era un maestro en los dos primeros, pero mantenía una oposición filosófica y moral a la violencia y, salvo en el caso de Shinburn, nunca contempló la idea de quitarle la vida a nadie.

Conan Doyle volvió a escribir sobre el malvado profesor en *The Valley of Fear*, un cuento con extensión de novela que salió por entregas en el *Strand Magazine* a partir de septiembre de 1914. Para entonces, la red delictiva de Worth y su participación en el robo del Gainsborough habían quedado bien establecidas y se habían difundido ampliamente. Es evidente además que el retrato de Moriarty que presenta Conan Doyle está basado firmemente en la figura de Worth, pues el autor deja tras él numerosas pistas. Como cualquier Victoriano instruido, está claro que Conan Doyle había seguido la historia del robo del retrato de la duquesa a lo largo de los años. En 1891, en *A Case of Identity*, hizo referencia a la figura de la duquesa de Devonshire, puesta de moda, en tanto que en *The Red-Headed League*, publicada ese

mismo año, describe un robo que se parece sorprendentemente al celebrado golpe de Worth en el banco Boylston de Boston, quince años antes. En cambio, en *The Valley of Fear* (1914) aparece una prueba física, por así decirlo, que vincula a Worth y a Moriarty. Al principio de la historia, Holmes interroga al inspector McDonald, de Scotland Yard, que se ha entrevistado con el profesor Moriarty y lo ha encontrado, pese a las advertencias de Holmes, «un hombre muy respetable, erudito y de talento»<sup>[743]</sup>. Para demostrar lo equivocado de tal impresión, Holmes pregunta al policía si durante la conversación con Moriarty ha observado un cuadro colgado en la pared del estudio del profesor.

«Sí, vi el cuadro; es el retrato de una joven con la cabeza entre las manos que lo mira a uno de soslayo».

Holmes, de forma didáctica, explica que el cuadro es de Jean Baptiste Greuze, el pintor francés del siglo XVIII, y añade «el detalle trivial de que en 1865 una pintura de Greuze titulada *La jeune filie a l'agneau* había alcanzado un precio de no menos de cuatro mil libras en la subasta de Portalis».

McDonald sigue sin entender, de modo que Holmes se explica mejor:

«—Parece que [Moriarty] es un hombre muy acomodado. ¿De dónde saca tanta riqueza? No está casado [...]. Tiene un sueldo de tan sólo setecientas libras al año... y es propietario de un Greuze [...]. La deducción es evidente, sin duda.

»—¿Insinúa que la gran fortuna de ese hombre es de procedencia ilícita?

»—Exactamente».

La otra posibilidad lógica, que queda en el aire, es que Moriarty, buen conocedor del arte además de malhechor, fuera el ladrón del Greuze. En el manuscrito original, Conan Doyle apuntaba que *La jeune filie a l'agneau* había sido adquirida por «un millón doscientos mil francos, más de cuarenta mil libras»,<sup>[744]</sup> y sin duda tenía en la cabeza la famosa subasta del retrato de la duquesa de Devonshire cuando aludía a tan astronómica cifra. Pero existe otro indicio, éste incontrovertible: el propio título del cuadro imaginario. *Jeune filie a l'agneau* significa «muchacha con cordero»,<sup>[745]</sup> pero el lector se encuentra ante uno de los juegos de palabras más deliciosos de Conan Doyle. ¿Conocería McDonald, pese a la «buena educación recibida en Aberdeen», el significado de la palabra *agneau*? Probablemente no. Habría podido traducir por tanto el título como «La muchacha de Agneau», y la muchacha de Agnew no era otra, por supuesto, que la celebrada duquesa de Devonshire, robada de la galería de arte Agnew en 1876. A Conan Doyle le encantaban las sutilezas con el lenguaje y probablemente esperaba que alguno de sus lectores, por lo menos, captara la rebuscada broma.

El juego de palabras *Agnew/agneau* era corriente por esa época, y el origen del título del cuadro, así como la elección de Greuze en lugar de Gainsborough como autor, parecen estar en una obra satírica que apareció en el periódico *The World* en abril de 1877, menos de un año después de producirse el robo. «Se dice que los señores *L'Agneau* [Agnew], los grandes marchantes de arte parisinos, adquirieron en

el hotel Drouot un magnífico retrato de Greuze por la prodigiosa suma de diez mil quinientas libras»,<sup>[746]</sup> escribía el anónimo comentarista satírico, antes de proceder a relatar un presunto litigio entre «el titular de la casa de Agneau (*sir* William Agnew) y «el marqués de Studeley» (lord Dudley). El cuadro es robado, pero poco después «será descubierto milagrosamente en Estados Unidos» por los señores L'Agneau, vaticina el autor en un relato verdaderamente demoledor que se hubiera podido resumir en tres palabras: lo robó Agnew.

Existe otro dato más convincente que vincula la persona de Adam Worth con la del profesor Moriarty de la ficción: William Pinkerton. El gran detective norteamericano tuvo un solo encuentro con el celebrado escritor inglés, durante una travesía trasatlántica, y no es sorprendente que descubrieran que tenían mucho en común. Se desconoce la fecha exacta del encuentro, aunque una fuente sin confirmar indica que tuvo lugar «poco después del cambio de siglo»<sup>[747]</sup>. Durante el viaje, el sociable norteamericano regaló a su acompañante con historias de los logros de la agencia.

Sabemos con seguridad que Pinkerton inspiró a Conan Doyle con la historia extraordinaria de los Molly Maguires, la organización clandestina terrorista que actuó en los campamentos mineros de carbón de Pensilvania en la década de 1870 y en la que logró infiltrarse un agente de los Pinkerton, James McParland, que acabaría llevando a la banda ante la justicia. ¿No es posible por tanto que William Pinkerton se explayara también durante el viaje hablando de Adam Worth, de quien él sabía más que nadie y que ya había inspirado a Conan Doyle la figura del profesor Moriarty en *The Final Problem*?

La conversación a bordo con William Pinkerton puso a Conan Doyle sobre una nueva pista, y cuando en 1914 escribió *The Valley of Fear* se basó en gran medida —aunque sin reconocerlo— en un relato de las aventuras de McParland escrito por Allan Pinkerton. *The Molly Maguires and the Detectives* se publicó en 1877 y tuvo una edición aumentada y corregida en 1886. La segunda mitad de *The Valley of Fear* es, en palabras de un experto, «casi una paráfrasis del relato de los hechos»<sup>[748]</sup> expuestos por Allan Pinkerton por escrito y por William Pinkerton en su conversación. Pero la primera mitad de la novela, en la que el profesor Moriarty es presentado de nuevo, parece haber salido de una fuente similar. Aquí, de nuevo, Conan Doyle no tenía que fiarse exclusivamente de su recuerdo de la conversación con Pinkerton en el trasatlántico, pues en enero de 1904 los Pinkerton habían publicado un librito, *Adam Worth*, alias Pequeño Adam, escrito principalmente por William Pinkerton, que exponía con detalle la historia de la mente maestra del robo que apreciaba el arte.

No cabe duda de que Conan Doyle se apropió de la historia de James McParland —y en parte también de la de Adam Worth— para sus propósitos literarios. Era una táctica peligrosa que lo dejaba expuesto a acusaciones de plagio. A una persona, al menos, no le cabía ninguna duda de que lo era. William Pinkerton «se enfureció

cuando vio el libro»,<sup>[749]</sup> según su gerente general, Ralph Dudley. «Al principio habló de querellarse contra Doyle, pero cuando se hubo tranquilizado un poco decidió no hacerlo. Lo que le irritaba era que, incluso si Doyle sólo novelaba la historia, no hubiera tenido la cortesía de pedirle permiso para utilizar una conversación confidencial para su obra. Hasta entonces habían sido buenos amigos, pero desde aquel día la relación entre ellos se hizo tensa. El señor Doyle envió varias notas tratando de apaciguar las cosas. Aunque Pinkerton le respondió varias veces en términos corteses, nunca volvió a sentir el mismo aprecio por él»<sup>[750]</sup>.

La reacción de Pinkerton era exagerada. Conan Doyle no sólo basó su relato en aquella «conversación confidencial», sino también en otras fuentes ya publicadas. Como todo escritor de ficción utilizaba personajes reales —en este caso McParland y Worth—, pero también los dotaba de su propio toque de ficción. Lo más probable es que Pinkerton estuviera resentido, sencillamente, por el hecho de que sus esfuerzos literarios, y los de su padre, se vieran ensombrecidos por las obras de Conan Doyle, de tanta difusión y venta. Pinkerton se pasó la vida tratando con estafadores y ladrones, pero la disputa sobre las fuentes de *The Valley of Fear* debieron de hacerle ver otra verdad eterna: si entre los ladrones no existe el sentido del honor, tampoco puede decirse que abunde entre los escritores.

Ya en 1924, Conan Doyle aún parece tener presentes la vida y las andanzas de Adam Worth. *The Adventure of the Illustrious Client*, publicada por *Collier's Weekly* en 1924 y por *The Strand* la primavera siguiente, describe otra mente criminal al estilo de Worth. Esta vez tiene un nuevo alias, Adelbert Gruner, el barón austríaco y descarado ladrón. Con un argumento más ingenioso que convincente, se ha sugerido que los nombres estaban relacionados. «El apellido Worth, en la Alemania de procedencia, se escribe Wirth y se pronuncia "virt". A Watson solamente le quedaba cambiar el germano-americano Adam Virt en el austriaco Adelbert. Watson apuntó también que el alemán "wirth" se pronuncia de modo muy parecido al francés "vert", que significa verde. Así, Watson apuntó al apellido Gruner, que también significa verde, pero en alemán»<sup>[751]</sup>. Éste puede ser un ejemplo de lo que sucede cuando uno pasa demasiado tiempo contemplando una página de Conan Doyle, pero aun así el relato sobre Adelbert Gruner contiene algunos señalados parecidos con la saga de Worth: la referencia de Holmes a Charlie Peace, un «gran delincuente»<sup>[752]</sup> y «virtuoso del violín»,<sup>[753]</sup> evocaría a Piano Charley Bullard. Shinwell Johnson, el «peligrosísimo bribón»<sup>[754]</sup> convertido en informador de lo que sucedía en los bajos fondos, que proporciona a Holmes información sobre Gruner, puede ser una fusión de los nombres de Max Shinburn y de los hermanos Bidwell, antiguos habituales del American Bar de París, y desde luego la descripción de Shinwell Johnson como soplón y «agente infiltrado en el enorme mundo del hampa»<sup>[755]</sup> recuerda el trato que recibió Worth de Shinburn en la cárcel de Lovaina. Kitty Winter, examante de Gruner que conspira con Holmes para poner al descubierto al perverso seductor, puede ser

perfectamente otra versión novelesca de Kitty Flynn, «una mujer delgada, ardiente como una llama, con unas facciones pálidas de expresión intensa, juvenil, y sin embargo tan trabajadas por el pecado y la culpa que uno leía en su rostro los años terribles que habían dejado su marca leprosa en ella»<sup>[756]</sup>.

Adelbert Gruner, el dandi, guarda un extraordinario parecido con Adam Worth, «incluso en su espléndida chistera, la levita oscura... De hecho en todos los detalles, desde la aguja de perlas en la corbata de satén negro hasta las polainas cortas de color lavanda sobre los zapatos lustrosos»<sup>[757]</sup>. Posiblemente Gruner es «incluso más peligroso que el difunto profesor Moriarty»,<sup>[758]</sup> advierte Holmes, debido a su capacidad seductora y a su barniz de hombre culto. «Tiene gustos caros [...] es amante de los caballos [...]. Colecciona libros y cuadros. Es un hombre que posee de natural una faceta artística considerable»<sup>[759]</sup>.

Esto recuerda de nuevo a Worth, mientras que la descripción que hace Holmes de Gruner, «un hombre que colecciona mujeres igual que otros clasifican mariposas, y que se enorgullece de su colección»,<sup>[760]</sup> recuerda aún más al hombre que, de la forma más textual, «coleccionaba» una mujer, por lo menos, para su propia contemplación privada. Gruner, que refleja la dualidad que veían los Victorianos en todos los grandes delincuentes, es un «hombre/bestia»,<sup>[761]</sup> un caballero por fuera, un monstruo bajo esa apariencia y, como Worth, «un auténtico aristócrata del hampa»<sup>[762]</sup>.

Worth aspiraba a la respetabilidad victoriana y a la grandeza delictiva, pero Conan Doyle le proporcionó algo aún más perdurable: una personalidad literaria que ha engendrado miles de imitadores, un nombre que es sinónimo de astucia delincuente en las sombras y un juego en el que los niños, con los ojos tapados, se arrean entre ellos con periódicos enrollados después de intentar localizar la cabeza del contrario al grito de «¿Estás ahí, Moriarty?».

El impacto de Adam Worth en la cultura popular no termina ahí. En 1939, T. S. Eliot publicaba *Old Possum's Book of Practical Cats*, entre los cuales Macavity, el Gato Misterioso, no es el menos destacado.

*Macavity es un gato misterioso: lo llaman la zarpa  
[escondida  
porque es el maestro del robo y la ley no lo domina. Es el  
asombro de Scotland Yard, a la autoridad desespera, porque  
cuando llegan a la escena del crimen, Macavity  
[ya está fuera.*

Compárese la descripción de T. S. Eliot del felino bribón con la presentación que Conan Doyle hace de Moriarty; es evidente de dónde saca el poeta su inspiración.

*Macavity es un gato rubio, alto de lomo y muy delgado;*

*[si lo ves lo reconoces por sus ojos apagados.  
La frente de arrugas surcada y el cráneo algo abovedado;  
el abrigo polvoriento y descuidado, y el bigote  
[despeinado.  
Balancea la cabeza de lado a lado, como una serpiente  
[se menea,  
cuando crees que está medio dormido, de repente  
[se despierta.*

Éstas son las características exactas de Moriarty, desde el cráneo «abovedado» a la «mirada apagada» y a los movimientos reptilianos, y ahí está el propio Adam Worth, metamorfoseado en felino. Conan Doyle se inspiró en la vida de Worth, y T. S. Eliot lo hizo en lo que aquél escribió; finalmente, para completar el camino, el compositor *sir* Andrew Lloyd Webber se basó en los «Gatos Prácticos» de T. S. Eliot para componer *Cats*, la comedia musical más popular de todos los tiempos. Kitty terminó en Hollywood después de muerta, y Adam Worth llegó hasta el propio Broadway, con dos alias más de por medio.

*Macavity, Macavity, no se le puede igualar, nunca hubo un gato de tan engañosa suavidad. Siempre tiene coartada, siempre sabe qué decir: no importa cuándo o dónde fue el robo, ¡Macavity no estuvo allí!*

*Y dicen que todos los gatos malhechores, los que roban, los que asaltan, los peores, no son más que agentes del amo del desorden, del que controla sus fechorías, del rey de los ladrones.*



## 24 EXPIACIÓN

Las autoridades carcelarias belgas liberaron finalmente a Worth en 1897, dos años antes del término de la condena, «por buena conducta», lo cual es un modo de decir que había soportado durante cinco largos años las palizas, los tratamientos médicos bárbaros, las burlas, la depresión y el aburrimiento estupefaciente del encarcelamiento sin dar muestras de rebeldía. Worth se había convertido en un preso dócil, más tratable a medida que su cuerpo se debilitaba y su ánimo empezaba a quebrantarse. A las puertas de la cárcel de Lovaina no había nadie para recibir al ladrón que salía, ya con cincuenta y tres años. Bullard y Kitty habían muerto, su esposa era como si también lo estuviese, completamente loca y en un asilo mental inglés, y sus hijos poco o nada sabían de su situación. Incluso los periodistas que lo habían acosado a preguntas acerca del retrato de Gainsborough habían abandonado la caza provisionalmente para perseguir una nueva presa. El del profesor Moriarty era un apellido conocido por todos, pero su nombre, o nombres, habían sido completamente olvidados por el mundo. Aunque hubiera habido una fiesta de recepción a su salida, no es probable que muchos hubieran reconocido al truhán fanfarrón y derrochador en aquel hombre envejecido, demacrado y abatido, de ojos llorosos y bigotes caídos. Las atenciones del matasanos de la cárcel le habían provocado una afección de las membranas nasales, propensas a hemorragias profusas e impredecibles. De noche despertaba bañado en un sudor febril y expulsando sangre de los pulmones en furiosos accesos de tos, primeros síntomas de la tuberculosis que lo habría de afectar. Los episodios de «postración» que había padecido en la primera parte de su encarcelamiento habían dado paso gradualmente a una resignación deprimida, pues una parte vital de Worth había muerto en su celda de la cárcel belga. Más tarde, Pinkerton describió así su estado: «De salud, quebrantado; de dinero, arruinado»<sup>[763]</sup>. Sin embargo, era algo más vital que su cuerpo, su riqueza o su reputación inventada lo que había sido destruido. Worth había descubierto en prisión el remordimiento, no por sus delitos, por los que no sentía otra cosa que un resto de orgullo, sino por aquellos cuyas vidas había perjudicado o destruido. Su joven esposa estaba loca sin remedio. Las dos hijas de Kitty Flynn, que él consideraba suyas, eran ahora jóvenes damas de la sociedad rica que no necesitaban ni habrían recibido de buena gana la atención de un malhechor ya envejecido. Pero sus dos hijos menores, un chico de nueve años y una niña de seis, los cuales vivían ahora en Brooklyn, con John Worth, eran otro cantar. John Worth había demostrado ser un desastre como ladrón, pero apenas tenía más fortuna como hombre honrado y la familia vivía en la pobreza más abrumadora y en la falta de armonía doméstica. A pesar de la generosidad de Adam a lo largo de los años, o tal vez a causa de ella, la esposa de John, una mujer dominante y ferozmente religiosa, tenía poco más que desprecio por su cuñado delincuente, y nada más que desprecio por su fatuo marido. En los años

que había pasado tras los barrotes, Worth había tomado una decisión: reclamar a sus hijos y mantenerlos, costara lo que costase. Por medios lícitos o no.

Y como era un delincuente y no conocía otros, decidió hacerlo con arreglo a los segundos métodos.

De vuelta en Londres alquiló una pequeña habitación en el número 63 de Piccadilly, en nada parecida a su magnífica residencia anterior en la misma calle, y empezó a ocuparse de asuntos pendientes. Su primer acto fue una triste peregrinación para visitar a la mujer cuya vida y cuya mente había contribuido a destrozar. Su esposa, según Pinkerton, «era ahora una ruina mental y física»<sup>[764]</sup> y su encuentro resultó tan angustioso que, al parecer, llevó a Worth a romper su costumbre de toda la vida de mantener la sobriedad. «Ésta fue una de las causas que condujo a Raymond [Worth] a la bebida»,<sup>[765]</sup> concluye Pinkerton. Como Bullard antes que él, Worth se metió en una botella y estuvo un mes dentro de ella. Salió de esta terrible borrachera más delgado y más enfermo que nunca, pero el demonio autodestructivo que llevaba dentro parecía haberse saciado, al menos de momento. La necesidad de ver y de ocuparse de sus hijos era, a estas alturas, casi patológica y, como estaba dejándose en la bebida el poco dinero que le quedaba y su hermano y su cuñada parecían poco inclinados a enviarle el dinero para el viaje trasatlántico, empezó a proyectar una serie de nuevos delitos que volverían a ponerlo —o para ser más precisos, a su progenie— en el camino de la prosperidad.

No tuvo que buscar muy lejos para dar con el primer objetivo. Cuando Smith's, el mayor comercio de diamantes de Londres, sufrió un robo a finales de 1897, el golpe tenía todas las características de un trabajo de Worth. «Los ladrones entraron en el local cortando limpiamente los pasadores de acero que cierran la verja y abriendo ésta con una palanca»,<sup>[766]</sup> informaba un periódico, después de la denuncia del establecimiento de que habían desaparecido joyas por valor de unas quince mil libras. «La tienda estaba considerada como una de las más seguras y bien guardadas de Londres y se hallaba prácticamente envuelta en acero»,<sup>[767]</sup> añadía el hondón News. «Los hombres, pues resulta evidente que hubo dos o tal vez tres participantes en el golpe, habían planificado el trabajo con todo detalle [...] y la manera en que se accedió al lugar, así como el criterio mostrado al seleccionar las piezas más valiosas para llevárselas, induce a pensar a la policía que el robo es obra de una banda de ladrones muy experimentados». Cabe señalar que los locales de Smith & Co., se encontraban en el número 68 de Piccadilly, casi enfrente mismo de donde se alojaba Worth.

Pinkerton había sido informado por un soplón de los bajos fondos llamado Charley Fischer de que Worth estaba nuevamente reclutando personal para sus trabajos en Europa, así como de su presente paradero. «Fischer no dijo abiertamente que Adam Worth cometiera el robo, pero insinuó que podía haber sido el autor»,<sup>[768]</sup> según un informe confidencial que consta en los archivos Pinkerton. Curiosamente, William decidió no facilitar esta información a Scotland Yard.

A pesar de la condena *in absentia* que todavía pesaba sobre él en Francia, Worth escogió París para su regreso al mundo del robo. Como apuntó un contemporáneo suyo, «había perdido un poco de su antigua habilidad y de cerebro, pero seguía siendo un hombre formidable»<sup>[769]</sup>. Tras meticulosos cálculos, elaboró un minucioso horario de los furgones de seguridad que entraban y salían de la Gare du Nord, y el año siguiente, con dos cómplices, asaltó el furgón y escapó con más de un millón de francos en títulos y joyas. El robo fue la comidilla de París pero, como explicaría Worth a regañadientes tiempo después, el botín era menos impresionante de lo que pensaban. «Los franceses habían empezado a despertar —se lamentaba tiempo después—. Cuando utilizaban los antiguos sellos de tinta [en los títulos y bonos], lo único que hacíamos era limpiar de tinta el cupón y llevarlo al mercado; no había ningún problema. Pero esta vez fue distinto [...]. Hacía poco que habían empezado a cortar una punta del cupón para indicar que había pasado por las manos de un banquero y no era negociable»<sup>[770]</sup>.

Worth tenía prisa por llegar a Brooklyn y se dispuso a vender el botín a sus propietarios por una parte de su valor real, a través de intermediarios y siguiendo la tradición consagrada por el tiempo. Más tarde contó a Pinkerton que «la bolsa se devolvió, tras negociaciones, a cambio de doce mil libras, o sesenta mil francos; más o menos la cuarta parte del valor real»<sup>[771]</sup>. Tras dividir lo obtenido con sus cómplices, la parte de Worth quedó en cuatro mil libras, bastante menos de lo que esperaba pero suficiente, si se sumaba el botín de Smith's, para llevarlo a Estados Unidos y abrir una cuenta para sus hijos. Cuando supieron que Worth había vuelto con dinero, su hermano y la cuñada lo acosaron al instante con demandas de dinero y amenazas de abandonar a los dos pequeños si no las satisfacía de inmediato. A Worth le había llevado más de dos años robar lo que consideraba una suma suficiente.

A su llegada a Nueva York corrió a casa de su hermano, soltó un buen fajo de billetes a sus parientes y abruzó a los dos pequeños, a los cuales no había visto desde hacía siete años y que apenas se acordaban de él. La reunión fue breve, pues Worth tenía otro asunto que resolver antes de reclamar a sus hijos. Pasó unos días en Brooklyn, bajo la mirada perspicaz y cargada de censuras de su cuñada, antes de anunciar que tenía que reunirse con una vieja amiga y con un contacto de negocios en el Medio Oeste. La dama era la duquesa de Devonshire del cuadro, y el contacto de negocios William Pinkerton. Dijo adiós a sus hijos una vez más, anunciándoles que cuando volviera serían ricos otra vez. En cuanto a sus avariciosos parientes, les contó que tenía en mente un solo golpe más, uno grande, y que después se convertiría por fin en un padrazo para sus hijos. Entretanto enviaría dinero para su educación y una nueva cantidad. La mujer de su hermano asintió a regañadientes, pero aún tendrían que transcurrir dos largos años más para que Worth pudiera cumplir la promesa que se había hecho a sí mismo y a los niños.

La duquesa de Devonshire pintada por Gainsborough, que ahora recuperaba del almacén, había sido durante casi dos décadas la compañera psicológica de Worth,

fuelle de socorro y de apoyo durante las horas más desesperadas de su encarcelamiento. Pero el cuadro también había resultado una pesada obligación. Durante años, el retrato le había mantenido apartado, tal vez incluso privado de la necesidad de afecto humano. De haber estado dispuesto a entregarlo, y con él la imagen que tenía de sí mismo, habría podido obtener varios años antes su libertad y la vida familiar que anhelaba. En un tiempo, el cuadro había reflejado en parte su vida, una corrompida quimera de amor; ahora la duquesa era una especie de amante envejecida, ya no tan hermosa, cada vez más exigente, que lo tenía atrapado en una jaula de culpabilidades. La profunda ambigüedad de sus sentimientos se reflejó en el largo tiempo que tardó en cortar sus lazos con el cuadro. Librarse por fin de él quizá le permitiera ganarse otra vez a sus hijos, pero sólo a condición de rechazar todo lo que siempre había ambicionado. La duquesa que había marcado su vida, la encarnación de sus faltas contra la sociedad, sería ahora el vehículo para su salvación, su oportunidad de expiar las culpas y tal vez la ocasión de ocupar un lugar, por humilde que fuera, en un auténtico mundo humano.

Varios meses antes, Worth había empezado a sondear a William Pinkerton, impulsado en cierto modo por el gran respeto y agradecimiento que sentía por lo que consideraba la indulgencia del detective norteamericano cuando fue detenido en Lieja. Como intermediario escogió a un antiguo socio, un tal Patrick Sheedy, «un deportista conocido en todo el mundo»<sup>[772]</sup>. Sheedy era un audaz aventurero e inveterado jugador que «se ganaba la vida con su ingenio, un amplio conocimiento de la naturaleza humana y una enorme experiencia»<sup>[773]</sup>. Aunque no robaba activamente, no andaba muy sobrado de escrúpulos morales. Tenía además la ventaja de que era conocido de ambos, ya que a menudo había actuado como conducto para contactos de Pinkerton con el mundo del hampa.

Worth había tenido un encuentro con Sheedy en París mientras preparaba el robo de la Gare du Nord, y al parecer éste proveyó al veterano ladrón de «asistencia financiera» de algún tipo, tal vez incluso capital para el primer golpe tras la salida de la cárcel. Una noche, en el curso de una conversación en un café de París, Sheedy evocó otro encuentro que había mantenido con William Pinkerton algunos años antes, durante el cual el detective expresó su sospecha de que «Worth controlaba el retrato de Gainsborough, y le pidió si podría ayudarlo en este tema y si querría trazar un plan para la recuperación del cuadro»<sup>[774]</sup>. Era evidente que Sheedy pretendía sonsacarle información, pero aunque se dio cuenta de ello decidió fiarse del jugador irlandés y utilizarlo como mensajero.

En el verano de 1898, Sheedy se presentó en la sede de la agencia Pinkerton en Chicago y esbozó una propuesta: Worth tenía la pintura, en efecto, y estaba dispuesto a devolverla a Agnew, explicó Sheedy, pero sólo si el propio Pinkerton actuaba como intermediario. El detective era «el único hombre al que le confiaría el cuadro», expuso Sheedy, y añadió que «Worth calculaba que se pagaría una cuantiosa recompensa [...] por el retorno de la pintura»<sup>[775]</sup>. Una recompensa que se dividiría

entre las diversas partes.

Pinkerton fingió sentirse indignado ante la mera sugerencia de tal maniobra, declaró que no tendría nada que ver con ningún trato bajo mano de tales características y dijo a Sheedy «que bajo ninguna circunstancia intentaríamos nada semejante, que no podíamos hacerlo si queríamos ser justos con nosotros mismos y en nuestras relaciones con el departamento de Policía de Londres, que era mal asunto para cualquiera que intentase llevarlo a cabo, y que no podíamos encargarnos de ello ni íbamos a hacerlo»<sup>[776]</sup>. Sheedy continuó sus intentos mediante halagos. Comentó a Pinkerton la elevada opinión que Worth tenía de él e insistió, como luego escribió el detective, «en que yo era un tipo estupendo y muchas lisonjas por el estilo»<sup>[777]</sup>.

«Se sentía seguro de que habría algún modo de despejar el camino para hacerse con el objeto —escribió William a Robert—, pero yo le insistí en que no había ninguno»<sup>[778]</sup>.

Naturalmente, esto último era un farol por parte de Pinkerton. Nada gustaría más a éste que jugar un papel en la resolución de uno de los mayores robos de esa época; sin embargo, demostrarlo no sería sino una invitación a Sheedy y a Worth para que aumentaran sus exigencias, y Pinkerton no estaba dispuesto a enseñar sus bazas recién empezada la partida. Sheedy, el jugador, también era muy consciente de las normas y corrió de nuevo a Worth para informarle, excitado, de que si bien Pinkerton aún proclamaba lo contrario, había picado en el anzuelo y las negociaciones ya podían empezar en serio.

El 10 de enero de 1899, William Pinkerton dejó su casa en un barrio residencial de Chicago y se encaminó como de costumbre a las oficinas de la agencia, donde encontró un telegrama con este críptico mensaje: «Le espera carta en casa; mande a buscarla»<sup>[779]</sup>. La notificación venía firmada por «Roy». «Como no conocía a nadie llamado así, el asunto era un enigma para mí», recordaba Pinkerton tiempo después. Telefoneó a casa y su hija le dijo que momentos después de marcharse «se había presentado un desconocido que había dejado una carta, insistiendo en que era importante, y había pedido que fuera entregada en mano al señor Pinkerton y a nadie más»<sup>[780]</sup>. La carta fue enviada enseguida a la oficina. Decía así:

*Apreciado señor:*<sup>[781]</sup>

*Abusando de la amistad que hicimos en Londres, he acudido a verlo por un asunto que puede ser beneficioso para ambos en el caso de que se digne usted contemplarlo. Tengo suficiente conocimiento de usted y suficiente confianza en su rectitud como para saber que si tengo su palabra de que no se aprovechará de mi situación y de que no se utilizará nunca con otros fines cualquier información que pueda adquirir respecto al asunto sobre el que deseo consultarle, puedo fiarme plenamente de ello. Estoy tentado de pedirle que me ofrezca esa seguridad debido a las especiales complicaciones que*

*pueden producirse, y que de hecho se producen, en un negocio como el de usted, cuando existen intereses tan diametralmente contrapuestos como los que hay entre su agencia y una persona en mi situación.*

*Ahora pasaré a exponer el asunto: si no existe nada en sus intereses comerciales que le impida ofrecerme las seguridades que le pido, haga el favor de insertar en el Chicago Daily News, bajo la columna de avisos personales, el siguiente anuncio: «SEGURIDAD GARANTIZADA —W. A. P.», y estableceré una cita para vernos lo antes posible. Si no aparece en un par de días, entenderé que existe algún obstáculo, que tiene buenas y suficientes razones comerciales que le impiden darme su palabra y que debo marcharme sin verlo, lo cual haría con gran pesar, se lo aseguro.*

*Dejaré la presente en su casa para evitar accidentes, pues podría ser abierta en su ausencia por su representante en la agencia. Naturalmente, antes de dejarle la nota me aseguraré de que está usted en la ciudad.*

*Confiado en recibir buenas noticias, quedo de usted Cordialmente,*

*H. Raymond Londres (última dirección).*

«Reconocí de inmediato que la carta estaba escrita por Adam Worth, alias Henry J. Raymond, y que sin duda hacía referencia a la propuesta que me había hecho Priestone [el nombre clave de Sheedy para los Pinkerton] el último verano<sup>[782]</sup>».

Pinkerton no perdió un segundo, e inmediatamente puso el anuncio en el vespertino de Chicago. «El día 12 recibí una llamada telefónica con el mensaje de que Robert Ray quería verme —recordaría Pinkerton—. No conocía a nadie con ese nombre, pero cuando me puse al aparato, alguien me preguntó con marcado acento británico si hablaba con William Pinkerton. Respondí que sí. "¿El señor William Pinkerton?", insistió, y le confirmé que era yo. "Soy el caballero de Londres", dijo él entonces. Respondí que ya sabía quién era [...]. Le pregunté dónde estaba y me dijo que casi enfrente de nuestra oficina. Le propuse que fuera allí, entrara y pidiera por mí personalmente; le aseguré que nadie le prestaría atención porque nadie lo conocería. Él accedió a lo que le sugería»<sup>[783]</sup>.

Si la táctica de Worth era cauta en extremo, Pinkerton tampoco corría riesgos. Inmediatamente envió a detectives a posiciones «desde las cuales pudieran ver al hombre cuando entrase y cuando se marchase».

«Quería que lo viesan en las oficinas el mayor número posible de gente para que más adelante pudieran reconocerlo. Al cabo de unos minutos me anunciaron la presencia de Robert Ray [...]]»<sup>[784]</sup>.

Los dos conocían perfectamente los respectivos negocios, pero hacía casi dos décadas que William Pinkerton no veía a Adam Worth. Los dos eternos adversarios se estrecharon la mano con parsimonia, y el detective valoró con ojo experto la notable figura que acababa de entrar en su despacho.

«Salvo las canas y que había envejecido considerablemente, vi muy pocas diferencias en él después de un período de más de veinte años. Me pareció más bajo y con cierta tendencia a caminar encorvado; los cabellos y el bigote, negros cuando lo había conocido, eran ahora de un gris acerado. Calculo que pesaría alrededor de sesenta kilos [...]. Con su constitución menuda y apenas un metro sesenta de estatura, se lo veía muy pulcro con su atildada indumentaria. Hablaba con un acento británico muy marcado [...]. Por su aspecto algo canijo, sería la última persona en quien uno pensaría al imaginar a un peligroso ladrón profesional»<sup>[785]</sup>. El detective también apuntó que Worth «daba muestras de ser un hombre que bebía bastante, algo que jamás hacía cuando lo conocí»<sup>[786]</sup>.

A juzgar por las notas de Pinkerton, es evidente que Worth se había engalanado para esta reunión trascendental y que había echado mano de lo que le quedaba de su antiguo brío: «Lo estudié con detenimiento para poder hacer una descripción precisa de él. Tiene las cejas muy pobladas y visiblemente teñidas de negro, el rostro delgado, los ojos pardos, la nariz prominente, las orejas grandes y unos brazos largos, con manos de buen tamaño. Sus modales son suaves y va vestido pulcramente con ropas oscuras de la cabeza a los pies. Usa levita y luce una modesta cadena de oro, de esas que en Inglaterra llaman "cadena príncipe Alberto", con un camafeo por amuleto; en el pañuelo lleva una perlita con forma de pera y siempre se sienta muy erguido»<sup>[787]</sup>.

Worth saludó efusivamente a su antiguo enemigo, y Pinkerton lo invitó a sentarse y «charlar un rato».

«¿Qué lo trae por aquí?», preguntó Pinkerton, a falta de mejor gambito de apertura.

«He venido a verlo a usted —respondió Worth—. Ya le dije hace muchos años que si alguna vez venía a Estados Unidos lo buscaría; pues bien, ya he estado aquí en varias ocasiones y no lo he buscado en ninguna de ellas, pero esta vez lo he hecho por mi propia voluntad. Deseaba verlo, Pinkerton. Últimamente he pensado mucho en usted; estoy al corriente de lo que ha hecho su agencia y sé perfectamente que tuvo usted la oportunidad de acabar conmigo cuando estuve en Bélgica hace años, durante mis problemas en Lieja, por los cuales pasé cinco años encerrado [...]. Esta vez me pongo por completo en sus manos; no lo he hecho nunca con otro ser humano, pero tengo implícita confianza en su palabra y en que los suyos no se aprovecharán de lo que diga»<sup>[788]</sup>.

Y lo que Worth tenía que decir era más extraordinario de todo cuanto Pinkerton hubiera podido imaginar.

## 25 MORIARTY CONFIESA ANTE HOLMES

Worth había llegado a Chicago con la única intención de abrir negociaciones para la devolución del Gainsborough, que ahora estaba oculto y a salvo en el hotel McCoy's, dentro del viejo baúl Saratoga. Pero mientras hablaban, dio la impresión de que se establecía un vínculo de confesión entre el robusto detective y el ladrón visiblemente envejecido. Como reconocía Worth con toda franqueza, nunca se había puesto «en manos de otra persona» pues toda su vida se había dedicado a controlar a otros. En cambio esta vez se entregaba por completo a un hombre que debería haberlo detenido al instante. El instinto los juntaba, pues habían habitado mucho tiempo el mismo universo, aunque viajaran en direcciones opuestas. El ladrón era un hombre de honor, y el hombre de principios forzaba la ley hasta el límite. Un extraño encuentro de concepciones de la vida.

La conversación duró el resto del día y se prolongó hasta la noche. Al día siguiente se reunieron de nuevo, y al otro. En lugar de centrarse en el asunto que les interesaba, Worth se descubrió contando su pasado, desahogándose, en parte por vanidad pero en parte también por la necesidad de explicar y justificar los extraños y torcidos caminos que había tomado su vida. Evocó la extraña galería de bribones que había conocido durante los cuarenta años anteriores —Kitty Flynn, Piano Charley Bullard, el Marcas, el viejo Basuras y el odiado Shinburn— y expuso ante Pinkerton «con ánimo locuaz»<sup>[789]</sup> una imagen pintoresca y abigarrada del submundo delictivo internacional y el distinguido papel que había tenido en él. Worth hablaba de los días de la guerra de Secesión, de su experiencia en Sing Sing, de sus golpes en Nueva York, Boston, Londres y París, del robo de diamantes del transporte sudafricano y, sobre todo, del robo de la duquesa de Devonshire pintada por Gainsborough, que había guardado celosamente durante más de dos décadas pero que ahora debía ser devuelta, dijo, para poner fin a ese capítulo. Él estaba enfermo, explicó, tal vez al borde de la muerte. Sus palabras dejaban traslucir la patética veneración que sentía por el objeto al que había hipotecado su vida y su libertad: «La dama debe volver a casa»<sup>[790]</sup>.

Al término de sus tres días de entrevista, Pinkerton estaba exhausto, asombrado ante la enorme actividad desplegada por Worth y ante la extraña mezcla de orgullo y melancolía con que la había expuesto. «Considero a este hombre el delincuente más destacado de su tiempo —escribió Pinkerton cuando Worth ya estaba muerto—. Fue un encuentro realmente extraño [...]. Hablamos con mucha franqueza de asuntos sucedidos en Europa durante los últimos veinte años, y Worth se refirió sin vacilaciones a numerosos robos en los que había participado [...]. Se refirió por encima a casi todos los grandes robos que habían tenido lugar en Europa, y la conversación fue realmente muy interesante»<sup>[791]</sup>. Además de su gran corazón, Pinkerton también estaba dotado de una memoria prodigiosa. Cuando Worth



abandonó el despacho y desapareció de nuevo, Pinkerton trasladó a papel, en dieciséis hojas, la insólita entrevista que acababan de celebrar.

Según Pinkerton, Worth empezó su confesión con algunos recuerdos de agradecimiento y aprecio: «Decía que siempre le había caído bien, que me consideraba un hombre que sabía seguir su propio consejo y que siempre había sentido respeto hacia mí. Pero no sabría decir cuánto de adulación había en esas palabras»<sup>[792]</sup>. Alguna había, es cierto, pero también contenían una parte de sincera admiración. Worth recordó que había intentado hacer una serie de regalos al detective, pero siempre los había devuelto. Recordaba en particular «una preciosa cajita de rapé, un objeto único» que había querido enviar a Pinkerton «como recuerdo de viejos tiempos»,<sup>[793]</sup> pero finalmente se lo había pensado mejor ya que «era algo tan único que quizás habría llamado la atención». Por otra parte, probablemente se trataba de un objeto robado. Pinkerton mantuvo una actitud incorruptible: «Le dije que me alegraba de que no lo hubiese hecho, que no quería que me mandara ningún regalo».

«¿Acaso temía que intentaba sobornarlo?», se mofó Worth, y ya más relajado empezó a describir sin seguir un orden concreto sus muchas fechorías. Según sus cálculos, hacía tanto tiempo del robo del banco Boylston que ya debía de haber prescrito. «No se sabe, por supuesto —añadía como si tal cosa—. No me gustaría que me juzgaran por eso, aunque ya han pasado treinta años»<sup>[794]</sup>. Describió cómo había sacado a los miembros de su banda de la cárcel turca y cómo él y Bullard habían abierto el American Bar para ver como terminaba sometido a registro y cerrado, a instancias de Pinkerton. Llegado a este punto, se encogió de hombros para dar a entender que no le guardaba rencor, y añadió que «ya empezaba a darme cuenta de que el American Bar no sería un éxito como el que yo deseaba».

De allí pasó a describir minuciosamente el robo al furgón de los diamantes, el atraco al tren de Ostende, su huida por los pelos de la policía de Montreal y la debacle de Lieja. Sus recuerdos estaban salpicados de vitriolo al recordar la traición de Jack Phillips el Basuras, y Little Joe Elliott, la crueldad de Shinburn o lo que para él había sido «una auténtica cacería del tigre» a cargo de John Shore, de Scotland Yard. Al recordar las veces en que había sido traicionado y su solitaria fe en la virtud, asomaba la rabia que bullía en su interior. «Es auténticamente mordaz en sus comentarios sobre casi todo el mundo», señaló Pinkerton.

Cuando la conversación giró hacia su familia, Worth se mostró abatido y sombrío. Echó de nuevo la culpa a otros y al destino y describió cómo su antiguo cómplice, Johnnie Curtin, había seducido a su esposa, la había introducido en la bebida y las drogas, y finalmente le había robado hasta el último penique. «Le pregunté dónde estaba ahora —escribió Pinkerton— y respondió con lágrimas en los ojos que la pobre desdichada estaba internada en un asilo mental, loca, y que no saldría nunca más [...]». Estaba muy compungido. Con los comentarios sobre la familia, dio la impresión de que su arrogancia se venía abajo. El brutal tratamiento carcelario

recibido en Bélgica lo había dejado convertido en una ruina física. Todos los días sufría de «hemorragias en la cabeza»<sup>[795]</sup> y perdía peso rápidamente.

«Dijo que en cuanto puede acude a un especialista para detener las hemorragias, y que si no tiene una cada día sufre terribles jaquecas. Culpa de su estado a la estancia en prisión que cumplió en Bélgica. Decía que el sábado por la mañana había sangrado casi media pinta», escribió Pinkerton a su hermano.

Con unos breves cálculos mentales, Pinkerton llegó a la conclusión de que el sujeto melancólico que tenía delante había robado más de cuatro millones de dólares durante los treinta años precedentes. ¿Dónde había ido a parar todo aquel dinero? «Dijo que había vivido descuidadamente, dedicado a especular, jugar y despilfarrar lo que había ganado, pero me insistió en que si alguna vez conseguía volver a juntar un par de cientos de miles, nadie se largaría con ellos. Si lo hacía, levantaría una casa y se establecería con sus hijos»<sup>[796]</sup>.

Lleno de autocompasión, Worth lanzó un suspiro. «Me doy cuenta de que empiezo a hacerme viejo, pero hay un par de cosas que aún tengo que hacer y que me proporcionarán suficiente dinero para mantener a mi familia. Es lo único que me queda pendiente. Después me retiro».

Por fin, tras varias horas de nostalgia, cautivadora para Pinkerton y terapéutica para él, Worth había llegado al meollo de la cuestión: el asunto del Gainsborough. Reconoció que efectivamente había sido él quien había robado el cuadro y quien lo había guardado todos esos años. Había sido una decisión tomada sobre la marcha y destinada a negociar la excarcelación de su hermano, pero al final había cambiado su vida. Worth ya no evocaba con añoranza tiempos pasados; esta vez negociaba en serio.

«Naturalmente, yo quiero sacar algún dinero y quiero que usted también sea compensado —continuó—. Sé que es un hombre honorable y que no lo consentirá como no sea de modo completamente lícito, pero creo que le parecerá legítimo cobrar la recompensa por la devolución del cuadro a su propietario»,<sup>[797]</sup> declaró, y a continuación se echó hacia atrás para observar los efectos del comentario en el detective.

Pero Pinkerton no iba a dejarse arrastrar al trato tan fácilmente. «Le respondí que nosotros no podríamos hacer algo semejante bajo ninguna circunstancia; que sería contrario a nuestra manera de actuar y a todos los principios por los que se rige nuestro oficio».

Worth probó de nuevo con unos halagos apenas disimulados: «El gran superintendente Byrnes habría dado cualquier cosa por tener la oportunidad de hacer lo que le ofrezco, pero quién confiaría en un puerco como ése; no, nadie podría fiarse de él»<sup>[798]</sup>.

Esta vez Pinkerton cedió un poco en su rigidez: «Otros que se dedican a nuestro negocio estarían dispuestos a hacer lo que propone», concedió.

Durante un rato estudiaron varios posibles intermediarios. Worth dijo que su

hermana Harriet estaba casada con un hombre de leyes llamado Lefens, «una especie de abogado de bufete que redacta legajos y documentos y cosas de ésas», pero añadió que dudaba de que «su cuñado tuviera peso suficiente para actuar en esto». ¿A quién recomendaba Pinkerton?, preguntó con sagacidad.

«Le dije que había mucha gente con peso suficiente [...] y que no avisaría a Howe ni a Hummel ni a gente como ellos, que eran capaces de quedarse todos los beneficios del asunto, e incluso delatarlo a la policía».

Worth cambió súbitamente de opinión y fingió renunciar a la idea de devolver el Gainsborough. «Dijo que lamentaba que no encontráramos una manera segura de proceder al traspaso de la obra, pero que me daba la razón en cuanto a que podía organizarse un gran revuelo y disponer en contra de nosotros a la policía de Londres».

Esta vez le tocó a Pinkerton el turno de hacer un movimiento en el delicado minué. «¿En qué estado se encuentra el retrato?», preguntó con la voz más indiferente que fue capaz de poner. Worth respondió, con el mismo tono de indiferencia, que «se alegraba de comunicar que el cuadro estaba intacto». ¿Y qué había, insistió el detective, de las historias que habían circulado recientemente de «un cuadro descubierto en cierto lugar, que estaba cubierto de musgo y de moho y que se suponía que era el retrato de la duquesa de Devonshire»? Worth respondió que él también había oído tales comentarios y que no podía dar explicación al respecto, salvo decir que «alguien estaba falsificando un cuadro e intentaba hacerlo pasar por el auténtico»<sup>[799]</sup>.

De repente, desviándose deliberadamente del tema, Worth se puso a hablar de un sistema de alarma contra ladrones en el que andaba trabajando en aquel momento. «Dijo que un día me daría los resultados de algo que está estudiando en el campo de la protección contra robos mediante la electricidad; es un sistema único, desconocido hasta hoy», explicó Pinkerton. Si al detective le resultaba insólito hablar de los aparatos de protección antirrobo más avanzados con uno de los ladrones más buscados del mundo, sus notas no lo reflejan.

Mediante alusiones indirectas, Pinkerton condujo de nuevo a Worth al tema del Gainsborough y se ofreció a prestarle dinero. «Le pregunté cómo andaba de fondos y si necesitaba dinero. Él respondió que ni un centavo. Le dije que no fuera anticuado, que si necesitaba dinero, con gusto se lo avanzaríamos. Contestó que era muy amable, que era el primer policía que se ofrecía a hacer algo así pero que no necesitaba el dinero»<sup>[800]</sup>. Para reforzar sus palabras, sacó una cartera y pidió a Pinkerton que le cambiara un billete de cien dólares, asegurándose de que el detective veía los siete u ocho billetes del mismo valor que llevaba en la cartera.

Tras algunos comentarios sin importancia, Worth planteó de nuevo el tema del cuadro. «Dijo que pensaría qué abogados contratar y que probablemente aceptaría mi consejo de devolver a Agnew el retrato de la duquesa de Devonshire». Con torcida intención, Worth añadió que «con gusto lo entregaría sin pedir nada a cambio, pero

hay otras personas interesadas a las que he avanzado dinero de vez en cuando para que guardasen silencio. No dijo de quién se trataba, pero me llevó a la deducción de que eran ingleses»<sup>[801]</sup>.

Fue una jugada muy sutil entre dos veteranos del póquer. Pinkerton estaba decidido a demostrar a Worth que no conseguiría manipularlo, pero también dejó muy claro que si Worth podía dar con un intermediario de confianza y negociar un intercambio de tal modo que la reputación de los Pinkerton no se viera empañada, tenían la puerta abierta a un trato. En palabras del propio Pinkerton, «bajo ninguna circunstancia haría nada que las autoridades de Scotland Yard no autorizaran»<sup>[802]</sup>. Pero si la policía inglesa no ponía inconvenientes, la cosa cambiaría. Por su parte, Worth había dejado claro que él, y sólo él, tenía en su poder el cuadro verdadero; que cualquier traición por parte de Pinkerton significaría que el trato quedaba roto y que, con el billetero lleno, no estaba dispuesto a regateos. Los dos hombres se entendieron perfectamente. Sólo quedaba poner un sello simbólico a este principio de trato incierto y tal sello vino, cosa extraña, en forma de un cachorro de perro.

«Empecé a hablar de perros con él —informaba Pinkerton, un gran amante de los canes— y me contó que estaba impaciente por hacerse con un fox terrier para sus hijos. Le dije que le regalaría uno un par de semanas más tarde, que podía dejarme su dirección y se lo mandaría»<sup>[803]</sup>.

Con esta demostración de las buenas intenciones de Pinkerton y la promesa de estar en contacto, ya fuera en persona o a través de Sheedy, Worth se levantó por fin para marcharse.

«Antes de que se fuera, insistí en pedirle una dirección donde enviarle el cachorro y dijo que me enviaría una nota para comunicármela. Al despedirse dijo que si alguna vez podía hacerme un favor, que no fuese reformarse y convertirse en policía, sólo tenía que llamarlo. Insistió en que había sido muy amable y que agradecía mi buena acogida»<sup>[804]</sup>.

Los dos hombres, ahora buenos amigos y pronto socios en un negocio de lo más insólito y turbio, se estrecharon la mano calurosamente y Adam Worth desapareció en la noche de Chicago. Había dicho que tomaría el tren de las 9.20 hacia Nueva York, pero Pinkerton ni siquiera se molestó en hacer que lo siguieran. «Parecía sincero en todo lo que hacía, y si se le ocurría que había faltado a mi palabra, no habría hecho más que ahuyentarlo»<sup>[805]</sup>.

Habían alcanzado un acuerdo, aunque sólo fuera tácito. William escribió de inmediato a su hermano para resumirle la extraordinaria conversación con Worth. «Bien, no sé si haremos algún trato con este hombre en el futuro, pero te encarezco que no lo denuncies a nadie ni permitas que nadie sepa que estamos al corriente de su presencia en el país. Por nada del mundo querría que cayera en manos de la policía ni de nadie después de haberse portado como lo ha hecho conmigo, y quiero que quien lea esta carta reciba especiales instrucciones de que no debe revelarse nada de ese hombre, ni emprenderse su búsqueda»<sup>[806]</sup>». Pinkerton, en otro tiempo su cazador, se

había convertido en protector de Worth.

«Estoy sinceramente convencido de que puedo manejar a este hombre», aseguraba Pinkerton a su hermano, intuyendo quizá las inmensas posibilidades de relaciones públicas que se le abrirían si conseguía un golpe tan espectacular como la devolución del gran retrato de Gainsborough. «Creo que puedo conseguir que este hombre nos sea de utilidad durante un tiempo<sup>[807]</sup>».

Al día siguiente llegó a la oficina de Pinkerton un telegrama con saludos de Henry J. Raymond desde una dirección de Brooklyn. Quince días más tarde, dos chiquillos se quedaron llenos de asombro y encantados cuando un cachorro de fox terrier de un benefactor anónimo llegó sin previo aviso a la puerta de la casa de su tío, en Brooklyn.

## 26 EL BULTO DEL BOTONES

Con tanto intermediario involucrado, las negociaciones sobre el retorno del Gainsborough a Agnew fueron necesariamente prolijas. Los Pinkerton no perdieron un segundo en ponerse en contacto con el superintendente Donald Swanson, del departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard, quien pasó la información al inspector de detectives Frank C. Froest, pues John Shore ya había abandonado el cuerpo para dedicar su jubilación a «perseguir fulanas» en el burdel de Nelly Coffey Pata de Palo. Como anotó Pinkerton, «New Scotland Yard llevaba muchos años trabajando en el caso y prácticamente había reunido la misma información que teníamos nosotros, aunque sin pruebas materiales y sin medios para asegurarse la condena de los ladrones»<sup>[808]</sup>.

Fiel a su palabra, Pinkerton omitió cualquier mención a Worth o a Sheedy en sus comunicaciones con la policía inglesa, aunque Scotland Yard sabía muy bien con quién estaba tratando, aunque fuera a través de personas interpuestas. El inspector Froest se puso en contacto con el abogado de Agnew, *sir* George Lewis, y le expuso la versión de los hechos que Pinkerton había decidido contarle. Según explicaba el policía inglés, un individuo había acudido a ver al señor Pinkerton con una historia que merecía credibilidad. Este individuo había recibido un encargo de «un rico norteamericano»,<sup>[809]</sup> enfermo de muerte, que sabía dónde estaba la pintura robada y quería ayudar a devolverla antes de expirar. El intermediario «sugiere que el asunto debería ponerse en manos de los señores Pinkerton [...]. Aunque no desea la recompensa, el hombre sugiere que ésta debería entregarse a alguien»,<sup>[810]</sup> apuntaba Froest.

El intermediario era Patrick Sheedy, por supuesto, que actuaba en representación de Worth, y la información parcial suministrada a Scotland Yard pretendía conseguir varios objetivos simultáneamente: insinuar que el ladrón había muerto, facilitar que Pinkerton pudiera negociar con Agnew el retorno del cuadro sin que pareciera que se saltaba sus propios principios, insistir en que cualquier transacción que se hiciera tuviese lugar en Estados Unidos y, por encima de todo, asegurarse de que nadie era llevado a juicio. Como es lógico, Sheedy y Worth insistieron mucho en este punto. El primero enfocaba todo aquel asunto como una cuestión de principios artísticos e insistía en que «nadie debía resultar castigado o lesionado, para que se pueda recuperar el tesoro artístico perdido»<sup>[811]</sup>.

En palabras de Pinkerton, «Sheedy enfocó el asunto desde el punto de vista de que la recuperación del cuadro era de gran importancia para el mundo del arte, y de que sólo podría llevarse a cabo de la manera que se había expuesto. Dijo también que, por lo que él concernía, si alguien era represaliado por intervenir en el asunto, el cuadro no sería devuelto jamás»<sup>[812]</sup>. Probablemente la advertencia era un reflejo de las opiniones de Worth. Apenas unos meses después del robo, se había dado el gusto

de «anunciar» el cuadro a un público más amplio; sólo alguien tan pagado de sí como Worth era capaz de creer que estaba haciendo un favor al mundo del arte con la devolución de una obra maestra que había disfrutado en solitario durante más de veinte años.

En una carta fechada el 26 de junio de 1899, *sir* George Lewis exponía a William Agnew la opinión de Scotland Yard respecto a la oferta. «El inspector Froest opina que la comunicación que ha establecido tiene solidez [...]. Sugiere que debería ponerse al corriente a los señores Pinkerton antes de realizar ningún movimiento. Por supuesto, yo someto el asunto a su consideración»<sup>[813]</sup>. Pero en vista de tanto subterfugio y después de tantos intentos de estafa como había sufrido, el tratante de arte se mostró comprensiblemente receloso. Su resistencia a dar la impresión de que perdonaba un delito no le preocupaba tanto como la sospecha de que iba a tener que pagar por segunda vez, y a un precio muy alto, algo que técnicamente ya era suyo. Los escrúpulos monetarios de Agnew eran visiblemente mayores que los morales.

Como apuntó agudamente más tarde un cínico observador: «¿Acaso un hombre que ofreciera a la venta el abrigo que acaba de robar no sería detenido por el primer policía que se enterase del asunto? Pero cuando se trata de una pintura valorada en una pequeña fortuna, las cosas son muy distintas...»<sup>[814]</sup>.

«De momento el tema está que arde —según Pinkerton— debido a la cantidad exigida para la devolución del cuadro y los abogados (Lewis & Lewis) afirman que debe de ser una estratagema de algún listillo norteamericano para estafar a Agnew»<sup>[815]</sup>. El detective también se mostraba precavido: «Debemos saber claramente hasta dónde quiere usted que lleguemos antes de comprometernos a hacer nada»,<sup>[816]</sup> advertía a Agnew, quien a su vez tenía dudas de la honradez del «honrado» Pat Sheedy, a pesar de la seguridad que les había dado Pinkerton de que «no es un bribón en ningún sentido de la palabra, pero es muy aficionado a las apuestas, y conoce sin duda a muchos de los delincuentes más destacados. Yo opino que es sincero en lo que dice»<sup>[817]</sup>.

Los dos bandos se estudiaban: Worth y Sheedy a un lado de la simbólica mesa de negociaciones, Agnew y Scotland Yard en el otro, y los Pinkerton en medio. Worth fue el primero en intentar romper el punto muerto. A través de Sheedy, ofreció devolver el cuadro sin reclamar nada si a cambio Agnew «le permitía el privilegio de poner la obra en exposición durante cuatro meses»<sup>[818]</sup>. Sheedy recogería los beneficios y luego pasaría en secreto a Worth la parte del león. Era una propuesta ridícula, desde luego —pensar que podía robar un cuadro valioso y luego exhibirlo era una muestra de la desfachatez de Worth—, y fue rechazada rotundamente por Agnew. Un mes después, Worth y Sheedy volvían a la carga con otra idea tan estrambótica como la anterior: «Devolvería el cuadro si Agnew permitía a Sheedy realizar un grabado en metal del retrato y le concedía el control de la plancha»<sup>[819]</sup>. Como ya había demostrado la historia, la duquesa era un instrumento publicitario

extraordinariamente lucrativo, y quien controlase su imagen poseería una inversión valiosísima. Agnew volvió a rechazar la propuesta, pero al menos esta vez estaba convencido de que trataba con el auténtico poseedor de la famosa pintura.

Para pasar el rato, mientras se prolongaban las negociaciones, Worth se dedicó a «preparar un trabajito» a unos colegas. A principios de 1900, dispuso lo necesario para que tres conocidos delincuentes norteamericanos —Kid Macmanus, Brooklyn Johnny y Rubio McGuire— «cruzaran el charco»<sup>[820]</sup> hasta Londres, llevando consigo el último grito en técnicas para reventar cajas fuertes. «Puede que fueran los hombres expertos en el uso de nitroglicerina y dinamita de los que hablaba ese periódico de Nueva York hace poco, en relación con un robo»,<sup>[821]</sup> informó un detective de Pinkerton. Pero como de costumbre, no hubo modo de atribuirle nada a Worth directamente.

Avanzado el año, embaló el cuadro y regresó también a Londres, en un último intento de acelerar las negociaciones. Tras una nueva serie de sutiles contactos entre Pinkerton, en Chicago, y Worth, en Londres, el detective creía haber cerrado por fin un trato con las autoridades inglesas. «El 16 de junio de 1901», es decir, a los dos años —día por día— de la fecha en que Worth había acudido a ver a William por primera vez, «los Pinkerton recibieron un telegrama del superintendente Swanson, de Scotland Yard, con instrucciones de que se encargara del asunto del cuadro robado y de que se ocupara de su recuperación. Las condiciones impuestas por Worth serían aceptadas, siempre que fuese el cuadro auténtico, y con este fin partiría de inmediato de Inglaterra un testigo que podía identificarlo»<sup>[822]</sup>. Todavía se desconoce con exactitud a cuánto ascendían las «condiciones» de Worth, pues todas las partes tuvieron buen cuidado de no poner nunca por escrito los detalles de este trato, de dudosa legalidad. El intercambio se efectuaría en Estados Unidos y es evidente que se pactó la entrega de una abundante cantidad en metálico, a la que seguiría el resto después de la recuperación del retrato, y la inmunidad para todas las partes involucradas. Un contemporáneo dijo que Worth «insistió en que él debía conseguir cinco mil libras, al menos [...] y en que Pat Sheedy debía llevarse otras dos mil, por sus esfuerzos como negociador»<sup>[823]</sup>. Según Sheedy, Worth recibió veinticinco mil dólares en metálico. Agnew decidió aceptar la conveniente explicación de que el ladrón había muerto.

Después de meses de inactividad y de infructuosos regateos, de pronto las cosas empezaron a ponerse en marcha a toda velocidad. «El señor Pinkerton comunicó de inmediato al señor Sheedy que localizara a Worth y le hiciera volver a Estados Unidos»<sup>[824]</sup>. Sheedy se apresuró a enviar mensajes a «un par de direcciones» de Londres donde sabía que podían encontrar a Worth. «Al recibo de la carta, Worth telegrafió a Sheedy que regresaría en el primer vapor a América», que usaría nombre supuesto y que, naturalmente, llevaría consigo el baúl de doble fondo y su preciada carga. «Cuando se supo que su barco había zarpado, los Pinkerton telegrafieron a Londres para que el testigo que había de identificar el retrato partiera también hacia



Estados Unidos»<sup>[825]</sup>.

El hombre seleccionado para la tarea crucial de identificar el retrato tanto tiempo perdido no era otro que C. Morland Agnew, el hijo de William Agnew, quien embarcó en el SS Etruria el 16 de marzo de 1901 para hacer la travesía de Liverpool a Nueva York, envuelto en el mayor de los sigilos. «Era un secreto conocido sólo por los tres socios de la firma».<sup>[826]</sup> Morland, su hermano George y su primo W. Lockett Agney. Ni siquiera fue informado del plan el anciano *sir* William, que había comprado el cuadro en 1876 y que tenía la suerte de estar a bordo de su yate, en un crucero por las islas griegas, «por temor a que, llevado de la emoción, lo revelara a alguien»<sup>[827]</sup>.

«He recibido noticias que me obligan a navegar a Nueva York»,<sup>[828]</sup> anotó Morland en su diario, sin más precisiones. Llevó consigo a su esposa, que según parece también fue mantenida al margen de la auténtica razón del viaje hasta que el barco hubo zarpado. La travesía no resultó agradable. Cuando apenas llevaba un día fuera de puerto, el Etruria fue sacudido por un temporal que inundó la cubierta de camarotes, dañó muchos de los botes salvavidas y causó tanto pánico entre los pasajeros que uno de ellos se suicidó y otro se volvió loco y hubo de ser reducido por la fuerza. El estado de la señora Agnew, según registró su marido, proporciona una impresión muy precisa del viaje: «Mamá está bastante nerviosa» (día 1); «Mamá no debería haber venido»<sup>[829]</sup> (día 3); «No creo que a mamá le guste esto. Empieza a pensar que hubiera sido mejor que nos quedáramos en casa» (día 5); «Por desgracia, mamá está muy nerviosa» (día 6). Mamá, según resultó, se pasó todo el trayecto extraordinariamente mareada, lo cual no impidió a la estoica criatura atacar cada comida con voracidad, para devolverla acto seguido por la borda. «¿Qué voy a hacer con mamá? He ahí un buen dilema...», se pregunta Morland en el diario. Como cualquier marido británico sensato, no hizo nada y se limitó a lamentarse de que no podía hacer ejercicio y de que se había olvidado de llevar la bolsa del tabaco. Mataba el rato soltando comentarios esnobs sobre las costumbres dietéticas de los demás pasajeros: «Esos yanquis comen como cerdos; hoy, en el almuerzo, una mujer comía una especie de tarta de crema... ¡con cebollas en salmuera! ¡No me extraña que se haya encontrado mal la mayor parte del viaje!»<sup>[830]</sup>. Pero incluso Morland reconocería más adelante que había pasado «unos días de intensa zozobra»<sup>[831]</sup>.

Después de una espantosa travesía de nueve días envueltos en la niebla, llegaron a Nueva York y fueron recibidos por Robert Pinkerton, quien contó a los Agnew que la entrega del cuadro, si se verificaba su autenticidad, se produciría en Chicago. A pesar de este «freno a las esperanzas que me había hecho mientras estaba a bordo del Etruria»,<sup>[832]</sup> la pareja aprovechó la situación lo mejor que pudo y pasó la noche en el hotel Waldorf. Al día siguiente el matrimonio tomó el tren expreso Lake Shore y llegó por fin a Chicago la tarde del 27 de marzo. William Pinkerton, rubicundo, vestido con esmero y absolutamente sobreexcitado, los recibió en la estación, y «este

hombre refinado y bien parecido»,<sup>[833]</sup> según la descripción de Agnew, acompañó a la exhausta y macilenta pareja al hotel Auditorium. Todo marchaba según los planes, les aseguró, y el cambio se efectuaría al día siguiente: «Tendría la duquesa por la mañana»,<sup>[834]</sup> les anunció antes de ofrecerse a enseñarles la ventosa ciudad en su carruaje. Agnew ya había tenido suficiente aire en el viaje y estaba nervioso e impaciente ante lo que iba a suceder. «Personalmente, lo del día siguiente me tenía demasiado inquieto como para pensar en visitas turísticas por Chicago»,<sup>[835]</sup> confesó más tarde.

A las 9.30 del 28 de marzo, Morland entró en el despacho de Pinkerton y los dos hombres se dirigieron al First National Bank de Chicago para hacer efectivo el importantísimo cheque de tres mil dólares, probable primer plazo del rescate. «Es mucho dinero para andar con él por Chicago»,<sup>[836]</sup> le advirtió el impertinente empleado del banco cuando Morland le presentó el documento. Agnew se limitó a señalar al corpulento detective que aguardaba detrás de él, una de las personas más fácilmente reconocibles de la ciudad. Un ladrón tendría que haber estado loco, o ciego, para robar a un hombre que estaba bajo la protección personal de El Ojo. «Bueno, supongo que así no hay ningún problema», murmuró el cajero.

A las diez de la mañana, el dinero en billetes usados quedó depositado en la caja de seguridad de Pinkerton, en el entendimiento de que no se entregaría a menos que, o hasta que, Morland Agnew tuviera el cuadro en sus manos. Los dos hombres regresaron entonces al hotel Auditorium, volvieron con «mamá», cuyos mareos habían dado paso a un estado de agitación nerviosa, y esperaron.

Morland describió la tensión: «Al acercarse la hora en que habían determinado que se entregaría la pintura, noté que el señor Pinkerton se ponía cada vez más inquieto, más incluso que yo mismo»<sup>[837]</sup>. Ahora era la reputación de Pinkerton lo que estaba en juego. ¿Se habría echado Worth atrás? ¿Sería aquello algún nuevo truco rebuscado para humillar a los detectives? ¿Acaso el ingenioso ladrón, en aquel mismo instante, estaría convenciendo a la gente de la oficina para que le entregara el dinero, antes de esfumarse otra vez con el cuadro?

«Un cuarto de hora antes de la hora acordada —escribió Agnew en su diario— el señor Pinkerton, mi esposa y yo nos trasladamos a la sala de arriba, donde habíamos dispuesto que se efectuara la entrega. Los escasos minutos que pasamos tras esa puerta cerrada resultaron un poco tensos y encendí un habano para pasar mejor el tiempo»<sup>[838]</sup>. La conversación cesó. Pinkerton echaba constantes ojeadas al reloj. Morland daba chupadas al cigarro para ocultar su agitación. La señora Agnew eructó por lo bajo.

«Al rato llamaron a la puerta —recordaba más tarde Agnew—. El señor Pinkerton dijo "¡adelante!" y la puerta se abrió al momento. En el umbral había un botones, un mensajero adulto que llevaba un rollo de papel marrón en el brazo. "¿El señor Agnew?", preguntó. Dije que era yo y extendí la mano. El botones me entregó el rollo en silencio y, como si le hubieran encargado transmitir el mensaje más normal del

mundo, dio media vuelta sobre sus talones al instante, abandonó la sala y cerró la puerta sin hacer ruido»<sup>[839]</sup>.

El «mensajero adulto»<sup>[840]</sup> era el propio Adam Worth, con un estudiado disfraz y atrevido hasta el límite, en el último gran papel de su carrera. Si Pinkerton lo reconoció, y no hay ningún indicio en tal sentido, el detective consiguió disimular perfectamente su sorpresa. Mientras tanto, Worth abandonó su disfraz y volvió a sus aposentos en el hotel The Briggs House.

«Cuando se hubo marchado —escribió Morland—, saqué la navaja, corté el cordel con el que estaba atado el envoltorio y allí estaba, ligeramente protegido con algodón en rama, el Gainsborough largos años perdido. Dos minutos me bastaron para convencerme de que era la duquesa»<sup>[841]</sup>.

Los viajes no habían apagado el brillo de Georgiana, aunque Morland observó el extremo rasgado de la lona, de donde tantos años antes Worth había cortado fragmentos para demostrar que el robo era cosa suya.

«El rostro, de una belleza maravillosa, está intacto y el cuadro, pese a la mutilación, sigue siendo de inmenso valor y del máximo interés».

Pinkerton «observó con detenimiento su expresión y vio que sus ojos se abrían como platos durante un instante»<sup>[842]</sup>.

«Miré al detective Pinkerton y le confirmé la autenticidad del cuadro. Al instante me estrechó la mano y me felicitó efusivamente. Hasta aquel momento no había estado seguro de que la pintura, cuya entrega había dispuesto que se efectuara en su presencia, fuera la misma obra robada de nuestra galería hace un cuarto de siglo»<sup>[843]</sup>.

«La señora Agnew parecía tan agradecida como su marido», registró Pinkerton cortésmente, pero él instó al experto a «no cometer ningún error» y a que «debía realizar todas las pruebas y mediciones, etcétera, antes de tomar una decisión sobre el asunto [...]. Entonces Agnew aplicó las diferentes pruebas que se utilizan para determinar la autenticidad de un cuadro», antes de entregar la tela al diligente policía.

«Estoy seguro de que el retrato es el original robado de la galería de mi padre»,<sup>[844]</sup> declaró.

«Bien, me alegro de que todo haya salido bien —respondió el detective—. Había decidido que si se trataba de un fraude, quemaría eso y me lavaría las manos de todo este asunto»<sup>[845]</sup>.

Después de este momento extrañamente emotivo, los dos hombres se lanzaron otra vez a un torbellino de actividad. Morland escribió: «Yo envié de inmediato un telegrama a mis familiares. Decía: "He conseguido un Gainsborough", para que pudieran asegurar el cuadro». El uso del artículo indefinido fue totalmente premeditado. El método utilizado para recuperar el cuadro era irregular, como mínimo, y Morland no tenía ninguna intención de poner a las autoridades sobre la pista de lo sucedido hasta que el cuadro estuviera de nuevo a salvo en Old Bond Street.

«Después nos detuvimos en una tienda próxima al hotel, donde el señor Pinkerton compró un papel impermeable y dos tablillas ligeras. Con éstas monté un paquete plano con la tela y lo entregué al gran detective»<sup>[846]</sup>.

Aliviado y exultante, Pinkerton llevó a los Agnew a la prometida visita turística por la ciudad antes de embarcarlos, con la pintura bien embalada, en el Limited Express de las 5.30 hacia Nueva York, después de otra tanda de agradecimientos y felicitaciones. «No debo perder tiempo en abandonar este país», escribió Morland en su diario.

El comerciante en arte, según propia confesión, «no tomó especiales precauciones para proteger la tela».

«Lo colgué de un gancho del compartimiento y, cuando salimos a cenar al vagón restaurante, me limité a decirle al mozo negro que echara un vistazo a nuestras cosas»,<sup>[847]</sup> escribió. Aunque el cuadro estaba ahora en las debidas manos, a Pinkerton no se le escapaba que la mano que lo había robado todavía estaba libre y no quería correr riesgos. El mozo ya estaba pagado por los detectives, con instrucciones de proteger la puerta del compartimiento de los Agnew con su vida. Mientras, un detective de la agencia estaba apostado al otro extremo del vagón por si Worth cambiaba de idea y decidía volver a robar el retrato.

«A nuestra llegada a Nueva York nos recibieron dos hombres de Pinkerton a los que confié el preciado paquete y fui informado de que esa noche dormirían en la misma habitación que el cuadro y que por la mañana lo llevarían a bordo del Etruria. Nos alojamos en el Holland House, y al día siguiente abordamos el barco justo antes de la hora anunciada para que zarpase. Los hombres de Pinkerton me entregaron el Gainsborough en mi camarote de primera, en el que había un armario que acolché con almohadones para hacer un lecho blando para el cuadro. Este armario fue mi única caja fuerte durante el viaje»<sup>[848]</sup>.

Impaciente por revelar sus novedades pero comprometido a guardar silencio, Agnew escribió a su hija desde el vapor, el 31 de marzo, contándole toda la extraña historia. «Hace unos veinticinco años, un bellissimo cuadro de Gainsborough, un retrato de la duquesa de Devonshire, se vendió en subasta y fue adquirido por mi padre a un precio muy alto. Después fue robado, y las autoridades han estado detrás de él desde entonces. Nunca tuvimos la esperanza de recuperarlo, pero cuando se sepa que volvemos a tenerlo causará sin duda una gran sensación y todo el mundo querrá verlo. No nos atrevimos a decirle qué venía a buscar ni al abuelo [*sir* William], para que no pudiera contar el secreto y echar por tierra todo el negocio. ¡Qué contento se va a poner cuando se entere!»<sup>[849]</sup>. Pinkerton había mantenido su palabra de no revelar la existencia de Worth. «Los ladrones están muertos —escribió Morland—, y a estas alturas ya no hay posibilidad de que se castigue a nadie».

También escribió a Pinkerton para expresarle «nuestra gratitud y nuestro reconocimiento por los espléndidos servicios que ha prestado al mundo en general y a nosotros en particular en la recuperación de esta obra de arte tanto tiempo

perdida»<sup>[850]</sup>. Pinkerton le reclamaría más adelante 593,35 dólares por la molestia.

Cuando llevaba unos días de viaje, Morland fue incapaz de seguir guardando su secreto por más tiempo. «Le dije al sobrecargo lo que llevaba conmigo, y más tarde revelé el secreto al capitán. Ellos y un conocido prelado católico eran los únicos a bordo del Etruria que sabían lo que tenía en mi poder. Todos tuvieron ocasión de contemplar el retrato»<sup>[851]</sup>. Una razón para el secretismo en la operación eran los restos de temor «a que el cuadro pudiera ser robado de nuevo», pero Morland tenía más motivos para evitar que la noticia apareciera en los periódicos, de momento: «Si los funcionarios de aduanas se hubieran enterado, habrían podido exigir tasas por el cuadro y, aunque no era probable que le forzaran a pagarlas, el asunto habría podido causar una buena cantidad de problemas y de retrasos innecesarios»<sup>[852]</sup>. En el plazo de una semana, la duquesa de Devonshire de Gainsborough había sido introducida en secreto en Estados Unidos y luego sacada nuevamente del país con el mismo sigilo. Ésta sería su última travesía en muchos años.

El viaje de regreso fue más tranquilo, pero los nervios de la señora Agnew todavía no se habían recuperado del anterior: «Mamá y algunas mujeres cantan himnos religiosos»,<sup>[853]</sup> anotó Morland, al tiempo que seguía señalando las deficiencias sociales de sus compañeros de travesía. «No hay mucha gente agradable a bordo; lo que sí hay son muchos yanquis de lo más vulgar. Su forma de hablar es horrible, sobre todo las chicas, y no tienen idea de modales».

Morland Agnew ocupaba su asiento en la mesa del capitán, con aire de autocomplacencia. Su ánimo hubiera sido bien distinto de haber sabido que había una persona más a bordo, aparte de su esposa, el sobrecargo, el capitán y el «conocido prelado católico», y que esa persona conocía perfectamente lo que el tratante de arte tenía oculto en el armario del camarote. Los demás pasajeros describirían más tarde a este hombre como «un millonario avejentado y enfermo»<sup>[854]</sup>. Un caballero inglés educado y de corta estatura que bebía mucho, daba propinas espléndidas y tosía de mala manera. Él mismo, por ejemplo, que vestía el atuendo de botones en el hotel de Chicago, y que probablemente habría podido causar un ataque cardíaco a la enfebrecida señora Agnew. Pero el hombrecillo de levita, cadena de oro y aguja de corbata con perla se limitó a confundirse entre la gente. Lo único que destacaba en él, tal vez, era la extraña intensidad con la que observaba al tratante de arte y a su esposa.

Más tarde, Pinkerton aseguró a Agnew que «había dispuesto a través de la oficina de la agencia en Nueva York que se observara a los pasajeros del vapor en el que navegaron ustedes para cerciorarnos de que ningún ladrón profesional norteamericano se encontraba entre ellos»<sup>[855]</sup> y, con un arrebatado de ofendido orgullo, catalogó de «rotundamente falsos»<sup>[856]</sup> los numerosos informes posteriores que afirmaban que Adam Worth había subido al Etruria para viajar a Inglaterra en compañía del retrato que acababa de entregar. Pero lo cierto es que así lo hizo, casi

con absoluta seguridad. El cuadro mostraba no sólo a una espléndida duquesa sino también el supremo engaño de Worth, su éxito arrogante y su abyecto fracaso. Ahora, convertido en una sombra difusa, lo seguía en su regreso a casa.

## 27 PIERPONT MORGAN, EL NAPOLEÓN DE WALL STREET

Mientras Adam Worth acompañaba al Gainsborough en su viaje por última vez «y volvía a Inglaterra tan discretamente como había llegado»,<sup>[857]</sup> otro ardoroso pretendiente —un hombre que tenía más en común con Worth de lo que éste habría querido reconocer— andaba tras la deliciosa duquesa. J. Pierpont Morgan, el coloso de las finanzas norteamericanas y tal vez el hombre más poderoso de Estados Unidos, había puesto sus ojos en la duquesa de Devonshire hacía mucho tiempo. Un cuarto de siglo antes, su padre, Junius Spencer Morgan, había visto frustrado su deseo de adquirir el cuadro para su hijo cuando Worth lo había «raptado». Pierpont Morgan estaba decidido a impedir que la duquesa escapara de las manos de su familia por segunda vez.

En los años transcurridos, la familia Morgan había amasado una inmensa riqueza. Según un cálculo, la fortuna conjunta del imperio Morgan y sus compañías asociadas sería pronto superior a la del «valor tasado de todas las propiedades en los veintidós estados y territorios al oeste del Misisipi»<sup>[858]</sup>. En 1895, Morgan había establecido un sindicato de banqueros para apoyar la reserva de oro del país, con lo cual estabilizó toda la economía americana, había forjado los ferrocarriles continentales con una red de cincuenta mil kilómetros de tendidos férreos de costa a costa y dirigía una compañía con trescientos cuarenta y un consejos directivos en ciento doce corporaciones. El mismo año de la recuperación del cuadro, había fundado la Steel Corporation, el conglomerado financiero independiente más grande del mundo. No había nada que el dinero de Morgan no pudiera comprar. Como un príncipe renacentista, Morgan había coronado su extraordinaria fortuna con una colección de arte incomparable. De París a Londres y a Lúxor, coleccionaba obras de arte como una urraca, y compraba todo aquello de lo que se encaprichaba, sin apenas reparar en el gasto. Los conocedores más críticos cuchicheaban que su coleccionismo era indiscriminado, producto de un bárbaro con una cuenta bancaria sin límite, pero el resultado final sería un cúmulo de obras más espléndido y más ecléctico que ningún otro en el planeta.

Antes de abandonar Nueva York con el retrato de la duquesa a bordo del Etruria, Morland Agnew había enviado un mensaje a la mansión Morgan para ver si el millonario estaba interesado por el cuadro que en su día quiso comprar su padre, pero el magnate estaba en viaje de negocios. William Lawrence, obispo de Massachusetts y amigo de Morgan, describió la reacción de éste cuando regresó a Nueva York y se enteró de que el retrato estaba otra vez en el mercado.

«Su ayuda de cámara dijo que había llamado un representante de los señores Agnew y había dicho que tenía el cuadro en su poder»<sup>[859]</sup>. El señor Morgan preguntó dónde estaba el hombre. Quería verlo. «Se disponía a partir de vuelta a casa, y el

barco ya habrá zarpado».

Morgan no era de los que dejan que el Atlántico se interponga en sus deseos. «Estaba decidido a conseguir el cuadro y tomé el siguiente barco a Inglaterra»,<sup>[860]</sup> recordó más adelante el potentado.

Cuando se disponía a desembarcar procedente de Nueva York, un joven periodista descubrió al financiero desde el embarcadero y le preguntó con descaro: «¿Qué, señor Morgan? ¿Viene a Londres a enseñar a los ingleses a invertir su dinero?»<sup>[861]</sup>.

«Muchacho —le respondió—, los ingleses saben muy bien cómo deben invertir su dinero. Es probable que se queden con una parte del mío antes de que vuelva a mi país». Morgan estaba dispuesto a culminar su colección con La duquesa de Devonshire, de Gainsborough; el precio no importaba. Adquirirlo sería un golpe publicitario de inmensas proporciones, y al mismo tiempo daría cumplida satisfacción a su orgullo dinástico.

En su aspecto físico, el «Napoleón de Wall Street»<sup>[862]</sup>, como lo apodaba The Economist, y el «Napoleón del hampa» estaban en extremos opuestos. Si Worth era menudo y delgado, Morgan era grande y corpulento y ofrecía la imagen por excelencia de un potentado de las finanzas, con los ojos de un tiburón y una nariz, afectada de acné rosáceo, que tenía el tamaño y la textura de una frambuesa hinchada. Ningún apéndice ha inspirado en los tiempos modernos unas descripciones burlonas tan crueles como la nariz de Morgan, con sus cambiantes abultamientos. Aquélla era la indicación, para los pobres seres inferiores, de que a pesar de todo el poder que acumulaba, Morgan era falible. El magnate, hombre sensible y vanidoso, se hacía retocar la nariz en todas las fotografías que alcanzaba a controlar.

Pero en otros aspectos, Morgan y Worth eran lobos de la misma carnada victoriana. Durante un tiempo, ambos fueron el centro de una amplia red de subalternos y de recursos: el uno de orden financiero, el otro puramente criminal. Y los dos eran poco escrupulosos en el modo de obtener el dinero, pues tanto para uno como para otro la riqueza era un fin en sí mismo y un potente narcótico. No llegaron a encontrarse nunca, pero sus vidas fueron extraños reflejos la una de la otra. Morgan la desarrolló con arrojo en la escena de las finanzas internacionales; Worth en los rincones ocultos del mundo del hampa. Al igual que éste, Morgan había visto en la guerra de Secesión americana una oportunidad de conseguir, no la gloria sino beneficios económicos. El ladrón había simulado su muerte en la batalla de Bull Run, según parece, haciendo pasar otro cadáver por el suyo. En una extraordinaria coincidencia, Morgan había efectuado una maniobra parecida. Cuando fue reclutado después de la batalla de Gettysburg, como tantos de su clase social, Morgan se limitó a pagar trescientos dólares a un sustituto al que más tarde se refería como «el otro Pierpont Morgan». El otro Adam Worth probablemente fue enterrado en un cementerio de Washington. Si Worth había hecho dinero con la guerra como reenganchaste, Morgan lo hizo embarcándose en un negocio muy turbio: compró unas cinco mil carabinas Hall a tres dólares y medio la pieza, que luego revendió al



gobierno a un precio seis veces superior. Incluso el biógrafo más objetivo del banquero reconoce que éste, como Worth, «vio en la guerra una oportunidad para sacar provecho, no para rendir servicio»<sup>[863]</sup>.

El asunto de las carabinas Hall no fue, ni mucho menos, la última vez en que se ponía en cuestión el enfoque ético de Morgan en los negocios pero, en la época de los barones del crimen, no era el único que proclamaba unos principios morales y seguía otros muy distintos. Como ha escrito un historiador: «Fue una época de corrupción a gran escala. Un tiempo en el que los Drew, los Vanderbilt y los Gould podían utilizar una línea de ferrocarril como un juguete y descapitalizarla [...] en que los miembros del Congreso y los legisladores podían ser comprados, no una vez sino las que fuera preciso»<sup>[864]</sup>.

Morgan y Worth reflejaban su época, en diferentes ámbitos pero con parecidas filosofías, pues ambos eran piratas con arreglo a la vieja tradición. De hecho, si Morgan podía remontar su genealogía a los aristocráticos Spencer, también afirmaba contar entre sus antepasados a *sir* Henry Morgan, el sanguinario pirata isabelino. Resultaba muy apropiado que bautizara sus sucesivos grandes yates a vela con el nombre de El Corsario.

Los dos eran anglófilos, generosos hasta el exceso, y compartían una filosofía comercial similar: aumentar los beneficios mediante la centralización, la racionalización y la eliminación de la competencia innecesaria o debilitante. Morgan y Worth compartían otro rasgo peculiar de su tiempo: una firme y fundada creencia en que las grandes riquezas podían comprar la veneración de sus congéneres. Ambos compraron respeto «con el dinero de otros», por usar la frase de Adam Smith. Los dos compraron grandes casas con todos los lujos, y barcos tan inmensos y caros que Morgan comentaba pomposamente que «cualquiera que haya de pensar siquiera en el coste hará mejor en no adquirirlo»<sup>[865]</sup>. Ni siquiera en su momento de máximo esplendor pudo Worth igualar la opulencia del estilo de vida de Morgan, pero su intención era la misma: deslumbrar al visitante con las riquezas de tal modo que no pusiera en discusión el espíritu del hombre que había detrás. Uno de los biógrafos de Morgan captó perfectamente las aspiraciones de Worth cuando describió, con referencia al magnate, lo que hacía vibrar a un multimillonario Victoriano: «El hombre que había acumulado una gran fortuna buscaba establecer o asegurarse el lugar entre los elegidos dedicándose a esas formas de manifiesto derroche de las que gustaban los privilegiados y a enriquecer su vida de acuerdo con los gustos que tuviera o pudiera adquirir. Normalmente quería que las mujeres de su familia levantaran admiración por su ropa y sus aderezos, quería una casa de categoría llena de aposentos lujosos y de objetos insólitos y deliciosos, y quería dar fiestas espléndidas [...]. Incluso se encaprichaba de los yates, el símbolo mismo del lujo [...]. Si tenía gustos deportivos, podía dedicarse a esas formas de deporte que requieren tradicionalmente el máximo de servidores, como la caza de patos, o que son costosamente especulativos, como el mantenimiento de una cuadra de caballos de

carreras. Pero ninguno de estos ejercicios de opulencia satisfacía por completo sus sensibilidades, en el caso de que las tuviera. ¿No había en la vida placeres más refinados que éstos? Estaban las artes [...]. Podía coleccionar las obras más famosas del pasado europeo, y con ello ejercer simultáneamente el talento para la compra que lo había hecho rico, estimular y satisfacer su apetito de belleza [...] y aplacar su propio sentido de la prudencia financiera [...] y, de haber sido norteamericano, podía tener además la satisfacción interna de llevar a Estados Unidos un valioso tesoro<sup>[866]</sup>.

Morgan no tenía alias tras los cuales esconderse, pero el contraste entre sus pronunciamientos y sus acciones era bastante notable. Igual que había dos Worth, «había dos Pierpont, el banquero serio y el hombre sensual, unidos en la misma yunta bajo una tensión extrema»,<sup>[867]</sup> en palabras de un historiador.

Los dos hombres eran dados a arrebatos de santurronería y, al igual que Worth, Morgan se consideraba una persona de la mayor rectitud, el único hombre de honor entre una cuadrilla de ladrones. De hecho, también como Worth, era codicioso, vanidoso, afectado de cierta megalomanía de la que, por fortuna para él, no era consciente. O al menos no deseaba afrontar aquellos hechos. Su padre le había dado una vez este consejo: «Nunca, bajo ninguna circunstancia, hagas nada que pudiera recriminársete si fuera de conocimiento público»<sup>[868]</sup>. El principio que seguía Morgan, y también Worth, estaba más cerca de otro bien distinto: «Haz lo que quieras; mientras mantengas una apariencia digna, el mundo seguirá ignorante de tus actos».

Además de tener la atención de reyes y potentados de todo el mundo, Pierpont Morgan entró en comunicación directa con Dios. Su testamento empieza con un pasaje de altiva alabanza de sí mismo que suena sospechosamente como una orden directa al Todopoderoso para que disponga su entrada inmediata en el paraíso: «Entrego mi alma en manos de mi Redentor en la confianza plena de que, habiéndola salvado y bañado en su preciosísima sangre. Él la presentará impoluta ante el Padre celestial; y encomiendo a mis hijos que mantengan y defiendan, en toda circunstancia y cueste lo que cueste en sacrificio personal, la bendita doctrina de la completa remisión de los pecados a través de la sangre de Jesucristo, que fue derramada por nosotros, y sólo a través de ella»<sup>[869]</sup>.

Según todas las apariencias externas, Pierpont Morgan pasaba por ser un pilar de la iglesia, un padre de familia dedicado, y además un autoproclamado guardián de la moralidad pública. Como miembro del consejo directivo de la Metropolitan Opera de Nueva York, intervino en la cancelación de una representación de Salomé, de Richard Strauss, con el argumento de que la trama era demasiado atrevida para el público en general. En 1873, incluso ayudó a fundar la «Sociedad para la Eliminación del Vicio» cuyo objetivo consistía en eliminar de raíz la depravación, el juego y otras taras morales entre los órdenes inferiores. Bajo el cruzado moral Anthony Comstock, la sociedad emprendió la reforma de la moralidad pública con aire de venganza y cubrió desnudos escultóricos, obligó a cerrar la lotería de Nueva Orleans e intentó prohibir

las obras de George Bernard Shaw.

Si Morgan encabezaba en público el coro que clamaba contra la conducta laxa de la gran mayoría e incitaba a la mojigatería más ponzoñosa, en privado —y no siempre con la debida discreción— flirteaba como un macho cabrío en celo, y «en general se comportaba de un modo que habría provocado las censuras y admoniciones de sus compañeros de coro»<sup>[870]</sup>. El hombre virtuoso y perfectamente casado que ofrecía su alma al cielo con tal arrogancia, presentaba una incontinencia sexual casi patológica y su gusto por las actrices, así como su generosidad hacia ellas, había inspirado un buen chiste, por lo menos, contra el donjuán sonrojado. Una actriz comentaba que hacía poco había sacado una perla de una ostra. «Eso no es nada —responde su acompañante—. Yo saqué toda una gargantilla de diamantes de una langosta»<sup>[871]</sup>. El Henry Raymond auténtico, el del New York Times, habría reconocido ahí la doble moral; el hombre que había usurpado su buen nombre, también.

Al margen de la opinión que pueda merecer la moralidad de Morgan en sus negocios, el marcado contraste entre su imagen pública y su conducta privada es impresionante. Sin embargo, no hay ninguna evidencia de que esta doble vida afectara a su conciencia, como a Worth tampoco le había perturbado la suya, pues ambos eran expertísimos en «sonreír y sonreír y ser unos villanos»<sup>[872]</sup>. Y como ambos hombres vivían en un mundo de doble moralidad, así también eran dos románticos incurables. Si la relación de Worth con el cuadro robado estaba vinculada, al menos en parte, a su amor por Kitty Flynn, el gusto de Morgan por el arte estaba motivado, al menos al principio, por un impulso emocional parecido.

En 1861, a sus veinticuatro años, Morgan se enamoró de una tal Amelia Sturgis, «una muchacha arrogante de buena familia de Nueva Inglaterra [...] que poseía una hermosa dentadura»<sup>[873]</sup>. Apenas habían iniciado el noviazgo cuando Mimi empezó a mostrar los síntomas de una tisis galopante. En la boda, que resultó conmovedora y trágica, Morgan tuvo que bajar a la novia por las escaleras y sostenerla durante la ceremonia. La muchacha falleció al cabo de cuatro meses. Cuando Morgan regresó a casa después de enterrar a su joven esposa, una de las primeras decisiones que tomó fue comprar un óleo, el primero entre miles, que mostraba a «una mujer joven y de aspecto delicado»,<sup>[874]</sup> pintado por George F. Baker. Este sentimental «recuerdo de Mimi»<sup>[875]</sup> permaneció colgado en la biblioteca de Morgan hasta su muerte. Worth robó «su duquesa», y Morgan erigió su magnífica colección de arte sobre unos cimientos similares de amor frustrado y de carencias emocionales.

Muchos años más tarde, Morgan decidió añadir a Georgiana a su ya inmensa colección. El millonario era obsesivo, y a veces extrañamente poco selectivo en su manera de acumular. Tal vez en esto se pareciera también a Worth: el acto de la posesión se convertía en un fin en sí mismo, más importante que ninguna otra consideración, pues como escribió John Fowles, «lo mismo sucede con todo coleccionismo. Elimina la intuición moral. El objeto, finalmente, posee a su

poseedor»<sup>[876]</sup>. La duquesa de Gainsborough tenía un especial atractivo para Pierpont Morgan. Su determinación de hacerse con el cuadro que Junius Morgan había querido comprar para él quizá fuese «un homenaje profundamente sentimental a su padre»,<sup>[877]</sup> pero también parece que se sintió tocado en lo más hondo, como a tantos les había sucedido ya, por la imagen arrebatadora de la modelo. Para un hombre que conocía bastante sobre conquistas amorosas, adquirir una imagen considerada por muchos como una de las más bellas del mundo sería el reto definitivo, una conquista galante. Además, la Georgiana de Gainsborough era desmelenada, coqueta, y su mirada tenía ese brillo seductor inconfundible. La duquesa pertenecía a esa clase de mujer que a Morgan le gustaba.

## 28 EL REGRESO DE LA DUQUESA PRÓDIGA

La tarde del 8 de abril de 1901, Morland Agnew llegó por fin a Liverpool con la duquesa y lo mismo hizo Adam Worth, mientras Pierpont Morgan arribaba al puerto apenas unas horas después, en su propia embarcación. Los periódicos de Londres ya habían recibido alguna información sobre lo sucedido, y algunos de los reporteros más intrépidos incluso alquilaron botes en un esfuerzo infructuoso por llegar al tratante de arte y conseguir una cita con él, antes de que tocara tierra. «Por la pasarela del Etruria descendió el señor Morland Agnew, acompañado de su esposa, con un paquete plano y sellado bajo el brazo, y con expresión nerviosa»,<sup>[878]</sup> que anunció que no tenía nada que decir. Lo mismo sucedió en Euston. «El señor Agnew tenía que entregar un paquete, pero no tenía ninguna declaración que hacer».

Por la tarde, los periódicos de Londres incluían la noticia de alcance de la devolución del cuadro. El Daily Express informaba de la recuperación de la duquesa y de la llegada de Pierpont Morgan en la misma primera página, y publicaba sendos retratos de la bella y la bestia, sin establecer ninguna relación entre ambos asuntos. «El señor J. Pierpont Morgan, el gran financiero norteamericano que hoy llega a Londres, no es desde luego la clase de persona que realiza una travesía del Atlántico por mero placer; cabe esperar por tanto una sucesión vertiginosa de acontecimientos»,<sup>[879]</sup> prometía la prensa. Sin embargo, en su aduladora presentación, el Express no olvidaba señalar «la afición y el refinado gusto de Morgan por el arte»,<sup>[880]</sup> y llegaba a la conclusión de que «la ambición desmedida de este hombre se ve atemperada por una cierta nobleza, pues su objetivo es el mejoramiento de la especie [...], empleando siempre el dinero como un instrumento y no como un fin. Es un propósito digno de una gran mente»<sup>[881]</sup>. La arribada de Adam Worth —otra gran mente cuya ambición de adquirir cosas también estaba moderada por una cierta nobleza— ni que decir tiene que pasó inadvertida.

El retrato había sido despachado bajo escolta al banco de los Agnew en Londres, donde expertos en restauración de la firma inspeccionaron la tela y declararon que «salvo una ligerísima marca de navaja en el borde del sombrero, su estado es perfecto; el rostro, las manos y el cuerpo del retrato están absolutamente intactos»<sup>[882]</sup>. El Times lo declaraba en un «magnífico estado de conservación»<sup>[883]</sup>. El viejo *sir* William Agnew, al que no se le había informado de las negociaciones para que no se fuera de la lengua, estaba todavía en el Egeo cuando se enteró de la noticia. Aunque retirado de la actividad profesional en 1895, *sir* William hizo virar el barco de inmediato y puso rumbo a Londres para ver el trofeo que había comprado y perdido un cuarto de siglo atrás. «Papá envía un telegrama de felicitación y anuncia que regresa»,<sup>[884]</sup> apuntó Morland.

Fiel a su palabra, Pinkerton había mantenido el secreto de Worth y, aunque los periodistas insistieron, sólo explicó, con descarada imprecisión, «que el ladrón había

combatido en el bando nordista durante la rebelión, que había recibido honores y que al final de la contienda se había encontrado ascendido a teniente»<sup>[885]</sup>. Por su parte la Central, una agencia de noticias, declaraba categóricamente que «la policía, tanto británica como estadounidense, tiene poderosas razones para considerar que los autores del robo ya han fallecido»<sup>[886]</sup>. Morland no tuvo nunca la menor sospecha de lo cerca que había estado del ladrón. «Por lo que yo sé, procede de un hombre enfermo de muerte que vivía en uno de los estados del Oeste. Quizá los remordimientos lo impulsaron a restituir el cuadro. Menos mal que prestamos atención al asunto porque si el hombre hubiera muerto —como es posible que haya sucedido ya, según me han dicho—, es posible que sus hijos, al desconocer el valor de la pintura, se deshicieran de ella o la destruyeran. No creo que el hombre que devolvió el retrato fuera quien lo robó. En mi opinión, el golpe fue cosa de Adam Worth»<sup>[887]</sup>.

El Daily Telegraph, que se basaba en informaciones de Scotland Yard para catalogar este «romance más extraño que el de cualquier obra de ficción»,<sup>[888]</sup> se adelantaba a la competencia con la información exclusiva de que «cuando el señor Agnew zarpó hacia Inglaterra en el Etruria con la tela, también viajaba a bordo el hombre que la había robado. Su identidad todavía no se ha hecho pública pero se ha asegurado que ha estado viviendo en Inglaterra con una familia que desconoce el pasado de ese hombre». El Times volvió a la carga y anunció «el tercer y sensacional capítulo de la sorprendente historia del retrato»,<sup>[889]</sup> además de apuntar el rumor de que «el hombre que robó el cuadro se llama Adam Worth, o Wirth, y es viejo conocido de Scotland Yard»<sup>[890]</sup>. Sin embargo, ninguno de los periódicos establecía la relación con Henry Raymond, desacreditado hacía tantos años.

«La verdadera historia del cuadro durante el último cuarto de siglo probablemente no se revelará nunca, por razones obvias. Sólo los escritores más fantasiosos se atreverán a imaginarla»,<sup>[891]</sup> declaraba el Times, lo cual no impedía a otros diarios más populares entrar en desquiciadas especulaciones acerca de cómo había encontrado la duquesa el camino de vuelta y acosar a Morland Agnew hasta poner al tratante de arte al borde de la exasperación. «Los periódicos vienen llenos de informaciones sobre el hallazgo de la duquesa perdida [...] y mi nombre aparece muchas veces. Vuelven a solicitarme muchas entrevistas. Estoy harto del cuadro y me siento agotado. Demasiada agitación, últimamente»,<sup>[892]</sup> se lamentaba. Pero todavía se mostraría más indignado cuando un periódico publicó una maliciosa tira cómica en la que aparecía el tratante de arte abrazado a «la querida duquesa»<sup>[893]</sup>. Aunque el retrato todavía no estaba expuesto, los expertos en arte y los periodistas acudieron a la galería de Old Bond Street en tropel. «Estamos totalmente invadidos de visitantes»,<sup>[894]</sup> explicó a los reporteros el gerente de Agnew, el señor Thompson, quien añadió, como demostración de su largo servicio en la firma, que el cuadro «aparece tan fresco y hermoso como el día que fue presentado en esta galería por primera vez [...]. El

rostro es perfecto y no tiene ninguna marca de las aventuras que ha pasado».

En aquel momento se hacían muchas conjeturas sobre el valor del cuadro. «Su valor debe de haber aumentado considerablemente después del juego del escondite a que se ha dedicado esta dama voluble con las policías y los investigadores de dos continentes»,<sup>[895]</sup> declaraba el Evening News, pero Agnew se negó en banda a decir cuánto había pagado por recuperarlo. «Deben aceptar mi palabra —repetía en un vano intento por convencer a quien le preguntaba— de que no he pagado nada por la devolución del cuadro y que no espero que nadie pida una recompensa»<sup>[896]</sup>. A ambos lados del Atlántico, la incredulidad fue absoluta. «Los reporteros de los periódicos han calculado, por su cuenta y riesgo, que el precio pagado debe de estar entre los cinco mil y los veinticinco mil dólares —informó Pinkerton a Agnew desde Chicago—. Yo, según lo acordado con usted, no les he facilitado ninguna cantidad»<sup>[897]</sup>.

Una vez más, el cuadro se convirtió en norma de estilo: «Ahora que la duquesa robada ha sido devuelta a sus legítimos propietarios, ¿marcará de nuevo la moda?»,<sup>[898]</sup> se preguntaba un diario, y en la mejor tradición de la retórica periodística presentaba de inmediato la respuesta al señalar que la señora Morland Agnew, ya recuperada de su traumático viaje, y su prima, la señora Lockett Agnew, «han tomado ya una decisión sobre el asunto [...]. Se harán confeccionar copias exactas del famoso sombrero del Gainsborough para la celebración de la recuperación del famoso cuadro». El periódico apuntaba que esto último «llevaría indudablemente a un aumento en la demanda del sombrero Gainsborough, con el ala ancha como la rueda de un carro, las plumas y demás. Eso quiere decir que a los visitantes matinales les aguardan muchos problemas». Debía de haber poca gente en el país, desde las castas de alcurnia hasta el pueblo llano, que no hubiera oído la historia de la duquesa desaparecida. Algún sagaz empresario de la costa sacó un buen dinero instalando réplicas del cuadro en cartón, a tamaño natural, con un hueco en lugar de rostro para que los visitantes pudieran mirar a la cámara y posar por seis peniques «como para el verdadero Gainsborough»<sup>[899]</sup>.

Mientras el público en general comentaba la extraña historia del retrato, otros empezaban a especular con su posible futuro. «Es de esperar —escribía un crítico— que después de haber pasado tanto tiempo en lugares oscuros y secretos, esta obra maestra encuentre por fin acomodo permanente y seguro en una de nuestras galerías públicas, para que sea un recuerdo duradero de la grandeza de uno de los artistas más brillantes de nuestra nación y una representación intemporal de la belleza de una de las inglesas más notables y encantadoras»<sup>[900]</sup>.

Morland Agnew fue muy exigente en un punto. «Ahora que volvemos a tener el cuadro en nuestras manos, nos ocuparemos de que no emprenda ningún viaje más hasta que le hayamos encontrado un comprador»,<sup>[901]</sup> declaró altivamente, ignorante todavía de que Pierpont Morgan se acercaba, tras haberlos perseguido a él y a la duquesa a través del océano.

«Mi barco era más rápido que el suyo —se vanagloriaba Morgan más tarde, en conversación con el obispo Lawrence—. Él llegó a Londres el sábado; yo el domingo. Envié recado a uno de su firma de que debía verlo el lunes por la mañana, antes de que acudiera al trabajo en el centro de la ciudad. Cuando Agnew se presentó en Prince's Gate [la residencia londinense de Morgan], le pregunté si tenía La duquesa de Devonshire.

»—Sí —respondió.

»—¿Recuerda que mi padre, la tarde antes del robo del cuadro, se disponía a comprarlo y había anunciado que tomaría la decisión final la mañana siguiente? Él quería el retrato. Si mi padre lo quería, yo también lo quiero. La duquesa tiene que ser mía.

»—Muy bien —asintió el marchante.

»—¿Qué precio tiene? —quiso saber el señor Morgan.

»—Usted lo ha de poner, señor Morgan.

»—No. Pagaré lo que su firma considere justo»<sup>[902]</sup>.

Éste era el brusco método de hacer negocios habitual en Morgan. Según un informe de la época, también pujó por el cuadro el senador Clerk, de Montana, «pero los vendedores dieron preferencia al señor Morgan por las muchas compras que les había hecho anteriormente»<sup>[903]</sup>.

El 12 de abril, cuatro días antes de su sesenta y cuatro aniversario, Morgan cerró un trato «sujeto a que *sir* William Agnew apruebe la transacción»<sup>[904]</sup>. Así lo hizo el anciano, aunque visiblemente molesto con el hecho de que sus parientes más jóvenes le hubieran robado el protagonismo al vender el cuadro sin haberle dado la oportunidad de examinarlo. Desde Viena, escribió a Morgan con tono airado: «He llegado aquí esta mañana y me he enterado por telegrama de que mis socios y familiares le han vendido el retrato de la duquesa. Bien, me alegro de que así sea, aunque yo no quería que hicieran nada hasta mi regreso a Londres. Según he oído, la pintura está muy sucia y requerirá unas semanas limpiarla y adecantarla. Cuando tuve conocimiento de la recuperación del cuadro, me emocioné mucho, y mi primer pensamiento como propietario de la obra —como expropietario ya— fue que en el momento oportuno se lo ofrecería a usted, porque ese retrato me inspira sentimientos como ningún otro y porque también siento hacia su colección el máximo interés, mayor que por cualquier otra en el mundo. Le felicito por estar en posesión del Gainsborough más perfecto del mundo. Disculpe si mi redacción es un poco inconexa, pero estoy muy emocionado»<sup>[905]</sup>.

El magnate norteamericano estaba encantado con la adquisición y el nuevo flujo de publicidad que le proporcionaba. Según las cláusulas del trato cerrado con Agnew, Morgan había accedido, como una vez hiciera su padre, a dejar que el cuadro se expusiera en la séptima exposición anual de Agnew, en noviembre y diciembre de 1901. Pero Morgan insistió —por si la historia se repetía— en que sólo pagaría el cuadro cuando le fuese entregado definitivamente. A cambio, el galerista accedió a no



revelar el nombre del comprador, pero el propio Morgan no pudo contenerse. Durante varios días, Agnew se negó a divulgar el nombre del nuevo propietario hasta que, como recordaba Morland, un periodista replicó llanamente a sus negativas: «Bueno, lo único que puedo decir es que el señor Morgan está en la escalinata del Ritz, contando a quien quiere escucharlo que acaba de comprarlo»<sup>[906]</sup>.

Pierpont Morgan ya era una figura habitual en la prensa —«las columnas de los periódicos de medio mundo abundaban en historias acerca de él; se contaban más cosas de su vida, tanto pública como privada, que de la de cualquier otro»—,<sup>[907]</sup> pero la conjunción de uno de los hombres más ricos del mundo con una de las mujeres más hermosas era irresistible. Los periódicos exprimían el tema hasta la última gota, aunque la historia completa del robo del cuadro y de su devolución siguieron constituyendo un misterio seductor.

«Este fue uno de los muchos casos en que hizo lo que cualquiera que busca publicidad para atraer la atención hacia él mismo o hacia sus asuntos o por motivos políticos»,<sup>[908]</sup> escribió su adulator biógrafo y yerno, Herbert Satterlee. «Cualquier terreno que tocara, siempre lo hacía a lo grande. Ampliaba su cuadra con caballos campeones, armaba el mejor yate de vapor y adquiría para sus colecciones los cuadros, libros y objetos de arte más notables. En esto siempre mostró un completo desprecio por el aspecto de inversión o de "rentabilidad del dinero invertido en la compra", y sin embargo casi todo lo que compraba aumentaba de valor. El retrato de la duquesa de Devonshire era un buen ejemplo de ello». Hábil agente publicitario de sí mismo, Morgan se negó rotundamente a revelar cuánto había pagado por el cuadro. Cuando un amigo clérigo le insistió en el tema, Morgan le dio una respuesta calculada para que continuaran las especulaciones: «Nunca lo sabrá nadie. Si revelara la verdad, es probable que me tomaran por candidato al manicomio»<sup>[909]</sup>. En realidad, el precio que había pagado —treinta mil libras, o ciento cincuenta mil dólares— era una elevada cantidad pero no podía considerarse una locura, tratándose de Morgan. De haberse conocido la verdad, más que loco quizá lo habrían considerado un hombre de lo más afortunado. Morland Agnew se preguntaría más adelante si no habría accedido «demasiado deprisa»<sup>[910]</sup> a separarse del cuadro.

Pero la adquisición de uno de los tesoros artísticos más celebrados de Gran Bretaña por parte de Morgan, con una altanería típica en él, no fue recibida con aplausos unánimes, ni mucho menos. Si Worth era el símbolo de una especie de pesadilla para la respetable Inglaterra victoriana —el truhán que acecha bajo una capa de moralidad—, Morgan empezaba a representar otra: la del multimillonario bárbaro que despojaba al Viejo Mundo de sus bienes de valor a base de fajos de billetes recién impresos. Una tira cómica en el *New York World* de ese mismo año mostraba a Pierpont Morgan que le preguntaba con aire arrogante a John Bull, la personificación del pueblo inglés: «¿Qué más tienes para vender?»<sup>[911]</sup>. Los imaginativos mendigos callejeros de Londres se burlaban de la omnipotencia del magnate y ofrecían

«permisos para seguir en el mundo»,<sup>[912]</sup> firmados por J. Pierpont Morgan, a penique la unidad.

Pero quizá sea Peter Finley Dunne, el maestro del humorismo dialéctico, quien mejor refleja la inseguridad de Europa ante una capacidad de compra tan imponente como la que demostraba el coloso de Wall Street: «Pierpont manda llamar a uno de sus subordinados, el presidente de un banco nacional, y le dice: "Janies, coge un poco de cambio del cajón y vete a comprarme Europa. Llama al zar, al papa, al sultán y al káiser Guillermo y diles que a partir de la semana que viene no necesitaremos sus servicios. Dales un año de salario como indemnización [...]"»<sup>[913]</sup>. En la época en que Morgan compró el cuadro, muchos expertos en arte británicos ya estaban alarmados ante la sostenida adquisición de tesoros artísticos del país por parte de nuevos millonarios norteamericanos. En esta polémica entró ni más ni menos que Henry James.

La última novela de James, *The Outcry*, no se publicó hasta 1911, pero en forma apenas velada es una respuesta directa a los temas planteados por la compra del celebrado Gainsborough por parte de Morgan. En palabras del autor: «*The Outcry* trata de la cuestión que ha despertado últimamente la conciencia de la sociedad inglesa, de hasta qué punto los afortunados poseedores de preciadas obras de arte transmitidas por herencia las tienen en custodia, por así decirlo, por cuenta de la nación, y hasta qué punto podrían ser llamados, como guardianes negligentes, a rendir cuentas ante la opinión pública»<sup>[914]</sup>. La novela, que alcanzó cuatro ediciones, cuenta la historia de Breckenridge Bender, un potentado americano decidido a conseguir las obras de arte más valiosas y destacadas de Gran Bretaña, al coste que fuese. El millonario acaparador y los «guardianes negligentes», lord Theign y *lady* Sandgate, reciben las recriminaciones de un joven aficionado por tomar en consideración la venta de los retratos de sus antepasados, incluida la ficticia Duquesa de Waterbridge, de *sir* Joshua Reynolds<sup>[915]</sup>.

Las descripciones que hace James de la «bella duquesa», pintada «hasta las rodillas, con unos ojos tan extraordinariamente elocuentes, unos brazos y unas manos tan deliciosos, unos tonos carnosos tan admirables» y su referencia a «la mujer más hermosa de su tiempo»<sup>[916]</sup> dejan pocas dudas de que la duquesa de Waterbridge es una referencia a la célebre La duquesa de Devonshire de Gainsborough. Como escribe Adeline R. Tinter, la identidad de Breckenridge Bender es aún más evidente: «El millonario del talonario de cheques en la mano que protagoniza *The Outcry*, dispuesto a comprar sólo los cuadros más caros, tiene como claro modelo al financiero norteamericano»,<sup>[917]</sup> J. Pierpont Morgan. Morgan y Bender incluso tienen la misma forma brusca y directa de expresar sus deseos: «He de poseer la duquesa», decía Morgan; «Bender sabe lo que quiere, y casi siempre quiere lo que no puede poseer»,<sup>[918]</sup> escribe James de su Morgan de ficción. Los problemas económicos de lord Theign son resultado de las costumbres jugadoras de su hija mayor, cuyo nombre

y cuyas tendencias extravagantes nos resultan intensamente familiares, aunque con seguridad se trata de una coincidencia. «Kitty desea muchas cosas a la vez. Siempre quiere dinero en cantidad, para empezar... y para despilfarrarlo de forma tan horrible»<sup>[919]</sup>.

James, como Worth, había abandonado en la práctica sus orígenes norteamericanos y había elegido identificarse con Inglaterra y los ingleses; cuatro años después de la publicación de *The Outcry*, el novelista adoptó la nacionalidad británica. La novela, inspirada en una de las adquisiciones artísticas más famosas del siglo, tenía como propósito enviar una advertencia al mundo del arte británico sobre el peligro que representaban los voraces coleccionistas norteamericanos. «El mundo del arte está a merced de un goteo que no parece que haya forma de detener»,<sup>[920]</sup> se lamenta uno de los personajes de James. «Objetos preciosos salen de nuestro aturdido país con más rapidez de lo que nos llegaban los suyos desde allí, desde hace más de un siglo»<sup>[921]</sup>.

Por mucho que se lamentaran los amantes del arte británicos, La Duquesa de Gainsborough era ahora, con todo derecho, propiedad de Pierpont Morgan, pero al cuadro aún le quedaba una temporada más de exhibición en Londres antes de desaparecer en las fauces del millonario. El 23 de mayo de 1901, cuando faltaba un día para que se cumplieran veinticinco años de su desaparición en plena noche, Georgiana volvió a exponerse en la galería Agnew de Bond Street. «Esta vez estará protegida con el mayor cuidado —señalaba con causticidad un periódico—. Varios hombres vigilarán el famoso cuadro noche y día y, al cerrar cada tarde, la galería, será registrada de arriba abajo para cerciorarse de que no queda ningún visitante oculto»<sup>[922]</sup>.

Limpia y restaurada, Georgiana quitaba el aliento. «Qué espléndida está»,<sup>[923]</sup> se dijo Morland Agnew. En noviembre, el cuadro fue expuesto de nuevo para la Séptima Exposición Anual de Agnew. Durante dos meses, miles de visitantes guardaron cola para verlo, y una vez más la duquesa ejerció su peculiar embrujo sobre la gente. «Los teatros de variedades estaban llenos de canciones —registra la historia oficial de Agnew—, los periódicos traían muchos poemas sobre la duquesa perdida, y el sombrero duquesa de Devonshire volvió a hacer furor, una vez más»<sup>[924]</sup>.

Y mientras la gente más a la moda se arremolinaba y lisonjeaba a la duquesa pródiga, entre los presentes podría haberse distinguido a un hombrecillo de ojos húmedos y tos ronca que conocía aquella imagen encantadora mejor que su propio rostro, y que tal vez se resistía a decirle adiós.

## 29 LA TUMBA DEL CAPITÁN NEMO

Desde una cautelosa distancia, Worth había observado el revuelo que rodeaba el regreso del cuadro. Había leído las declaraciones de J. Pierpont Morgan en las escaleras del Ritz y se había percatado, irónico, de las ardorosas especulaciones sobre cómo había regresado a Londres la famosa tela. Sin embargo, con la pérdida de lo que había sido su botín, Worth dio la impresión de recluírse en sí mismo otra vez. Su brío se volvió autocompasión, su salud se hizo cada vez más precaria y su entrega a la bebida rozaba el impulso suicida.

Las escasas energías que le quedaban las había volcado en formar un hogar para los dos hijos a los que había fallado y que, según señaló Pinkerton, «eran lo único en el mundo de lo que tenía que ocuparse»<sup>[925]</sup>.

Con lo obtenido por el retorno del retrato, encontró alojamiento en Camden, en el número 2 de Park Village East. Era un caserón que resultaba tan firme y burgués como deslumbrantes y extrovertidos habían sido los alojamientos londinenses. No está claro si Worth sacó mucho dinero como resultado del asunto del Gainsborough. Pat Sheedy afirmó más tarde que «no había recibido un solo dólar»<sup>[926]</sup> de los veinticinco mil que, según él, Worth había conseguido de los Agnew, una afirmación que seguramente no es cierta y que además puede arrojar dudas sobre la autenticidad de la cifra. Agnew calculó que la recuperación del cuadro había significado un coste total de siete mil quinientas libras esterlinas, pero la cifra también está en entredicho porque los participantes no especificaron nunca la cantidad pagada como rescate. Eddie Guerin situaba la cifra más cerca de las mil libras y señalaba que era «el peor trato cerrado por Harry en toda su vida»<sup>[927]</sup>.

Separarse del retrato fue la decisión más dura que Worth había tomado nunca. Con el cuadro se habían ido sus aspiraciones a una vida aristocrática y al éxito social, por ejemplo en el mundo del crimen. La oleada incontenible de cólera que lo había impulsado a desafiar a la sociedad, saltándose sus leyes e imitando a sus clases superiores, había remitido por completo. La falsedad de todo ello había quedado a la luz. Pero en su lugar había un sentimiento tal vez más humano que ninguno de los que había experimentado desde que se enamorara de Kitty Flynn: una necesidad visceral de crear la vida familiar que no había conocido nunca, y con ello encontrarse a sí mismo. Devolver la duquesa lo había liberado, pero la ruptura resultaba dolorosísima y, con cada nueva alabanza al delicioso retrato que ya no estaba en su poder, Worth se consumía un poco más.

«El inesperado regreso a la ciudad de su gracia, la duquesa de Devonshire, ha causado una sensación casi tan grande como si la hermosa Georgiana hubiera vuelto a la vida con una nueva dote de belleza y de encanto»<sup>[928]</sup>. La recuperación también había devuelto a la vida la antigua controversia sobre su autenticidad. «Nunca hasta hoy en la historia del arte y de sus maestros se ha despertado tanta expectación en

torno a una obra como la que ha levantado el descubrimiento del retrato, tanto tiempo perdido, que hizo Gainsborough con la duquesa de Devonshire por modelo»,<sup>[929]</sup> escribió un observador, señalando además que en cuestión de autenticidad «los críticos han planteado todas las reservas razonables que han podido imaginar, y también las más insostenibles». Algunas voces plantearon de nuevo que la mujer del retrato no era Georgiana sino Elizabeth, la otra duquesa de Devonshire; otros decían que la obra no era del pintor, y no faltaron quienes aceptaban la existencia de tal cuadro, pintado por Gainsborough, pero decían que «el que ha aparecido recientemente es una copia espuria»<sup>[930]</sup>.

La Pall Mall Gazette declaraba con tono magistral: «La mujer del cuadro no es la más famosa de las dos duquesas [...]. No es Georgiana sino Elizabeth»,<sup>[931]</sup> pero con igual convicción insistía en que, una vez expuesta, «se desvanecerá la duda como la bruma matutina bajo el sol: el retrato es una obra típica e inconfundible de Gainsborough»<sup>[932]</sup>.

El Times sugería que el tema de la autenticidad se resolviera con una exposición de los cuadros existentes de Georgiana y de Elizabeth, y que se comparara entonces el parecido en una especie de artística rueda de identificación. «Una exposición en Londres de tantos retratos de ambas como se pudiera reunir, con el Gainsborough recién recuperado como "primera actriz", constituiría una gran atracción por sí sola y sería de utilidad para resolver un par de puntos sobre los que existen ciertas dudas en la actualidad»<sup>[933]</sup>.

Un crítico envidioso apuntaba que «probablemente todas las especulaciones con las que bullían las columnas de los periódicos resultarán ser producto de comentarios intangibles»,<sup>[934]</sup> mientras que el Daily Express se burlaba del agrio debate entre los expertos con una ripiosa «Balada de Georgiana» (con disculpas a la «Oriana» de Tennyson), casi tan mala como alguna de las odas dirigidas a la duquesa durante su vida:

*Nos dejaste con el corazón roto, veinticinco  
años pasaste lejos de nosotros. En mitad del  
invierno te fuiste de aquí y nadie supo  
nada más de ti. ¡Cuánto has tenido que  
sufrir, oh, Georgiana!  
Ahora, nada más llegar,  
este comentario se empieza a escuchar:  
gente sin juicio ni conocimiento  
con malicia murmura a cada momento  
que eras una impostora, que tu historia es un cuento,  
¡oh, Georgiana!  
Malas lenguas dicen que si la fama alcanzaste  
fue porque a otra se la robaste. Alguien incluso*

*ha apuntado que la bella que posa en el cuadro  
es una tal Hetty... Hetty No sé cuántos,  
¡oh, Georgiana!  
Y, peor, ahora se ha rumoreado  
que no fue Gainsborough quien te ha pintado.  
Dice, rotundo, más de un buen conocedor  
que no es suyo ese color,  
que no trazó su mano tu esplendor,  
¡oh, Georgiana!  
Así pues, si no eras tú, está claro  
que tampoco eres tú quien ha posado  
y que, para Gainsborough, sólo has sido  
un mero esbozo; por eso digo  
que no te han encontrado, que nunca te has perdido,  
¡oh, Georgiana!*<sup>[935]</sup>

La devolución del cuadro había dado nuevo impulso al debate en torno a la ya legendaria duquesa de Devonshire. En cambio en Adam Worth produjo exactamente el efecto opuesto. Notaba que no le quedaba mucho tiempo y se dispuso a reclamar a sus hijos con una determinación que no había mostrado nunca mientras el cuadro lo refrenaba. Su primera iniciativa al regresar a Londres había sido mandar dinero a su hermano de Brooklyn con instrucciones de enviarle lo antes posible al joven Harry, que ya tenía catorce años, y a su hermana pequeña. Sin embargo, incluso este deseo se le mostraba esquivo. Su cuñada, al olerse que Worth volvía a «tocar pasta», se negó en redondo a enviar a los niños a su padre sin una sustanciosa compensación. Worth sintió náuseas cuando lo supo. En junio de 1901 escribió a Pinkerton echando pestes «de ese hermano y esa cuñada que tengo»<sup>[936]</sup> por su deslealtad y su codicia, sospechando que la pareja había predispuesto a los pequeños en contra de él.

«Los he mantenido toda la vida y pretenden que siga haciéndolo. Ella es una vaca sucia e hipócrita; se las da de religiosa, pero yo le digo que cada prenda que viste, y la casa donde vive, son producto de... [Worth tuvo suficiente cautela como para no emplear la palabra "crimen", por si la carta caía en manos indebidas]. Ha sido lo bastante lista como para ganarse a los niños, y probablemente los ha atemorizado con insinuaciones para que no quieran venir aquí. Pero todo eso no lo hace por el bien de los niños sino por su interés egoísta. Hace tres años, cuando no tenían dinero, me escribieron que no podían mantenerlos por más tiempo [...] Sólo hay un modo de conseguir lo que quiero, y es hacerlos pasar hambre. Cuando no reciban un dólar más, estarán encantados de enviarme a los niños». Worth, siempre tan crítico, conservaba todavía un resto de fe en el poder último del dinero.

Solitario, borracho y quejumbroso, Worth se apartó de toda compañía humana. En los bajos fondos había corrido la voz de que había regresado a Londres, y algunos de

sus colegas de su pasado delictivo acudieron a verlo para pedirle dinero, como en los viejos tiempos, o para ver si preparaba algún plan que les proporcionara un buen pellizco. Worth los despachó con unas monedas y la firme impresión de que quien había sido una mente maestra del hampa estaba ahora completamente retirado.

William Pinkerton, en otro tiempo su enemigo jurado, era ahora el único ser humano en quien podía depositar alguna confianza. Escribió al detective largas cartas cargadas de preocupación, normalmente en una críptica «escritura secreta» y firmadas con el alias de Robert R. Bayley. En sus mejores días, Worth había dejado escapar algún chisme acerca de algún conocido mutuo en el mundo de la delincuencia, pero la mayor parte de las cartas eran, como él mismo reconocía, arrebatos «de beodo» contra su mala fortuna, contra sus parientes mercenarios y contra su salud menguante. «Estoy un poco mejor del pecho»,<sup>[937]</sup> escribió de los accesos de tos que lo dejaban debilitado y presa de temblores. «No saco tanta sangre pero me temo que sólo sea una mejoría transitoria, porque sigo teniendo esos terribles sudores nocturnos y la tos».

Pinkerton le respondía expresándole su sincera preocupación, más como un hermano inquieto que como un detective de fama mundial a un miembro de élite de la comunidad de delincuentes. Hacía mucho tiempo que la relación entre ellos había superado lo meramente profesional. Los dos eran hombres duros; las técnicas contrasindicales de los Pinkerton habían convertido a William en objeto de la ira popular entre muchos obreros norteamericanos, pero los dos tenían debilidades psicológicas que se liberaban con su amistad.

Pinkerton quizá veía en Worth la rebelión contra la autoridad que aliviaba parte de su resentimiento contra un padre severo y contra una existencia dedicada a obedecer las normas. El detective había arriesgado su reputación profesional al intervenir en el asunto del Gainsborough, pues si Agnew o Scotland Yard hubieran sabido que él y Worth mantenían una relación tan estrecha, se habría encontrado en una posición difícilmente defendible. Por su parte, Worth parecía haber contemplado su amistad con el detective como una forma de justificación de su pasado, como una demostración de que durante su larga batalla, cada uno a un lado de la ley, los dos se habían regido por las mismas reglas de honor y de respeto. Era un tributo que significaba más para Worth, ahora que se veía privado de toda aquella ficticia «respetabilidad». El Ojo había protegido a Worth del acoso policial durante mucho tiempo; esta vez se disponía a protegerlo de sí mismo.

«Amigo H<sup>[938]</sup>. —escribía el detective desde Chicago—, no tiene usted idea de cómo me apena que me escriba en el tono abatido en que lo hace [...]. Lo mejor para usted sería que abandonara cuanto antes el clima de Londres. Me permito aconsejarle que vuelva enseguida a este país y que visite Colorado, donde la altitud es muy beneficiosa para quienes sufren de molestias pulmonares.

»También querría decirle, Harry, que en sus problemas tiene bastante que ver el abuso del alcohol. Ya sé que ha tenido usted un par de épocas de jolgorio y

despilfarro en su vida y para mí que éstas deben de tener bastante que ver con la situación actual en que se encuentra. Yo observo que no hay nadie capaz de beber como acto social que no termine consumiendo alcohol en exceso y que esto provoca infinidad de problemas. Por eso yo lo he dejado por completo».

Pinkerton envió a su amigo poemas recortados del periódico local, breves noticias de los bajos fondos y los resultados de las últimas carreras de caballos. Intentó animar a Worth con noticias sobre el cuadro de la duquesa pero quizá con ello sólo contribuyó a que el ladrón recordara lo que había perdido. «He tenido varias amables cartas del cliente para el cual trabajé en relación con el cuadro y está perfectamente satisfecho de cómo resultó todo»<sup>[939]</sup>. Tan amistosa se había hecho la correspondencia entre ambos que el hermano de William, más cauto que éste, estaba alarmado. «Creo que eres demasiado franco cuando escribes a ese hombre —le decía Robert—. Está expuesto a que lo detengan en cualquier momento y le intervengan el correo. Ya sé que las cartas están mecanografiadas y firmadas con una inicial y que no se podría demostrar nada, pero en este escrito hay cosas que permitirían a cualquier detective un poco listo deducir que el probable autor es... Si esa carta cayera en manos de Scotland Yard, seguro que allí opinarían que deberíamos haberlos informado de que ese hombre se ha instalado en Londres»<sup>[940]</sup>. William se mostró contrito y prometió a su hermano que «pondría fin de una vez por todas a esa correspondencia»,<sup>[941]</sup> pero no lo hizo. Su imprudente lealtad a Worth excedía ahora con mucho a la de Scotland Yard.

A lo largo del intercambio de misivas, el detective y el delincuente trataron de cuál era el mejor empleo que Worth podía dar a su dinero. «Le recomendé invertir en bonos y le propuse dejar de mi cuenta las gestiones»,<sup>[942]</sup> a beneficio de los niños. Más adelante Pinkerton lo recordaba en una carta al hijo de Worth: «Por esa época le recomendé que abandonara Europa y regresara [...]; que se estableciera y, con los medios de que dispusiese, abriera algún pequeño negocio. Él se tomó en serio el consejo y pensó que le gustaría instalarse en Hot Springs, Arkansas. Yo le dije que era una buena idea y que se trasladara allí con su hermana. Con lo que tenía, añadí, estaba en condiciones de abrir un pequeño negocio en Hot Springs, que os permitiría vivir holgadamente. Allí también habría mejorado mucho su salud. Mi temor era que, a su regreso a Londres, el reencuentro con viejos camaradas de juerga acabara con él, en el estado de salud en que se encontraba entonces». Y los viejos camaradas de juerga a los que se refería Pinkerton no tenían forma humana, naturalmente, sino de botella.

En un último destello de su antigua genialidad, durante un breve tiempo Worth empezó a comentar de nuevo sus ideas para fabricar una alarma de seguridad a prueba de ladrones, un aparato para cuyo perfeccionamiento, decía, estaba mejor cualificado que nadie. Pero con la prolongación de su batalla por conseguir a sus hijos y con el deterioro de la salud de Worth, afectado de jaquecas incapacitantes que Pinkerton achacaba a «un tumor»<sup>[943]</sup>, tanto el ladrón como el detective eran



conscientes, al parecer, de que los planes de trasladarse a Arkansas, de hacer inversiones y de fabricar alarmas antirrobo no eran más que sueños irrealizables. El tiempo pasaba deprisa y la necesidad que sentía Worth de reunir a su desestructurada familia se hacía urgente y desesperada. Finalmente se tragó el orgullo y accedió a enviar a su avariciosa cuñada todo el dinero que quisiera, a condición de que liberase a sus hijos y los enviase a Inglaterra. Ella accedió, pero el precio fue muy alto. Una vez más, Worth se encontró prácticamente sin un penique.

A finales de 1901, los niños llegaron por fin a Camden, donde su padre, según Pinkerton, «había preparado un agradable hogar»<sup>[944]</sup>. Casi por primera vez en su vida, Worth se hallaba en el seno de una familia. Estaba decidido a impedir que sus hijos descubrieran su faceta delictiva y Pinkerton estuvo convencido en todo momento de que «no sabían nada de sus actividades del pasado»<sup>[945]</sup>. Pero Harry Raymond no era ningún estúpido y quizá tuvo algo más que ligeras sospechas de la heterodoxa profesión de su padre. «Apenas me contó nada de sus asuntos»,<sup>[946]</sup> expuso el joven a Pinkerton tiempo después; sin embargo, en la misma carta subrayaba su intención «de arrimar el hombro y llevar una vida honrada, como siempre será mi deseo». ¿Se molestaría un joven como él en hacer tanto hincapié en su honradez, si no existiera algún motivo para dudar de ella?

Incluso sus hijos conocían a Adam Worth como Henry Judson Raymond, y el maestro de ladrones mantuvo hasta el final la falsa identidad que tan buen servicio le había hecho durante años. Si sus hijos sospecharon que era una persona distinta del comerciante respetable y enfermo que aparentaba, por lo menos tuvieron la generosidad de concederle esta última falsedad, esta simulación.

El último día del año 1901 finalizó la séptima exposición anual de Agnew's, declarada por todos un éxito rotundo, y Pierpont Morgan se dispuso a tomar posesión de su trofeo. Pese a estar enfermo de muerte, Worth «no quería consultar a ningún médico»<sup>[947]</sup> e insistió en salir de casa para visitar por última vez a su vieja amiga de Old Bond Street. Cuando el retrato de la duquesa fue descolgado y desapareció de su vida definitivamente, Worth se desmoronó por fin y cayó en cama. Débil, pero con un extraño sentimiento de liberación, escribió a Pinkerton por última vez y le adjuntó un paquete con el poco dinero que le había quedado tras satisfacer las últimas exigencias de su cuñada, al tiempo que agradecía al detective la gran consideración que le había tenido y lo autorizaba a hablar de él cuando hubiera muerto, si bien pedía que, a ser posible, se evitara crear situaciones incómodas a sus hijos. También indicó a su hijo que se pusiera en contacto con Pinkerton cuando llegara el final. Más tarde su familia informó que, tras el encuentro, Worth mostraba una extraña euforia y que sus mejillas cenicientas habían adquirido cierto color, como si le hubieran quitado un gran peso de sus hombros debilitados.

El 4 de enero, Pierpont Morgan, el espíritu afín de Worth y experto como él en elegantes dobles vidas, traspasó a Agnew's la suma de treinta mil dólares y dispuso que la duquesa fuera enviada al número 13 de Prince's Gate, su gran mansión de

cinco plantas de estilo neoclásico, situada al sur de Hyde Park, que más adelante, en tiempos de Joseph P. Kennedy, se convertiría en residencia del embajador norteamericano y sería hogar del futuro presidente, John F. Kennedy. Morgan demostraría ser un protector de la duquesa tan celoso como lo había sido Worth. Rechazó las propuestas de exponer otra vez el cuadro y negó de plano el permiso para hacer grabados... lo cual puso furioso a Morland Agnew, quien pensaba regalar uno a Pinkerton como expresión de agradecimiento por su intervención en el rescate. «El señor Morgan no permitirá que se realice ningún grabado de la pintura, y no podemos hacer nada para que se vuelva atrás de tal decisión —exponía el irritado galerista—. Confío en que ceda más adelante»<sup>[948]</sup>. Pero no fue así. Como ya hiciera alguien antes que él, estaba dispuesto a conservar la imagen de la duquesa para su exclusivo placer.

Morgan aplicaba a su colección de pinturas el mismo absolutismo que dedicaba a todos los demás aspectos de su vida. Algunos años más tarde, el rey Eduardo VII acudió a tomar el té a Prince's Gate y se fijó en otro gran retrato, el de la condesa de Derby, obra de Lawrence. «El techo de esta sala es demasiado bajo para ese cuadro. ¿Por qué lo ha colgado ahí?»,<sup>[949]</sup> preguntó el rey.

«Porque es ahí donde me gusta, señor», replicó el magnate. Nadie, ni siquiera un monarca, le decía a Pierpont Morgan dónde había de colgar sus cuadros, y ya tenía rotundamente decidido dónde residiría en adelante la duquesa de Devonshire. El espléndido Gainsborough fue colocado en sitio preferente sobre la repisa de la chimenea, el lugar más destacado de la casa. Por segunda vez —y en esta ocasión para otro hombre— la duquesa se convertía en símbolo de prominencia social, de conquista sexual y de distintivo del éxito mundano.

Cuatro días después de que Morgan tomara posesión, finalmente, de la Noble Dama, el hombre que la había tenido durante veinticinco años yacía en silencio, a pocos kilómetros de allí, en Camden, con sus hijos pequeños a su lado. El dolor había cedido poco a poco y había dejado a Adam Worth en un estado de patética debilidad, pero extrañamente eufórico.

«Dejé la habitación para bajar a cenar y parecía estar de excelente ánimo —explicó Harry Raymond, hijo—. Cuando volví, me pareció que dormía; unas horas después la patrona entró en la estancia y enseguida salió a decirme que no le gustaba el aspecto de mi padre. Me pidió que entrara y así lo hice, pero mi padre había fallecido en silencio, sin la menor resistencia»<sup>[950]</sup>.

El certificado de defunción describía a Henry Judson Raymond como un hombre «de medios independientes»<sup>[951]</sup> cuya muerte, a los cincuenta y seis años, había sido consecuencia de un fallo cardíaco, una enfermedad hepática y, según la frase desaprobatoria del forense, «hábitos crónicos de inmoderación».

Harry Raymond, hijo, enterró a su padre en el cementerio de Highgate, donde reposa todavía en una fosa común, sin nombre, lápida ni señal alguna, y semioculta bajo unas zarzas. En el registro de enterramiento de la parcela 34 281 consta el nombre de Henry Judson Raymond. Incluso muerto, Adam Worth insistió en que era

otra persona. Tal vez sea de justicia que un hombre que adoptó tantos alias y los cambió tantas veces repose para siempre sin un rastro que delate su paradero.

Harry Raymond, hijo, todavía con el nombre que su padre había usurpado treinta años antes, vendió el mobiliario de Park Village East, 2 y regresó a Estados Unidos con su hermana menor. Dos semanas después de la muerte de Worth, los Pinkerton recibieron una nota con matasellos de St. Paul, Minneapolis, firmada por H. L. Raymond:

«Les participo que mi padre, Harry J. Raymond, falleció el ocho de enero, entre las seis y las siete de la mañana»<sup>[952]</sup>.

Robert, el más escéptico de los hermanos Pinkerton, sospechó que se trataba de otra treta por parte del gran delincuente. Al fin y al cabo, ya había fingido su muerte en otra ocasión. «¿Crees que podría ser un truco por parte de ese viejo bribón para engañarnos antes de ponerse a urdir otro de sus planes?»<sup>[953]</sup>, escribió a su hermano. Pero William estaba convencido e inmediatamente redactó una respuesta en la que no hacía mención del pasado de Worth:

Su carta de fecha 24, en la que me informaba de la muerte de su padre, me ha producido una profunda conmoción. Había tenido una carta de él a principios de año en la que me contaba que había estado muy enfermo. Yo le escribí para expresarle mi consejo de que se cuidara y mis deseos de que recuperara plenamente la salud muy pronto.

Conocía a su padre desde hace treinta años y, aunque nuestras vidas eran muy distintas, entre nosotros siempre existió una cálida amistad. Espero que los haya dejado a ustedes en una situación en la que puedan defenderse. Lamento profundamente el fallecimiento de su padre. Parece increíble que hace unos meses estuviera aquí, conmigo... Recuerdo lo mucho que me complació la visita. Su padre hablaba mucho de sus hijos y toda su vida parecía centrada en ustedes dos. Nadie como yo les desea tanta suerte en la vida. Con profunda simpatía, de corazón,

Sinceramente suyo,  
W. M. Pinkerton<sup>[954]</sup>

Según un testimonio, Worth dejó un testamento, «verificado en otoño de 1907, [que] demostraba que a su muerte poseía unas veintitrés mil libras»<sup>[955]</sup>. No existe ninguna prueba que corrobore lo anterior, y sí en cambio muchos indicios de que Worth no tenía nada al morir, pues su hijo no tardó en escribir de nuevo a Pinkerton y señalarle que «mi padre dejó muy poco o ningún dinero y, después de pagar los gastos del funeral y nuestros pasajes de regreso a América, estamos prácticamente sin

un penique [...] pero estoy trabajando para, en el futuro, estar en condiciones de proveer para mí y para mi hermana, que depende por entero de mí»<sup>[956]</sup>. (Según la información de un periódico, la miseria en que se hallaban era consecuencia de que, a la muerte de Worth, «sus habitaciones fueron invadidas y saqueadas por una banda de ladrones con los que se había asociado»<sup>[957]</sup>. Como sea que el joven Raymond nunca hizo mención a tal asalto, casi con seguridad se trata de una invención. El joven, que intuía claramente que en el pasado de su padre había algo más, también presionó al detective para que ampliase la información: «Mi padre solía hablar de usted, y sin duda podrá contarme cosas de mi padre que ignoro y que me interesaría mucho conocer»<sup>[958]</sup>.

El detective mantuvo las dos palabras que había dado al difunto ladrón: envió el dinero póstumo de Worth, lo cual aseguró que los dos hermanos no pasaran hambre y, a lo largo de los años siguientes, actuó como protector o tutor de ambos. Al propio tiempo, nunca habló directamente a los huérfanos del pasado delictivo y se limitó a describir a Worth como «un hombre de grandes ideas inventivas»<sup>[959]</sup> y a destacar su «bondad de corazón». Su prudente comentario al hijo de Worth respecto a que sus vidas habían sido «muy distintas» era lo máximo que estaba dispuesto a decir.

«Siempre guardaré un recuerdo agradable de tu padre pues, aunque no nos habíamos visto en muchos años hasta hace tan sólo dos y luego otra vez el año pasado, seguíamos manteniendo una cálida amistad y por ello haré de buen grado lo que esté en mi mano para ayudaros, a ti y a tu hermana». Y fiel a su palabra, así lo hizo. Esto nos da una medida del afecto que era capaz de inspirar Worth y del tamaño del corazón de Pinkerton, cuyas cartas transmiten un dolor sincero ante la pérdida de su antiguo adversario y reciente amigo. «Lamenté mucho, realmente, la noticia de la muerte del hombrecillo —escribió a su hermano—. Creo que fuimos las únicas personas en las que confió en su vida. Sus prolongadas juergas ayudaron a acortársela, sin duda»<sup>[960]</sup>. La respuesta de Robert fue muy clara: «Siento lo mismo que tú acerca del Pequeño Adam»<sup>[961]</sup>.

La noticia de la muerte de Worth se había filtrado ya entre los bajos fondos, pero los hermanos detectives decidieron «mantener en secreto, de momento, el asunto de su fallecimiento»<sup>[962]</sup> y se pusieron de acuerdo en que, si la noticia se confirmaba finalmente y se les pedía un comentario, debían «dejar a la familia completamente al margen»<sup>[963]</sup>. Por supuesto, sólo era cuestión de tiempo que la prensa oliera el rastro. Ya en 1893, la Pall Mall Gazette publicó su «revelación» de que el ladrón encarcelado, Adam Worth, alias Henry Raymond, fue relacionado con el robo. Cuando el cuadro reapareció en manos de Morland Agnew, hubo nuevas especulaciones acerca del papel desempeñado por Worth, pero para entonces el ladrón ya estaba enterrado y, como Morland Agnew no sabía nada y los Pinkerton no hablaron de su participación, la historia no llegó a ninguna parte.

El 5 de febrero, los periódicos de Londres publicaron un breve despacho que

anunciaba la muerte de Adam Worth, alias Henry Raymond; al cabo de pocas horas, periodistas de ambos lados del Atlántico empezaron a juntar las piezas. De pronto los Pinkerton se encontraron bombardeados con peticiones para que confirmaran o negaran que el difunto delincuente había sido el autor del robo del cuadro de Gainsborough. «Tengo una carta de Adam Worth que establece que, a su muerte, puedo dar publicidad a todo lo que me contó»,<sup>[964]</sup> declaró William Pinkerton y por último, con evidente resistencia, se decidió a contar la historia completa. «No nos gustaba nada —escribió— la idea de hacer declaraciones sobre él, una vez fallecido, pero hemos considerado que sería mejor para nosotros decir algo y dejar las cosas en claro que permitir que investigue el asunto algún detective que desconozca por completo el tema»<sup>[965]</sup>. Los periodistas eran gente de poco fiar, apuntó. «No hay modo de que un reportero capte las cosas correctamente [...] y si uno le da el asunto por escrito, lo cambiará todo para que encaje como le convenga»<sup>[966]</sup>.

El 6 de febrero, William Pinkerton reunió en su despacho de Chicago a los periodistas, cada vez más insistentes, y les repartió una declaración preparada en la que se esbozaba la vida de Worth, su reguero de delitos, el robo del Gainsborough y la participación de los detectives en la devolución, aunque no su estrecha relación personal con el difunto. A la mañana siguiente, la historia —sensacional incluso para lo habitual en la época— apareció publicada de costa a costa. En ella se detallaban los acontecimientos de la notable existencia de Worth con considerable precisión o, en palabras de Pinkerton, «todo lo correctamente que un periódico es capaz de recoger cualquier asunto»<sup>[967]</sup>.

La prensa, en un reflejo de la ambigüedad hacia el delito —ambigüedad que aún perdura—, compitió por rendir tributo al hombre que se había abierto paso en la vida a base de robar, estafar y engañar. El tono adulador de los artículos no estaba muy lejos del empleado con otros «grandes hombres», como el auténtico Henry Raymond, cuya inacabable necrológica había llamado la atención de Worth y le había proporcionado el alias que llevaría hasta la tumba. El New York Sun calificaba el robo del Gainsborough como «el delito más notable cometido en el siglo XIX»<sup>[968]</sup> y proclamaba que «la memoria de las policías de dos continentes no se remonta al tiempo en que era un mero aficionado. Al parecer, las autoridades están de acuerdo en que Worth no tenía quien lo superase, o lo igualase siquiera, en sus especialidades delictivas. A su muerte, no quedó nadie que mereciera ocupar el trono que él dejaba». El Evening Sun lo alababa como «uno de los ladrones más celebrados de la historia delictiva de Europa y América»<sup>[969]</sup>. El New York World, con peculiar orgullo cívico, lo calificaba de «uno de los delincuentes más notables que ha producido nunca esta ciudad»<sup>[970]</sup>.

«Personalmente era encantador, y su caridad, proverbial. Miles de americanos han recibido su ayuda»,<sup>[971]</sup> apuntaba la revista Chicago American, de Randolph Hearst, mientras que Tribune recordaba, como tantos otros, el título que había recibido Worth

—«el Napoleón de los Ladrones»— y lloraba la desaparición «del último de una banda realmente poderosa de expertos delincuentes que actuó en Estados Unidos y en todo el mundo [...]. En todos sus trabajos se concentró sólo en grandes golpes»<sup>[972]</sup>. Incluso publicaciones tan preclaras como el Times o The New York Times enumeraban sus hazañas con indisimulado asombro y recordaban el esplendor de su vida en Londres, su fantástica doble vida y la amplitud de su genio para el delito.

Pero la valoración mejor informada, y tal vez la más reveladora, procede de los Pinkerton: «Con la muerte de Adam Worth tal vez haya desaparecido el delincuente más imaginativo y atrevido de la época moderna. Cabe decir varias cosas en su favor: que en los días de prosperidad, cuando tenía dinero en abundancia, era generoso hasta el exceso, no permitía que un amigo tuviera que acudir a él dos veces y tendía la mano a cualquiera que lo necesitara, tanto si pertenecía a su mundo como si no. Cualquiera que, simplemente, hubiera hablado con él alguna vez, podía presentarse y recibir ayuda, si estaba en su mano ofrecérsela. Y tuvo siempre a orgullo, en toda su carrera delictiva y en todos los golpes que dio, no haber cometido nunca un robo en el que se hubiera tenido que recurrir al empleo de armas de fuego, ni haber escapado o intentado escapar, una vez detenido, mediante amenazas a la vida de un carcelero. Worth afirmaba que un hombre inteligente no tiene derecho a llevar armas, que siempre hay una salida, una solución mejor, mediante el rápido ejercicio del cerebro. Entre todos los hombres que los Pinkerton hemos conocido a lo largo de una vida, éste ha sido el delincuente más notable»<sup>[973]</sup>.

Worth había dedicado una vida a robar respetabilidad y categoría social. Con un lujo obtenido con el expolio, se había convertido en la quintaesencia del caballero victoriano, con su cuadra de purasangres de carreras, sus mansiones, sus esbeltos yates y el cuadro más codiciado de la época para su exclusiva contemplación, antes de que la fabulosa farsa le reventara en las manos. El hombre había creído que podía robar respeto y tenía razón, pero no del modo en que él se había propuesto. Al morir tuvo la admiración y el homenaje del mundo, no por su defensa de las normas de respetabilidad victorianas, sino por habérselas saltado todas, en secreto.

«Adam Worth ha muerto —proclamaba el New York Journal—. Su fallecimiento señala el fin de un singular romance moderno»<sup>[974]</sup>.

## EPÍLOGO. LOS HEREDEROS

Los grandes aunque turbios talentos de Adam Worth lo sobrevivieron. En agosto de 1899, las tres hijas de Kitty Flynn iban en coche por una zona rural de Nueva Jersey cuando su vehículo quedó averiado en un paso a nivel y fue trágicamente arrollado por un tren expreso. Katherine Louise, la menor de las hijas que se atribuían a Worth, y Juanita Terry, la que Kitty había tenido con Juan Terry, resultaron muertas. En cambio Lucy Adeline, la mayor de las tres —y casi con toda seguridad también hija de Worth—, que se había casado unos años antes con Charles Trippe, un hombre sumamente respetable, sobrevivió al accidente junto con su hijo pequeño, Juan.

Juan Trippe, nieto de un ladrón profesional, heredó la fortuna de los Terry y llegó a crear la Pan American Airways, en su época la compañía aérea más potente del mundo. Sus métodos comerciales no se alejaban mucho de los utilizados por su abuelo, y el escritor Gore Vidal, en una referencia a su antepasado malhechor, llamó a Trippe en cierta ocasión «el barón ladrón de las líneas aéreas»<sup>[975]</sup>. Los cuarenta mil empleados de Juan Trippe se referían a él, simplemente, como «el gran hipócrita»<sup>[976]</sup>.

La otra rama de la familia Worth, la legítima, se mantuvo completamente recta. Harry L. Raymond, el hijo de Adam Worth, empezó «desde el último peldaño de la escalera»<sup>[977]</sup> como meritorio en la fundición American Car & Foundry Co., con un sueldo de cuatro dólares a la semana. El adolescente fue rescatado de allí muy pronto, ni más ni menos que por William Pinkerton, que de este modo cumplía la promesa realizada a su difunto amigo. Mediante el subterfugio más inocente, el Ojo envió a Raymond un cheque por setecientos dólares en concepto de una deuda satisfecha por «un hombre de esta ciudad»,<sup>[978]</sup> Cuando la agencia publicó un folleto en el que recogía la vida de Adam Worth, los beneficios también fueron enviados, de forma anónima, a los hijos del ladrón. Pero la generosidad de Pinkerton ni siquiera se detuvo allí. «Dentro de poco procuraremos colocarte en un puesto mejor que el que ocupas ahora»,<sup>[979]</sup> le prometió el detective. Unos meses más tarde, el joven Henry Raymond entraba a trabajar en la agencia de detectives que había perseguido a su padre por todo el globo durante medio siglo.

William Pinkerton dio muestras de experimentar un cambio de ánimo tras la muerte de Worth. «La delincuencia profesional es una actividad extinguida entre los hombres inteligentes. Hoy, en Estados Unidos, no existen grandes ladrones ni estafadores»,<sup>[980]</sup> decía con pena, un mes después de que fuera inhumado el cuerpo del gran malhechor. En lugar de dar caza a viejos ladrones, William Pinkerton se convirtió cada vez más en su protector y benefactor, y enviaba revistas, dinero, pavos por Acción de Gracias e incluso ropa interior nueva a hombres a quienes había contribuido a meter entre rejas. Muchos antiguos malhechores encontraron empleo en la agencia de detectives Pinkerton. William lloró siempre la pérdida de los viejos

«ladrones caballeros» como Adam Worth, y culpó a las películas de gangsters de Hollywood de ser «la principal motivación para los delincuentes más jóvenes»<sup>[981]</sup>. Cuando murió en 1923, a los setenta y siete años de edad, dejó una fortuna calculada en quince millones de dólares, que llevó a uno de los exladrones a quejarse diciendo que resultaba «muy evidente que había hecho más dinero con la delincuencia que ninguno de los bribones a los que había perseguido»<sup>[982]</sup>. La mayoría de asistentes a su concurridísimo funeral en Chicago eran miembros de la comunidad delictiva; entre ellos estaba Sophie Lyons, la veterana ladrona.

La Dame de Lyons, como era conocida Sophie por la Sûreté de París, se había hecho íntima amiga de los Pinkerton como consecuencia de sus repetidas detenciones. En 1897, para sorpresa de casi todos los que la conocían, declaró que iba a «volverse respetable»<sup>[983]</sup> y se sumó a la plantilla del New York World como columnista de chismorreos sobre la alta sociedad norteamericana. Sus recuerdos, publicados en 1913, se titulaban Por qué el crimen no compensa, pero su evidente propósito era demostrar lo contrario y se convirtió en un gran éxito al instante.

Su pasado acabó por pasarle factura. Cuando ya había cumplido los setenta, «tres hombres llamaron a la puerta de su casa de Detroit y la molieron a palos hasta matarla»<sup>[984]</sup>. Los Pinkerton calcularon que Lyons había amasado más de un millón de dólares con la práctica de diversas formas de robo, hurto, extorsión, abuso de confianza, periodismo y negocios inmobiliarios, cuyos beneficios colocó en su mayor parte «en fideicomiso para la educación de los hijos de reos»<sup>[985]</sup>.

Pat Sheedy, el jugador profesional que había colaborado en la negociación del retorno del Gainsborough, alimentó el recuerdo de Worth e hizo excelente uso de él. En 1905, declaró de improviso que Worth le había dado otro cuadro robado, La Magdalena, de Murillo, que había sido expoliado de un convento mexicano cuarenta años antes. «Worth sabía mucho de pintura»,<sup>[986]</sup> afirmaba el mentiroso Sheedy. Los Pinkerton no se dejaron engañar ni por asomo. «No hay nada de lo que dice»,<sup>[987]</sup> escribió Robert Pinkerton. Pero era tal la fama de Worth que otros estaban perfectamente dispuestos a creer cualquier cosa. El Murillo fue adquirido por quince mil dólares por un tal John Condón, expropietario de un local de apuestas y dueño del hipódromo Harlem, en Chicago. Condón dijo que el gran Worth había jugado en una ocasión en su establecimiento y que deseaba poseer el cuadro «por razones sentimentales»<sup>[988]</sup>. Desde luego no lo había adquirido por razones artísticas, ya que Condón era ciego como un topo.

Charlie Becker El Marcas, el gran falsificador al que la policía comparaba en talento artístico con Miguel Ángel y con Rembrandt,<sup>[989]</sup> resultó cazado finalmente en 1900 por una estafa que afectó a cuarenta bancos. En 1903 salió de la prisión de San Quentin de excelente humor, tras haber dedicado la condena a perfeccionar un nuevo tipo de papel y tintas a prueba de falsificaciones que se proponía vender a los mismos bancos a los que había estado desplumando durante un montón de años. «Soy



lo que se dice un artista»,<sup>[990]</sup> contó a los periodistas, y añadió que le gustaría ser considerado el equivalente norteamericano de Benvenuto Cellini, el gran escultor y orfebre del Renacimiento. Generosos como siempre, los Pinkerton intentaron interesar a diversos bancos y empresas papeleras en la tinta indeleble de Becker y en su papel a prueba de falsificaciones, pero no tuvieron éxito. Becker murió en 1916, tras haber pasado los últimos años al servicio de los Pinkerton como guarda de seguridad del hipódromo de Chicago, atento a los carteristas.

Max Shinburn El Barón, pasó la mayor parte del resto de su vida en la cárcel, y en todo ese tiempo no dejó de afirmar que era otra persona. Shinburn estaba dotado para la mecánica y en su tiempo libre, que era muy abundante, desarrolló una nueva técnica para el diseño de ruedas de automóvil. Acosado por los periodistas para que reconociera su identidad, replicó: «No conozco a ese hombre [...]. Yo no soy Shinburn; pero a menos que me dejen en paz, yo mismo diré unas cuantas cosas que crearán sensación en ciertos ambientes<sup>[991]</sup>». Finalmente fue puesto en libertad el 19 de abril de 1908, época en la que afirmaba que había «descubierto el secreto del movimiento perpetuo [y] proyectaba pasar el resto de su vida perfeccionando aquel descubrimiento extraordinario»<sup>[992]</sup>. En lugar de ello, como tantos de su condición, se encontró dependiendo de la caridad de los Pinkerton. William le encargó la redacción de una historia de los revientacajas titulada Robos de cajas de caudales; inicios y progreso, que sigue siendo la disquisición definitiva sobre el arte de la voladura de cajas fuerte en tiempos Victorianos. «Desde principios de los cincuenta hasta la época actual, el escritor fue testigo, de la manera más práctica, de la evolución de la caja fuerte»,<sup>[993]</sup> empezaba Shinburn con seco humor. La obra resultó «tan reveladora e instructiva para el delincuente novel que su publicación fue prohibida»<sup>[994]</sup>. Esta obra notable no ha salido nunca de los archivos Pinkerton. Finalmente, cuando ya estaba en la «miseria más absoluta»<sup>[995]</sup> y había recurrido a la indignidad de vender a los periódicos «toda una serie de historias falsas sobre Adam Worth»<sup>[996]</sup> con el mero propósito de sobrevivir, los hermanos encontraron un empleo como conserje para aquel bribón, irascible y poco fiable, pero infinitamente entretenido. Max Shinburn murió el 13 de febrero de 1916 en el Hogar John Howard para presos reformados, en Boston, a la edad de setenta y siete años. Rivales en la muerte, como en la vida, Max Shinburn también alcanzó la luz de los focos cuando su vida fue adaptada para los escenarios de Broadway en *Alias Jimmy Valentine*, de Paul Armstrong.

*Sir* Arthur Conan Doyle intentó matar tanto a su héroe como a su antihéroe cuando Sherlock Holmes y el PROFESOR MORIARTY<sup>[997]</sup> se encontraron, lucharon y cayeron por las cascadas de Reichenbach a lo que parecía una muerte segura, agarrados el uno al otro, en la conclusión de *The Final Problem*. Holmes volvió a la vida; Moriarty, no. Sin embargo, tal como señalaba Conan Doyle: «Todo regresa cíclicamente, hasta el profesor Moriarty... La vieja rueda sigue girando y aparece el mismo peldaño. Todo ha sido hecho antes y se hará de nuevo»<sup>[998]</sup>.

El gran financiero PIERPONT MORGAN se hizo más viejo y más rico, y su colección de arte más fantástica. Sus casas contenían «una inmensa y amplísima variedad de objetos hermosos, que con el tiempo incluía cuadros, bronce, terracotas, jades, marfiles, esmaltes, cristales, vidrios, tapices, bajorrelieves, miniaturas, cajitas de rapé, relojes, biblias, libros de ritos de la Iglesia de Inglaterra, autógrafos y, por supuesto, libros y manuscritos»<sup>[999]</sup>. En 1904, a la edad de sesenta y siete años, se convirtió en el benefactor, presidente e impulsor del museo Metropolitano de Nueva York, aunque algunos lo comparaban con «una viuda ebria con crédito ilimitado paseando Quinta Avenida abajo en una escandalosa salida de compras»<sup>[1000]</sup>.

Morgan acudía a la iglesia con frecuencia y opinaba de cuestiones morales, pero ¿era realmente el santo que él mismo se consideraba? ¿Era un genio esclarecido de las finanzas y protector del mundo capitalista, o era un potentado codicioso y autosuficiente dispuesto a proteger sus intereses y los de su clase? Morgan regaló muchas cosas en su vida y «sus regalos estaban íntimamente relacionados con sus lealtades y afectos personales»,<sup>[1001]</sup> pero un cuadro por el que sentía claramente un entrañable afecto personal, el retrato de la duquesa de Devonshire pintado por Gainsborough, no dejó nunca de pertenecerle. Morgan falleció el último día de marzo de 1913, tras haber dictado instrucciones explícitas a Dios sobre el cuidado de su alma, y uno de los primeros objetos que se disputaron los hijos, cuando procedieron a dividir el asombroso legado de Pierpont, fue precisamente el gran retrato.

Después, durante años, La duquesa de Devonshire languideció en la oscuridad. En 1960, el retrato fue expuesto brevemente en el Wadsworth Athenaeum de Hartford, Connecticut, pero salvo esa excepción, la pintura no fue exhibida nunca en público por los herederos Morgan. Lejos de la mirada del público, el gran Gainsborough se desvaneció lentamente del recuerdo, aunque la imagen continuó viva en mil y una impresiones y reproducciones, en bustos, en quejumbrosas baladas de comedia musical, en latas de galletas y en piezas de loza. Con el tiempo, el retrato llegó a Mabel Satterlee Ingalls, la última nieta superviviente de Pierpont Morgan. La pintura era colgada periódicamente en el apartamento de la señora Ingalls en Nueva York; sin embargo la duquesa permanecía guardada en un aparador. Se decía que la señora Ingalls no consideraba «completamente respetable» el seductor retrato. Mabel Ingalls murió el 28 de diciembre de 1993, a la edad de noventa y dos años, y sus herederos decidieron poner el cuadro a la venta en Sotheby's, en Londres.

La subasta se celebró el 13 de julio de 1994 y la sala de Sotheby's estaba abarrotada y expectante cuando se retiró el velo del retrato y éste fue colocado en el estrado por primera vez desde la extraordinaria venta en Christie's, más de un siglo antes. La puja fue animada. Un tal «señor Smith» permanecía sentado ante el cuadro, impassible, levantando su paleta en respuesta a cada una de las «ofertas bastante elevadas que se fueron haciendo desde el fondo de la sala»<sup>[1002]</sup>. Alguien, era evidente, estaba dispuesto a conseguir el retrato al precio que fuera. Al cabo de unos minutos de tensa espera, el implacable señor Smith levantó el brazo por última vez y

La duquesa de Devonshire, de Gainsborough, fue adjudicada por doscientas sesenta y cinco mil quinientas libras.

Mucho más chocante que el precio, sin embargo, era el comprador. Terminada la subasta, sonrojado y visiblemente aliviado, el comprador se identificó como Nicholas Smith, de Curry & Co., abogado e intermediario designado por nada menos que el actual duque de Devonshire.

La Dama, para citar a Adam Worth, volvía a casa.

El regreso de la duquesa a Chatsworth, el 22 de julio de fue triunfal. El servicio del duque, los pensionistas locales y sus esposas fueron invitados a asistir al descubrimiento y a hacer un brindis por la duquesa pródiga.

«Era una historia tan maravillosa y extraordinaria que consideré que debíamos tener el cuadro aquí»,<sup>[1003]</sup> explicó el duque entre los valiosos volúmenes antiguos encuadernados en cuero que conservaba en el estudio de Chatsworth. Al otro lado de la ventana, la extensión inmensa de la finca ducal se perdía a lo lejos en las tierras suavemente onduladas de Derbyshire y abajo, en el comedor de gala, Georgiana, duquesa de Devonshire, tenía de nuevo reunida su corte y recibía a las oleadas de turistas que se acercaban a ella y la rodeaban. Limpia y restaurada, el brillo de sus ojos parecía más intenso que nunca. «Dicen que era bastante ligera de cascos», comentó una voz con acento de la zona, en tono de aprobación.

Poco después de la subasta, el cuadro fue sometido a una serie de pruebas por parte de la Tate Gallery y los resultados fueron sorprendentes. «No existe ninguna evidencia técnica que ponga en duda que la parte central es básicamente obra de Gainsborough»,<sup>[1004]</sup> fue la cauta conclusión de Rica Jones, de la Tate Gallery. Las radiografías revelan bajo el extravagante tocado de plumas de avestruz de la duquesa un sombrero anterior, muy parecido al de uno de los dibujos de Gainsborough para Paseo junto al agua en Richmond. Las investigaciones técnicas apuntaban a que el sombrero visible podía haber sido «pintado por otra mano bastante pronto en la historia del cuadro», mientras que «el suelo, las mezclas de pigmentos, el tipo de pincelada, la estructura en capas en las franjas restantes y, sobre todo, la forma del sombrero original, que lo relaciona con un dibujo de autoría comprobada, apuntan a un origen en el estudio [de Gainsborough]».

Por lo que puede discernir la ciencia, el cuadro tiene por tanto todas las posibilidades de ser de Gainsborough, y probablemente la imagen sea la de Georgiana, pero nunca existirá una certeza absoluta. A través de su agitada historia, los observadores han visto en esta pintura lo que han querido ver: Adam Worth veía a Kitty Flynn, o un símbolo de la perfecta belleza femenina realizado por una mano humana o un símbolo de su prestigio como delincuente; Pierpont Morgan veía poder; unos veían a Georgiana de Devonshire, otros a Elizabeth Foster. Pero muy bien podría ser que quien aparecía en el retrato fuera alguien completamente distinto, una mujer misteriosa y desconocida elevada a la categoría de gran duquesa.

Su mirada perspicaz dominando el comedor de gala de Chatsworth, entre la clase

de opulencia que Adam Worth adquiriría robando y Pierpont Morgan con dinero, no pierde detalle. Pero tal vez, bajo la sonrisa pintada, sonríe todavía la mayor impostora de todos ellos.

# IMÁGENES



Kate Castleton, la bonita actriz de origen inglés y estrella de la escena cómica norteamericana que tuvo el singular infortunio de casarse dos veces con Joe Elliott.



Joe Chapman, el siniestro expleado de banco que «tenía un solo vicio, la falsificación, y una sola pasión, Lydia Chapman».



Experimentado ladrón y chantajista de astucia ratonil, Little Joe Elliott se distinguía por su afición a las mujeres en general y a las actrices en particular.





Lydia Chapman, la fiel esposa de Joe Chapman y famosa belleza de los bajos fondos que fue envenenada en su casa de Londres en 1876,

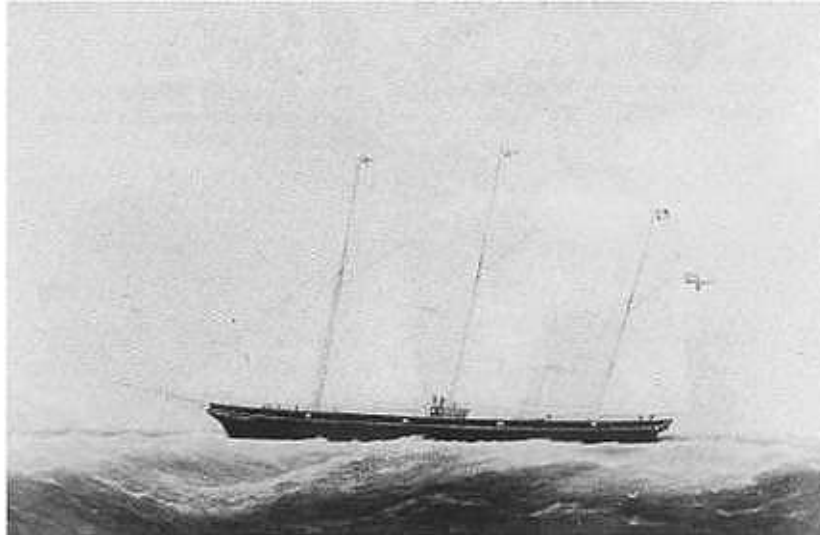


Arriba: Charles Becker el Marcos, el maestro de la falsificación de la banda de Worth, visto aquí en un cartel identificativo de un «archivo fotográfico de malhechores» procedente de la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton.

Alonzo Henne, alias el Holandés, ladrón de bancos de poca monta con «una gran reputación de hombre leal», fue reclutado por Worth en la década de 1880. Pese a su aspecto de facineroso, demostró ser, en opinión de Worth, «el mayor cobarde que ha pisado la tierra, cuando se trata de hacer algo mínimamente atrevido».



La West o Western Lodge, cuartel general de Worth en Londres, «una mansión cómoda que se eleva al fondo de la finca que ocupa, retirada de la vista de los curiosos en la esquina oeste de Clapham Common».



El Trébol, el yate de cuarenta metros de Adam Worth, bautizado con ese nombre en honor de Kitty Flynn, su amante irlandesa.



Adam Worth, alias Henry Judson Raymond. Fotografía de un álbum fotográfico policial tomada por la policía belga tras su detención en Lieja, en 1892.



El capitán Jacob Roemer, comandante de Worth en la Segunda Batalla de Bull Run.



Maximillian Shinburn, alias el Barón, falso aristócrata, reventador de cajas fuertes y némesis de Worth.



Kitty Flynn, a los veintitrés años, en una fotografía del retratista francés, Félix Nadar. Esta «muchacha de belleza inusual» se convirtió en amante de Worth y ejercía de maestra de ceremonias en el garito que Worth tenía en París.





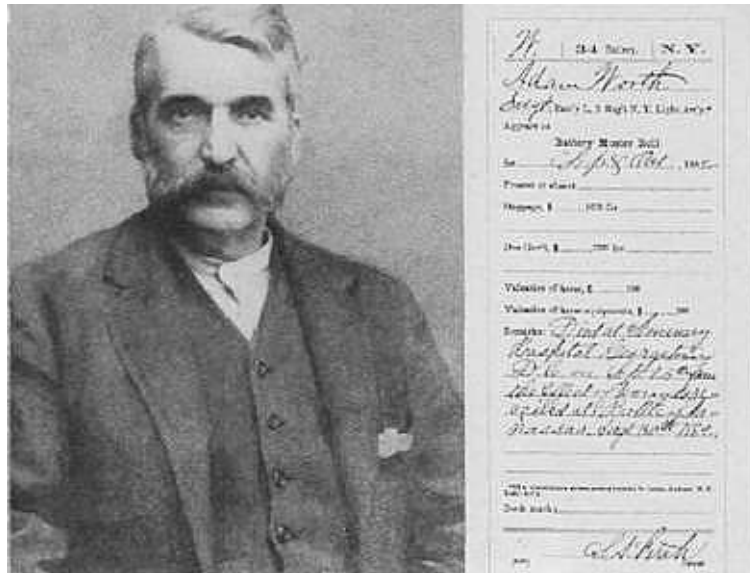
Sophie Lyons, que se autodenominaba «Reina de los Bajos Fondos» y «conocida confidente», cuyas memorias, que alcanzaron grandes ventas, eran una crónica de la carrera de Worth, su amigo de toda la vida.



Fredericka «Marm». Mandelbaum, perista profesional que hacía de madre y *saioniste* de los bajos fondos de Nueva York. Este bosquejo, de claras connotaciones antisemitas, ilustra los «rasgos fuertes, el físico poderoso y la mirada penetrante» de Marm,



William Pinkerton, flanqueado por los detectives de la agencia en los tiempos de la caza de los bandidos, en la década de 1870. «Cuando Bill Pinkerton iba tras un hombre, no se daba por vencido hasta que lo alcanzaba».



Adam Worth en 1892. Obsérvese el pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta, los cabellos bien peinados, el cuello abotonado del dandi encarcelado, después de semanas de intensos interrogatorios policiales durante los cuales, según declaró, fue sometido a torturas.

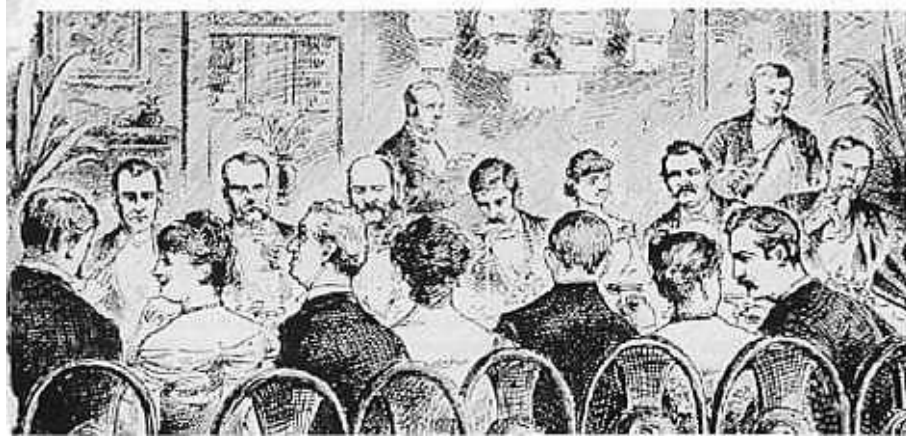
Derecha: Documento militar de la guerra de Secesión que registra la muerte de Adam Worth, el 25 de septiembre de 1862, por las «heridas recibidas en la batalla de Manassas», conocida también como la Segunda Batalla de Bull Run.



Piano Charley Bullard, socio y compañero del alma de Worth, «uno de los ladrones más atrevidos que ha usado jamás la palanca» y músico virtuoso «con dedos tan sensibles que podía abrir una caja fuerte sólo con las manos».



Georgiana, duquesa de Devonshire, pintada por Gainsborough «en la flor de la juventud», hacia 1787. «Podría encender mi pipa en sus ojos», comentó uno de los muchos admiradores de la popular y escandalosa duquesa.



Una cena festiva de Marm Mandelbaum, con la anfitriona en el extremo derecho de la ilustración. «Ofrecía lujosas recepciones con baile y cena a las que asistían algunos de los delincuentes más famosos de Norteamérica y, con frecuencia, agentes de policía y políticos que habían caído bajo la influencia de Mandelbaum».



Jack Phillips el «Basuras», el gigantesco delincuente inglés empleado por Worth como criado, guardaespaldas y revientacajas manual. La presente instantánea, en la que el Basuras aparece atado a un poste, fue catalogada de «fotografía a disgusto» por los detectives Pinkerton.

Con el objeto de facilitar la identificación en el álbum fotográfico policial, un dibujante forense retocó los ojos del Basuras, que aparecen cerrados con firmeza, en actitud desafiante, en la fotografía original.





«Piano». Charley Bullarci en la época de su detención, en 1884, cuando los años de su vida disoluta ya se cobraban su precio.



La viuda Kitty Flynn, en la época en que era cortejada por el millonario cubano del azúcar, Junn Pedro Terry. Un matrimonio que la transformaría de compañera de un gángster a una de las mujeres más ricas y dadas a litigios de la alta sociedad neoyorquina.



William Pinkerton en 1876, el año del robo del Gainsborough.



Roben Pinkerton, hermano menor de William y director de la oficina neoyorquina de la Agencia de Detectives Pinkerton.



Patrick Sheedy, jugador de conducta dudosa y «deportista conocido en todo el mundo», que actuó de intermediario en las negociaciones entre Worth y los Pinkerton por el cuadro robado de Gainsborough.



«La pugna personal entre los dos hombres terminó [...] con la caída de ambos, todavía agarrados el uno al otro [...] el criminal más peligroso y el campeón de la ley más destacado de su generación. ® Ilustración de Sidney Paget para Strand Magazine, diciembre de 1893.



El profesor James Moriarty en el grabado de Sydney Paget para Strand Magazine, en diciembre de 1893. «Es un hombre sumamente alto y delgado, cuya frente sobresale en una blanca cúpula redondeada y cuyos ojos aparecen hundidos en sus cuencas [...], Su rostro se proyecta hacia delante y oscila permanentemente hacia un lado y hacia otro de un modo curiosamente reptiliano».



J. Pierpont Morgan, financiero y coleccionista de arte norteamericano de fabulosa riqueza, que juró tener entre sus manos «La duquesa de Devonshire» de Gainsborough, y lo consiguió.



## **ABREVIATURAS**

Las siguientes abreviaturas hacen referencia a los principales archivos utilizados en la obra:

**ADP** Archivo de la Agencia de Detectives Pinkerton, California

**AA** Archivo Agnew, Londres

**ACH** Archivos de Chatsworth House, Derbyshire

**NGA** National Gallery of Art, Washington, D. C.

## AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas a las que debo expresar mi agradecimiento por haberme ayudado, desde los diferentes países donde habitan, a seguir los pasos del huidizo Adam Worth: Tony Blair, cuya infatigable tarea detectivesca condujo a un filón de piedras preciosas; Thelen Blum y Derek Andrade, archivistas de la Agencia de Detectives Pinkerton; David Wright, archivista de la Biblioteca Pierpont Morgan; el duque de Devonshire y Peter Day, archivista de Chatsworth House; la galería de arte Agnew; Margaret Harradine, de la biblioteca Port Elizabeth, Suráfrica; William E. Lind, de los Archivos Nacionales de Washington, D. C.; el equipo de la Biblioteca Británica y de la Biblioteca Pública de Nueva York; el Archivo Cinematográfico Nacional, de Washington, D. C.; Andrea Cordani de Londres, y Mark Leonard de Bélgica.

Doy también las gracias por su ayuda y estímulo a los siguientes: mi agente Ed Victor; Michael Fishwick y Rebecca Lloyd, de Harper Collins; Dermot Clinch; Jack Baer; Paul Richard; Blair Worden; Magnus Macintyre; Kate Macintyre; Hugh Beisey; Irving Kamil; Patterson Smith; J. Spencer Beck; lord Lonsdale; Jean Strouse; William Righter; Susan Bell; Kathy Sandford; Mindy Friedman Horn; Bob Robinson; Marilyn Bender, y mis editores y compañeros de The Times.

No habría podido escribir este libro sin el apoyo incondicional de mi madre y la memoria de mi padre, erudito, fuente de inspiración y añorado amigo.

# Notas

[1] McCluer Stevens, Famous Crimes and Criminals, Londres, 1907, p. 38. <<

[2] Arthur Conan Doyle, The Final Problem, The Annotated Sherlock Holmes, Nueva York, 1992, vol. II, p. 303. (En adelante Conan Doyle). <<

[3] Wilde, *The Importance of Being Earnest* (La importancia de llamarse Ernesto), Londres, 1895, acto II. <<

[4] Nathaniel Wraxall, *Posthumous Memoirs*, vol. III, p. 342, citado en *Pictures in the Collection of J. Pierpont Morgan*, autoedición, 1907, sección Gainsborough, p. 2. <<

[5] The Gainsborough Duchess, de E. A. B., p. 5, AA. Este panfleto de 30 páginas, lamentablemente sin fechar, contiene mucha información y parece haber sido escrito poco después de la devolución del cuadro, posiblemente por un miembro del equipo de Agnew. <<



[6] Adam Worth, alias «Little Adam». Theft and Recovery of Gainsborough's Duchess of Devonshire, panfleto impreso por la Agencia de Detectives Pinkerton y escrito principalmente por William Pinkerton, Nueva York, 1904, p. 1. (En adelante Adam Worth). <<

[7] Sophie Lyons, *Why Crime Does Not Pay*, Nueva York, 1913, p. 38. <<

[8] Adam Worth, op. cit, p. 1. <<

[9] Max Shinburn, «Life of Adam Worth, alias Henry Raymond», documento inédito, h. 1894, p. 1, ADP. <<

[10] Adam Worth, op. cit., p. 1. <<

[11] *Ibíd.*, p. 1. <<

[12] C. McCluer Stevens, op. cit., p. 38 <<

[13] Cardenal Newman, «Parochial and Plain Sermons», 8, n.º 11, 159, 1836, citado en Walter E. Houghton, *The Victorian Frame of Mind*, Oxford, 1957, p. 183. <<



[14] Shinburn, op. cit., p. 1. <<

[15] Adam Worth, op. cit., p. 1. <<

[16] Esta cantidad parece demasiado alta para ser creíble, y no cabe duda de que Pinkerton la elevó. <<

[17] *Ibíd.*, p. 1. <<

[18] Jacob Roemer, Reminiscences of the War of the Rebellion, Flushing, 1897, p. 26.

<<

[19] *Ibíd.*, p. 27. <<

[20] *Ibíd.*, p. 58 <<

[21] *Ibíd.*, p. 72 <<



[22] *Ibíd.*, p. 79 <<

[23] *Ibíd.*, p. 82 <<

[24] Adam Worth, op. cit., p. 2 <<

[25] Shinburn, op. cit., p. 1. <<

[26] *Ibíd.*, p. 1. <<

[27] *Ibíd.*, p. 3. <<

[28] *Ibíd.*, p. 1. <<

[29] Prefacio de John Shuttleworth a *The Pinkertons meet Jimmy Valentine*, de Alan Hynd, Macfadden Publications, Nueva York, 1943. <<



[30] William Howe y Abraham Hummel, *In Danger*, 1888, citado en Luc Sante, *Low Life*, Nueva York, 1991, p. 213. <<

[31] Cari Sifakis, The Enciclopedia of American Crime, Nueva York, 1992, p. 352. <<

[32] Adam Worth, op. cit., p. 2. <<

[33] Eddie Guerin, I Was a Bandit, Nueva York, 1929, p. 49. <<

[34] Sante, op. cit., p. 116. <<

[35] Herbert Asbury, *Gangs of New York*, Nueva York, 1928, p. 64. <<

[36] *Ibíd.*, p. 216. <<

[37] Edward Winslow Martin, *The Secrets of the Great City — A Work Descriptive of the Virtues and the Vices, the Mysteries, Miseries and Crimes of New York City*, Filadelfia, 1868, p. 366. <<



[38] Lyons, op. cit., p. 39. <<

[39] *Ibíd.*, p. 39. <<

[40] *Ibíd.*, p. 39. <<

[41] Charles Dickens, *Oliver Twist*, 1839. <<

[42] Lyons, op. cit., p. 39. <<

[43] Sifakis, op. cit., p. 450. <<

[44] *Ibíd.*, p. 451. <<

[45] Carta de 16 páginas de William Pinkerton a Robert Pinkerton, del 16 de enero de 1899, p. 9, ADP. (En adelante Confesión de Worth). <<



[46] Shinburn, op. cit., p. 1. <<

[47] *Ibíd.*, p. 1. <<

[48] *Ibíd.* <<

[49] *Ibíd.* <<

[50] *Ibíd.*, p. 2 <<

[51] Lyons, op. cit., p. 39. <<

[52] *Ibíd.* <<

[53] *Ibíd.* <<



[54] Max Shinburn, «Safe Burglary — Its Beginnings and Progress», documento inédito, h. 1905, ADP. <<

[55] Sante, op. cit, p. 208. <<

[56] Allan Pinkerton, *The Bankers, Their Vaults and the Burglars*, 1873, citado en *The Bank Burglar — Real Life Raffles*; Patterson Smith, Antiquarian Bookseller, 8 de mayo de 1989. <<

[57] Guerin, op. cit., p. 301. <<

[58] Lyons, op. cit., p. 40. <<

[59] *Ibíd.*, p. 40. <<

[60] Lyons, op. cit., p. 187. <<

[61] Asbury, op. cit., p. 214. <<



[62] Sifakis, op. cit., p. 470. <<

[63] Asbury, op. cit., p. 214 <<

[64] Lyons, op. cit., p. 188. <<

[65] *Ibíd.*, p. 188. <<

[66] *Ibíd.* <<

[67] *Ibíd.*, p. 190. <<

[68] Asbury, op. cit., p. 215. <<

[69] *Ibíd.*, p. 215. <<



[70] *Ibíd.*, p. 217. <<

[71] *Ibíd.*, p. 217. <<

[72] *Ibíd.*, p. 217. <<

[73] Sifakis, op. cit., p. 470. <<

[74] Asbury, op. cit., p. 214-215. <<

[75] *Ibíd.*, p. 215. <<

[76] Lyons, op. cit., p. 196. <<

[77] Asbury, op. cit., p. 471 <<



[78] Sifakis, op. cit., p. 471. <<

[79] Lyons, op. cit., p. 193. <<

[80] *Ibíd.*, p. 41. <<

[81] *Ibíd.*, p. 41. <<

[82] B. P. Eldridge y Wm. B. Watts, *Our Rival, The Rascal*, Boston, 1893, p. 85. <<

[83] *Ibíd.*, p. 85. <<

[84] Asbury, op. cit., p. 215. <<

[85] *Ibíd.*, p. 215. <<



[86] Thomas Byrnes, Professional Criminals of America, Nueva York, 1895. <<

[87] Circular de Ed. Mechelynck, juez de instrucción, Bruselas, 16 de marzo de 1893, ADP. <<

[88] George Bangs a William Pinkerton, Nueva York, 6 de julio de 1897, ADP. <<

[89] *Ibíd.* <<

[90] Edward J. Gallagher, Robber Barón, edición particular, Laconia, New Hampshire, 1967, p. 58. <<

[91] Eldridge y Watts, op. cit, p. 45. <<

[92] Sophie Lyons en Chicago Daily American, julio de 1913. <<

[93] Relato del arresto de Shinburn, 28 de junio de 1896, PA, p. 1. <<



[94] Max Shinburn, Safe Burglary, op. cit., p. 3, ADP. <<

[95] Sophie Lyons, Chicago Daily American, julio de 1913. <<

[96] Eldridge y Watts, op. cit., p. 53. <<

[97] Bullard, the Burglar Prince, documento 175, ADP. <<

[98] Eldridge y Watts, op. cit., p. 53. <<

[99] Bullard, the Burglar Prince, documento 175, ADP. <<

[100] John Cornish a George Bangs, Boston, 23 de noviembre de 1886, documento 197, ADP. <<

[101] Eldridge y Watts, op. cit., p. 53. <<



[102] Adam Worth, op. cit., p. 4. <<

[103] Bullard, the Burglar Prince, documento 175, ADP. <<

[104] *Ibíd.* <<

[105] John Cornish a George Bangs, Boston, 23 de noviembre de 1886, documento 197, ADP. <<

[106] Lyons, op. cit., p. 78. <<

[107] Lyons, op. cit., p. 42. <<

[108] Boston Post, 23 de noviembre de 1869. <<

[109] Adam Worth, op. cit., p. 3. <<



[110] Boston Post, 23 de noviembre de 1869. <<

[111] *Ibíd.* <<

[112] *Ibíd.* <<

[113] *Ibíd.* <<

[114] *Ibíd.* <<

[115] Adam Worth, op. cit., p. 3. <<

[116] Boston Post, 23 de noviembre de 1869. <<

[117] Boston Post, 26 de noviembre de 1869. <<



[118] Adam Worth, op. cit., p. 3. <<

[119] *Ibíd.* <<

[120] Citado en James D. Horan, *The Pinkertons — The Detective Dynasty that made History*, Nueva York, 1967, p. 286 (*Los Pinkerton*, Ed. Bruguera, 1973). Aunque el método histórico de Horan está abierto a la crítica, su capítulo sobre Worth resulta inestimable dado que entre 1950 y 1970 se basó en unas fuentes que han sido destruidas (en el caso de Scotland Yard) o perdidas (en el caso del archivo de Pinkerton). <<

[121] Boston Sunday Times, 28 de noviembre de 1869, p. 1. <<

[122] *Ibíd.* <<

[123] New York Times, 19 de junio de 1869. <<

[124] *Ibíd.* <<

[125] Evening Mail, 18 de junio de 1869. <<



[126] New York Telegram, 18 de junio de 1869. <<

[127] Evening Post, 18 de junio de 1869. <<

[128] New York Times, 20 de junio de 1869. <<

[129] New York Times, 19 de junio de 1869. <<

[130] Marilyn Bender y Selig Altschul, *The Chosen Instrument*. Juan Trippe and Pan Am, Nueva York, 1982, p. 19. <<

[131] Lyons, op. cit., p. 44. <<

[132] *Ibíd.* <<

[133] Adam Worth, op. cit., p. 4. <<



[134] Lyons, op. cit., p. 44. <<

[135] *Ibíd.*, p. 45. <<

[136] Adam Worth, op. cit., p. 4. <<

[137] *Lady Amberly*, madre de Bertrand Russell, citada en Alistair Horne, *The Fall of París*, Londres, 1965, p. 17. <<

[138] *Ibíd.*, p. 420. <<

[139] *Ibíd.*, p. 421. <<

[140] Adam Worth, op. cit., p. 4. <<

[141] *Ibíd.*, p. 4. <<



[142] *Ibíd.*, p. 4. <<

[143] Documento 172, ADP. <<

[144] Discurso de William A. Pinkerton en la convención anual de los jefes de policía internacional, en Jamestown, Virginia, 1907, ADP. <<

[145] Adam Worth, op. cit., p. 4 <<

[146] John Cornish a George Bangs, Boston, documento 197, ADP. <<

[147] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 12 de febrero de 1902, p. 3, ADP. <<

[148] Adam Worth, op. cit., p. 4. <<

[149] *Ibíd.*, p. 4. <<



[150] Eldridge y Watts, op. cit., p. 46. <<

[151] Informe del arresto de Max Shinburn, p. 4, ADP. <<

[152] Eldridge y Watts, op. cit., p. 46. <<

[153] Arresto de Shinburn, op. cit., p. 2, ADP. <<

[154] Eldridge y Watts, op. cit., p. 48. <<

[155] *Ibíd.* <<

[156] Confesión de Worth, op. cit., p. 3. <<

[157] Guerin, op. cit., p. 301. <<



[158] Horan, op. cit., p. 290. <<

[159] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 12 de febrero de 1902, p. 4, ADP. <<

[160] Confesión de Worth, op. cit., p. 7. <<

[161] Arresto de Shinburn, p. 2. <<

[162] John Cornish a George Bangs, Boston, documento 197, ADP. <<

[163] Eldridge y Watts, op. cit., p. 54. <<

[164] Shuttleworth, op. cit. <<

[165] *Ibíd.* <<



[166] Guerin, op. cit., p. 301. <<

[167] Citado en Horan, op. cit., p. 293. <<

[168] Confesión de Worth, op. cit., p. 6. <<

[169] *Ibíd.*, p. 7. <<

[170] *Ibíd.*, p. 7. <<

[171] *Ibíd.*, p. 7. <<

[172] *Ibíd.*, p. 7. <<

[173] Shuttleworth, op. cit. <<



[174] William a Robert Pinkerton, 12 de febrero de 1902, p. 3, ADP. <<

[175] Harold M. Lloyd, «Confidences of American Frank», Boston Sunday Herald, 7de octubre de 1934. <<

[176] Adam Worth, op. cit, p. 5. <<

[177] 41 *Ibíd.*, p. 5. <<

[178] William a Robert Pinkerton, 12 de febrero de 1902, p. 3, ADP. <<

[179] Adam Worth, op. cit., p. 5. <<

[180] Confesión de Worth, op. cit., p. 7. <<

[181] William a Robert Pinkerton, 12 de febrero de 1902, p. 3, ADP. <<



[182] Confesión de Worth, op. cit., p. 7. <<

[183] *Ibíd.*, p. 7. <<

[184] T. B. Macaulay, *Critical Essays*, 3, 279, citado en Houghton, op. cit., p. 39. <<

[185] Carlyle, «Signs of the Times», 1829, Essays, 2, 60, citado *Ibíd.*, p. 41. <<

[186] Alan Cunningham, 1829, capítulo sobre Gainsborough, citado en Pictures in the Collection of J. Pierpont Morgan, op. cit. <<

[187] *Ibíd.* <<

[188] *Ibíd.* <<

[189] Arthur Bell, Thomas Gainsborough, a record of his Life, Londres, 1897, p. 63.

<<



[190] William T. Whitley, p. 199; véase también Geoffrey Williamson, *The Ingenious Mr. Gainsborough*, Nueva York, 1972, p. 171. <<

[191] Magazine of Art, junio 1901, artículo de W. Roberts, «Portraits of the Two Duchesses of Devonshire», p. 15. <<

[192] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 15. <<

[193] Véase W. T. Whitley, Thomas Gainsborough, Londres, 1915. <<

[194] Carta del doctor Sjaak Zonneveld a Peter Day, archivista, ACH, 28 de agosto de 1994. <<

[195] Ellis Waterhouse, *Portraits by Thomas Gainsborough*, Walpole Society, 1953, vol. XXXIII, n.º 3, p. 28. <<

[196] Henry James, «The Old Masters at Burlington House», 1877, citado en Rupert Hart-Davis, *The Painter's Eye: Notes and essays on the pictorial arts*, Londres, 1956, Wisconsin, 1989, p. 125. <<

[197] The Times, 11 de abril de 1901, p. 6. <<



[198] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 13. <<

[199] The Times, 11 de abril de 1901, p. 6. <<

[200] *Ibíd.* <<

[201] *Ibíd.* <<

[202] Dictionary of National Biography, p. 716. <<

[203] *Ibíd.*, p. 717. <<

[204] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 14. <<

[205] Robert Kempt, Pendí and Palette, Londres, 1881, p. 97. <<



[206] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 14. <<

[207] Dictionary of National Biography, p. 717. <<

[208] Confesión de Worth, op. cit., p. 4. <<

[209] *Ibíd.* <<

[210] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 12 de febrero de 1902, ADP. <<

[211] Lloyd, op. cit. <<

[212] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 25; véase también London Evening News, 9 de abril de 1901, p. 2. <<

[213] Lyons, op. cit., p. 46 <<



[214] Adam Worth, op. cit., prefacio y p. 6. <<

[215] Lyons, op. cit., p. 47. <<

[216] Adam Worth, op. cit., p. 6. <<

[217] Guerin, op. cit., p. 302. <<

[218] Confesión de Worth, op. cit., p. 13. <<

[219] Adam Worth, op. cit., p. 6. <<

[220] London Evening News, 9 de abril, 1901, p. 2. <<

[221] Lyons, op. cit., p. 56. <<



[222] Horan, op. cit., p. 295. <<

[223] Herbert Spencer, conferencias en Exeter Hall, 3 (184748), 364, citado en Houghton, op. cit., p. 184. <<

[224] John Ruskin, Pre-Raphaelitism, 1815, citado en Houghton, op. cit., p. 187. <<

[225] J. C. F. Harrison, *Late Victorian Britain, 1875-1890*, Londres, 1990, p. 42. <<

[226] Oscar Wilde, *The Picture of Dorian Gray* (El retrato de Dorian Gray), 1891, capítulo 2. <<

[227] Lyons, op. cit., p. 45. <<

[228] George Dilnot, *Master Minds of Crime*, p. 659, sin fecha, AA. <<

[229] Lyons, op. cit., p. 56. <<



[230] *Ibíd.*, p. 58. <<

[231] London Evening News, 9 de abril de 1901, p. 2. <<

[232] *Ibíd.* <<

[233] Adam Worth, op. cit., p. 23. <<

[234] *Ibíd.* <<

[235] Milton Esterow, *The Art Stealers*, Nueva York, Londres, 1966, p. 184. <<

[236] Charles Kingston, Remarkable Rogues, Londres, 1921, p. 260. <<

[237] Horan, op. cit., p. 302. <<



[238] Houghton, op. cit., p. 395. <<

[239] *The Importance of Being Earnest* (La importancia de llamarse Ernesto), acto II.

<<

[240] Adam Worth, op. cit., p. 23. <<

[241] *Ibíd.* <<

[242] Lyons, op. cit., p. 47. <<

[243] Confesión de Worth, op. cit., p. 5. <<

[244] *Ibíd.* <<

[245] *Ibíd.*, p. 7. <<



[246] Citado en Clive Emsley, *Crime and Society in England 1750-1900*, (Londres y Nueva York, 2. edición, 1996), p. 168. <<

[247] Sunday Times, 23 de junio de 1957. <<

[248] *Ibíd.* <<

[249] Harrison, op. cit., p. 155. <<

[250] Citado en Sunday Times, 23 de junio de 1957. <<

[251] Horan, op. cit., p. 295. <<

[252] *Ibíd.* <<

[253] Confesión de Worth, op. cit., p. 12. <<



[254] Horan, op. cit., p. 300. <<

[255] I. W. Lees a William Pinkerton, San Francisco, 19 de febrero de 1886, ADP. <<

[256] *Ibíd.* <<

[257] Eldridge y Watts, op. cit., p. 176. <<

[258] William Pinkerton en Illustrated Pólice News, 22 de septiembre de 1888. <<

[259] Eldridge y Watts, op. cit., p. 176. <<

[260] Horan, op. cit., p. 296. <<

[261] Howard Adams (alias de Sesticovitch) a «Mi querida Alima», 29 de enero de 1875, citado en Horan, op. cit., p. 296. <<



[262] Lyons, op. cit., p. 47. <<

[263] Adam Worth, op. cit., prefacio. <<

[264] Kingston, op. cit., p. 265. <<

[265] Confesión de Worth, op. cit., p. 3. <<

[266] Adam Worth, op cit., p. 7. <<

[267] Confesión de Worth, op. cit., p. 3. <<

[268] Adam Worth, op. cit., p. 7. <<

[269] Carta de Robert Pinkerton a Larry Hazen, publicada en New York Tribune, 29 de abril de 1878. <<



[270] *Ibíd.* <<

[271] *Ibíd.* <<

[272] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 12 de mayo de 1902, documento 2454, ADP. <<

[273] Pinkerton a Larry Hazen, 1878, op. cit. <<

[274] Adam Worth, op. cit., p. 7. <<

[275] Lyons, op. cit., p. 46. <<

[276] Horan, op. cit., p. 301. <<

[277] Guerin, op. cit., p. 298. <<



[278] Lyons, op. cit., p. 47. <<

[279] *Ibíd.*, pp. 46-47. <<

[280] Hart-Davis, 1956, op. cit., p. 127. <<

[281] Citado en Derbyshire Life, septiembre de 1994, p. 35. <<

[282] Magazine of Art, junio de 1901, artículo de W. Roberts, «Portraits of the Two Duchesses of Devonshire», p. 369. <<

[283] Walpole, Letters, vol. VI, p. 186; véase también Pictures in the Collection of J. Pierpont Morgan, op. cit., p. 3. <<

[284] Mary Robinson, *Beaux and Belles of England*, p. 298. <<

[285] William T. Whitley, *Artists and their Friends in England, 1700-1799*, Londres, 1928, vol. I, p. 397. <<



[286] Peter Pindar, «Petition to Time in Favor of the Duchess of Devonshire». («Solicitud de tiempo en favor de la duquesa de Devonshire») en Magazine of Art, junio de 1901; véase también Pictures in the Collection of J. Pierpont Morgan, op. cit.

<<

[287] Brian Masters, *Georgiana, Duchess of Devonshire*, Londres, 1982, p. 36; véase también *Pictures in the Collection of J. Pierpont Morgan*, op. cit., p. 3. <<

[288] Whitley, op. cit., p. 398. <<

[289] Dictionary of National Biography, p. 1256. <<

[290] Véase Loan Collection of Pictures, Art Gallery of the Corporation of London, 1892, n.º 92, NGA. <<

[291] Masters, op. cit., p. 123. <<

[292] Whitley, op. cit., p. 400. <<

[293] Sra. de Arthur Bell (N. D'Anvers), Thomas Gainsborough, a record of his life, Londres, 1897, p. 64. <<



[294] *Ibíd.* p. 64; véase también Loan Collection of Pictures, op. cit., NGA. <<

[295] Masters, op. cit., p. 69. <<

[296] *Ibíd.*, p. 300. <<

[297] Herbert L. Satterlee, J. Pierpont Morgan. An Intimate Portrait, Nueva York, 1939, p. 351. <<

[298] Esterow, op. cit., p. 183. <<

[299] Robert Kempt, op. cit., p. 97. <<

[300] *Ibíd.* <<

[301] *Ibíd.* <<



[302] «History of the Duchess of Devonshire by Gainsborough», documento anónimo y sin fecha, AA. <<

[303] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 6. <<

[304] Lord Hawkesbury en una carta a The Times, citado en *Ibíd.*, p. 15. <<

[305] The Times, 8 de mayo de 1876. <<

[306] *Ibíd.* <<

[307] Pictures in the Collection of J. Pierpont Morgan, op. cit., p. 7. <<

[308] The Times, 13 de noviembre de 1901. <<

[309] *Ibíd.* <<



[310] The Times, 8 de mayo de 1876. <<

[311] *Ibíd.* <<

[312] *Ibíd.* <<

[313] Kempt, op. cit., p. 97. <<

[314] The Times, 8 de mayo de 1876; véase también The Art Amateur, vol. XXIX, septiembre de 1963, p. 80, sobre cuando batieron su récord. <<

[315] London Evening News, 9 de abril de 1901, p. 2. <<

[316] Confesión de Worth, op. cit., p. 13. <<

[317] I. W. Lees a William Pinkerton, San Francisco, 19 de febrero de 1886, ADP. <<



[318] Horan, op. cit., p. 298. <<

[319] Guerin, op. cit., p. 48. <<

[320] Horan, op. cit., p. 299. <<

[321] Confesión de Worth, op. cit., p. 4. <<

[322] *Ibíd.* <<

[323] Adam Worth, op. cit., pp. 7-8. <<

[324] Informe sin fecha del archivo «Duchess of Devonshire». ADP. <<

[325] *Ibíd.* <<



[326] «History of the Duchess of Devonshire», op. cit., AA. <<

[327] *Ibíd.* <<

[328] *Ibíd.* <<

[329] *Ibíd.* <<

[330] The Times, 19 de mayo de 1876. <<

[331] Oscar Wilde, El retrato de Dorian Gray, p. 33. <<

[332] Confesión de Worth, op. cit., p. 3. <<

[333] Adam Worth, op. cit., p. 9. <<



[334] Lyons, op. cit., p. 49. <<

[335] C. McCluer Stevens, op. cit., p. 39. <<

[336] Ron Chernow, *The House of Morgan. An American Banking Dynasty and the Rise of Modern Finance*, Nueva York, 1990, p. 41. <<

[337] Carta de J. Spencer Beck, publicada en New York Times, 21 de agosto de 1994.

<<

[338] Satterlee, op. cit., p. 352. <<

[339] *Ibíd.* <<

[340] *Ibíd.* <<

[341] Laurence Sterne, *Tristram Shandy*, libro II, capítulo 19. <<



[342] Rodney Engen, Pre-Raphaelite Prints, Londres, 1995, p. 20. <<

[343] The Times, 27de mayo de 1876, p. 12. <<

[344] The Times, 10 de abril de 1901, p. 4. <<

[345] Adam Worth, op. cit., p. 10. <<

[346] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 21. <<

[347] Adam Worth, op. cit., p. 10. <<

[348] Confesión de Worth, op. cit, p. 3 <<

[349] Esterow, op. cit., p. 187. <<



[350] Confesión de Worth, op. cit., p. 3. <<

[351] The Art Amateur, vol. XXIX, septiembre de 1963, p. 80. <<

[352] *Ibíd.* <<

[353] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 7. <<

[354] M. Mortimer a William Agnew, 28 de mayo de 1876, AA. <<

[355] Anónimo a William Agnew, 27 de mayo de 1876, AA. <<

[356] Daniel Berman a William Agnew, 29 de mayo de 1876, AA. <<

[357] «Australia» a William Agnew, 6 de agosto de 1876, AA. <<



[358] *Ibíd.* <<

[359] *Ibíd.* <<

[360] Marguerite Antehuester a señores Agnew, Boxhill, 26 de mayo de 1876, AA. <<

[361] Midland Daily Telegraph, 25 de julio de 1893, AA. <<

[362] Esterow, op. cit, p. 201. <<

[363] New York Sun, 26 de julio de 1893, AA. <<

[364] New York Herald, 18 de julio de 1897, AA. <<

[365] New York Sun, 29 de mayo de 1894, AA. <<



[366] Conan Doyle, op. cit., «A Case of Identity», vol, I, p. 406. <<

[367] Bender y Altschul, op. cit., p. 22. <<

[368] *Ibíd.* <<

[369] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 12 de febrero de 1902, ADP. <<

[370] *Ibíd.* <<

[371] *Ibíd.* <<

[372] *Ibíd.* <<

[373] «E. Chattrel» a señores Agnew, Nueva York, 10 de junio de 1876, AA. <<



[374] Robert Pinkerton a Superintendente Williamson, Scotland Yard, Nueva York, 13 de julio de 1876, AA. <<

[375] William Schaus a señores Agnew, Nueva York, 22 de julio de 1876, AA. <<

[376] Confesión de Worth, op. cit., p. 10. <<

[377] *Ibíd.*, p. 9. <<

[378] *Ibíd.*, p. 11. <<

[379] *Ibíd.* <<

[380] Nota escrita por J. M. Worrall en la «carta n.º 1», AA. <<

[381] «"Nueva York" a los señores Agnew», 15 de diciembre de 1876, AA. Adviértase que el autor de esta carta, al igual que el de las cartas anteriores firmadas por «Edward Chattré» se refiere al «anuncio» resultante del hurto, palabra que sugiere que tal vez el autor sea el mismo. <<



[382] The Times, 2 de enero de 1877. <<

[383] «"Nueva York" a los señores Agnew», 22 de enero de 1877, carta n.º 2, AA. <<

[384] «"Nueva York" a los señores Agnew», 6 de marzo de 1877, carta n.º 3, AA. <<

[385] *Ibíd.* <<

[386] The Times, 26 de marzo de 1877. <<

[387] «"Nueva York" en respuesta a los Agnew», 22 de mayo de 1877, AA. <<

[388] «"Nueva York" en respuesta a los Agnew», 22 de mayo de 1877. <<

[389] The Times, 31 de mayo de 1877. <<



[390] «"Nueva York" en respuesta a los Agnew», 8 de agosto de 1877, AA. <<

[391] «"Nueva York" en respuesta a los Agnew», 21 de agosto de 1877, AA. <<

[392] New York Herald, 18 de julio de 1897. <<

[393] New York Sun, 26 de julio de 1893. <<

[394] Confesión de Worth, op. cit., p. 5. <<

[395] Lloyd, op. cit., p. 2. <<

[396] New York World, 21 de marzo de 1894. <<

[397] Francisco Xavier de Santa Cruz y Mallén, Historia de familias cubanas, Ed. Hércules, La Habana, 1940, vol. III; véase también Arzobispado de la Habana, Sección de Dispensas de Amonestaciones, legajo 36, n.º 106. <<



[398] New York Herald, 25 de agosto de 1899. <<

[399] *Ibíd.* <<

[400] *Ibíd.* <<

[401] Documento 175, ADP. <<

[402] New York Herald, 25 de agosto de 1899. <<

[403] Bender y Altschul, op. cit., p. 23. <<

[404] New York Herald, 25 de agosto de 1899. <<

[405] *Ibíd.* <<



[406] Lyons, op. cit., p. 46. <<

[407] New York World, 21 de marzo de 1894. <<

[408] Eldridge y Watts, op. cit., p. 54. <<

[409] Illustrated Pólíce News, 22 de septiembre de 1888. <<

[410] John Cornish a George Bangs, Boston, 23 de noviembre de 1886, documento 197, ADP. <<

[411] Eldridge y Watts, op. cit., p. 54. <<

[412] John Cornish a George Bangs, Boston, 23 de noviembre de 1886, documento 197, ADP. <<

[413] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 12 de febrero de 1902, p. 3, ADP. <<



[414] Illustrated Pólíce News, 22 de septiembre de 1888. <<

[415] New York World, 21 de marzo de 1894. <<

[416] Lyons, op. cit, p. 46. <<

[417] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 12 de febrero de 1902, p. 3, ADP. <<

[418] Bender y Altschul, op. cit., p. 23. <<

[419] New York Times, 15 de junio de 1888. <<

[420] New York World, 21 de marzo de 1894. <<

[421] *Ibíd.* <<



[422] New York Times, 15 de junio de 1888. <<

[423] *Ibíd.* <<

[424] *Ibíd.* <<

[425] *Ibíd.* <<

[426] *Ibíd.* <<

[427] *Ibíd.* <<

[428] *Ibíd.* <<

[429] New York World, 21 de marzo de 1894. <<



[430] New York Times, 7 de mayo de 1891. <<

[431] Adam Worth, op. cit., p. 11. <<

[432] *Ibíd.* <<

[433] *Ibíd.* <<

[434] *Ibíd.*, p. 10. <<

[435] John Shore a William Pinkerton, Horan, op. 308. <<

[436] Adam Worth, op. cit., p. 11. <<

[437] Confesión de Worth, cit., p. 4. <<



[438] *Ibíd.* <<

[439] *Ibíd.* <<

[440] *Ibíd.* <<

[441] *Ibíd.* <<

[442] *Ibíd.* <<

[443] *Ibíd.*, pp. 3-4. <<

[444] *Ibíd.*, pp. 4-5. <<

[445] *Ibíd.*, p. 3. <<



[446] Adam Worth, op. cit., p. 16. <<

[447] *Ibíd.*, p. 10. <<

[448] Horan, op. cit., p. 305. <<

[449] Confesión de Worth, op. cit., p. 12. <<

[450] *Ibíd.* <<

[451] Adam Worth, op. cit., p. 10. <<

[452] *Ibíd.* <<

[453] Confesión de Worth, op. cit., p. 13. <<



[454] *Ibíd.* <<

[455] *Ibíd.* <<

[456] *Ibíd.* <<

[457] *Ibíd.* <<

[458] *Ibíd.* <<

[459] Adam Worth, op. cit., p. 11. <<

[460] Declaración del banco de Inglaterra, 11 de marzo de 1880, citado en Horan, op. cit., p. 308. <<

[461] Confesión de Worth, op. cit., p. 12. <<



[462] *Ibíd.* <<

[463] Eldridge y Watts, op. cit., p. 48. <<

[464] Confesión de Worth, op. cit., p. 3. <<

[465] Adam Worth, op. cit., p. 12. <<

[466] Citado en Horan, op. cit., p. 306. <<

[467] Lyons, op. cit., p. 53. <<

[468] Jules Verne, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, 1870, capítulo 11. <<

[469] Verne, op. cit., capítulo 10. <<



[470] Inspector-jefe J. G. Littlechild, Cassel's Sunday Journal, 22 de noviembre de 1893. <<

[471] Adam Worth, op. cit., p. 13. <<

[472] Standard Enciclopedia of Southern África, Pretoria, 1971, vol., III, p. 487; véase «Crimes, Non-violent». <<

[473] Horan, op. cit., p. 308. <<

[474] Adam Worth, op. cit., p. 13. <<

[475] *Ibíd.* <<

[476] *Ibíd.* <<

[477] *Ibíd.*, p. 14. <<



[478] *Ibíd.* <<

[479] *Ibíd.* <<

[480] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 12 de febrero de 1902, p. 4, ADP. <<

[481] Confesión de Worth, op. cit, p. 6. <<

[482] Adam Worth, op. cit., p. 14. <<

[483] Confesión de Worth, op. cit., p. 6. <<

[484] *Ibíd.* <<

[485] Adam Worth, op. cit., p. 14. <<



[486] *Ibíd.* <<

[487] *Ibíd.* <<

[488] *Ibíd.* <<

[489] *Ibíd.* <<

[490] Confesión de Worth, op. cit., p. 6. <<

[491] Adam Worth, op. cit., p. 15. <<

[492] Littlechild, op. cit. <<

[493] Adam Worth, op. cit., p. 15. <<



[494] Confesión de Worth, op. cit., p. 6. <<

[495] *Ibíd.* <<

[496] *Ibíd.* <<

[497] *Ibíd.* <<

[498] Adam Worth, op. cit., p. 15. <<

[499] Shinburn, op. cit., p. 8. <<

[500] Adam Worth, op. cit., p. 15. <<

[501] Dilnot, op. cit., p. 657. <<



[502] The Times, 10 de abril de 1901, p. 4. <<

[503] Carta anónima del 5 de mayo de 1884, AA. <<

[504] Pall Mall Gazette, recorte sin fecha, AA. <<

[505] Carta anónima sin fechar en AA. <<

[506] Meiklejohn & Son a G. Lewis, 16 de febrero de 1887, AA. <<

[507] Confesión de Worth, op. cit., p. 4. <<

[508] New York Herald, citado en Esterow, op. cit., p. 193. <<

[509] *Ibíd.* <<



[510] New York Sun, 29 de mayo, vol. XLV, n.º 271, sin más datos, AA. <<

[511] Lloyd, op. cit., p. 2. <<

[512] Lyons, op. cit., p. 56. <<

[513] Lloyd, op. cit., p. 2. <<

[514] Harrison, op. cit., p. 34. <<

[515] McCluer Stevens, op. cit., p. 40. <<

[516] *Ibíd.* <<

[517] *Ibíd.* <<



[518] *Ibíd.* <<

[519] Midland Daily Telegraph, 25 de julio de 1893, AA. <<

[520] Lloyd, op. cit., p. 2. <<

[521] Guerin, op. cit., p. 76. <<

[522] McCluer Stevens, op. cit., p. 38. <<

[523] *Ibíd.* <<

[524] Max Shinburn, Safe Burglary, op. cit., p. 3, ADP. <<

[525] *Ibíd.* <<



[526] Guerin, op. cit., p. 297. <<

[527] *El retrato de Dorian Gray*, capítulo 18. <<

[528] I. W. Lees a William Pinkerton, San Francisco, 19 de febrero de 1886, ADP. <<

[529] *Ibíd.* <<

[530] *Ibíd.* <<

[531] Guerin, op. cit., p. 48. <<

[532] *Ibíd.* <<

[533] *Ibíd.* <<



[534] I. W. Less a William Pinkerton, San Francisco, 19 de febrero de 1886, ADP. <<

[535] Confesión de Worth, op. cit., p. 6. <<

[536] Lyons, op. cit., p. 58. <<

[537] *Ibíd.* <<

[538] *Ibíd.* <<

[539] Confesión de Worth, op. cit., p. 8. <<

[540] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 12 de febrero de 1902, ADP. <<

[541] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 28. <<



[542] Lloyd, op. cit., p. 3. <<

[543] *Ibíd.* <<

[544] Confesión de Worth, op. cit., p. 9. <<

[545] *Ibíd.* <<

[546] *Ibíd.* <<

[547] *Ibíd.* <<

[548] Adam Worth, op. cit., p. 13. <<

[549] Confesión de Worth, op. cit., p. 9. <<



[550] Horan, op. cit., p. 311. <<

[551] McCluer Stevens, op. cit., p. 43. <<

[552] Guerin, op. cit., p. 119. <<

[553] *Ibíd.*, p. 120. <<

[554] William Pinkerton a George Bangs, Chicago, 27 de abril de 1913, ADP. <<

[555] Guerin, op. cit., p. 120. <<

[556] *Ibíd.* <<

[557] *Ibíd.*, p. 121. <<



[558] Kingston, op. cit., pp. 264-265. <<

[559] New York World, 2de septiembre de 1888. <<

[560] Confesión de Worth, op. cit., p. 6. <<

[561] Dilnot, op. cit., p. 662. <<

[562] John Shore a William Pinkerton, 21 de mayo de 1888, ADP. <<

[563] *Ibíd.* <<

[564] John Shore en respuesta a la carta de Pinkerton del 4 de agosto de 1888, documento 744, ADP. <<

[565] Shinburn, Safe Burglary, op. cit., p. 2. <<



[566] Citado en Frank Morn, *The Eye That Never Sleeps*, India na, 1982, p. 121. <<

[567] Guerin, op. cit., p. 301. <<

[568] Morn, op. cit., p. 121. <<

[569] Confesión de Worth, op. cit., p. 9. <<

[570] Guerin, op. cit., p. 301. <<

[571] Pólíce News, 10 de agosto de 1895. <<

[572] Gallagher, op. cit., p. 72. <<

[573] *Ibíd.* <<



[574] *Ibíd.* <<

[575] New York Herald, 18 de julio de 1897. <<

[576] *Ibíd.* <<

[577] Gallagher, op. cit., p. 75. <<

[578] *Ibíd.*, p. 74. <<

[579] *Ibíd.*, p. 76. <<

[580] *Ibíd.* <<

[581] *Ibíd.*, p. 76. <<



[582] New York Herald, 18 de julio de 1897. <<

[583] «Bullard, Prince of Burglars», documento 176, ADP. <<

[584] Adam Worth, op. cit., p. 11. <<

[585] *Ibíd.*, p. 16. <<

[586] Confesión de Worth, op. cit., p. 8. <<

[587] New York Jeweler's Review, 16 de marzo de 1889. <<

[588] *Ibíd.* <<

[589] Confesión de Worth, op. cit., p. 9. <<



[590] *Ibíd.* <<

[591] La Meuse, 6 de octubre de 1892. <<

[592] Confesión de Worth, op. cit., p. 8. <<

[593] *Ibíd.* <<

[594] La Meuse, 6 de octubre de 1892. <<

[595] *Ibíd.* <<

[596] La Gazette de Liege, 6 de octubre de 1892. <<

[597] *Ibíd.* <<



[598] La Meuse, 6 de octubre de 1892. <<

[599] Confesión de Worth, op. cit., p. 8. <<

[600] La Gazette de Liege, 6 de octubre de 1892. <<

[601] Le Soir, 7 de octubre de 1892. <<

[602] La Meuse, 6 de octubre de 1892. <<

[603] *Ibíd.* <<

[604] La Gazette de Liege, 7 de octubre de 1892. <<

[605] La Gazette de Liege, 21 de marzo de 1893. <<



[606] *Ibíd.* <<

[607] Lyons, op. cit., p. 59. <<

[608] La Meuse, 6 de octubre de 1892. <<

[609] Confesión de Worth, op. cit., p. 8. <<

[610] *Ibíd.* <<

[611] La Meuse, 6 de octubre de 1892. <<

[612] La Gazette de Liege, 10 de octubre de 1892. <<

[613] Circular legal belga, 10 de octubre de 1892, expedida por el juez de instrucción Theodore de Corswarem, Lieja, p. 2, ADP. <<



[614] New York Herald, 18 de julio de 1897. <<

[615] La Meuse, 10 de octubre de 1892. <<

[616] *Ibíd.* <<

[617] New York Herald, 18 de julio de 1897. <<

[618] Shinburn, op. cit., p. 6. <<

[619] *Ibíd.* <<

[620] *Ibíd.* <<

[621] *Ibíd.* <<



[622] *Ibíd.* <<

[623] *Ibíd.* <<

[624] *Ibíd.* <<

[625] Confesión de Worth, op. cit., p. 8. <<

[626] *Ibíd.* <<

[627] *Ibíd.* <<

[628] William Pinkerton a John Shore, Denver, Colorado, 3 de noviembre de 1892,  
ADP. <<

[629] Roben Pinkerton a John Shore, fechada incorrectamente el 1 de octubre de 1892, ADP. <<



[630] Confesión de Worth, op. cit., p. 2. <<

[631] *Ibíd.* <<

[632] La Gazette de Liège, 20 de marzo de 1893. <<

[633] The World, 7de noviembre de 1892. <<

[634] Daily Telegraph, 22 de marzo de 1893. <<

[635] Adam Worth, op. cit., p. 17. <<

[636] *Ibíd.* <<

[637] *Ibíd.* <<



[638] *Ibíd.* <<

[639] La Gazette de Liège, 21 de marzo de 1893. <<

[640] *Ibíd.* <<

[641] La Meuse, 21 de marzo de 1893. <<

[642] *Ibíd.* El resumen del juicio de Worth está traducido de La Gazette de Liège del 21 de marzo de 1893. Aunque La Gazette reprodujo erróneamente el alias de Worth como «Rau», no se han encontrado otros errores. <<

[643] Worth, op. cit, pp. 17-18. <<

[644] Confesión de Worth, op. cit., p. 2. <<

[645] *Ibíd.* <<



[646] *Ibíd.* <<

[647] *Ibíd.* <<

[648] *Ibíd.* <<

[649] *Ibíd.* <<

[650] Lyons, op. cit., p. 59. <<

[651] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 26. <<

[652] Lyons, op. cit., p. 60. <<

[653] *Ibíd.* <<



[654] Confesión de Worth, op. cit., p. 8. <<

[655] *Ibíd.* <<

[656] *Ibíd.*, p. 10. <<

[657] *Ibíd.* <<

[658] *Ibíd.* <<

[659] New York Herald, 18 de julio de 1897. <<

[660] *Ibíd.* <<

[661] Gallagher, op. cit., p. 73. <<



[662] *Ibíd.* <<

[663] Arresto de Shinburn, p. 11, ADP. <<

[664] *Ibíd.* <<

[665] *Ibíd.* <<

[666] *Ibíd.* <<

[667] *Ibíd.* <<

[668] Confesión de Worth, op. cit., p. 2. <<

[669] *Ibíd.* <<



[670] *Ibíd.* <<

[671] Daily Telegraph, 11 de mayo de 1893. <<

[672] *Ibíd.* <<

[673] Sifakis, op. cit., p. 471. <<

[674] Asbury, op. cit., p. 217. <<

[675] Sante, op. cit., p. 211. <<

[676] The World, 21 de marzo de 1894. <<

[677] *Ibíd.* <<



[678] Bender y Altschul, op. cit., p. 24. <<

[679] Citado en *Ibíd.* <<

[680] *Ibíd.* <<

[681] New York Herald, 25 de agosto de 1899. <<

[682] Rosamund de Zeer Marshall, Kitty, Londres, 1945, p. 107. <<

[683] *Ibíd.*, p. 180. <<

[684] *Ibíd.*, p. 27. <<

[685] *Ibíd.*, p. 71. <<



[686] *Ibíd.*, p. 46. <<

[687] *Ibíd.*, p. 175. <<

[688] *Ibíd.*, p. 3. <<

[689] *Ibíd.*, p. 99. <<

[690] *Ibíd.*, p. 260. <<

[691] *Ibíd.*, p. 132. <<

[692] *Ibíd.*, p. 302. <<

[693] *Ibíd.*, p. 304. <<



[694] Julie Gilbert, *Opposite Attraction*, Nueva York, 1995, p. 299. <<

[695] *Ibíd.* <<

[696] *Ibíd.*, p. 301. <<

[697] New York Herald Tribune, 1 de abril de 1946, citado en Gilbert, op. cit., p. 301.

<<

[698] Pall Mall Gazette, 24 de julio de 1893. <<

[699] The Globe, 28 de julio de 1893. <<

[700] *Ibíd.* <<

[701] Pall Mall Gazette, 24 de julio de 1893. <<



[702] Apunte sin fecha de «McGeorge», h. 26 de julio de 1893, AA. <<

[703] *Ibíd.* <<

[704] *Ibíd.* <<

[705] *Ibíd.* <<

[706] *Ibíd.* <<

[707] Pall Mall Gazette, 24 de julio de 1893. <<

[708] *Ibíd.* <<

[709] Midland Daily Telegraph, 25 de julio de 1893. <<



[710] Bath Herald, 26 de julio de 1893. <<

[711] Sun, 26 de julio de 1893. <<

[712] *Ibíd.* <<

[713] Manchester Courier, 25 de julio de 1893. <<

[714] *Ibíd.* <<

[715] *Ibíd.* <<

[716] *Ibíd.* <<

[717] The Globe, 28 de julio de 1893. <<



[718] *Ibíd.* <<

[719] *Ibíd.* <<

[720] Robert Pinkerton a William Pinkerton, carta sin fechar, ADP. <<

[721] Pall Mall Gazette, 26 de julio de 1893. <<

[722] *Ibíd.* <<

[723] *Ibíd.* <<

[724] *Ibíd.* <<

[725] Engen, op. cit., p. 20. <<



[726] Sun, 26 de julio de 1893. <<

[727] *Ibíd.* <<

[728] *Ibíd.* <<

[729] M. Worrall, apunte, 25 de agosto de 1893, AA. <<

[730] Morland Agnew, apunte, 2 de agosto de 1893, AA. <<

[731] *Ibíd.* <<

[732] M. Worrall, apunte, 25 de agosto de 1893, AA. <<

[733] Morland Agnew, apunte, 2 de agosto de 1893, AA. <<



[734] *Ibíd.* <<

[735] Pall Mall Gazette, 24 de julio de 1893. Incluso antes de incluir a Moriarty en *The Final Problem*, el relato de Sherlock Holmes publicado en los Strand Magazine y McLure's Magazine en diciembre de 1893, Conan Doyle parece haber conocido algunas de las proezas de Worth puesto que en *The Resident Patient*, publicado en agosto de ese año, ya hay referencias a «la banda del banco Worthingdon». <<

[736] Vincent Starrett, *The Private Life of Sherlock Holmes*, London, 1933, pp. 141-142. <<

[737] El doctor Briggs, un famoso médico de St. Louis, era amigo íntimo de Conan Doyle. Sus investigaciones acerca de las fuentes reales de la obra de Conan Doyle lo condujeron a establecer la dirección postal «real» en 221B Baker Street. <<

[738] Conan Doyle, op. cit., *The Final Problem*, vol. II, p. 303. <<

[739] McCluer Stevens, op. cit., p. 38. <<

[740] Dilnot, op. cit., p. 657; véase también McCluer Stevens, op. cit., p. 39. <<

[741] Conan Doyle, op. cit., *The Final Problem*, vol. II, p. 304. <<



[742] *Ibíd.*, p. 303. <<

[743] Conan Doyle, op. cit., *The Valley of Fear*, vol. I, p. 478 (El valle del Miedo, Fontamara, 1985). <<

[744] *Ibíd.*, p. 479. El cuadro de una muchacha con un cordero existe en realidad y se atribuye a Greuze, pero se titula Innocence. En la galería de arte de Pourtales de París (a la que Holmes alude como Portalis) se vendió un cuadro con este nombre, en 1865, por 100 200 francos o 4000 libras. En 1918 se demostró que era una copia del original Innocence de Greuze, en la actualidad en la Wallace Collection de Londres. De hecho, como señalaba el 1 de julio de 1960 el Times Literary Supplement, «en una sala de subastas el precio de venta de un Greuze nunca ha superado los 129 000 francos que se pagaron por Les Oeufs Cassées en la subasta Demidoff, en 1870». <<

[745] Estoy en deuda con Charles Higham, quien incluye esta clave en su libro *The Adventures of Conan Doyle*, Nueva York, 1976, p. 114. <<

[746] «The story of a Picture», The World, 11 de abril de 1877. <<

[747] Wayne G. Broehl, *The Molly Maguires*, Cambridge, Massachusetts, 1964, vi, p. 409. <<

[748] *Ibíd.* <<

[749] Entrevista realizada por James Horan a Ralph Dudley, 1948, citada en Horan, op. cit., p. 499. <<



[750] *Ibíd.* <<

[751] Bob Robinson, «The Illustrious Convert», discurso inédito ante The Handsome Wheels, grupo de seguidores de Sherlock en Carolina del Sur. <<

[752] Conan Doyle, op. cit., «The Adventure of the Illustrious Client», vol. II, p. 675.

<<

[753] *Ibíd.* <<

[754] *Ibíd.* <<

[755] *Ibíd.* <<

[756] *Ibíd.*, p. 677. <<

[757] *Ibíd.*, p. 672. <<



[758] *Ibíd.* <<

[759] *Ibíd.*, p. 675. <<

[760] *Ibíd.*, p. 678. <<

[761] *Ibíd.*, p. 680. <<

[762] *Ibíd.*, p. 676. <<

[763] Adam Worth, op. cit., p. 18. <<

[764] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 12 de febrero de 1902, ADP. <<

[765] *Ibíd.* <<



[766] New York Evening Journal, 1 de noviembre de 1897. <<

[767] hondón News, 2de noviembre de 1897. <<

[768] Apunte, ADP. <<

[769] Dilnot, op. cit., p. 661. <<

[770] Confesión de Worth, op. cit., p. 12. <<

[771] *Ibíd.* <<

[772] Adam Worth, op. cit., p. 18. <<

[773] Dilnot, op. cit., p. 662. <<



[774] Adam Worth, op. cit., p. 18. <<

[775] Confesión de Worth, op. cit., p. 1. <<

[776] *Ibíd.* <<

[777] *Ibíd.* <<

[778] *Ibíd.* <<

[779] *Ibíd.* <<

[780] Adam Worth, op. cit., p. 18. <<

[781] Citado en Esterow, op. cit., pp. 196-197. <<



[782] Confesión de Worth, op. cit., p. 1. <<

[783] *Ibíd.* <<

[784] *Ibíd.* <<

[785] *Ibíd.*, p. 2. <<

[786] *Ibíd.*, p. 5. <<

[787] *Ibíd.*, p. 13. <<

[788] *Ibíd.*, p. 3. <<

[789] Confesión de Worth, op. cit., p. 6. <<



[790] Horan, op. cit., p. 317. <<

[791] *Ibíd.*, p. 2. <<

[792] *Ibíd.*, p. 7. <<

[793] *Ibíd.*, p. 10. <<

[794] *Ibíd.* <<

[795] *Ibíd.*, p. 8. <<

[796] *Ibíd.*, p. 13. <<

[797] *Ibíd.* <<



[798] *Ibíd.*, p. 5. <<

[799] *Ibíd.*, p. 9. <<

[800] *Ibíd.*, p. 12. <<

[801] *Ibíd.*, p. 14. <<

[802] Adam Worth, op. cit., p. 19. <<

[803] Confesión de Worth, op. cit., p. 11. <<

[804] *Ibíd.*, p. 14. <<

[805] Citado en Horan, op. cit., p. 316. <<



[806] Confesión de Worth, op. cit., p. 10. <<

[807] *Ibíd.*, p. 13. <<

[808] Adam Worth, op. cit., p. 19. <<

[809] History of Agnew's, 1817-1967, edición particular, Londres, 1967, apéndice III, p. 81. (De aquí en adelante History of Agnew's). <<

[810] *Ibíd.*, p. 82. <<

[811] Adam Worth, op. cit., p. 19. <<

[812] *Ibíd.* <<

[813] History of Agnew's, op. cit., p. 81. <<



[814] The Gainsborough Duchess, p. 23. <<

[815] Adam Worth, op. cit., p. 20. <<

[816] William Pinkerton a señores Lewis y Lewis, procuradores, Chicago, 10 de julio de 1899, ADP. <<

[817] *Ibíd.* <<

[818] Adam Worth, op. cit., p. 20. <<

[819] *Ibíd.* <<

[820] George Bangs a Robert Pinkerton, 16 de enero de 1900, ADP. <<

[821] *Ibíd.* <<



[822] Adam Worth, op. cit., p. 20. <<

[823] Dilnot, op. cit., p. 662. <<

[824] Adam Worth, op. cit., p. 20. <<

[825] *Ibíd.* <<

[826] London Evening News, 11 de abril de 1901. <<

[827] History of Agnew's, op. cit., p. 82. <<

[828] Morland Agnew, diario, citado en *Ibíd.* <<

[829] *Ibíd.* <<



[830] Morland Agnew a Daisy Agnew, 17 de marzo de 1901, AA. <<

[831] London Evening News, 10 de abril de 1901, p. 2. <<

[832] *Ibíd.* <<

[833] *Ibíd.* <<

[834] Esterow, op. cit., p. 200. <<

[835] London Evening News, 10 de abril de 1901, p. 2. <<

[836] History of Agnew's, op. cit., p. 82. <<

[837] *Ibíd.*, también London Evening News, 10 de abril de 1901, p. 2. <<



[838] *Ibíd.* <<

[839] History of Agnew's, op. cit., p. 83. <<

[840] *Ibíd.* El énfasis que Agnew pone en la edad, indiferencia y silencio del mensajero, sugiere claramente que se trataba de Adam Worth y que el marchante lo sabía. El rechazo posterior de Pinkerton a identificar el paradero de Worth durante esta transacción, cuando ofrece tantos otros detalles, es otra prueba de que el botones, ya entrado en años, era el mismo Worth. <<

[841] *Ibíd.* <<

[842] Adam Worth, op. cit., p. 21. <<

[843] History of Agnew's, op. cit., p. 83. <<

[844] Adam Worth, op. cit., p. 21. <<

[845] London Evening News, 10 de abril de 1901, p. 2. <<



[846] History of Agnew's, op. cit., p. 83. <<

[847] *Ibíd.* <<

[848] *Ibíd.* <<

[849] Morland Agnew a Daisy Agnew, 31 de marzo de 1901, AA. <<

[850] Morland Agnew a William Pinkerton, 31 de marzo de 1901, AA. <<

[851] History of Agnew's, op. cit., p. 83. <<

[852] Adam Worth, op. cit., p. 21. <<

[853] Morland Agnew a Daisy Agnew, 31 de marzo de 1901, AA. <<



[854] Daily Express, 9 de abril de 1901, p. 5. <<

[855] William Pinkerton a Morland Agnew, Chicago, 8 de abril de 1901, AA. <<

[856] Evening Standard, 10 de abril de 1901, p. 1. <<

[857] Adam Worth, p. 22. <<

[858] Howard Zinn, *A People's History of the United States*, Nueva York, 1990, p. 316.

<<

[859] Bishop Lawrence, citado en Cass Canfield, *The Incredible Pierpont Morgan*, Nueva York, 1974, p. 114. <<

[860] *Ibíd.* <<

[861] Délos Avery, «Kidnapping Done in Oil», artículo en ADP. <<



[862] Jonathan Hughes, *The Vital Few*, Boston, 1966, p. 404. <<

[863] Chernow, op. cit., p. 22. <<

[864] George Wheeler, *Pierpont Morgan and Friends. The Anatomy of a Myth*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1973, p. 131. <<

[865] Frederick Lewis Alien, *The Great Pierpont Morgan*, Nueva York, 1949, p. 154.

<<

[866] *Ibíd.*, pp. 111-112. <<

[867] Chernow, op. cit., p. 35. <<

[868] Chernow, op. cit., p. 26. <<

[869] Alien, op. cit., p. 13. <<



[870] Wheeler, op. cit., p. 132. <<

[871] Chernow, op cit., p. 115. <<

[872] William Shakespeare, *Hamlet*, acto I, escena V, p. 105. <<

[873] Wheeler, op. cit., p. 82. <<

[874] *Ibíd.*, p. 83. <<

[875] *Ibíd.*, p. 84. <<

[876] John Fowles, *The Magus*, Londres, 1977, p. 178 (El mago, Anagrama, 1994). <<

[877] Chernow, op. cit., p. 42. <<



[878] Daily Express, 9 de abril de 1901, p. 5. <<

[879] Daily Express, 10 de abril de 1901. <<

[880] *Ibíd.* <<

[881] *Ibíd.* <<

[882] London Evening News, 10 de abril de 1901, p. 2. <<

[883] The Times, 9 de abril de 1901, p. 8. <<

[884] History of Agnew's, op. cit., p. 84. <<

[885] Evening Standard, 10 de abril de 1901, p. 1. <<



[886] *Ibíd.* <<

[887] History of Agnew's, op. cit., p. 84; véase también London Evening News, 10 de abril de 1901, p. 2. <<

[888] Daily Telegraph, 9 de abril de 1901. <<

[889] The Times, 10 de abril de 1901, p. 4. <<

[890] The Times, 9 de abril de 1901, p. 8. <<

[891] The Times, 10 de abril de 1901, p. 4. <<

[892] History of Agnew's, op. cit., p. 84. <<

[893] London Evening News, 11 de abril de 1901. <<



[894] Evening Standard, 10 de abril de 1901, p. 1 <<

[895] London Evening News, 9 de abril de 1901, p. 2. <<

[896] London Evening News, 10 de abril de 1901, p. 2. <<

[897] William Pinkerton a C. Morland Agnew, Chicago, 8 de abril de 1901, AA. <<

[898] London Evening News, 9 de abril de 1901, p. 2. <<

[899] Fotografía en AA. <<

[900] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 29. <<

[901] London Evening News, 10 de abril de 1901, p. 2. <<



[902] Canfield, op. cit., p. 114. <<

[903] New York Herald, 7de febrero de 1902. <<

[904] Agnew e hijos a J. Pierpont Morgan, 12 de abril de 1901, AA; véase también History of Agnew's, op. cit., p. 84. <<

[905] History of Agnew's, op. cit., pp. 84-85. <<

[906] *Ibíd.*, p. 84. <<

[907] Satterlee, op. cit., p. 352. <<

[908] *Ibíd.* <<

[909] *Ibíd.*, p. 353. <<



[910] Morland Agnew a William Pinkerton, 19 de noviembre de 1902, ADP. <<

[911] New York Times, 11 de agosto de 1963, citado en Chernow, op. cit., p. 100. <<

[912] Alien, op. cit., p. 179. <<

[913] Wheeler, op. cit., p. 203. <<

[914] Henry James, *The Outcry*, Londres, 1911, publicidad para la cubierta de la primera edición. <<

[915] *Ibíd.*, p. 22. <<

[916] *Ibíd.*, p. 30. <<

[917] Adeline R. Tinter, «*Henry James, The Outcry and the art drain of 1908-9*», *Apollo*, febrero de 1981, p. 110. <<



[918] James, op. cit., p. 21. <<

[919] *Ibíd.* <<

[920] *Ibíd.*, p. 52. <<

[921] *Ibíd.* <<

[922] London Evening News, 9 de abril de 1901, p. 2. <<

[923] Historia de Agnew's, op. cit., p. 86. <<

[924] *Ibíd.*, p. 84. <<

[925] Adam Worth, op. cit., p. 22. <<



[926] Pittsburgh Leader, 3 de marzo de 1905. <<

[927] Guerin, op. cit., p. 298. <<

[928] Magazine of Art, junio de 1901, p. 368. <<

[929] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 5. <<

[930] *Ibíd.*, p. 6. <<

[931] Pall Mall Gazette, 9 de abril de 1901, p. 1. <<

[932] *Ibíd.* <<

[933] The Times, 10 de abril de 1901, p. 4. <<



[934] The Gainsborough Duchess, op. cit., p. 6. <<

[935] Eton Express, 10 de abril de 1901, p. 4. <<

[936] Adam Worth (alias Robert. R. Bayley) a William Pinkerton, 22 de junio de 1901, ADP. <<

[937] *Ibíd.* <<

[938] «B.» (William Pinkerton) a «Amigo H.» (Adam Worth), 30 de junio de 1901, ADP. <<

[939] *Ibíd.* <<

[940] Robert Pinkerton a William Pinkerton, 3 de julio 1901, ADP. <<

[941] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 5 de julio de 1901, ADP. <<



[942] William Pinkerton a Harry L. Raymond, 21 de febrero de 1902, ADP. <<

[943] *Ibíd.* <<

[944] Adam Worth, op. cit., p. 22. <<

[945] *Ibíd.* <<

[946] Henry L. Raymond a William Pinkerton, sin fecha, ADP. <<

[947] *Ibíd.* <<

[948] Morland Agnew a William Pinkerton, telegrama, 19 de noviembre de 1902, ADP. <<

[949] Wheeler, op. cit., p. 203. <<



[950] Henry L. Raymond a William Pinkerton, sin fecha, ADP. <<

[951] Certificado de defunción, en St Catherine's House, Londres. <<

[952] H. L. Raymond a William Pinkerton, 24 de enero de 1902, ADP. <<

[953] Robert Pinkerton a William Pinkerton, 6 de febrero de 1902, ADP. <<

[954] William Pinkerton a H. L. Raymond, 2 de febrero de 1902, ADP. <<

[955] McCluer Stevens, op. cit., p. 44. <<

[956] Henry L. Raymond a William Pinkerton, sin fecha, ADP. <<

[957] New York World, 9 de enero de 1905. <<



[958] Henry L. Raymond a William Pinkerton, sin fecha, ADP. <<

[959] William Pinkerton a Henry L. Raymond, 21 de febrero de 1902, ADP. <<

[960] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 2 de febrero de 1902, ADP. <<

[961] Robert Pinkerton a William Pinkerton, 10 de febrero de 1902, ADP. <<

[962] Robert Pinkerton a William Pinkerton, 6 de febrero de 1902, ADP. <<

[963] *Ibíd.* <<

[964] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 9 de febrero de 1902, ADP. <<

[965] William a Robert Pinkerton, 7 de febrero de 1902, ADP. <<



[966] *Ibíd.* <<

[967] William Pinkerton a Robert Pinkerton, 9 de febrero de 1902, ADP. <<

[968] New York Sun, 9 de febrero de 1902. <<

[969] Evening Sun, 7 de febrero de 1902. <<

[970] New York World, 7de febrero 1902. <<

[971] Hearst's Chicago American, 7de febrero de 1902. <<

[972] Chicago Tribune, 7de febrero de 1902. <<

[973] Adam Worth, op. cit., p. 23. <<



[974] New York Journal and American, 7 de febrero de 1902. <<

[975] Gore Vidal, *United States, Essays 1952-1992*, Nueva York, Londres, 1993, p. 1073. <<

[976] Robert Gandt, Skygods, The Fall of Pan Am, Nueva York, 1995, p. 10. <<

[977] Henry L. Raymond a William Pinkerton, sin fecha, ADP. <<

[978] William Pinkerton a Henry L. Raymond, 21 de febrero de 1902, ADP. <<

[979] *Ibíd.* <<

[980] Moni, op. cit., p. 140. <<

[981] Horan, op. cit., p. 497; World Magazine, 25 de abril de 1920. <<



[982] Guerin, op. cit., p. 301. <<

[983] *Ibíd.*, p. 295. <<

[984] *Ibíd.* <<

[985] *Ibíd.*, p. 296. <<

[986] New York Sun, 7 de mayo de 1902. <<

[987] Nota de RAP (Robert Pinkerton), adjunta a *Ibíd.*, ADP. <<

[988] New York Sun, 7de mayo de 1902. <<

[989] Morn, op. cit., p. 133. <<



[990] Folleto de la exposición fotográfica de Pinkerton, Washington, D. C. <<

[991] New York World, 15 de octubre de 1900. <<

[992] Gallagher, op. cit., p. 110. <<

[993] Max Shinburn, Safe Burglary, op. cit., ADP. <<

[994] Morn, op. cit., p. 138. <<

[995] William Pinkerton a George Bangs, Chicago, 27 de abril de 1913, ADP. <<

[996] *Ibíd.* <<

[997] Conan Doyle, *The Final Problem*, op. cit., vol. II, p. 317. <<



[998] *Ibíd.*, vol. I, p. 479. <<

[999] Alien, op. cit., p. 113. <<

[1000] Wheeler, op. cit., p. 283. <<

[1001] Alien, op. cit., p. 121. <<

[1002] Daily Telegraph, 14 de julio de 1995. <<

[1003] Duque de Devonshire, entrevista con el autor, septiembre de 1995. <<

[1004] Informe sobre La duquesa de Devonshire de Gainsborough, de Rica Jones, de la Tate Gallery, ACH. <<